



Una novela de

MIRIAM
GARLO
Volar con
un ala rota

MIRIAM GARLO

VOLAR
CON UN ALA
ROTA

Rocaeditorial

A Santa e Isa

Nada de cuanto es humano me es
ajeno.

PUBLIO TERENCE AFRICANO

Me vi súbitamente expulsada de mi
propia experiencia.

ELIZA BARRY CALLAHAN

La igualdad es una necesidad vital del
alma humana. La misma cantidad de
respeto y de atención se debe a todo
ser humano, porque el respeto no tiene
grados.

SIMONE WEIL

Voy a crear lo que me sucedió.

CLARICE LISPECTOR

El silencio en una casa es como dejarse
el gas abierto.

LUCÍA SOLLA SOBRAL

Introducción

Volar con un ala rota

Adiós, depresión. Todavía quedan destellos, pero tengo la absoluta certeza de que lo peor ha pasado y nada volverá a doler tanto jamás. Por fin puedo, poco a poco, ir decidiendo quién quiero ser.

Atrás dejo la sensación de percibirme a mí misma como un carámbano de hielo en el fondo de una cueva impenetrable. La depresión ha sido provocada por una crisis de identidad, la más demoledora de todas. Pero al fin la caverna ya no es oscura. Ahora me doy cuenta de que no ha sido en vano ni una de las gotas derramadas con vertical desgarró, porque cada lágrima ha punzado la cueva con la fuerza de un cincel y un mazo, hasta convertirla en un pasaje. Esta es, entonces, la historia de un tránsito. Me llamo Sakia, tengo sinestesia y soy ambigua, abstracta por naturaleza.

Conservo apenas una decena de fotos de mí misma, del tiempo en que las fotografías eran en papel. Y algunas más, pero no demasiadas, digitales. Me estremece ser y no ser yo al mismo tiempo, mirarme y saber qué sentía, al margen de lo que aparentemente se ve. No me reconozco físicamente, es siempre como mirar a una extraña, pero con el tiempo he aprendido a identificarme, y así me cuelo dentro de mí para conectar de nuevo con lo que trataba de salir a la superficie. En cada recuerdo importante sé qué ropa llevo o a veces la propia ropa me remite al

momento en sí. En la memoria se tallan los colores, texturas o estampados que me rodean y también los que llevan la gente con la que estoy. Algunos me agobian, me agotan o me encandilan sin saber muy bien por qué. Me producen sueño, inquietud o me recargan energéticamente. La moda me hastía, pero esto es algo más perceptivo que fluye por otro canal ajeno a la vista, es sensorial; tonos, superficies, composición e impresiones ejercen un fuerte poder sobre mí, al margen de mi gusto particular.

Miro una fotografía de antes de adentrarme en la cueva y otra de cuando estoy saliendo de ella; las comparo. En las imágenes soy la misma, y no lo soy, me siento una intrusa, aunque ellas sean parecidas. En la previa me mantengo erguida, en una terraza muy alta de un edificio céntrico de una gran ciudad; es la caída de la tarde y sonrío, confiando en que la luz anaranjada me suavice el semblante y silencie mi guerra interna. Llevo una camiseta granate con un bordado cuadrado y mexicano en el pecho y la espalda. Como si mi cabeza hubiese atravesado un cuadro y mantuviese el marco, a modo de collar. Alguien me abraza mientras suspiro. Me siento retenida, un poco atrapada. Pero me mantengo serena, aunque presienta la fuerza del volcán que está a punto de erosionar.

En la imagen posterior estoy rodeada de amigos, todos más grandes y corpulentos que yo, sus cuerpos se ven orgánicos, están en movimiento, se relacionan con dinamismo. Soy la única que permanece quieta, y sin embargo estoy borrosa; rezumo fragilidad dentro de mi vestido de rayas verde pistacho, malva y negro. Llevo trenzas y estoy tan tan eufórica que, aun conservando rasgos de humana, parezco estar transformándome en pavo real.

Desde niña, cuando entro en el sopor de antes de perder la conciencia y dormirme, me sumerjo en composiciones visuales y táctiles que emanan determinados aromas. Voy entendiendo fases

de mi vida en función de esas percepciones, algunas agradables, placenteras, casi estáticas; otras, todo lo contrario. Recuerdo disfrutar o atormentarme con circuitos geométricos, círculos, rombos, pirámides y rectángulos que avanzaban en cintas correderas a diferentes niveles, alturas y ritmos de velocidad. Me mareaba, tenía náuseas, a veces creía que me moriría cuando los desfiles empezaban dentro de mí. Pero, otras, me enternece ver las series pasar, disfrutaba los olores, sentía sus superficies, me calmaban, me daba paz, me adormecían. Al crecer, compongo series aparentemente aleatorias de palabras, y las texturas de las letras que las forman derivan en sensaciones visuales. Disfruto de sus diferentes temperaturas, matices colorimétricos, los perfumes que emanan y me evocan. O tengo pesadillas con materias líquidas y densas. Pinturas, geles, cremas, lágrimas, sangre, aceites que se amalgaman, se hibridan, chorrean al tiempo que sus olores también se fusionan. Me producen dolor sensorial, un dolor que me asfixia, me paraliza y me perturba.

En mi primer recuerdo, tengo aproximadamente cuatro años, estoy sentada en mi silla de paseo y llevo un chándal a rayas grises y verdes; acaricio las rayas a la vez que disfruto de su textura de toalla. Gritos y carcajadas cercanas me sacan abruptamente de mi ensimismamiento. Al levantar la cabeza, reconozco a mi padre, Simón, que bebe a gollete de una botella de cerveza que alguien le pasa, como si fuese un botijo. Observo cómo su nuez se mueve al tragar, parece un capullo del que vaya a salir volando una mariposa. Entrega la botella a Lourdes, mi madre, que está apoyada en él, y les dos se tambalean. Ella lleva un vestido rosa pálido y largo; tiene un prominente y abultado vientre. También traga mientras apoya la otra mano en los riñones. Me fijo en los pliegues sinuosos del bajo de su vestido. Ellos se ríen y cuchichean. Lourdes se pone la mano

en la sien. Alzo la vista para fijarme en su semblante, que lo siento mío. Parece ausente, mareada. Me pone en tensión que se pueda desmayar..., pero no estoy segura. Todo el grupo se balancea como la imagen de un canal de televisión mal sintonizado, no entiendo absolutamente nada. Pero siento vacío y miedo.

Mi madre es la mayor de cuatro hermanas y cuatro hermanos bastante pobres. Para que su madre y su padre pudiesen traer dinero a casa, se encargó de vigilar a la prole, transmitiéndoles el deber, con rigurosidad y disciplina. Necesitaban ingresos, así que en cuanto cumplían cinco años debían aguantar hasta bien entrada la noche concentrados en liar caramelos en papel celofán. Lo hacían en la mesa de la cocina, comida por la carcoma, bajo la luz de una exangüe bombilla. Y según iban cayendo vencidos por el cansancio, mi madre les acostaba de tres en tres en las camas. En una de las casas de enfrente vivía otra familia, con una niña, dos niños y más de una decena de abortos. El de en medio fue mi padre. Él acompañaba al suyo a segar alfalfa, y luego la vendían en pequeños manojos por las casas, para alimentar al ganado que las familias criaban en sus patios.

Lourdes y Simón se conocieron antes de tener memoria, crecieron siendo familia sin serlo. Hasta que se casaron en 1975, apenas dos meses después de la muerte del caudillo. Hasta el último momento se preguntaban si podrían lograrlo o no, pues la situación política era convulsa, había miedo, temor, porque no sabían qué podía pasar. Semanas antes Franco mandó fusilar a tres jóvenes del FRAP y dos de ETA. Pero pudieron celebrar la boda. Fueron hippies pobres con un estricto sentido del esfuerzo y la responsabilidad.

Entendí demasiado tarde la escena de Lourdes y Simón tambaleándose, la viví desde un prisma aberrante, distorsionado. Era bebé, no podía distinguir si aquello era verdad o lo era solo para mí.

Cuando me adentré en la depresión y empecé terapia, el estampado rosa pálido del vestido de mi madre y sus bajos ondeantes me acosaban insistentemente. Evocar la imagen me hacía sudar; me producía vértigo real. Me fallaba el equilibrio. Gracias a las asociaciones sensoriales me remití a esos flashes y pude preguntar a Lourdes y a Simón. Encontramos una fotografía donde mi madre llevaba el vestido y pudieron reconstruirme su realidad. Hacían un curso de teatro y estaban representando una escena donde una pandilla de jóvenes bebía bajo un sol abrasador.

Resolver ese retazo de recuerdo me hizo tomar conciencia de que la vida es una sencilla pero compleja sucesión de representaciones, interpretaciones y relatos, visuales y conceptuales. Y quise rastrear mi historia para re-crearla y comprenderla plenamente.

PRIMERA PARTE

Volar con un ala rota

1

La madre

Debía de tener aproximadamente seis años cuando pregunté a mi madre:

—Mami..., tú... ¿ya sabías cómo me llamaba yo... antes de nacer?

—No, Sakia. Te lo pusimos después, cuando ya estabas con nosotres.

—Ah...

—¿Por?

—Porque...

—Porque ¿qué?

—Victoria... Victoria me preguntó ayer si yo iba a hacer la primera comunión y yo le dije que creo que no, porque no estoy bautizada..., y me preguntó que entonces... ¿cómo es que tengo nombre?... Yo le dije que a lo mejor tú ya sabías cómo me llamaba antes de ser mi madre... Entonces... me dijo que, si... no estoy bautizada..., no puedo comulgar..., que no debo tener nombre y... y... ¡y que estoy en pecado mortal!

Mi madre puso los ojos en blanco mientras yo la observaba atentamente, lista para reaccionar según la respuesta que me diera.

—¡Sakia, no estás en pecado mortal! ¡Eso es una tontería como un piano! —dijo furiosa, golpeando los nudillos contra la mesa en la que estaba tomando su infusión.

Mi madre era un maremágnum de fuerzas telúricas y contradictorias; una activista con gran afán de superación y perseverancia. Acostumbrada a mirar siempre por quienes la rodeaban, peleaba con la vida mientras se afilaba las uñas, lamía sus heridas y convertía en piedra a quien le vendía humo. Reposaba pero jamás dormía, porque tenía el palpito de que si se relajaba demasiado, quizá nunca volviera a despertarse. Siempre fue una señora de aires aristocráticos, voluptuosa, de espaldas anchas y pies largos, con un aplomo peligroso por ambiguo precisamente, entre sabia, injuriosa e intimidante. En el centro neurálgico de sus cervicales había pequeñas manchitas de vitíligo que, según se alejaban, se expandían cubriéndole hombros y omoplatos por completo, como un chal con estampado de leopardo albino. Era tenaz, inteligente y aguda; bajo su piel se ocultaba en realidad una concienzuda política.

A sus treinta años un disgusto le bloqueó el estómago. La impaciencia y la ira la acosaron, no pudo superarlo y enfermó: colitis ulcerosa. Desde entonces solo come verduras, legumbres y cereales cocinados en olla de barro, va desgajándolos despacio, con delicadeza, y dejando sus pieles en el borde del plato, como cadáveres. Succiona la pulpa y abandona la fibra porque podría matarla. Continuamente asiste a reuniones donde aprovecha para menear con parsimonia las manos, mostrando orgullosa las uñas en el aire mientras logra hipnotizar a su rival para que no advierta su feroz naturaleza. Terminado el trance, atusa su tupé canoso con los dedos garfios como un peine, y lo normal es que la otra persona, fascinada, cabecee arrugando los ojos y separando con esfuerzo las pestañas. Sus poderes de persuasión no conocen límites, doy fe de ello. Probablemente fuera la primera mujer del pueblo que decidió no teñirse, algo que luce con provocación y destellos de reafirmación

de sí misma.

Cuando yo era pequeña, dominaba el maravilloso arte de dar pellizcos en público sin que nadie se percatara. En circunstancias que, según ella, debíamos orquestar un riguroso protocolo de diplomacia y a mí me surgía algún contratiempo, convertía sus manos en audaces flechas capaces de apuntar simultáneamente a una doble diana. Y siempre alcanzaba sus objetivos con la pasmosa precisión de una diosa; mis bíceps y muslos quedaban sellados con pequeños moratones que desaparecían poco a poco como una mancha de humedad tras la lluvia. Se esfumaba el registro carnal y efímero, pero ella ignoraba que nunca lo haría el recuerdo perentorio de aquella humillación silenciosa.

Yo tendría unos seis años cuando íbamos caminando juntas por una larga avenida peatonal llamada Paseo Rosales, en Murcia. En el centro del paseo había cubículos que servían como asiento, coronados con enormes rosas. Los módulos de losa eran el punto central del pueblo y solían estar atestados de paisanes que se sentaban a conversar, comer pipas, leer el periódico o ver pasar a los vecines.

Mi madre y yo nos encontramos con dos amigas tuyas que también iban acompañadas por sus hijas. No las conocía apenas, pero parecían majas. Cuando nuestras madres empezaron a extenderse en la conversación, nosotras hicimos contacto visual decidiendo esperarlas a dos metros, jugando entre las rosaledas. Era un área amplia y mágica para criaturas, al sobrepasar nuestra altura, olía bien, y nos permitía perseguirnos, saltar por la tierra sorteando el quedarnos atrapadas por las espinas. Era un auténtico circuito laberíntico con peligros reales. Pero con el trote, una de nosotras hizo que el bastón que un señor mayor había dejado apoyado en un borde, resbalase. El anciano conversaba con otros, no tenía un buen

día y aprovechó para alzar la voz y renegar, llamando la atención de nuestras madres. Fallo. Si algo exacerbaba a Lourdes era que la acusasen de indulgente, así que sin previo aviso mi madre me echó una mirada de fuego, apretó los dientes como haría una hiena y me pellizcó. Las yemas de los dedos unidas a sus largas uñas supieron cómo hacer de alfiler, explotando *ipso facto* la pompa de fantasía infantil. Un picor gris quemó punzante mi ilusión.

Mi madre era muy compleja, con muchas dimensiones de luces y sombras, pero también una visionaria, una artista frustrada cuyas circunstancias la obligaron a adscribirse a lo práctico y lo concreto, mientras olvidaba por el camino que no existía en la vida nada más efectivo que el disfrute por el disfrute en sí mismo.

También tenía por costumbre transformar su mano expandida y tiesa en peineta. La incrustaba bajo mi nuca entre la cabeza y la coleta, y me zarandeaba con el garbo de una música que acariciase un arpa de pelo.

—Sakia, ¿qué hora pone aquí?

—Mmm, las... ¿las seis menos cinco?... ¡No, no! ¿Menos diez?

—Pero ¿qué dices?, ¿por qué dices esa tontería?

—¡Porque la aguja larga está señalando la raya corta... que hay antes de la raya larga!, ¿no?

—¡No Sakia!, ¡porque menos cinco es solo cuando cuentas desde la raya larga de arriba!, ¡la de arriba! ¿Esta es la de arriba?

—No.

—Entonces ¿qué hora es?

—...

Permanecíamos mucho rato en aquellos bucles de vacío hasta que yo consiguiera decir la hora exacta que marcaba el reloj y que, según ella, era la correcta. Pero la paciencia solía agotársele sin previo aviso y sus vísceras se arremolinaban en el interior,

produciéndole un calor insoportable. Y en el momento más imprevisible el ardor le quemaba el estómago, subía frenético por su esófago y la obligaba a echar el mentón hacia delante, desencajando la mandíbula, arqueándose. Colocaba sus garras a un centímetro de mi rostro y abría la boca e inflaba y desinflaba los carrillos expulsando un ciclón de gritos, fuego y babas que me dejaban petrificada durante horas. Yo deseaba decir lo que ella esperaba, antes de que la dragona me solidificara, y miraba suplicante al reloj que había en la pared de la cocina mientras le rogaba que me hiciese un guiño, me diera una pista, una señal, para saber qué hora exacta era y qué se esperaba de mí.

Pero el reloj cohibido en presencia de mi madre permanecía inanimado, solo era un objeto triste y muerto que ahora además me parecía traicionero, cobarde e indescifrable. Por su culpa no sabía ni la hora, ni cuánto tiempo en jaque mate llevábamos allí.

—No lo sé.

—Pero ¿cómo no lo sabes? ¡Sakia! ¿Qué hora es?

—Las... ¿seis y diez?

—¡Noooooooo!

—¡Pues la que tú quieras! ¡Yo no necesito saber la hora! ¿Me puedo ir ya?

Me perdonaba la vida. A veces orientaba su tesón y audacia hacia aspectos políticos y activistas que lo requerían, pero no sabía medir, aplicaba los mismos parámetros en cualquier área de su vida. Al unirse con mi padre supo que el arte irremediablemente formaría parte del día a día. Ella en realidad lo que quería es que, fuera lo que fuese, lograra altas competencias. Y con cinco años me apuntó a ballet clásico, con seis me inscribió en clases de dibujo y pintura, desde los siete en un coro de voces blancas, en tardes alternas mi padre me llevaba a la biblioteca para descubrir cuentos.

Determinaba qué debíamos comer y qué no. Y en casa jamás entró bollería industrial, ni refrescos o comida precocinada. Crecí sin relacionarme con marcas, especialmente de comida o ropa, sin seguir modas caprichosas, con los electrodomésticos ultranecesarios, sin ver apenas televisión. Mucho menos, películas de Disney. Mi madre era la mente, la organizadora, la idealista, la que se anticipaba a todo lo que fuese asunto logístico, nos preparaba a mi hermana y a mí para afrontar el mundo que nos tocaría vivir, tan diferente al suyo. Había luchado mucho como mujer para superar las adversidades de su época, quería a toda costa incentivarnos, para que venciéramos las de la nuestra.

Apenas una semana después de que yo cumpliera siete años, tuvo un episodio grave, una crisis de su colitis ulcerosa. Dejó de comer porque todo le sentaba mal, aumentó su anemia, cambió de color, tenía fiebre alta, se deshidrató, su estado era crítico. Estábamos solas en casa y me llamó a su lado:

—Sakia, estoy enferma, me voy a ir unos días a vivir al hospital. Tú vas a estar bien.

—¿Cuántos días?

—No lo sé, poquitos.

2

La muerte

Mi madre ingresó en el hospital donde mi tío trabajaba de celador. Las dos familias teníamos mucha relación porque él era hermano de mi padre, y mi tía, una de las hermanas de mi madre. Además, vivíamos en un edificio familiar, así que cuando Lourdes y Simón se fueron, mi hermana Elvira, que era seis años mayor, y yo nos trasladamos al piso de abajo, donde mis tíes vivían con mis primos. Acomodaron camas en las habitaciones de mis primos y pequeños espacios en estanterías y cajones. La vida continuó pretendiendo ser la misma pero siendo completamente diferente. Lourdes y Simón solo se separaban una hora al día, cuando alguien relevaba a mi padre mientras él regresaba para ducharse y ponerse ropa limpia. Yo iba dándome cuenta de su paulatina decadencia. Cada día volvía más y más flaco, la piel más amarilla, con menos pelo y más ojeras. Nos decía que Lourdes estaba bien, pero era difícil creerlo viendo su deterioro. Los días fueron pasando en aquella atmósfera disociada en la que tanto Elvira como yo, cada una perdida en adaptarse a la situación, apreciábamos cómo la familia se volcaba con nosotras. Nuestras tíes se organizaban para llevarnos de paseo, al cine, al campo, a nuestras actividades extracurriculares, nos regalaban libros, juegos y cuentos. Agradecía su atención, pero yo me sentía colmada y asustada, necesitaba externalizarlo, pero no sabía cómo,

así que me mostraba permanentemente feliz. Aparentando no darme cuenta de lo que pasaba a nuestro alrededor.

Pero el miedo me inundaba al subir a nuestra casa, cuando necesitaba algo que se me había olvidado.

Oía nuestras voces en la cocina y el pasillo, recorría las habitaciones reconociendo nuestros olores, abría las puertas con agresividad, creyendo que así podría capturar escenas que ya había vivido en cada estancia. Hasta que poco a poco la desazón iba brotando dentro de mí, convirtiéndose en tristeza. Una tarde subí con prisa para coger calcetines. Abrí el armario y caí de rodillas al ver que mi tía, quien mantenía la casa intacta y me ayudaba con los deberes, los había doblado dándoles formas de diferentes caracoles, justo lo que habíamos estudiado en la lección de la tarde anterior. Además, los había colocado en una caja en posiciones muy graciosas, como si escaparan. Aquella muestra de ternura me provocó una estruendosa carcajada que después derivó en angustia, lloré anegada, observando la familia de caracoles como metáfora de la mía.

No sé si mi hermana iba a ver a mi madre, si fue porque se acercaba la Navidad o para que me despidiera de ella, pero, aprovechando que mi tío trabajaba de celador, organizaron un encuentro entre ella y yo, a solas.

Seguí los pasos de mi tío mientras sentía cómo en el cerebro me crecía una luz roja de alerta que emitía un sonido grave, sumergido, casi ancestral. El fulgor iba acompañado de diferentes variedades de helechos, plantas trepadoras y vegetación amazónica, en contraste con aquellos pasillos laberínticos, que eran sombríos, estaban vacíos y olían a metal. El horizonte de mis ojos aún no alcanzaba la línea de azulejos marrones feos que dibujaban una cenefa en la pared. Me imaginé buceando en agua turbia. Me sentía inquieta y atrapada. En

un quiebre abrupto e imprevisto entre los túneles, mi madre me esperaba.

Sentada en una silla de ruedas, tenía un gotero conectado al cuello que casi le impedía moverlo. Su sonrisa gélida, congelada, me paralizó internamente, pero la experiencia me permitía improvisar.

—Hola, mami, ¿cómo estás?

—Hola, Sakia, por fin...

—...

—¿Cómo estás en casa de les tíes?

—Bien.

—¿Cómo vas en el colegio?

—Bien.

La curva de su cuello de cisne era ahora compasiva; el dorso de las manos, cableado con venas como raíces azules que se movían como si estuviera tocando un piano, aunque permanecían quietas sobre su regazo; las cuencas de los ojos, como pozos donde una pudiera asomarse, me invitaron, ajenos a su voluntad, a que lo hiciera, mientras manteníamos una conversación banal, típicas preguntas, tópicas respuestas. Un diálogo estándar entre dos personas rotas que coincidían en un mismo lugar, pero procedían de planetas infinitamente distintos. Al fondo de aquellos pozos no encontré la oscuridad desgarradora que esperaba, sino dos gemas verde oliva del Mediterráneo, veladas por la medicación y la distancia. Había elegido para la ocasión un elegante batín de seda violeta y unas zapatillas de toalla, con la suela del grosor de una pestaña.

Fui ampliando mi vista panorámica y la presencié de manera menos fragmentada, registré la concavidad de los hombros como acantilados, y su cuerpo huesudo como una extensión de la silla de ruedas. Junto a su trono, advertí la comida cristalina, unas gotas que

desembocaban anémicas en una vena, que iba directa a sus raíces. Me pregunté si en ese agua encapsulada sobrevivirían peces, esponjas y los corales de mi planeta, porque de lo contrario no sería apta para la vida. Entonces mi tío, de improviso, apremió para que me despidiera de ella, previo beso en la mejilla hueca y la posterior sonrisa triste y resignada con la que me recibiera.

Presa del arretrato ajeno, caminé muda, esforzándome en no mirar hacia atrás mientras me adentraba de nuevo en los lúgubres pasillos de las entrañas del hospital. En mi interior, como las gotas de suero en sus raíces, lánguidas lágrimas desembocaban en un océano abisal.

Se me grabó para siempre la visión de mi primera imagen de la muerte. Aquella visita fue causa y consecuencia de un nuevo estado, una nueva forma de percibirme dentro de mí.

Necesitaba compartir el miedo sensorial bajo mi piel al ver a mi madre tan deteriorada, pero recibí miradas de cariño, sin maldad, que me invitaban a guardar silencio. Lo importante, capté en ese mudo mensaje, era no mostrar vulnerabilidad, como forma de cuidado hacia los demás.

3

El padre

Una mañana de verano, cuando tenía seis años, fui de excursión con mi familia y unos amigos a la isla de Tabarca. Varias criaturas jugábamos embadurnadas de crema hasta las cejas, cuando alguien propuso dar un paseo hasta las rocas y cruzar a la cala de al lado. Caminamos en hilera, por entre rocas abruptas que formaban pequeñas pozas de agua. Me sentía pletórica y me fascinaban mis sandalias playeras de lunares con brillantes, que al mojarse en el agua transformaban los círculos en piedras preciosas refulgentes, como un tesoro; brillaban tanto que me obligaban a entornar los párpados.

Atravesando una de las charcas noté cómo algo aterciopelado y carnoso se me aferraba a la pierna con fuerza, algo resbaladizo y musculoso se me había pegado, pero pesaba más que un alga. Un pequeño pulpo se entrelazó a mi espinilla. Era violeta y no muy grande, yo era muy pequeña y muy blanca. Tenerle pegado como una ventosa me produjo pavor y asco, me abrazaba con sus patas y tentáculos. Me quedé petrificada y berreé pidiendo ayuda. Sacudí fuerte la pierna intentando que el pulpito me soltara mientras mis xadres corrían hacia mí. Fue peor, soltó un chorrito de tinta negra que me embadurnó. Mi repugnancia aumentaba cuando Simón intentó despegarlo con suavidad. El pulpo se aferró con más fuerza,

y yo grité angustiada. Mi padre se arrodilló en el agua, me miró a los ojos, me abrazó mientras me arrullaba tarareando la nana con la que me dormía cuando era bebé. Y esperamos un rato meciéndonos, hasta que el pulpo se calmó y liberó por fin mi pierna.

Simón era un señor dubitativo y alargado como la sombra de don Quijote, usaba lentillas y gafas al mismo tiempo, porque apenas veía. Era, en esencia, volátil. Conseguía hacerse casi invisible cuando se asustaba, pero podía ser un verdadero tifón si tenía su trayectoria clara y algún obstáculo se interponía en ella. Si el estorbo era una persona, casi siempre solía ser él quien chocaba o pisaba, pero jamás pedía disculpas. Su naturaleza etérea le permitía caminar centímetro y medio por encima del suelo, le costaba tocar la realidad, parecía que siempre pendiera de dos globos invisibles que lo sostuvieran detrás de las orejas. A veces se convertía en una veleta que giraba caprichosa a merced de los vientos. O en un satélite que orbitaba sin planeta. Su mayor pasión era su misma pesadilla: las condiciones climatológicas. Lo mismo enmudecía ante la espectacular belleza de un atardecer, que se enajenaba despotricando contra el frío maligno. Lo endemoniaba que alguien pretendiera salir a la calle cuando, aunque no se viera una nube en el cielo, habían pronosticado posibles lluvias torrenciales.

Tenía cuatro *modus operandi* que, como direcciones meteorológicas de una brújula, solían desplegarse en diversas corrientes según las circunstancias. Para el Este se mantenía atento y con los ojos como soles escuchaba impávido y aprensivo si la conversación le interesaba; para el Sur reservaba la tormenta, y la furia de Zeus asomaba entre sus cejas; para el Oeste, asustado y enclenque, sentía nubarrones, y los somatizaba contrayendo rostro y torso; para el Norte era la felicidad eufórica, la exaltación extrema de la vida, cuando la luz regalaba los colores del arcoíris. Entonces

rebosaba bienestar y parecía convertirse en un cohete que, expectante y entusiasmado, esperaba una señal para subir muy alto y estamparse en el cielo como una frondosa y pirotécnica palmera.

Volaba, ondeaba, planeaba y nunca sabías si ascendería tan alto que no sabría volver o si, por el contrario, caería en un terrible dramatismo al no detectar hacia dónde se dirigían de nuevo las corrientes. Era magnético porque inventaba cuentos, poesías, adivinanzas y canciones, se pasaba la vida haciendo pasatiempos. Lo ilusorio, las letras, las palabras, actuaban como imanes que le atraían al suelo, eran sus únicas pistas de aterrizaje, solo así lograba posarse y permanecer concentrado un rato.

Siempre en bicicleta, Simón era quien nos llevaba y recogía, quien me leía los cuentos que yo elegía en la biblioteca, hacía dibujos para que los colorease, jugaba a coger palitos, ramas y hojas con los que hacer collages y me acompañaba en las salas de espera. Yo era la única niña en ballet que con cinco años se vestía sola, para que él no entrase al vestuario de la academia de danza. Las otras madres me miraban con pena; aunque a mí ser autónoma me divertía, nunca las envidié, porque pronto asumí como normal que nosotros siempre fuésemos un poquito diferentes.

Mi padre lee y escribe sin parar sobre prehistoria, vida rural, ciencia ficción. Es un maestro para poner palabras a las emociones. En los años setenta, antes de que llegáramos mi hermana o yo, acostumbraba a sentarse a escribir con música clásica, media copa de coñac y una caja de cigarrillos Rex, pero lo dejó *ipso facto* el día en que mi madre le contó que estaba embarazada de Elvira; desde entonces es diametralmente opuesto, odia el tabaco, es abstemio total.

Un susto

Apenas unos días antes de ver a mi madre como Miss Catrina, el ambiente en casa era gris espeso y rezumaba una tristeza inquietante. Lourdes todavía no había sido ingresada, pero ya apuntaba rasgos de incomodidad fisiológica. Tumbada en la cama, apenas podía incorporarse por sí misma. Mi hermana intentaba entretenerla leyéndole. Mientras, yo deliraba en mi cuarto con mi padre, que me ponía paños húmedos en la frente y en la espalda. En la pared derecha de la habitación, tenía un póster en blanco y negro que me encantaba. Una bailarina con moño y tutú se ataba las cintas de sus zapatillas con elegancia. Empecé a ver cómo le cambiaban el vestido y el pelo al unísono.

—¡Ay, uf!... ¡No, no!

—¿Qué pasa, Sakia?

—¡No!, ¿es césped?... ¡Madre mía! ¡Ahora es de fuego!

—¡Qué dices, Sakia, no te entiendo! Tienes fiebre.

—No, es hielo... Ahora, ahora...

—No es nada, Sakia, te está bajando, paciencia.

—¿Eso qué es?... ¿Es esparto?... ¡Uf! ¡Ahora se está mojando! Es arena mojada, me estoy agobiando.

Aquel carrusel loco no paraba, y yo me sentía abochornada con la percepción de cada textura.

—Por favor..., por favor, explícaselo, idíselo tú!

—¿Qué, Sakia?, ¿qué dices?

—A mí no me hace caso, ipídeselo tú!

—¿Qué pido?, ¿qué quieres?

—¡Dile que se vaya!, ¡que me deje!, ¡que se vaya de mi habitación!

—¿Quién?... ¡Solo estoy yo, Sakia!

—¡La bailarina!... ¿No la ves?... ¡No me hace caso! ¡Yo no puedo más!

Mi padre no entendía nada. Fueron días delirantes que viraron a una fuerte otitis. Hasta que una mañana mi madre dijo encontrarse algo mejor, y, a pesar de que mi padre no se fiaba de que fuese cierto, se prepararon a toda prisa para llevarme a urgencias. Sentada en una silla de la cocina, entre fiebre, dolor y mocos, me asustó no reconocer mis propias piernas colgando. Como en un juego de espejos, las vi multiplicadas, fragmentadas, las sentí completamente ajenas.

No recuerdo más, tengo un agujero negro en la memoria. Después de aquello, lo siguiente que recuerdo es que, estando ya mi madre hospitalizada, la familia se reunió para celebrar un cumpleaños en casa de mis tíes. Todes les adultes estaban sentades en un corro a lo largo del perímetro del salón, mis primes y yo jugábamos en el centro, sentades en el suelo. Había mucho ruido. Pero me di cuenta de que mis tíes cuchicheaban entre sí, disimulando para que no me enterase. Intuí que hablaban de mi madre. Quise saber lo que decían, pero me sobrevino el pánico. Con dudas, me paré en el centro del salón e hice un *travelling* circular con la mirada.

Me desconcertó no oír, no entender, no encontré palabras en las voces, apenas un bisbiseo indescriptible, un dialecto murmurado e

indescifrable que me erizó la piel.

Meses después, ya con mi madre restablecida, mi padre llegó de la calle; me tropecé con él en el pasillo. Tenía el rostro lívido y traía un papel en la mano. Le seguí, ocultándome tras una columna del recibidor. Entró al salón y dijo algo a mi madre y a Elvira. Mi hermana se levantó de la silla, me pareció que quería huir de la situación, al salir bordeó la columna que llevaba a su habitación y nos dimos de bruces.

—Elvira, ¿qué pasa?

—¡Nada! Que dicen que se ha muerto un primo lejano de papá. —Y puso la cara fea que siempre poníamos para chincharnos la una a la otra.

Entré en el salón. Mi madre aún sostenía el papel.

—Hipoacusia severa profunda, bilateral neurosensorial —leyó mi madre—. ¿Cómo ha podido pasar?

—Puede que tenga alergia al ácido acetilsalicílico que lleva la aspirina.

—Hay que preguntar, tienen que asesorarnos qué debemos hacer. ¡Sakia no puede quedarse sin estudiar!

—No tiene operación, no recuperará la audición.

Reconocí mi nombre, pero no pude entender nada más. Llevábamos meses de peregrinaje por centros y doctores que me habían repetido mil audiometrías. Era tan pequeña que no se fiaban de mis respuestas, aunque siempre coincidían. Incluso me hicieron la prueba Bera, me durmieron completamente y colocaron electrodos en mi cabeza. Se confirmó que mi reacción inconsciente a los estímulos sonoros coincidía con lo que contestaba en las audiometrías. Antes, Lourdes y Simón probaban a llamarme de lejos, golpeaban puertas y arrastraban objetos para ver si reaccionaba a ellos. Me hablaban estando de espaldas, tapándose la boca,

probándome una y otra vez. Les alarmaba que pusiese la televisión muy alta, de repente no me interesasen los dibujos animados, o que me tuvieran que pedir que no hablara tan fuerte todo el rato.

Días después, estando en clase, sin anticiparme nada me llamaron del gabinete de orientación del colegio. Me dirigía al despacho cuando coincidí con Lourdes y Simón. Entramos en la sala.

La orientadora me hizo preguntas que no recuerdo mientras en mi cabeza sobrevolaban otras que no logré hacer. Me pidieron que volviese a clase, les aconsejaron que me sentase siempre en la primera fila y que no se alarmasen porque no habían detectado ningún retraso en mi aprendizaje. Les propusieron llevarme a un gabinete de audición y lenguaje. Nadie sugirió a mis xadres, y ellos no cayeron en la cuenta, que fuera conveniente ponernos en contacto con otras personas en la misma situación; o incluso que acudiésemos a una asociación donde tanto mis xadres como yo pudiésemos adaptarnos mejor a la nueva realidad.

Me llevaron al gabinete donde Sara, una logopeda muy simpática, con un despacho inmenso lleno de dibujos y móviles con objetos colgantes, esculturas artesanales y murales infantiles, me iba enseñando por medio de juegos distintas dinámicas para aprender a fijarme en la posición de cada fonema en sus labios. Sobre la marcha inventábamos cuentos, trabalenguas y a cada rato me enseñaba láminas con manchas de tinta simétricas, y me preguntaba qué imagen identificaba en ellas.

No tuve explicación sobre nada, ninguna conversación que redujese el miedo que aparentemente conseguía disimular. Mientras, proseguían las audiometrías, donde mi ansiedad se disparaba al entrar en aquella cabina oscura e insonorizada, que cerraban girando un enorme metal, como una escotilla. Yo permanecía quieta, aislada en un cubículo de paredes esponjosas y onduladas de color

pardo. La textura porosa, el color de la muerte y el aislamiento bullían con mi sinestesia, mientras desde fuera, alguien con bata blanca, me indicaba a través de la cristalera si debía colocarme una diadema especial que producía vibraciones en la frente y en el hueso temporal o los auriculares por los que emitían pitidos sonoros y listas de palabras odiosas.

Sabía lo que mis xadres necesitaban escuchar: «Sakia va a poder. Esta niña es fuerte, no tendrá problemas».

Y eso me propuse.

Sorda no, despistada

Había perdido el setenta por ciento de audición, pero ya tenía el lenguaje castellano bien asimilado. Era poslingüística. Aún conservaba restos auditivos, tenía buena memoria y podía disimular que oía mucho más de lo que en realidad escuchaba. Las técnicas de captación e interpretación de mensajes visuales y la lectura de labios con fluidez las fui perfeccionando lentamente y las mantuve durante años.

Mi contexto no había cambiado, me eduqué como oyente y entre oyentes, con la premisa fundamental de que yo también era *normal*, aunque un poco despistada. Dijeron que mi problema era que debía prestar más atención, porque el diagnóstico era *que no oía*. Pero nunca se pronunciaron las palabras «sorda» ni «sordera». Yo me centré en sobrevivir, en aprehender y copiar, sin titubeos, cuanto captaba de mi entorno. Y ser tranquila me daba margen para maniobrar con calma y dejando el entendimiento de las situaciones para un segundo momento, más personal e introspectivo.

En el colegio, pasé a sentarme en las primeras filas, junto a los compañeros que tenían problemas con otras necesidades especiales o quienes estaban en riesgo de exclusión social. Aprendí a leer los labios de frente, de perfil, hacia arriba, bocabajo; a interpretar las expresiones, los gestos, las composturas; asimilé sin dificultad que

las personas *diferentes*, algo extrañas, incomodan al mundo. Pronto me di cuenta de que se expresan mensajes orales con palabras, pero lo verdaderamente importante es lo que no se dice, las acciones espontáneas, los ademanes y lo que ocurre en los músculos del rostro, los movimientos de las manos y la posición del cuerpo.

Durante esos años, viví sensaciones enfrentadas. Con mi padre improvisaba juegos en los que no mediaban las palabras. Representábamos escenas con mímica y una gestualidad física y facial copiada de Marcel Marceau. A solas, mientras llegaba nuestro turno en una sala de espera, mi padre se ponía en pie y caminaba ampulosamente, se sentaba de perfil con aire distinguido y esperaba aburrido hasta que alguien se dirigía a él. Cuando el supuesto camarero le servía, Simón, muerto de hambre, cogía un palillo y se abalanzaba sobre un plato minúsculo, pero, al ir a pinchar una oliva, esta salía disparada hacia algún lugar que lo comprometía, él disimulaba avergonzado la risa.

Me desternillaba con sus caras y propuestas, después le narraba todo lo que había visto. Y cambiábamos de turno. A veces, si había otros niños, veía cómo querían sumarse y lo hacían o me miraban con cierta envidia.

Al mismo tiempo, en casa, teníamos el teléfono en el comedor y cuando estaba cerca y notaba que estaba sonando, lo cogía y preguntaba: «¿Sí?» o «¿Quién es?», pero no podía saber quién era o qué contestaban. Al ser imposible que fuese para mí, esperaba que viniese alguien a responder la llamada. Lourdes no soportaba que no supiese quién era o con quién querían hablar, así que le pareció oportuno impartirme clases tuteladas para ser una perfecta recepcionista.

—A ver, Sakia. Cuando cojas el teléfono tienes que decir: «Hola, ¿de parte de quién?». A ver, dímelo a mí.

—Hola, ¿de parte de quién?

—Muy bien: presta mucha atención, estate atenta... Ahora voy a bajar al piso de abajo y voy a llamar, cógelo y me respondes como te he dicho, ¿vale?

Sonó el teléfono.

—Hola, ¿de parte de quién?

Solo sentía un murmullo ininteligible.

—¿Quién era? ¿Con quién hablabas? No he llegado a llamar porque el teléfono estaba comunicando.

—No... No lo sé...

—¡Sakia! Pero ¿cómo que no lo sabes? ¡Eso no puede ser! ¡Tienes que saber quién es! ¡Es que no prestas atención! ¡Vamos! ¡Pégate el teléfono al oído y a ver si sabes quién llama! ¡No vamos a terminar hasta que no me digas quién es!

Bajaba otra vez al piso de abajo, volvía a llamar de nuevo. Notaba la vibración del teléfono.

—Hola, ¿quién es?... No, perdón... ¿De parte de quién?

De nuevo un bisbiseo indescifrable para mí.

—Sí, ya se pone.

—¿Quién ha sido?

—No... lo sé...

—Pero ¿cómo que no lo sabes?

—...

—¿Qué te pasa?

—¡Que... me duele el oído... de apretarme tanto el teléfono!

—Anda, vete, pero ¡mañana probamos otra vez! Esto tienes que aprenderlo. ¡No vamos a parar hasta que lo consigas, Sakia!

Yo me iba presa de un ataque de nervios muy bien disimulado, odiaba el teléfono, me odiaba a mí misma y odiaba saber que al día siguiente se repetiría el suplicio. Las clases duraron unas semanas,

hasta que cogí fobia al teléfono y ser una buena recepcionista ya no fue necesario.

Lo cierto es que poco a poco iba desarrollando cierta aversión al ruido. No identificaba los sonidos que me rodeaban y cada vez me sentía más en paz, cuando estaba inmersa en mi burbuja protectora.

Por otro lado, tuve suerte, desde niña me apasionaba el dibujo, la pintura, hacer collages, amasar el barro..., así que con cinco años sabía que lo mío era el arte. Mezclaba materias, creaba colores, pegaba texturas y, mientras lo hacía, me olvidaba del mundo. Por suerte, esta afición camuflaba en parte la verdadera razón de que siempre estuviese un poco o bastante fuera de juego, que no despistada.

Durante la adolescencia más temprana, Blas, mi primer gran amigo, solía bromear diciéndome: «¡Abuelaaaaaaaaa!, ¿quieres que te traiga la trompetillaaaaaaaa?». Ante la estruendosa carcajada general, yo también me reía porque Blas era totalmente inofensivo, nos queríamos de verdad, pero tenía que fingir que la broma no me dolía. Las pocas veces que iba a bares o discotecas, rara vez conseguí pasar del umbral. Eran momentos superestresantes: me ardían los oídos con la música estridente, y le temía a la penumbra que me impedía leer labios, y me sentía amorfa y ridícula cuando alguien me hablaba al oído y tenía que improvisar una conversación sin saber sobre qué iba.

No disfruto de calidad en lo sonoro. El sonido para mí es ruido, y dentro de él, concretamente en la música, existen dos géneros: un ruidillo tolerable que a veces incluso transcende a disfrutable; o ruido rupturista y liberador, el que sirve para mudar la piel, como si fuera un rito de paso, se muta con él. Lo uso para bailar. Permite mirar al antiguo estado cuando ya te sientes diferente.

En casa mi padre y mi hermana eran de oídos y voces

prodigiosas, les dos cantaban, tocaban instrumentos, eran sibaritas de bandas sonoras de pelis de culto. Yo me contentaba con tener un marcado sentido del ritmo y percibir algunas frecuencias graves, nunca las agudas. Capto las voces graves como hojas de papel de periódico arrugadas, pero no tengo ni idea de qué dicen. Y la sinestesia me facilita texturas y colores. Hay voces-colores que me resultan agradables, me atraen, es cuestión de que pase un poco de tiempo con la persona, que empiezo a verlas. Pero otras voces-colores son indescifrables, como rayajos pintarrajeados sobre el rostro de una fotografía antigua.

Desde que perdí la audición soy adicta al silencio, pero mi entorno siempre fue muy purista y musical. Una vez estábamos en el salón de casa; mi padre leía y escuchaba música clásica mientras yo dibujaba un puercoespín con patas de flamenco. Simón miró el reloj y balbuceó que tenía que ir a la cocina para preparar la comida. Pidió que *prestase atención* a la música. La obra, me explicó, se llamaba «El río Moldava» y describía su recorrido por la República Checa. Me contó que comenzaba con el nacimiento en sus fuentes y luego iba cruzando bosques, llanuras, hasta llegar a una cascada. Yo, que hasta entonces no me había dado cuenta de que sonaba, empecé a visualizar aquel manantial de agua con caracolillos circulares, las corrientes, y cómo poco a poco el caudal se engrandecía convirtiéndose en abundantes arroyos que presagiaban la inminente caída. Abrumada, me quedé sopesando la posibilidad de que los cristales de las ventanas explotasen y fuésemos arrastrados por una gran riada. Tanto me sugestioné que antes de ahogarme en mis propias lágrimas, fui corriendo a buscarle:

—¡Papá!, ¡papá!, ¡papá!

—¿Qué pasa, hija?

—¡Que... que está bajando mucha agua y...! ¡Y yo no puedo

hacer nada para frenarla!

Menos mal que ni se rio ni se enfadó, fue consciente de que había sobredimensionado su explicación.

Desde entonces escucho música para esforzarme en prestar atención y así entrenar la mínima audición que me queda. Ahora ronda el siete por ciento. Me esmero en construir una memoria auditiva que me permita saber si una música me gusta o no y por qué. Nunca puedo fiarme de cómo la escucho por primera vez, porque no sé qué suena ni qué relación tiene con lo que percibo. Si estudio la letra puedo escucharla, necesito las imágenes que nacen de ella o de la persona que canta para poder entender el sonido que oigo. Las imágenes son anclas, referencias para interpretar lo que percibo. Pero todo lo demás, toda música que no sea clasificable dentro de estas dos tipologías básicas que he descrito, es ruido. Ruido invasivo que intento ignorar. Para mí, el esfuerzo mental que debo hacer para permanecer en un lugar donde existen varias fuentes de sonido resulta estresante. Primero, tengo que desentrañar los sonidos. Segundo, disociarlos. A menudo se desata una batalla interna entre la contaminación acústica y mis posibilidades en ese instante, para saber qué está ocurriendo a mi alrededor. Debo regular mi irritabilidad, porque me mareo, me dan escalofríos, se me revuelve el estómago y me entran ganas de vomitar. Me siento expulsada del sitio, de la conversación, de las circunstancias. Nunca podré saber si esto ocurre porque la piel actúa a modo de membrana que absorbe las vibraciones, como una esponja, o si la mezcla de todo ello con la sinestesia me juega una mala pasada. Durante la adolescencia, solía preguntarme angustiada: «¿Por qué les demás sí pueden y yo no?».

Vivía entre conversaciones que me interesaban y no entendía, mensajes dirigidos directamente a mí que no lograba decodificar en

ese mismo instante o situaciones que giraban en torno a un estímulo sonoro. De repente, alguien formulaba las fatídicas y típicas preguntas: «¿Oyes cómo entran los trombones?», «¿Y el canto de ese martín pescador?», «¿No oyes ese pitido?», «Me encanta esta canción, ¿a ti no?». Evidentemente, no o no lo sé. Pero dependiendo del ambiente, me gusta preguntar y saber qué suena o de dónde viene el sonido, para imaginarlo a mi manera.

Para más chispa padezco misofonía, no puedo tolerar sonidos específicos, porque resultan muy dolorosos e indigeribles, me causan una reacción emocional demasiado intensa e insoportable. Me resultan insufribles los golpes del metal de los cubiertos contra el plato, la batidora, los aplausos, la taladradora, cualquier máquina de limpieza, gritos, algunas formas de estornudar. Y este trastorno también lo padecen Simón y Elvira. Mi debilidad auditiva proviene de un linaje. Mi abuela paterna se fue quedando sorda veinte años antes de morir. Mi padre, siempre de oído exquisito, poco a poco va percibiendo menos sonoramente y adoptando, cada vez más, patrones visuales para entender las cosas. Elvira va por su octava otitis en los últimos cinco años.

Además de la inquietud artística, en casa nos inculcaron que la libertad solo podía conquistarse estudiando. Y lo hice: me aferré a esa idea y estudié cuanto pude para demostrarles, y demostrarme a mí misma, que yo también valía.

En el colegio, mis notas no bajaron nunca. Disimulaba bien, solo me atoraba con los dictados y las matemáticas, cuando los profesores se tapaban la boca al dictar o se giraban hacia la pizarra, dándonos la espalda, cuando explicaban problemas y operaciones.

Con quince años quise entrar en el bachiller artístico, mi padre y yo pasamos por una dura prueba que nos dejaría mella. Nos presentamos en el lugar adecuado para solicitar el certificado de

discapacidad, algo que nos había aconsejado alguien cercano, porque podría respaldarme en alguna situación conflictiva. Para conseguir el documento necesitábamos hacer un trámite.

Nos atendió una señora con aires aristocráticos que, tras explicarle mi situación largo rato, exponerle mi bagaje y presentarle los informes de todas las pruebas y audiometrías, con cierta soberbia sentenció:

—Si en los estudios va bien y no hay indicios de requerir apoyo psicológico, no se le concede el certificado de discapacidad.

Mi padre y yo, desconcertados con el fallo, nos sentimos indignados. Yo no daba crédito a que ese fuese el resultado de mi sacrificio, penalizar de alguna manera tanto esfuerzo por mi parte. Pero Simón, que parecía haber envejecido quince años de golpe, a raíz de aquellas palabras, se puso de pie, enclenque y desgarrado, y con lágrimas resbalándole por las mejillas levantó el dedo índice y respondió:

—¡Ojalá usted nunca se encuentre en una situación como la nuestra! Y le digo, como padre, que deseo sinceramente que no tenga que ver a su hija en una lucha continua por su supervivencia.

Tomé conciencia por primera vez de la crueldad que podía darse en la Administración; y la imagen de mi padre, roto ante la situación, se me quedó grabada en la mente.

Entré en la Escuela de Arte de Murcia, donde saqué todas las pruebas adelante con ahínco y sin despistarme un segundo. Solo hubo una excepción en las pruebas de *listening*, en inglés. Pero mi padre explicó «mi problema» y este no fue impedimento para el acceso.

Con esa edad, me aproveché al máximo del *pavo* que tenía la mayoría de mis compañeros, así que nunca faltaba a clase, intentaba participar siempre y me tomaba todas las asignaturas en serio,

organizándome a conciencia para sacar las mejores notas posibles. El profesorado me tenía estima, aunque fuese tímida y huidiza por naturaleza.

En el último curso de bachillerato, entre los dieciséis y los diecisiete años, me apunté los viernes a un estudio de arte en Murcia capital, donde una docente y artista me preparaba para aprobar el examen de ingreso en la Facultad de Bellas Artes de la Complutense de Madrid. Allí cada año se presentaban mil alumnos de los que seleccionaban a doscientos cincuenta. Se me formaba una bola de plomo en la garganta con la posibilidad de no conseguir entrar. Como recompensa después de las sesiones en el estudio, y ya que estaba en la ciudad, aprovechaba para ir al cine Centrofama, el único en versión original, donde podía ver películas subtituladas.

La hora y media que pasaba en la sala de cine era única y exclusivamente para mí, formaba parte de mi autocuidado, me sentía en un espacio seguro. Allí aprendía, exploraba y sentía, sin exponerme. Me encantaba encerrarme en la sala, acariciar el terciopelo burdeos del asiento y percibir la pantalla, alejada del ruido de la vida. Desde la butaca, no tenía que esforzarme en relacionarme con otras personas, me fascinaba conocer historias, adentrarme en otras vidas, explorar atmósferas, observar las interpretaciones. En aquel cine vi películas que me cambiaron como *El hombre elefante*, *Metrópolis* o *Una historia verdadera*.

Mi *persona libro* favorita

Desde que mi hermana y yo éramos muy pequeñas, las tareas de orden y limpieza en casa eran importantes y estaban organizadas. Durante los periodos en que no teníamos clases pero mis xadres seguían trabajando, cada mañana mi madre nos dejaba la lista de quehaceres y recados que debíamos hacer. Con ocho y catorce años éramos responsables con las cosas serias, pero rebeldes y holgazanas con las que nos parecían que se podían disimular. Para asegurarse de que nos despertábamos y nos poníamos en marcha, a las nueve y media de la mañana Lourdes nos llamaba por teléfono desde el trabajo. Aun así, acostumbradas a madrugar como estábamos, aquello de quedarnos en la cama un rato más era un dulce prohibido y delicioso que nos llevó a desarrollar un pacto de silencio, un secreto blindado con apretón de manos y saliva, algo que nos mataba de asco y risas, y que siempre acababa en una carrera histérica por entorpecernos con zancadillas, trampas y cosquillas para conseguir alcanzar la primera el grifo.

Elvira atendía al teléfono y decía que sí a todo lo que dictaba mi madre, pero después, zombi y adormilada, venía a mi cama para despertarme, no insistía nada y terminaba por acomodarse a mi lado. Tiempo después nos despertábamos sobresaltadas por la hora y el hambre, nos encantaba desayunar como «personas mayores»,

cada día una cosa diferente. Experimentábamos con galletas y mantequilla, tostadas de sobrasada y queso al horno, yogur con macedonia de frutas... El tiempo se dilataba cuando estábamos juntas; vivíamos con intensidad no hacer nada porque nunca podíamos vagar tranquilas. Pero el trato tenía un límite: la una, apenas una hora de margen antes de que regresase Lourdes. Leíamos la lista y ya arrebatadas negociábamos qué llevar a cabo cada una. Pasábamos de vegetar a limpiar frenéticas la casa. De contemplar la mañana como un alga en un arrecife a manipular histriónicamente la escoba, el trapo, las camas, la mopa, los platos. Comprar el pan, poner la mesa, reponer la jaula de Hippie, el canario que teníamos.

Casi siempre nos daba tiempo y, cuando Lourdes llegaba, la casa relucía, y Elvira y yo leíamos angelicalmente en nuestras camas. Todo estaba en orden, brillante y con aromas químicos. Pero un día Lourdes llegó de imprevisto y nos pilló viendo en la tele *Vacaciones en el mar*. Su cara de desconcierto fue tomando matices de violeta, hasta que desembocó en furia. Nos echó un broncón desmesurado. El miedo y la situación nos obligaban a guardar silencio y a buscar un punto fijo en el suelo. Recuerdo percibirle el pellejo verdoso a mi hermana, mientras que yo transitaba gamas amarillentas. Nos castigó sin salir de casa en todo el día y a tener la comida lista en una hora, para cuando llegase nuestro padre.

Mitad compungidas, mitad con espíritu constructivo, nos propusimos hacerles la mejor comida que pudiéramos, pero entre nervios, inexperiencia y que nos partíamos de la risa con lo que le pasaba a la otra, aquello fue un auténtico desastre. Quisimos recrear una cita romántica en nuestro balcón, hicimos tarjetillas con sus nombres y yo, con un paño colgado del brazo, iba sirviendo lo que mi hermana, loca y fuera de sí, emplataba en la cocina. Ella me

chivaba lo que contenía cada plato.

—De primero, tenemos ensalada de arroz y huerta murciana.

Habíamos volcado todas las verduras que nos parecía que iban bien para una ensalada generosa y refrescante. Aquello era un batiburrillo extraño con manzana, arroz, calabacín, olivas y pimientos verdes.

—De segundo, les ofrecemos *voshue...*, *zapi...*, y *tasquecro...*

No pude aguantarme la risa al recordar el instante anterior en que a Elvira, al freír dos huevos y querer pasarlos con la espátula a los platos, se le habían dado la vuelta quedando espantosos. Le pregunté desconcertada:

—¿Esto qué es?

—Pues... huevos del revés...

—Vale, vale. Pues son... ¿*voshue*?...

Nos miramos tratando de aguantar la risa y corrimos a escribir las sílabas cambiadas para que yo las memorizara. Se nos ocurrió que lo más coherente para salir del entuerto era presentarlo todo invertido. En el horno habíamos hecho pizzas pequeñas del tamaño de galletas, así que las volteamos bocabajo. Por último, Elvira había frito cuatro croquetas que se le habían espachurrado, mezclándose la bechamel de dentro con el rebozado. Nos vino de perlas servirlo todo cambiado, solo queríamos conseguir el perdón de nuestra madre. Y lo conseguimos, Lourdes se relajó. Pero en adelante, cada mañana antes de irse, desenchufaba la televisión de la antena y la corriente. Nunca nos atrevimos a conectarlas por miedo a que hubiese trampas para pillarnos que conllevaran nuevas represalias.

Elvira fue primero mi compañera de vida. Mi referente, la persona a la que admiraba sin saber que lo hacía. Después, poco a poco y con el tiempo nos convertimos en amigas.

Una tarde hablando en el baño, cuando ella tenía dieciséis años

y se maquillaba, mientras la observaba desde el depósito de la cisterna, le pregunté:

—Oye, ¿y cómo es besarse?

—Es raro pero interesante, es... como comerte tu helado favorito.

Visualicé aquello tratando de coger confianza para cuando me llegase la oportunidad.

—Pero... y... ¿Cómo sabes cuándo es el momento?

—Eso lo decides tú, si quieres que pase..., solo tienes que mirarle a los labios... y... esa es la señal.

—Pero... ¿y yo qué hago?

—No, no, tú no... Pues a lo mejor tú puedes hacerlo al revés. Como lo normal... es mirarse a los ojos y..., cuando quieres besar a alguien..., mirar a los labios, pues... tú miras a los labios... y cuando quieras besarte le miras a los ojos. Sí, iya está, eso es!

A mí aquello no me convenció del todo, pero, como sabía que me faltaban mil años para vivirlo y la propuesta venía de mi hermana, la acepté, como aceptaba todo lo que viniera de ella, solo porque era ella.

Me encantaban los sábados después de comer, cuando entraba el sol en el comedor y los azulejos color perla se coloreaban ambarinos. Lourdes y Simón se sentaban a leer, Elvira y yo les imitábamos. Ella leía libros de misterio, a mí me encantaban todavía los de El barco de vapor. Cada uno teníamos en el regazo un cuenco, y una bolsa de pipas pasaba de mano en mano. Casi siempre era Lourdes quien daba la orden de parar y entonces las tres nos reíamos, y Simón apuraba las que le faltaban mientras quedaba prácticamente sepultado por un cerro de cáscaras que sostenía en su pecho y que le llegaba a la barbilla. Entonces mi padre rezongaba porque habíamos comido demasiadas y hasta el próximo sábado que

comprase de nuevo no le iban a quedar suficientes para pasar la semana.

El afán por la lectura y el estudio con el que fuimos creciendo, lo trasladé a personas también. E hice una fusión que todavía hoy sigue siendo parte de mi escudo. Inventé un recurso que llamé para mí misma las *personas libro*. Aquellas con quienes consigo conectar. Las conozco, exploro su universo particular, confío y aprendo a leerlas, a interpretarlas de tal forma que terminan siendo guías muy claras para mí. Igual que se acude a una enciclopedia para aprender el significado de una palabra, recurro visualmente a esta persona y voy leyendo en sus expresiones, su estado de ánimo, sus gestos y reacciones qué está pasando a mi alrededor, qué debo hacer y cómo reaccionar en cada caso. Mis *personas libro* me dan la posibilidad de plantearme cómo quiero proceder, son mapas que me ayudan a entender la travesía, manuales de comportamiento que facilitan conectarme al medio sonoro que me rodea y que, sola, no puedo digerir.

Mi *persona libro* por excelencia y antonomasia no podía ser otra que mi hermana. Con destellos parecidos a la naturaleza de Lourdes, siempre ha sido una fiera frágil de potencialidades casi superdotadas. También hay algo que define su retrato: no puede dormir por las noches.

Elvira quiso ser actriz y se adentró en el universo de los focos y la purpurina. Pero se cansó, se sentía un títere hueco, cuando paradójicamente sentía demasiadas cosas por sí misma. Así que se plantó y decidió situarse justo en el lado inverso, el de la dirección, la dramaturgia y la mirada externa. En la creación de contextos y situaciones. Desde ahí, es diestra en orquestar toda abundancia de sentires.

Siempre me pareció esbelta, de cara angulosa y hombros con

forma de llave ortográfica. Daba la impresión de que ellos la guiaban, la llevaban y traían ajenos a su voluntad. El resto del cuerpo, con mayor o menor premura, la acompañaba, pero el objetivo de sus hombros era agrupar al resto de los órganos, como si estos solo fuesen elementos específicos dentro de un mismo conjunto. Tenía algo de medusa porque los hombros imponían su centro, su motor, forzando que sus piernas y brazos no fueran más que un apéndice.

Tenía dos formas muy rotundas de desplazarse. Si lograba dormir más de cuatro horas, lo sabías, porque sus hombros dirigían la marcha con diligente elegancia, y el resto del cuerpo obedecía con un mínimo desfase. Creaba una estela enigmática y misteriosa. Entonces te observaba, te escuchaba, te ayudaba, te sentía; a pesar de que nunca sabías qué tramaba su mente, sabías que estaba de buen humor. En esas era la persona más divertida y graciosa del planeta. Pero cuando no llegaba a las tres horas de sueño, sus hombros se veían abotargados, compactos. Y brazos y piernas los acompañaban deslavazados, con somnolencia y alicaídos, desconectados. Ahí estaba blindada, no veía, no atendía y parecía imposible que algo externo le permitiese salir o entrar de su propio mundo. Necesitaba ayuda, pero no te la iba a pedir ni te iba a dejar ofrecérsela.

Ella era mi libro favorito, porque en su rostro y hombros había aprendido a saber cómo interpretar qué pasaba a mi alrededor. Levantaba la ceja, tragaba saliva, respiraba, se le erizaba la piel de la nuca, se afilaban sus pómulos o le cambiaba el color de las encías... Esa información era para mí más valiosa, rápida, contundente y precisa que las palabras. No me recordaba a mí misma en la etapa de oyente, pero al mirarla podía reaccionar como se esperaba o aislarme de lo que me rodeaba. A mis ojos, Elvira se

transformaba en manual, libro de instrucciones o la partitura necesaria.

Una vez, cuando ya éramos mayores, yo debía levantarme temprano para ir a casa de nuestra tía, despertar a nuestras primas pequeñas, prepararles el desayuno y acompañarlas al cole. Eran las seis y media de la madrugada, ya me había vestido y estaba parada en mi habitación cogiendo las últimas cosas. De repente, se abrió la puerta creando un huracán de confusión y apareció mi hermana, con el rostro alelado cuarteado por las sábanas y el pelo enmarañado. Yo también estaba soñolienta y me giré al mismo tiempo para salir. Vi a Elvira amarrada al marco, tenía los ojos fijos mirando a conciencia hacia el hueco de mi cama. Duró tanto que dudé de si realmente yo no estaría allí y quizá me hubiese desdoblado. Permanecimos así varios segundos, las dos mirando las sábanas revueltas. Hasta que decidí moverme y dije:

—Creo que estoy aquí.

Ella pegó un brinco y se puso a chillar sin parar:

—¡Ayyyyyyy, qué susto!

Nos quedamos noqueadas a las siete de la mañana. Venía a despertarme por si me había dormido, pero le dio un vahído al levantarse con tanta urgencia.

Elvira también era mi máximo referente de éxito. Nos separan seis años, así que nunca coincidimos en la misma etapa vital. Mi admiración hacia ella surgió de forma natural. Mientras yo era una niña, ella entraba en la pubertad. Compartía conmigo sus cambios corporales, con chulería de hermana mayor. De adolescente, se declaró entendida en moda. Después fue una joven exquisita con inquietudes intelectuales que vivía sus primeros amores. Pero lo más importante para mí era que ella oía.

Elvira era perfecta y divertida. Me flipaban sus excentricidades,

sus ocurrencias, sus intensidades. Tenía amigas, carisma, criterio y picardía. Al ser la mayor abrió puertas en cuanto a ganar derechos y libertades en la rígida educación que nos proporcionaban Lourdes y Simón. Ella se quedó sola en casa el verano que nos fuimos a la playa, viajó a Oxford para estudiar inglés, se abrió camino para ser actriz, se hizo un piercing en la nariz, trajo a un novio a casa, quiso estudiar fuera. Ganó batallas contra mi madre, en una casa donde cualquier mínimo paso que se saliese de las estructuras mentales de Lourdes suponía una cruzada abierta. Yo estaba demasiado ocupada en sobrevivir sin hacer ruido, pero una victoria de Elvira significaba mayor margen de maniobra para mí; yo legitimaba sus necesidades, aunque no las entendiera, porque luego vendrían las mías.

Crecimos siendo confidentes, pero con tanta diferencia de edad teníamos algo de hijas únicas. Nuestros xadres tenían las expectativas muy altas con Elvira. Le exigían sus propias proyecciones sobre ella y, dado que Elvira tenía herramientas y potencialidades para lograrlo, puso el baremo altísimo. Algo que fue positivo para mí, me obligaba a esforzarme al máximo, pero nos consideraron «iguales», tanto en esfuerzo, logros y aspiraciones como a nivel de autoestima y emociones.

Los sábados por la mañana mi padre ensayaba en el coro municipal del pueblo desde su juventud, era fanático de habaneras, partituras renacentistas, barrocas y contemporáneas u obras clásicas como el *Carmina Burana* de Carl Orff, el *Réquiem* de Mozart o *Gloria* de Vivaldi. Para él era un deleite incuestionable que empezó a gozar con mi hermana, cuando ella con siete años entró a formar parte del coro infantil. Elvira tenía una voz y un oído excelentes, iba a clases de piano y violín, hacía amigas instantáneamente. Cuando yo cumplí los siete, mi padre quiso lo mismo. En su fervor no cabía mi situación, aguanté años en el coro hasta que entendió que el hecho

de que yo no quisiese continuar no significaba que lo abandonase a él. Yo no podía entonar, no distinguía las voces de mis compañeras, no disfrutaba cantando. Pero los años que libré esa batalla estuve obligada a acudir, así que aprendí solfeo, ritmo y sensibilidad musical, desesperada porque lo que quería realmente era aprovechar para dormir más o ir al mercado. Lo que fuera para salir de aquella sensación de ser de cartón.

Mi madre había pertenecido a un grupo de guías *scout* en su juventud. Cuando Elvira cumplió los trece la inscribió para que fuese a campamentos cada verano. Mi hermana regresaba feliz, con una trenza de hilos de mil colores colgándole a un lado de su melena y pulseras en las muñecas, y habiendo aprendido muchas cosas, se hacía la chulita mostrándomelas. Había hecho amigos, conocido a gente de otros sitios y sabía nuevos juegos. De igual forma, cuando yo cumplí los trece, Lourdes me inscribió también. Pero mis circunstancias eran diferentes, yo tenía pánico a ese día en el que empezaba el campamento, a tener que hacer amigos, estar entre extraños, adaptarme a situaciones espontáneas e incómodas que no sabía gestionar. Me daba miedo enfrentarme a lo nuevo, pero los intentos para convencer a Lourdes de que no me inscribiese no dieron fruto. Y, durante los próximos cinco años, cada verano me iba una semana, después quince días, cada vez más lejos. Allí, me concentraba en organizarme para sobrevivir a noches oscuras de cánticos alrededor de la hoguera, juegos por equipos que no entendía, comidas en barracones metálicos donde el griterío hacía que se me saltaran las lágrimas, excursiones, buscar piedras naranjas con los ojos tapados siguiendo las indicaciones de los compañeros de equipo, o el infierno del teléfono roto.

Poco a poco fui haciéndome más autónoma y segura, más estratega, nunca regresaba tan exultante como Elvira, pero sí

orgullosa de haber sobrevivido e incluso haber disfrutado a ratos.

La sensación continua de estrés, de alerta, de atención solo se relajaba teniendo cerca a mi *persona libro* favorita, con ella el mundo era mucho más amable y seguro.

Bellas Artes

Terminé en la Escuela de Arte de Murcia los dos años de bachiller y me trasladé, con diecisiete por fuera, pero en realidad siete por dentro, a Madrid. Quería estudiar en la Facultad de Bellas Artes de la Complutense. Mi hermana llevaba seis años en la capital.

Cuando llegué era sumamente infantil, demasiado inocente, muy ingenua. No era capaz de entender nada con absoluta claridad. Pero sabía protegerme y huía de las circunstancias y situaciones que me comprometían sensorialmente. Me conocía, pero sentía una distancia abismal entre quién era yo realmente y quién parecía ser.

A mi llegada, como quien entra en una estación de tren en un momento de máxima actividad, tuve que funcionar por primera vez de forma autónoma, sin el amparo del pueblo, ni de Lourdes y Simón. Desarrollé un miedo irracional, que más tarde supe que se llama «megalofobia». Me daba vértigo caminar por avenidas muy anchas, entre edificios enormes, parques inmensos, aulas monumentales para cien personas..., y acostumbrarme a los ruidos de una gran ciudad: silbatos en el metro, avisos amplificados en las estaciones, obras constantes, cláxones de coches, continuo trasiego de ambulancias.

Tardé mucho en amoldarme a no vivir siempre asustada. Fue difícil controlar sensorialmente el salto del pueblo a la gran urbe,

donde todo era impersonal por desconocido, gigante y ruidoso. En el pueblo era fácil tener referencias sobre cualquier persona, podía caminar tranquilamente por una calle solitaria, disfrutar del sol, el viento, la calma y el paso de las horas; en la capital andaba intranquila, con prisas, siempre con mil ojos o con la mosca detrás de la oreja por si alguien no tenía buena intención. La ciudad me obligaba a perder tiempo en desplazamientos, depender de paneles de información, defenderme en aquel hormiguero masificado. Mientras, me sentía responsable de que Lourdes y Simón estuviesen haciendo un gran esfuerzo económico para que yo también pudiese estudiar en Madrid.

En la facultad fui adentrándome y desplegando recursos con los que desenvolverme. Aprendí a no bajar la cabeza para tomar apuntes, conseguí escribir sin torcerme, localizaba mi ubicación perfecta en el aula en función de la metodología de cada docente en su asignatura, solía juntarme con compañeres discretos, que no faltaran a clase, repasábamos juntas los conceptos aprendidos, los ejercicios del día siguiente. Elegía las asignaturas según cómo las ejerciera la profesora o el profesor; lo primordial era asegurarme su accesibilidad. A veces, las cosas no salían como me hubiesen gustado y, tras una clase frustrante, en la que no había conseguido aprovechar bien el tiempo, necesitaba preguntar, algo avergonzada, cómo se escribía esa artista, obra, movimiento o proyecto para poder retenerlo en el papel y aprender a leer en los labios. Después iba a la biblioteca para saber más y tratar de encajar lo que había visto en clase con lo que decían las publicaciones.

Avanzaba despacio en el aprendizaje de las asignaturas teóricas, pero me desenvolvía con destreza en las prácticas. Hasta que conseguí equilibrarlas, adelantándome a lo que la o el docente explicaba. Leía, estudiaba, buscaba información de las técnicas

plásticas que me enseñaban para asimilar aspectos prácticos y estar segura de no saltarme ningún paso. Fue una etapa autodidacta en la que también aprendí a formarme y a aprovechar al máximo las clases. Me supervisaba y tutorizaba a mí misma para guiarme en mi aprendizaje, necesitaba buenos resultados.

En el primer curso encontré a Sofía. En la clase de Dibujo del natural coincidíamos al menos cien alumnos variopintos, disgregados por el aula con forma de anfiteatro griego. Pero para mí, recién llegada y con un fuerte sentimiento de ser foránea, la clasificación de mis compañeros era muy sencilla: gente madrileña y gente de otras comunidades. Mucho más de la mitad éramos de fuera. Por el shock personal del cambio, me sentía más cerca de la gente de fuera, porque nos habíamos desplazado y tratábamos de adaptarnos a las infraestructuras y una nueva forma de vida. En esos grupos, la mayor parte sentía nostalgia de sus hábitos, sus pueblos, y estaban pasando el duelo por no estar con sus amigos y familia. Además, debíamos asumir el reto de vivir en pisos de estudiantes o colegios mayores, adaptarnos a nuevos horarios, ritmos y materiales. Todo nos provocaba más estrés y mayor vulnerabilidad en las clases, porque estábamos desubicados. Me di cuenta de que en este grupo había más predisposición a dispersarse. Más tendencia a despistarse con la fiesta de turno, la siesta, las drogas, los enamoramientos o las formas de socializar. Pero los compañeros madrileños, al no afrontar un cambio de vida tan radical, estaban más concentrados en el curso. Sofía era madrileña, así que en un principio me parecía muy diferente a mí. Pero un día mientras un modelo desnudo posaba elegante, sentado entre telas y focos para que lo plasmásemos en el papel, en función de los aspectos que el profesor había planteado previamente, un compañero al que no había visto nunca repartió hojas del tamaño de un cuarto de folio. Todos estábamos

ensimismados, dibujando en silencio, absortos en comprobar proporciones, organizar claroscuros, los planos de profundidad, con cierta tensión y apuro, cuando sonó un alarido de animal grande y robusto que hizo vibrar las ventanas.

—¡iiiSeñoritoooooooooooo!!! ¿Qué hace usted? ¡Venga aquí inmediatamente! ¿Cómo se atreve a interrumpir mi clase sin consentimiento? ¿Quién es? ¿Qué reparte?

—Invitaciones para una fiesta...

—¿Qué? ¿Quién es usted?, ¿está en mi clase?

—Sí.

—¡Fuera! ¡Fueraaaaaaaaaa! ¡Que sea la última vez que toma usted una iniciativa de este tipo! ¡Fuera de mi clase!

Si antes reinaba un silencio de concentración, ahora era sepulcral. Todos observamos en vilo la espontánea escena, nadie se movió un milímetro. Ese profesor era un ogro despiadado con rasgos de bisonte, sus comentarios siempre eran crueles, tenía la voz ronca como si hubiera piedras en su garganta, gritaba constantemente y en cada clase destruía a alguien. Sofía y yo nos miramos por el rabillo del ojo, el rubor de su rostro coincidía con mi tensión, establecimos un vínculo solitario al instante y, al hacer el descanso, nos buscamos para comentar el susto. A partir de ahí nos elegimos mutuamente.

Era payasa y juguetona, pero cuando pasaba el umbral de la puerta de clase, y se ponía las gafas y la bata, apretaba las mandíbulas y arrugaba la mirada concentrándose durante horas. Disfrutaba con esmero de la precisión, el perfeccionismo, la constancia, se tomaba en serio los apuntes, los conceptos, bibliografías, las técnicas que nos enseñaban... Me encantaba tenerla al lado porque su serenidad, respeto y generosidad me calmaban, construyendo un espacio amistoso y seguro. Ella intuía muy bien qué

se esperaba de nosotras en cada clase, y yo, que necesitaba apoyo curricular, encontraba en ella a la compañera perfecta para el camino adecuado.

Los fines de semana quedábamos para ver exposiciones o visitar galerías de arte y terminábamos por Lavapiés, yendo al Atxuri a tomar vinos y charlar y charlar hasta que cerraban. Sofía parecía esculpida por artistas de la Antigua Grecia, sus facciones eran armónicas y simétricas, tenía una cabellera de rizos dorados y mirada elegante, azul hielo. Al reírse, sus labios se aplanaban con hermosura descubriendo unos dientes ideales y radiantes. Ya acostumbrada a su belleza, me divertía que a cada rato, entre vino y vino, vinieran a presentarse espontáneos. En segundo curso, sentada en el suelo mientras rellenaba la matrícula y elegía asignaturas, conocí a Samuel, una versión masculina de Sofía, parecían hermanes. Ambes exquisites, nobles, delicades. Y yo, que venía del pueblo, era torpe, rara, el patito feo. Pero junto a ellos fui superando los obstáculos sin ser consciente de nada.

Bellas Artes tenía sus ventajas, era un ambiente donde se veía normal ser rare, diferente, algo extraña. Estábamos protegidos por el halo de lo excéntrico y bohemio. La idea de *ser artista* que consumíamos ayudaba a enmascarar comportamientos disfuncionales de todo tipo: resacas, falta de ingresos u otras cuestiones personales más delicadas. En las clases prácticas y por los pasillos se permitía llevar cascos para escuchar música mientras trabajábamos. Lo adopté como moda porque al fingir que oía música evitaba que compañeros o profesores me abordasen de forma espontánea mientras pintaba, esculpía o pensaba. Llevar cascos me beneficiaba, obligaba a la gente a tocarme el hombro o a colocarse en mi campo visual para que atendiera; me daba margen para leer los labios de quien se dirigía a mí y, mientras, yo también parecía

guay.

Durante la carrera, un fastidio muy común era que una clase completa consistiera en visionar un filme para luego debatir sobre él o presentar un trabajo que lo analizara. Podían ser vídeos sobre obras, documentales de proyectos o artistas, o películas que nunca estaban subtituladas. Entonces la ansiedad me visitaba, me sentía injustamente excluida, descarriada, oprimida, pero lo sentía como algo personal que no debía extrapolar a la dinámica de funcionamiento general, para no entorpecer el transcurso de la clase ni a mis compañeros. En el momento, pensaba estrategias para lograr enterarme del tema, pero muchas veces me quedaba horas mirando imágenes inconexas que yo hilaba a mi libre juicio. O me resignaba, usando el tiempo para avanzar en otras materias que necesitaban de tiempo de resolución y toma de decisiones.

Tras la clase, a veces me acercaba a la profesora de turno y tanteaba su carácter intentando buscar una solución a *mi problema*. Las devoluciones que recibía en estos intercambios solían ser, dentro de pobres, muy variadas. A menudo ocurría que, ante mi petición de ayuda, la persona pusiese cara de circunstancias y moviese la mano, como quien espanta una mosca molesta. Me pasó con un profesor que solía tomarse unas copas antes de dar la clase y luego hablaba como un monje eremita, iluminado solamente por la luz del proyector de diapositivas. No me quedó más remedio, por cuestión de horarios, que inscribirme en su asignatura. Todo el mundo decía que sus lecciones eran tremendas, que te llevaba de viaje en cada una de las sesiones. Dada mi situación solicité una cita individual para comprobar su dicción y explicarle la dificultad que tenía. Entre tímida y desconfiada me presenté en un despacho atestado de libros en el que parecía que hubiera nevado polvo. Pasaba las páginas de una octavilla anarquista cuando llegué; no dejó de hacerlo los cinco

minutos que duró el encuentro. Comenté que no oía bien y sabía cómo impartía sus clases. Asintió ausente. No sentí que pudiera modificar su empatía, así que pregunté qué debía hacer para aprobar la asignatura sin asistir a clase, al no poder seguir sus explicaciones. Cada alumne elegía un tema y lo analizaba en un texto que él supervisaba cada pocas semanas. Tomé nota, pero le aseguré que intentaría adaptarme a su metodología.

En la primera clase me senté, cauta, lo más cerca posible de donde permanecía de pie, musitando sus oraciones. Pensé que así quizá podría leer sus labios. Tras hora y media de sesión con el cuello retorcido y el foco del proyector deslumbrándome, al terminar la clase, me levanté de la silla como un androide, con fotofobia y tortícolis para toda la semana. Por lo poco que pude captar, a nivel teórico la sesión debió ser interesantísima, pero totalmente inaccesible para mí. No me quedó más remedio que atajar por la vía fácil y trabajar por mí misma. Nos vimos tres veces para que analizara mi propuesta. No le entusiasmó, pero tampoco le desagradaba. Investigué la vida de Lewis Carroll para rastrear, desde una perspectiva feminista, la evolución de las representaciones que se habían hecho de Alicia desde su creación hasta la actualidad. Rastreé dibujos, cómic, publicidad, videojuegos, pornografía, analicé histórica y políticamente al personaje. E indagué en el origen, la identidad, la evolución y el destino de Alicia. Me puso un notable. No aprendí nada de él, sí de la investigación que realicé.

También había profesores que ante mi confesión lanzaban un suspiro resignado, eso me hacía albergar esperanzas, pero luego se adentraban en su mundo propio. Y parecía que se adentrasen en experiencias subjetivas, caleidoscópicas o yo qué sé, y no hacían nada. A veces me encontraba con respuestas desconcertantes que no sabía cómo interpretar, cuando la o el docente me tranquilizaba

diciendo que su asignatura era sencilla y la sacaría sin problemas. Por su parte intentaría adoptar las pautas que le indicase. Entonces me iba animada, hasta alegre, y volvía entusiasmada a la clase siguiente. La profesora o profesor en cuestión había olvidado todo lo que habíamos hablado e impartía su clase como siempre. Su asignatura volvía a ser para mí un desierto en el que me era difícil avanzar. Entonces salía del aula desalentada, alicaída, como una estrella apagada.

Pero me ocurrió algo curioso con una de las profesoras más respetadas y reconocidas de la facultad. Era una eminencia, con muchos libros publicados, directora de instituciones artísticas de renombre, pionera en teoría y estética del arte, impartía la asignatura Arte y ciencia ficción. En su clase teníamos que leer *Frankenstein*, *Un mundo feliz*, *Manifiesto cibernético*, *Cinco semanas en globo*, *La metamorfosis...*, e ir entregando ensayos sobre estos libros. Al final de curso, debíamos presentar una obra artística de creación propia. Me daba pánico hablar con ella, la admiraba, la había analizado y su dicción era mínima. Daba las clases en penumbra y no podía entenderla. Le pedí una tutoría cuando había leído varios libros sobre prótesis y avances tecnológicos y controlaba mínimamente su tema.

—... Hola... Buenos días. Soy Sakia...

—Muy bien. Cuéntame..., ¿en qué puedo ayudarte?

—Pues... me interesa su asignatura. He ido leyendo las lecturas que recomienda y estoy pensando para la presentación final hacer un vídeo inspirado en *La tienda de los horrores*, quería saber si voy bien o si hay algún problema.

—¡Ajá! No. ¡Qué bien! Claro que sí. Muy interesante.

—Me gustaría comentarle también que... tengo un problema..., no oigo bien... desde pequeña... Quisiera pedirle, si es posible,

encender las luces en su clase o abrir las cortinas. Así podría leer sus labios...

—¡Oh! Vale, sí, sí, déjame pensar soluciones.

Automáticamente, cambió su praxis. En la siguiente clase apareció con una linterna de collar que le alumbraba los labios. Estaba muy graciosa en la penumbra, parecía Casper. Justificó el hecho al resto de los alumnos diciendo que incorporaba este nuevo instrumento a sus exposiciones igual que E. T. encendía su dedo para curar a la gente. Ella se ponía el collar luminoso para alejarnos del ruido de fuera, para concentrarnos e inspirarnos. Fue fabuloso, se volvió cien por cien accesible en cada sesión; en cuanto apagaba su collar, volvía a no entenderle nada...

Al final de su asignatura presenté un vídeo en *stop motion* donde mi cuerpo de perfil, encuadrado desde el pecho hasta el vientre, era un paisaje cuyo centro era el ombligo. Por él transitaban perfiles cotidianos: un hombre con un carricoche, una chica jugando al fútbol, un hombre barriendo, una mujer leyendo el periódico... Poco a poco, caminando desde uno de los lados, se iba acercando hacia el ombligo una figura andrógina con bombín, encarnada por mi padre. Había tomado las fotos en la última visita al pueblo. Caminaba por mi tripa, se paraba en el ombligo, miraba hacia dentro, sintiéndose atraído por el agujero negro, y saltaba en postura bomba como quien se lanza a una piscina; en el último segundo, se convertía en semilla. Y poquito a poco del ombligo iba brotando una planta, parecida a la de los videojuegos de *Super Mario Bros*, que crecía y crecía mientras por el paisaje seguían transitando personas. En un momento dado, la planta ya enorme y hermosa abría la boca, tenía una mandíbula feroz y espantosa, que atraía a quienes se detenían a admirarla. La planta les zampaba, les degustaba y después escupía las orejas y le crecían dos manos en el tallo, como si fuesen ramas.

Presenté el vídeo sin saber muy bien qué estaba proponiendo. A la profesora le entusiasmó, me puso matrícula de honor. Pasé gran parte de la carrera reflexionando sin ser consciente en torno a mi problema.

Nunca pude participar en grandes charlas de grupo, pero en aquellos años locos de la universidad fui capaz de mantener conversaciones largas con mis compañeros, donde cooperaba con monosílabos e iba lanzando preguntas al aire hasta averiguar de qué carajo hablábamos. Me reía con gracia y naturalidad cuando a mi alrededor lo hacían, cruzando dentro de mí el dedo índice y el corazón, porque no fuese de alguna crueldad.

Cuando conversaba a solas con alguien, la persona solía decirme:

—Jo, me alegro mucho de haber hablado contigo, muchas gracias. Nunca lo había pensado desde ese punto vista. Es que... ¡itú sí que escuchas!!

Yo sonreía ante lo extravagante de la situación. Me parecía un trastorno que la gente, pudiendo oír, apenas escuchara...

A veces, en aquella época, me dejaba ir y a algune compañere le confesaba que, en realidad, apenas podía oír lo que decía, que necesitaba leer sus labios. La gran mayoría se echaban las manos a la cabeza, asombrades y perplejes, y asentían al entender los matices raros que percibían en mí. Acto seguido sus ojos se iban impregnando de pena y extrañeza, y contaba los segundos que tardarían en tratar de convencerme de que no podía ser verdad, que aunque mal, algo oía. La negación que leía en sus labios y facciones me contrariaba, me entristecía y dificultaba mi lenta aceptación. Reforzaba negativamente la vergüenza que yo ocultaba. Me desconcertaba que al contar la verdad, lo que se admirara era lo bien que lo disimulaba.

De esas situaciones sacaba en claro que *oír* y *escuchar* no es lo mismo. Que no solo se escucha por los oídos y que, paradójicamente, la gran mayoría de las personas oyentes no acostumbran a escucharse de verdad cuando hablan.

Continué disimulando, me ocultaba para pasar desapercibida y al mismo tiempo cuidaba con lealtad relaciones profundas como las que tenía con Sofía y Samuel. Los cursos pasaron, fui consiguiendo créditos, asignaturas superadas..., hasta terminar la carrera.

Muchas de las tácticas de bagaje y evolución para sobrevivir en un mundo oyente fueron surgiendo a lo largo de mi vida de forma orgánica; y seguiré manteniendo estrategias vivas y actualizadas, porque las necesito para ser lo más autónoma posible, en ambientes donde no existe la idea de poder proceder de otras maneras distintas. Siempre tendré que comprar en una tienda, conversar con alguien con quien no tengo confianza, hacer un trámite burocrático o comunicarme con mi familia. Es triste y frustrante, pero doler solo duele cuando ese alguien es de mi intimidad y, a pesar del cariño, por comodidad o despiste me priva de información obligándome a preguntar «¿cómo?» o da por hecho que puedo entender sus labios aunque las condiciones sean las más adversas. Un bigote, pelos volando por el viento, alguien que masca chicle, situado al contraluz o en penumbra... Entonces se remueve una vorágine de sensaciones dentro de mí: rechazo, decepción, rabia, impotencia... Me enfado pero a la vez me autocontrolo para que no me influya. Me regulo tratando de equilibrar mis esperanzas y la cruda realidad, aunque en algunos casos la descompensación se vuelve perturbadora.

Creo que el principal problema para mí fue que verbalmente no aprendí a pedir ayuda, compartir que sufría, estando rodeada de personas que solo podían recibir esa información por vía oral, ya que durante gran parte de mi vida la palabra ha tenido supremacía sobre

todo lo demás. Lo positivo es que quizá este estado de soledad en el que he estado inmersa haya tenido un doble rasero. He sobrevivido sola. No he tenido referentes. Siempre pensé que me pasaba algo extraño, que no tenía nombre, pero por suerte no se percibía desde fuera.

Ese estar en continua supervivencia y no en la vivencia había instalado en mí un sobreesfuerzo, nunca podía estar relajada entre la gente. Necesitaba un perpetuo contacto visual para hablar, poner las manos disimuladamente sobre el altavoz para saber qué tipo de música estaban comentando. Todo fue un aprendizaje autodidacta y experimental, exploratorio y adaptativo. Y creo que amplió mi sentido propioceptivo y mi nivel de rendimiento.

Por el lado más crudo, estar rodeada de gente oyente que tras saber que no oía me admiraban terminó por confundirme a mí misma, crecí extraviada, con la necesidad constante de rastrear por dónde debía seguir, pero mi identidad se sentía continuamente travestida, al mismo tiempo que me sentía una auténtica intrusa que se había colado de manera ilegítima en círculos e instituciones para personas perfectas.

Arte y políticas de identidad

Ya en el colegio empecé siendo la niña que en el patio me aburría de mirar, animando a los niños que jugaban al fútbol. Me irritaba que el espacio de las pistas fuese veinte veces más grande que donde nosotras podíamos estar. Que se esperara que lo aceptásemos sin rechistar o que incluso los niños se opusieran a que jugaran las niñas, rechazándolas. Me parecía inaguantable. A mí no me apetecía jugar al fútbol, pero sí con la pelota, y detestaba la posición soberbia y privilegiada de los niños, la condescendencia del profesorado y la dirección del cole. Así que convencí a las niñas que querían jugar y cuestioné a los niños hasta que nos dejaron hacerlo, aunque fuese por cansancio u obligación.

Aprendí a detectar y detestar el machismo imperante desde pequeña, mi madre se había encargado de plantar esa semilla. Me contaba cómo con dieciocho años empezó a trabajar de administrativa en una empresa de golosinas y su jefe dio por hecho que su puesto de trabajo incluía una exquisita presencia física y servirle cafés con una gran sonrisa. Lourdes se negó, tuvo que pelear y lo consiguió. Poco después fue la primera mujer de la empresa que se negó a abandonar su puesto una vez se había casado. Años después, ya siendo maestra en una escuela, peleó con uñas y dientes para regularizar su plaza y la de sus compañeras. Sus

confesiones hicieron mella, colocando en mí altos niveles de superación, esfuerzo y criterio respecto a la desigualdad existente entre mujeres y hombres. Según ella, era una injusticia contra la que tanto Elvira como yo debíamos luchar. Crecí con esa alerta, un debate interno siempre abierto, en cualquier lugar.

De niña lo razonaba por mí misma y después empecé a leer. A cuestionar las reglas e inercias que como mujeres nos invalidaban sistemáticamente; supongo que, también por eso, mis verdaderos amigos siempre fueron perfiles algo andróginos, híbridos, que me inspiraban ternura, respeto y confianza. Conforme fui avanzando en la carrera solía reprobar al profesorado en sus asignaturas la invisibilización de las artistas, el silenciamiento tácito de las negras, lesbianas, gais, discapacidades, les pobres, las feministas... Pero en aquel tiempo la carrera era aún arcaica en este pensamiento, advertía cómo a la gran mayoría les sobrepasaba la petición, no la entendían, nunca se habían planteado nada al respecto. Así que resolví buscarme las castañas por la tangente.

Me fui adentrando en artistas, obras y proyectos que reflexionaban en torno a la identidad para ampliar mis conocimientos sobre sexualidad, género, las diversas formas de deseo. Asistí a charlas, exposiciones, publicaciones, y en ese ambiente encontré a personas molestas con lo normativo que cuestionaban los dogmas que se adscribían a un género o sexo. Deconstruir categorías monolíticas, y además jerarquizadas, fue el primer paso para acercarme a un colectivo con el que sentía que encajaba. Identidades lesbianas u homosexuales, feministas, personas no binarias, asexuales, *queer*... que no entraban dentro de lo hegemónico y desarrollaban historias personales donde, a veces, sufrían su forma de ser, sus necesidades propias. Ellos iban autodescubriéndose frente a las adversidades, a su forma y ritmo, y

a menudo también se sentían deslegitimados por la gente a la que más querían y que más les quería.

Con ellos me sentí acompañada, compartíamos lucha por nuestros derechos humanos, nos unía la no identificación con lo predominante y a veces incluso las mismas fases identitarias de negación, vergüenza, necesidad de reivindicación, reafirmación, aceptación y libertad. Desde un prisma artístico e identitario encontré a mis primeros compañeros y aliadas. Por eso durante los últimos años en la carrera, de forma complementaria, puse especial atención en formarme en lo que yo quería y necesitaba, quería ser activa en mi propio aprendizaje y no dejar que el discurso *de lo objetivo, neutral y universal* se adueñase de mí. Me apunté a cuantos laboratorios de arte y feminismo encontraba, con artistas femeninas que trabajaban el vídeo y fotografías subversivas con narrativas abiertamente transgresoras. Conocí a teóricas célebres del feminismo como Celia Amorós, Amelia Valcárcel o Alicia Puleo. Y poco a poco fui curtiéndome, fortaleciendo una sólida base en muchos de los temas que me hacían vibrar. Entablé amistad con quienes se salían de los cánones económicos, políticos, sexuales y estéticos, que vivían en casas autogestionadas, huían del consumismo, hacían arte por necesidad de manifestarse, no vestían como se esperaba... Descubrir colectivos militantes de la diversidad con ambientes, códigos y contenidos, me ayudó a darme cuenta de que me interesaba la identidad porque no encajaba en ningún sitio. Formar parte de esta rica diversidad me hacía sentirme más cerca de mí misma.

Me inscribí en un curso en el Círculo de Bellas Artes que se titulaba «Cuentos que nunca cuentan: Zero Estigma», lo impartía un colectivo llamado Toxic Lesbian. Zulena, la persona que lo daba, trabajaba recuperando cartas; en realidad, testimonios de mujeres

que fueron encarceladas y psiquiatrizadas durante la posguerra española. Su curso permitía establecer un vínculo de denuncia y reparación entre lo que se les obligó a vivir a estas mujeres y su salud mental, desde una clara perspectiva de género. Tras una de las sesiones Zulena nos pidió ponernos por parejas para hacer un ejercicio, debíamos visualizar un testimonio relatado en vídeo y transcribirlo. Me dio aprensión imaginar que no estaría subtitulado, me daba pereza llamar la atención sobre mi dificultad respecto a la accesibilidad; al levantar la cabeza, mi mirada se encontró con la de una compañera que había sentada al otro lado del aula, me fie de mi intuición, parecía tierna. Me acerqué para presentarme, era gigante a mi lado.

—Hola, soy Sakia.

—Hola, yo Rita, ¿nos ponemos juntas?

—Vale, pero tengo un problema. Yo no oigo bien, no puedo entender qué dice el vídeo.

—¡Ah, no pasa nada, pfff...! ¡Yo tengo muchos!

Rita era de dimensiones animalescas y sin embargo dulce, noble y aterciopelada en cada gesto y decisión. Iba escuchando el vídeo y lo paraba para repetírmelo en sus labios, yo tomaba nota en un documento. Atravesamos juntas ira, decepción, tristeza, crueldad. Comentamos detalles, lloramos, nos reímos de nosotras mismas, trabajando juntas nos cuidamos y nos quisimos. Al despedirnos, con un abrazo profundo ya en la calle, dije:

—Mil gracias. Eres preciosa, he trabajado feliz contigo. ¡Qué suerte haberte encontrado!

—¡Ay, yo también! ¡Parece como si ya nos conociéramos!

—Sí. Rita, pero ¿qué problemas tienes?

—Ah, soy disléxica, bollera, bipolar e hija de madre encarcelada.

Mantuvimos correspondencia entre nosotras durante años, nos

mandábamos cartas con collage, fotos, artículos que nos interesaban..., incluso llegué a visitarla en Salamanca para conocer a su familia, su pareja, sus amigas. Me enseñó mucho, sin explicarme nada. Todavía nos felicitamos nuestros cumpleaños.

Después participé en otros cursos de Historia Feminista, en plataformas digitales sobre ecofeminismo, talleres de performance y género, de poéticas corporales, de estrategias de ocultación y modelos de recuperación, de cine, de creación integrada con mujeres mutiladas, con personas con síndrome de Down. Me movía por circuitos legitimados de arte como La Casa Encendida, El Centro Conde Duque o Photoespaña, así como en espacios alternativos y casas okupas que ofrecían reflexión y debate sobre transgénero, transexualidad, intersexualidad, donde se luchaba por descentralizar los privilegios y la visibilización y reivindicación de la diferencia.

Todavía me faltaba mucho para encontrarme a mí misma, pero empaparme de este universo, una realidad periférica por la que sentía mucha afinidad, me dio valor para afrontar el malestar respecto a mí misma.

La actriz de escenario

Además de la música, la lectura y el estudio, en mi familia siempre se hizo teatro. Con diez años esperaba ansiosa los sábados por la tarde para acompañar a mi padre en su sesión semanal; él dirigía a un grupo de adolescentes que, entre ganas de pasarlo bien y comprometidos con lo cultural, aprovechaban los encuentros para desconectar de exámenes, circunstancias familiares o la inercia de los pueblos de pasar el fin de semana en los bares. Mi padre preparaba dinámicas escénicas de exploración y después se centraba en la creación colectiva de un texto con las problemáticas y personajes que al grupo le interesara abordar. Como escribía, la segunda parte de la sesión consistía en poner el texto en pie, organizar el vestuario, la escenografía, el atrezzo, etcétera. Mientras Simón indicaba matices ocultos de los personajes y atendía a las formas de hablar o andar de cada uno en las circunstancias que planteaban, nos tronchábamos a cada rato con las ocurrencias de uno y de otro. Eran los noventa, se percibía una inocencia en el ambiente que se movía entre la ternura, el despertar y la sospecha.

Tenía el hábito de hacer los deberes del cole los viernes por la tarde para estar desocupada hasta el domingo, cuando volvía a revisar los temas de los que me examinaba durante la semana, así siempre podía acompañarle al teatro.

Con nueve años, un actor y director profesional del pueblo, amigo de mis xadres, necesitaba a una niña para su obra *¡Federico vive!*, sobre García Lorca. Me invitó a una prueba y entré a formar parte de un espectáculo riguroso e intenso en el que Yerma, Rosita la soltera, Adela y Bernarda Alba convivían con danza flamenca, cantos de los campos de Granada, ritmos dramáticos con estacas de madera que golpeaban el suelo y marchas fúnebres de la Andalucía solemne y profunda. Yo llevaba un vestido de trapo blanco y jugaba en el escenario, cantaba canciones, corría, saltaba, enredaba y desenredaba un gran ovillo de lana roja mientras conversaba con los personajes del poeta.

Allí experimenté el miedo y la libertad del escenario, me apasionaba y, concentrada en la interpretación, mantenía a raya la ansiedad y olvidaba los lobos que me acompañaban.

En torno a los doce años, Simón escribió mi primer papel serio. Era un texto basado en el episodio bíblico de Judith y Holofernes y una guerra actual. La acción se complementaba en dos tiempos paralelamente afines. Trabajar con Simón y conmigo misma sintiendo un espacio seguro dentro y fuera de mí me daba bienestar y creaba una conexión mágica donde no me sentí incómoda siendo yo.

Hasta entonces, yo me consideraba actriz de la vida por propia necesidad, me interesaban los lenguajes corporales de cada persona, los tics sincopados de mi tía; me quedaba embelesada viendo cómo sobrellevaba el estrés la señora de la taquilla, analizaba ensimismada el despliegue facial de un señor mientras permanecía en la sala de espera o cómo fumaba la vecina. Después, solía correr frente al espejo de mi habitación y reproducir lo que había captado, me divertía construir una biblioteca de matices físicos y corporales que enriquecían mi imaginario sobre cada personaje.

En el segundo año de carrera, ya con dieciocho años, caminando por los pasillos de la facultad vi un cartel que anunciaba una reunión del grupo de teatro. Me presenté en el Salón de Actos, pero justo en aquel momento existían problemas de entendimiento entre el director y los integrantes y decidieron que se disolviera.

Dos días después presenté en la jefatura de la facultad un nuevo proyecto de grupo teatral, sin dirección, pero con coordinación.

Había hablado con Elvira, le propuse que guiase al grupo. Ella era actriz y tenía formación como directora, era la persona idónea y así yo podría participar como una más, bajo el amparo de mi querida hermana.

Horas antes de fundar el nuevo grupo, sentada en las escaleras de la entrada de la facultad donde entre clase y clase charlábamos, conversaba con una compañera cuando, al voltear el cuerpo hacia otro lado, me encontré con la mirada de una chica que, como si yo estuviese en su cabeza o en su conversación, me soltó:

—... ¡Que tenían mucha tierra los champiñones, me dice!

Explotó en carcajadas que nacían de su garganta como las de un bebé satisfecho.

—¡Pues menos mal que era tierra! —contesté.

—¡Podría ser tabasco, así ardieras!

—¡Champiñones incandescentes, los mejores!

—¡Lle-van-aaah-aaah-tie-rra-aaah-aaah! —dijo aspirando hacia dentro.

—¡No-quie-ro-aaah-champis-aaah-con-tie-aaah-rra!! —respondí como si comiera una patata caliente.

Nos quebramos las dos de la risa, hipando nuestros hombros sin querer.

—Oye, tú el teatro, ¿qué?

—¡Yo el teatro nada!

—Ah, ipues llevas una actriz dentro, que lo sepas!

Gritó mirándose la cresta, como quien se encuentra un ratón en el tupé, y puso una cara de pánico graciosísima. Después fingió coger al animalito por la cola sin saber qué hacer. Su gesto me resultaba desternillante, y rápidamente le ofrecí una bolsa invisible donde lo dejó caer aliviada. Las dos nos quedamos apretando la bolsa para mantenerla cerrada. Su mueca de susto nos hizo reír de nuevo.

—Me tengo que ir, me llamo Sakia y... ¡Voy a teatro!

—Yo, Emma. Encantada. ¡Yo al baño!

Y quince minutos después apareció en el Salón de Actos. Así conocí a Emma, una punky de cabeza rapada y cresta de gallina, de cuerpo enérgico y zancada enorme. Su paso intentaba disimular que caminar con sus Martens era como hacerlo con aletas. Tenía los ojos y la boca totalmente sincronizados, como si una mano desde dentro tirase de un hilo para hacerles expresarse al unísono. Cuando los labios sonreían, sus comisuras se apaisaban y sus párpados se rasgaban, esbozando una pagoda china. Si estaba triste, enfadada o superada, su boca se redondeaba y se convertía en una mancha en movimiento bien delimitada, mientras que sus ojos, muy abiertos, parecían tensarse, luchando por expandirse lo que su cólera necesitase. Era divertida en todas las dimensiones y polaridades posibles. La imaginaba como un abanico de papel, donde cada pliegue contrastaba con la dulzura y lentitud de usar un paipay en plena siesta veraniega. Con ella era imposible aburrirse, tenerla cerca era en sí un plan. Cuando algo no salía como ella esperaba, lanzaba preguntas al aire e ibas viendo cómo sus ojos encontraban las respuestas y los rasgos de su cara cambiaban como un camaleón modifica su color cuando se camufla. La ira hacía que su boca, una mancha encerrada, se agitara intentando romper el molde mientras

soltaba palabras incisivas y afiladas. El humor, la ironía, la acidez y el sarcasmo eran sus herramientas para enfrentarse al mundo, sus principales colores. Disponía de ellos en su paleta para pintar el cuadro que reflejaba lo que sentía. Hija de xadres separades que nunca debieron juntarse, contaba con dos familias sin haber un hueco para ella. Había crecido siendo superviviente desde la infancia, estaba acostumbrada a no estar cómoda, a tener que improvisar su propio atrezo para conseguirlo. Fue mi primera amiga fusional, con un sentimiento de orfandad compartido. Las dos nos adoptamos, nuestras disfuncionalidades nos unieron y pasamos grandes y disparatados ratos.

Entre Elvira, Emma y yo organizamos un grupo de teatro. Comenzando una travesía conjunta que duró seis años y nos reportó aprendizaje, caos, sacrificio, superación, enfados, muchas risas y algunos premios. Allí surgió mi verdadera actriz, porque hasta ahora hacía personajes de texto o la sacaba en la calle para sobrevivir. Pero nunca tomaba la iniciativa, siempre me mantenía rezagada, observando en un segundo plano. Desde que afloró esta nueva actriz, más madura y consciente, disfrutaba el doble en el escenario. Ahora proponía, imponía, adoptaba diferentes conductas, planteaba situaciones y sin temor a juicios o consecuencias. Podía comportarme como lideresa, sabelotodo, ligona, brusca, rebelde, chula o rara, sin que me plantease problemas, me sentía poderosa. Algo que nunca había experimentado antes.

Emma y yo esperábamos ansiosas la tarde de los martes porque teníamos cuatro horas para presentar nuestras pequeñas performances y escenas. Podíamos experimentar, ver cómo funcionaban y reflexionar qué debates se originaban. Lo habíamos planeado todo durante el fin de semana, con el filtro lúdico-festivo exclusivo de los sábados por la tarde. Jugábamos a ser artistas

consagradas en aquel laboratorio escénico, donde la alquimia no era una complicación, sino que era bien recibida por el contexto. Interpreté tantos personajes y tan dispares, que poco a poco, de forma natural, sentirme actriz de teatro me permitió hacer terapia, trabajar habilidades sociales, fomentar las capacidades de improvisación, drenando la neurosis y locura con las que bregaba durante aquella época.

Lo esencial de esta atmósfera creativa fue que en el grupo de teatro nos concentrábamos personas con psiques, personalidades y caracteres un poco o muy estafalarios y singulares. Éramos seres excéntricos, con facilidades para expresarnos, que explorábamos al límite nuestros miedos, dudas y opiniones hasta ridiculizarlas. Además, la mayoría éramos muy escasos en palabras, no teníamos ni idea de qué buscábamos, pero nuestra fascinación por investigar desde diferentes perspectivas nos llevó a generar un valioso material con el que sostener aquel pequeño laboratorio.

Elvira fue confeccionando un método de trabajo, fusionando el teatro, la performance, la danza, el *happening*, la música, el *net art*, la acrobacia y el *breakdance*, con los valores sociales, políticos y conceptuales que nos preocupaban. Solíamos empezar con dinámicas grupales donde mi hermana gritaba: «¡Tenéis diez segundos para formar un rombo!, ¡ocho segundos para armar una espiral!, ¡seis para dibujar una flecha!». Corríamos como pollos sin cabeza, concentrados, entre risas, pero con la prohibición de darnos indicaciones habladas o gestuales. Después hacíamos la máquina de escribir, y cada persona representaba una o varias letras y signos de puntuación. Nos distribuíamos por todo el escenario y, por ejemplo, Elvira decía: «Mi pájaro azul ha sido robado por un pirata». Debíamos coordinarnos trabajando la concentración individual y colectiva; ampliar la vista panorámica hasta conseguir escribir la

frase entre todes, dando un paso al frente cuando fuese nuestro turno, como si fuésemos teclas. No podía haber errores, ni indicaciones. Otras veces éramos chicles a los que desenvolvían del papel y nos masticaba una boca gigante, nos contorsionábamos, y con libertad y garbo representábamos lo que Elvira iba relatando. O nos convertíamos en patos en una alberca del pueblo, o en bebés que hablaban con la lengua en la última muela.

Aquellas dinámicas estaban totalmente adaptadas para mí; mi hermana experimentaba con nosotres, corriendo el riesgo de perder la cordura con lo que generábamos. Solíamos preparar *sketches* en los que debíamos invertir las cualidades que nos indicaba: frío-caliente, dulce-salado, sueño-vigilia, etcétera. O ejercicios muy visuales, como estar sentades frente a una ventana e ilustrar qué era lo que veíamos pasar ante ella.

Me gustaba preparar personajes con discapacidades reales o inventadas, rarezas exóticas, y obligar en el escenario a que fueran aceptadas. Me parecía imprescindible que lo diferente se asimilara con normalidad, en el escenario, por parte de les compañeres y el público. Por primera vez, mis características no solo pasaban desapercibidas, sino que me avalaban para formar parte de un proyecto entre gente tan peculiar, y pude dejarme ser y estar como necesitaba.

Para el final del curso revisábamos las mejores temáticas y propuestas que habían surgido y Elvira iba ordenando el caos de aquella creación colectiva. Nuestra primera muestra fue un evento en la facultad, y a partir de entonces se instauró que, cada final de curso, el Salón de Actos se abarrotara. Era la única vez que coincidíamos profesorado y alumnado. En el primer año un compañero y yo interpretamos *Dialogar de espaldas*, una escena escrita por nosotres que generó mucha curiosidad. No existía

comunicación verbal ni contacto visual cara a cara, nuestros cuerpos, siempre de espaldas y nunca en contacto, producían una comunicación tensa donde silencios, miradas, hartazgo y ternura en *mute* eran lo consolidado. La pareja discutía por la precariedad en la que vivían, a ella le estresaba no alcanzar sus aspiraciones, a él, dejarse llevar por la corriente del convencionalismo y no respetar los ideales que desde la juventud les unían. La pareja discutía en la cocina, en mitad de un silencio mortífero y sofocante en el que nunca se situaban de frente, nunca se miraban a los ojos. La pieza era una sucesión de deseos y réplicas, sonidos estridentes de objetos que caían contra el suelo y una coreografía de cuerpos tensos y hieráticos. Una escena que en realidad era una amenaza, una situación a punto de detonar hasta que por fin el contacto y la mirada producían comunicación, conexión, y se hacía el oscuro.

Años después nos atrevimos con un texto publicado y nos presentamos al circuito de Teatro de la Universidad Complutense. Nos juntamos veintidós actrices y actores en el escenario, hicimos el vestuario, los audiovisuales, la música, el atrezzo y las escenografías. Elegimos *El pánico*, de Rafael Spregelburd. Y ganamos tres premios: mejor dirección, mejor escenografía y tercer premio a mejor obra.

Fueron años muy dulces de vivir trabajando y trabajar viviendo sin necesidad de establecer una línea fronteriza, y les compañeros eran familia. Tras los ensayos, el núcleo duro del grupo nos trasladábamos a casa de Elvira, que vivía con su pareja, para seguir jugando hasta que nos sorprendiera la madrugada. Yo estaba en un espacio seguro entre Emma y ella. Me sentía una pieza más, imprescindible como todos para sostener aquel colectivo *underground*. Con ellos, pero sobre todo gracias a Emma, aprendí a reír a mis anchas. Éramos animalitos imperfectos, sin género ni número, necesitábamos disfrutar sin culpa, aliviar la tensión, delirar

sin juicio, con cariño, con humor. En aquel grupo legitimábamos mutuamente nuestros dolores, nuestras luchas personales, necesitábamos romper los límites que nos constreñían.

Un disparo banal: un acúfeno real

Mucho después Elvira tuvo que tomarse un descanso y el grupo de teatro eligió a una pareja de directores para el nuevo curso que empezaba. No era lo mismo, pero lograron ser dinámicos e interesantes, hasta que, de cara a la muestra final, el planteamiento de creación colectiva que teníamos consolidado viró hacia una creación más propia, exclusivamente de ellos. Quisieron recrear una historia concreta que había aparecido en la prensa, un caso de homicidio. La esencia del grupo se fue perdiendo, hasta que ocurrió algo que lo dinamitó por completo. En la obra, los directores idearon una escena donde al menos doce de nosotros le hablábamos enfurecidamente al público. Se producía una situación de caos e histrionismo eufórico que imitaba ciertos programas de televisión. El acto terminaba cuando espontáneamente un compañero sacaba una pistola. Era falsa, pero casi real, de las que suelen usarse en cine. El tipo disparaba contra el resto.

El día que probamos la pistola, la detonación del disparo reverberó en mi oído, y algo se quebró en mi mente, dejándome totalmente sorda tres días. Me sentí desubicada, estaba muy asustada y no pude verbalizar lo que me pasaba. Hasta que un día, atormentada y entre sollozos, conseguí pedirle ayuda a Elvira. Nos encontrábamos en un parque madrileño al que nos gustaba ir a

merendar mientras veíamos jugar a los perros. No estaba en mi mejor momento, tenía el carácter agrio, Elvira estaba tensa:

—¿Qué te pasa? —Me miró con los ojos vidriosos.

—No, no, nada... Bueno, sí, es que... No sé. —Me eché a llorar desconsolada, no me salían palabras, no sabía cómo expresar lo que me ocurría. Elvira me abrazó, me limpió las lágrimas.

—No oigo nada. Estoy hueca. Tengo mucho miedo... Me estoy volviendo loca.

—¿Qué ha pasado?, ¿por qué no me lo has dicho? ¿Desde cuándo estás así?

—Yo... No... Espera... Tranquila... No es nada, pero creo que... Necesito que me ayudes.

—Vale, vamos a urgencias.

Me impresionó lo mucho que me costó pedirle auxilio en contraste con la rapidez y determinación que latía en su respuesta. Estaba exhausta por haberme pasado días perdida en mi laberinto interior, angustiada, sin atreverme a pedir ayuda.

Pasamos juntas por varios trámites y consultas con diferentes especialistas, Elvira resoplaba continuamente, desesperada, y a regañadientes le pedía a las personas que nos atendían que se dirigiesen a mí, porque automáticamente hablaban con ella.

A veces se enzarzaba en disputas para explicar que, si me miraban, yo misma podría responder. Fue inútil. Finalmente optaba por no mirar nunca a la persona y mantener siempre la conexión visual conmigo, para no tolerar aquella odiosa dinámica que me invisibilizaba. No dimos con profesionales que facilitasen la lectura de labios, que vocalizaran para que yo accediese a lo que decían. Nos ofrecieron una extensa retahíla de medicaciones, repletas de corticoides, sin más interés que el despacharnos rápido. No me tomé ninguna.

En una de las citas, mientras esperábamos atentas a las preguntas del doctor, este dijo:

—Pues... Esto... Hay que mirarlo bien, ¿eh? ¡Que... si ya es una putada ser sorda, más aún lo es... tener una hermana o una pareja sorda...!, ¿no? —Y miró a Elvira buscando su complicidad.

Salimos de la consulta tiesas como estacas de metal, tardamos varios minutos en poder mirarnos y verbalizar la escena. Lloramos furiosas, gritamos, nos enfadamos por haber vivido aquella humillante negligencia moral. Me recordó el momento en que había intentado conseguir el grado de discapacidad, junto a mi padre.

Me pareció lamentable y curioso que aunque parte del grupo de teatro compartió mi malestar y consternación, los directores no admitieron suprimir la pistola de la escena, tomaron la decisión de apartarme a mí, como si yo fuese lo que estaba mal y fallaba, el motivo por el que se había producido el problema. Prescindían de mí para hacerme un favor, mientras que poco a poco en mi oído se producía un acúfeno que todavía hoy convive conmigo, un ruido horroroso e insufrible.

Un acúfeno es un zumbido de frecuencias graves o agudas que se produce en el interior del oído. En mi caso, lo provocó el disparo; ante el impacto sonoro, mi oído entró en shock, se asustó y quedó bloqueado. Puede durar días, años o vidas enteras y se precisa de una alta medicación para poder sobrellevarlo.

Para mí era y es como si dentro de mi cabeza tuviese una carpintería donde trabajan afanosamente las veinticuatro horas del día. Podía escuchar las sierras cortando madera, las lijas, los ruidos agudos del metal que se quebraba, las pulidoras, y, de repente, se accionaba el extractor de polvo, serrín y virutas. Notaba que la cabeza me daba vueltas, el oído se taponaba, me sentía presa de un ruido incesante que me arrastraba más lejos aún de donde ya

estaba. A veces la invasión de ruido ensordecedor y el trauma mental eran tan inaguantables que me daban ganas de arrancarme esa parte del cerebro.

Es difícil explicar la angustia, la impotencia y la desesperación que sentía en esos momentos. Con el paso de los años aprendí a convivir con el acúfeno hasta el punto de que terminé por considerarlo un fiel medidor del estrés. Pensaba que para cuidarme y contrarrestar el ruido exterior del entorno, su mecanismo era precisamente rugirme como una potente troqueladora. Esto me obligaba a dormir siempre de un mismo lado, porque en aquel taller de carpintería la actividad no cesaba, no descansaban nunca. Las noches más horribles sentía que perforaban maderas hasta que, sin previo aviso, estas se acababan y, sin darse cuenta, continuaban con mi cráneo, hasta llegar a los sesos. Pero ni por esas cesaba el ruido y el ajetreo. Otras veces sentía que el oído se me había reblandecido, descolgándose de su sitio, como un reloj chorreante de Dalí, y corría el riesgo de separarse glutinoso, en varios trozos.

Logré enfrentarme al miedo y pude añadirle trazas de humor e imaginación. Aprendí a transformar unas cosas en otras, ahora me niego a ir a algún lado sin esta especie de termómetro interno que me avisa de cómo estoy o cómo está el ambiente de mi alrededor.

Han pasado más de quince años desde aquel disparo y siempre, al acabar el día, me gusta sumergirme en mi vacío solitario, conectarme con mi acúfeno y, como la criatura que da las buenas noches a su peluche antes de dormir, pido perdón a mi oído por haberle hecho daño y le doy las gracias por enseñarme tanto.

Elmo

I

Mi primer novio se llamaba Elmo, la inseguridad y las dudas lo consumían, pero era suave y aterciopelado como una sopa calentita en mitad del invierno. El vínculo fue cociéndose a fuego muy muy lento, cuando todavía no contábamos con referencias de lo que podía llegar a sentirse. Nos conocimos de bebés, nuestras familias eran amigas mucho antes de que existiésemos. Cada verano alquilaban una casa en cualquier pueblo del norte, rodeada de naturaleza y campos, y criaturas, adultes, perros y gatos componíamos la estampa ideal de comuna hippy que pasaba unos días de esparcimiento entre juegos, excursiones y comidas opíparas que desembocaban en siestas soporíferas o baños idílicos en ríos. Mi hermana era lo suficientemente mayor como para quedarse sola en casa, con amigas, supervisada por mis tíes. Por eso en aquella comunidad, Elmo y yo éramos les mayores, y nació una complicidad natural entre ambes, que cada verano iba madurando al tiempo que lo hacíamos nosotres.

El verano en que Elmo y yo tendríamos apenas nueve años tuvimos la ocurrencia de aprovechar un descuido de les adultes para robarles el tabaco. Tras el hurto, subimos a trompicones las escaleras de pedregoso cemento de la casa y decidimos ocultarnos

en una de las habitaciones. El corazón parecía querer salirnos por la garganta, presas de la excitación por aquel plan malicioso. Nos costaba aguantar la risa y los nervios. Queríamos escondernos hasta que mi tío necesitase fumar, se diese cuenta y viniese a buscarnos. Le esperaríamos disimulando y con cara de no haber roto un plato. Se había quedado durmiendo en una mecedora bajo la higuera de enfrente, podíamos vigilarlo desde la planta alta de la casa. Esperábamos que despertara, palpara sus bolsillos, buscara en derredor y atara cabos. Pero, mientras, nos entreteníamos con cualquier cosa en aquel tiempo dilatado de los veranos. No se percibía ningún movimiento en la casa, ni fuera, todos dormían. Nos sentamos en la cama apoyados con la espalda en la pared, hojeando las páginas de un cuento. Nuestros hombros se juntaron en un mínimo contacto, el roce convirtió nuestra piel en brisa que mueve el vello como hierba fresca. El esfuerzo por mantener la concentración en el cuento fue bárbaro. Las ilustraciones eran hipnóticas, preciosas; la protagonista, una niña que tenía una relación mágica con su peonza. Entre los colores, las texturas del dibujo, que infundían placer táctil y visual, simulando sensaciones de lisura, aspereza o rugosidad, y la magia de la historia, me quedé embelesada, como subida en un tiovivo del que no quería bajar. Salí del estado con un sobresalto, al notar que la lengua de Elmo resbalaba por mi brazo. Y como una pompa suspendida explota *ipso facto* cuando la toca otro cuerpo, volví en mí y pegamos un brinco que nos impulsó a bajar frenéticamente al piso de abajo, sin saber qué hacer, asustados. Pero con la certeza que consolida la complicidad infantil de que aunque nos parecía muy extraño lo sucedido, a ninguno nos había desagradado.

Acabado el viaje, solo coincidíamos algún domingo que nuestros padres cocinasen arroz y conejo en fuego de leña. Pero cuando

dejamos atrás la infancia, estuvimos bastante sin volver a vernos.

Yo tenía diecisiete años ya y apenas había cumplido mi primer trimestre en la Complutense, cuando regresé al pueblo para pasar las vacaciones de navidad. Estaba anocheciendo, paseaba con dos amigas del pueblo, estábamos eufóricas por volver a vernos y teníamos un buen plan. Me sentía exultante al estar por fin en un ambiente conocido y seguro. Cruzábamos un paso de cebra y, mientras nos contábamos cosas, les iba leyendo los labios con la cabeza girada de perfil, absorta en la conversación, cuando choqué bruscamente con alguien al mirar hacia delante que me resultó vagamente familiar, aunque no llegué a identificarle. Balbuceé una disculpa en mitad de la calle, y al fijarme en su rostro solo vi cuadraditos plateados que me sonreían brillantes. Confusa, deseé alcanzar cuanto antes el otro lado de la acera. Pero sus palabras me retuvieron:

—Hola, Sakia. ¿No me conoces?

—Te conozco, pero no sé quién eres...

—Yo a ti sí te reconozco. ¿Qué haces aquí? ¿No vivías en Madrid?

Eché mano de los recuerdos, a mi memoria acudió una imagen de hacía años. Fueron unas milésimas de segundo en las que hice un viaje en el tiempo. Me quedé muda por la conmoción cuando logré identificarle. Elmo de nuevo. Muy avergonzada por el golpe, por verlo y que me viera, mascullé que estudiaba en Madrid, pero que mi sitio seguía siendo el pueblo. Él cruzaba en dirección opuesta el paso de cebra con sus amigos; nos separamos sin que el encuentro tuviese mayor trascendencia. Pero me noté temblando, el contacto con su cuerpo hizo aflorar sensaciones agradables, a la vez que extrañas.

Aunque todavía era un muchacho, había crecido, era mucho más alto que yo. Se le empezaba a marcar la mandíbula, y sus dientes,

siempre grandes pero preciosos, estaban ocultos por unos *brackets*. Tenía el pelo largo, encaracolado, muy negro, a juego con su tez casi india. Sus ojos pardos me parecieron enormes, hermosos y muy expresivos. Pero lo que más me impactó fue su olor. En el microsegundo que choqué contra su torso, evoqué los veranos y la sensación de atracción, rechazo y tensión que teníamos. Me dio ternura identificar una esencia familiar en él, como hijo de hippies, al que le costaba encajar en las estructuras convencionales, a pesar de intentarlo. También me sedujo su androginia. Guardé en algún cajón de mí misma la impresión de ver en Elmo a un caballo bello y esbelto, elegante en formas, delicado en gestos, con una singular forma de ser auténtico, asilvestrado y desubicado en lo ordinario. Y seguí adelante concentrada en mi nueva vida.

Dos años después, en las fiestas del pueblo, estaba con mi pandilla en una zona frente a un parque; bebíamos y hablábamos tranquilamente. Se acercaron a nuestro grupo dos chavales a saludar a alguien. Se me cortó el aliento cuando volví a verlo, ya sin *brackets*, aún más alto, magnético y hermoso que la última vez. En pánico profundo, deliberé rápido si debía saludarle o no y finalmente me atreví.

—Hola. Te conozco, ¿tú me conoces?

—¡Ah, claro, sé perfectamente quién eres!, ino como tú, que te vas y se te olvida todo!

—Soy Sakia, la hija de Lourdes y Simón. La hermana de... — Empecé a recitarle toda la retahíla que solemos desplegar en los pueblos para identificarnos.

—Pero... ¿por qué no voy a saber quién eres?, isi te conozco de toda la vida!

Después perdimos la noción del tiempo. La gente se fue dispersando, mezclándose con otras pandillas. Nosotres nos

sentamos en una acera a hablar y, cuando nos dimos cuenta, estaba amaneciendo. Esta vez el encuentro sí significó algo, porque nos dimos los teléfonos y acordamos volver a vernos.

Elmo y yo éramos asociales, frágiles, creatives, algo inadaptables e hipersensibles. Nos atraíamos porque compartíamos misma esencia y juntas nos hacíamos más fuertes frente a nuestra aversión al mundo. Nos reíamos con ternura de lo que nos rodeaba, fuimos creando un imaginario de humor, magia y reflexiones duales, la mar de comfortable. Estar con Elmo era viajar en una alfombra voladora, era estar en paz, probar sabores, aprender a vivir juntas. Durante los siguientes meses quedamos siempre que yo volvía al pueblo, para un concierto, una obra de teatro, un paseo por el río, una charla, un documental.

Pasado un año, le pregunté quiénes éramos, qué significábamos el uno para el otro, porque sentía que nuestro vínculo me fragmentaba la vida en la capital. Me cogió la mano y como quien acaricia musgo dijo:

—Eres mi mejor amiga y mi mejor amigo.

Su respuesta me dejó boquiabierta, no entendí qué quería decir, pero añadió que quería subir a verme a Madrid. Solo atiné a decir que le acogería el próximo fin de semana. Y fui a recogerle a la estación con un desconcierto que me hacía temblar como si tuviera frío. Al vernos me cogió la mano, la arrugó en su pecho.

—Siento lo que dije. Fue lo primero que se me ocurrió, pero no tenía ningún sentido. Me asusté con la pregunta.

—¡Ah!

—No sé lo que me pasa...

—No te pasa nada, pero gracias, te entiendo.

Ya en casa, mientras dejábamos los bártulos, le enseñé la habitación donde dormiría y se echó a reír.

—Ni de coña, yo quiero dormir contigo, Sakia. ¿Puedo?

—...

—Y se me ha olvidado el pijama.

Meses después se mudó conmigo; quería estudiar fotografía, iluminación y sonido.

Vivir con Elmo fue muy divertido. Los sábados por la tarde nos convertíamos en pinches de un restaurante muy especial, en la minicocina de dos metros por uno, donde experimentábamos recetas y cantábamos improvisadamente a dúo, discutiendo el menú con el que deleitar a les amigos que venían. Al principio mis amigos de teatro y la carrera y nosotros pasábamos la noche jugando a juegos de mesa, entre risas, humo y cervezas, después fuimos ampliando el ratio e incorporamos a sus compis de clase. A veces llegaba agotada a casa y me encontraba bodegones con berenjenas, cebollas, espárragos y pimientos que representaban escenas sexuales. Nos dejábamos mensajes encriptados en el baño con el cable del transistor, hacíamos instalaciones escultóricas con la ropa que había tirada por el cuarto, para que las prendas se dirigieran por sí solas camino a la lavadora. Hacíamos fiestas de disfraces, íbamos constantemente al cine y al teatro, jugaba a asustarme cuando estaba concentrada en algo, pero mi ensimismamiento era tal que al brincar pegando un grito terminaba asustándose él, les dos nos reíamos como castañuelas contra el suelo. Leíamos mucho, organizábamos encuentros constantes con amigos para debatir sobre sociedad, cultura, arte o política. Nos parpadeábamos con solemnidad para decirnos que nos queríamos clandestinamente, aunque todo el mundo sabía que éramos pareja. Me cautivaba su capacidad para el juego, las ganas de pasarlo bien sin necesitar nada, su delicadeza y cariño, compartir espacio poético e imaginativo, la inventiva para crear un idioma propio con el que

comunicarnos. Tuvimos cuatro años de relación exclusiva, «somos muy jóvenes para poder estar siempre juntas», nos decíamos. Después, queriéndonos hasta la médula, decidimos separarnos para que cada una viviese lo que necesitaba. Aquello fue una prueba de fuego. Extrañándonos con dolor, conocimos otros círculos, recorrimos caminos propios, viajamos, tuvimos otras relaciones, pero nunca, nunca nos olvidamos. Vivíamos sabiendo que volveríamos a encontrarnos, porque nos sentíamos árboles tabonucos, esa variedad cuyas raíces se entrelazan para ayudarse, para aferrarse a la tierra. Nos concedimos el tiempo y espacio de crecer por separado, pero nunca nos dejamos ir cuando nos azotaban huracanes que amenazaban nuestra existencia. De alguna forma, para nosotres siempre estábamos disponibles.

Fue una relación compleja, con aristas, compuesta por personas frágiles e intensas, de una lealtad inquebrantable. Por temporadas volvíamos a amarnos con honestidad y desenfreno, nuestros cuerpos siempre se entendían casi mejor que nosotres mismas.

Cuando le pedía que me susurrara canciones al oído no entendía nada, pero notaba las vibraciones y el pulso caliente de su voz me descomponía en cientos de notas musicales.

Fuimos madurando, pero no logramos que también lo hiciese de igual modo nuestro vínculo.

Hasta entonces, sabíamos que yo no oía, pero esta característica era solo de mi incumbencia, mi responsabilidad era salir adelante, no ser tóxica y no compartir nada de mi malestar respecto a ella. Una mañana muy temprano recibí un SMS:

Necesito verte, no te asustes, me he hecho daño.

¿Dónde?

En la cara y el codo.

Tonti, que dónde nos vemos.

¿A las once en la plaza Mayor?

Vale.

Te quiero.

Yo más.

Me costó reconocerle en la plaza. Se había afeitado la barba, tenía el rostro magullado por varios lados, estaba triste, avergonzado. Se sentía perdido, no se reconocía, llevaba meses saliendo, borracho, trabajando mucho, sin parar, no sabía qué le había pasado. Lloramos mucho. Vino a casa para tranquilizarse, volvió a mi ritmo de vida, se volvió a centrar. Yo acababa de terminar un curso que me había removido mucho, me atreví a hablarle de mi complejo de inferioridad por el oído. Pero no lo tomó en serio. No mostró interés, ni ganas de comprenderlo. Con el tiempo siempre surgía algo más importante en lo que concentrarse, y la semilla, que ya había empezado a germinar en mí y necesitaba compartir, esa parte de mí, parecía no merecer prioridad.

Poco a poco fue dejando de reconocer mis emociones, yo no me sentía validada y al mismo tiempo me agotaba leer todo el rato en sus labios, los labios de la persona que me quería y a la que yo quería. Me desesperaba cuando me sentía cansada e incómoda y él no mostraba apoyo.

Una tarde que estábamos tranquilamente en casa, le propuse una dinámica que nos permitiera comunicarnos, para dejar salir mi desencanto. La llamamos «Aquí y ahora».

—Aquí y ahora, estoy haciendo cursos sobre arte, discapacidad, feminismo, sexo, género y movimientos sociales.

—Ya.

—Aquí y ahora, necesito compartirlo contigo, que seas partícipe, pero noto que no quieres y eso me desanima.

—Cierto. Aquí y ahora siento exactamente lo mismo.

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿y por qué no me lo dices?

—Con la música. Aquí y ahora estamos en las mismas.

Llevaba meses trabajando en conciertos nocturnos. Antes habíamos ido a muchos con amigos, pero con el tiempo se había convertido en su trabajo, mientras que yo seguía estudiando. Había dejado de acompañarle en aquel ambiente de antros oscuros, por garitos repletos de humaredas, con hombres borrachos y barbudos que con pésima dicción le lloraban a la vida. Él estaba acostumbrado a que yo me esforzara. Siempre.

En mi fuero interno sentí cómo Elmo, por torpeza, me arrojaba cristales al rostro, dándose cuenta de que no podía moverme para evitar que me arañasen.

—¡Aquí y ahora! ¡No entiendo lo que dices, estoy cansada de esforzarme para entenderte! ¡Aquí y ahora! ¡Te pido por favor que vocalices! ¡Que me mires cuando hablas! ¡Porque no me gusta sentirme excluida, ni ausente!

—¡Aquí y ahora! ¡Así no puedo! ¡Este tono es muy agresivo! ¡Dímelo con suavidad!

—¡Estoy harta de pedírtelo con delicadeza y que no me ayudes nada! ¡Aquí y ahora, estoy frustrada!

—¡Aquí y ahora! ¡Estoy cansado de esto!

Durante las épocas en las que vivíamos juntas, yo desarrollaba la capacidad de hablar por teléfono solo con él, si usaba frases cortas, de pocas palabras, con un vocabulario muy básico. Pero cuando nos separábamos días, al no tener su imagen, perdía la capacidad. Si no lo veía continuamente no podía imaginar qué era lo que me decía,

no contextualizaba los sonidos, no lograba encajar su voz con las palabras, era un esfuerzo tremendo que no me hacía sentir bien. Pero él insistía en llamarme por comodidad, no aceptaba que fuese frustrante para mí. Le repetía una y otra vez que me hablase por SMS.

—iiiAquí y ahora!!! ¿Estás cansado de que te pida ayuda?

—iiiEstoy cansado de no entenderte!!!

—iiiAquí y ahora!!! iiiLo he intentado hablar mil veces, pero eres tú el que no me escuchas!!!

Aquella dinámica salió muy bien y muy mal. Surgió lo que más me irritaba de Elmo, que se otorgara el derecho de enfadarse cuando yo, ya desbordada, exigía un equilibrio, una paridad en el esfuerzo y el compromiso de cuidarnos.

Acumulábamos conflictos no reparados que, lejos de resolverse por sí solos, se fueron acentuando con los años. En un principio abandoné a Elmo por una poderosa razón, él tenía otra, bastante diferente, aunque igual de sólida que la mía.

Diferentes

Tenía veintidós años, había terminado la licenciatura en Bellas Artes, pero quería seguir estudiando; necesitaba dinero y un milagro divino. Mi padre y yo nos presentamos de nuevo en el Instituto Murciano de Acción Social, la entidad evaluadora de la discapacidad en Murcia. Era fundamental conseguir el certificado de discapacidad que me facilitase más opciones.

Entramos en la sala nervioses, nos habíamos preparado psicológicamente para batallar contra lo que fuera, la primera vez había sido desagradable y doloroso, esta esperábamos tener más suerte. En mi carpeta llevaba las audiometrías, informes, mis notas curriculares y todo lo que pudiera ayudarnos a conseguir el dichoso certificado.

Nos atendió un chico joven, espigado. Le contamos la situación, nos escuchó con atención, hizo preguntas, fue pidiendo documentos. Tras lo que nos pareció una eternidad, se puso en pie y consultó el tema con colegas. Por fin el veredicto fue favorable. Se reconocía legalmente mi problemática con la pérdida de audición, aprobándome el certificado con el 33 por ciento de discapacidad. Esa mañana, Simón lloró emocionado. No tenía palabras. Abrazamos a aquel funcionario como si fuese un pariente cercano. Y regresamos a casa sintiendo que habíamos ganado un juicio.

Gracias al certificado, empecé a trabajar como becaria en la Oficina de Integración por la Discapacidad, en el Vicerrectorado de la Universidad Complutense. Por las tardes, cursaba un máster de Arte, Investigación y Creación en la facultad. Quería hacer el doctorado y el máster era el puente para lograrlo, me aportaba conocimientos plásticos y creativos, al tiempo que marcos de discusión política, académica e incluso científica.

Mi vida cambió profundamente. Por las mañanas, en la oficina, acompañaba a estudiantes con diversas discapacidades que asistían a sus clases con entusiasmo y arrojo, teniendo realidades muy complejas. Principalmente eran jóvenes ciegos, sordos, que se desplazaban en silla de ruedas o con movilidad muy reducida por diferentes causas, pero acudían con muy buen ánimo a clase, enfrentándose a barreras físicas y sociales que, para ellos, convertían la universidad en un desafío continuo. Dependiendo de cada persona y su situación, mi trabajo consistía en esperarles directamente en la universidad o bien les recogía en sus casas y les acompañaba en metro o bus hasta la facultad. Una vez allí, les acompañaba al aula donde tendrían la clase y, a su salida, les esperaba para guiarles hasta la siguiente.

En ocasiones, les acompañaba a la cafetería con sus compañeros, a la copistería, a buscar o devolver libros a la biblioteca o acudíamos a una entrevista con el profesorado. Mi cometido consistía en apoyar física y psicológicamente a la persona con discapacidad que necesitaba desenvolverse por el campus. Velando por su autonomía. Durante mucho tiempo, observé, asimilé sus esfuerzos y realidades, escuché sus quejas sobre el sistema académico, aprendí a valorar su bravura y esfuerzo, su tesón, cómo se sentían, qué les desolaba. Me adentré en sus puntos de vista, prestando atención a cómo reaccionaban ante las situaciones tensas,

bochornosas o ridículas con las que, a menudo, topábamos.

Carla era una chica tetrapléjica que tenía diez minutos para hacer un cambio de aula de la primera a la cuarta planta de su facultad. Parecía fácil, pero siempre llegábamos apuradas al ascensor, para encontrarnos con que había varias personas que entraban y salían de él entre bromas y empujones, perdiendo tiempo. Si Carla hacía la cola no llegaba puntual a clase. Eso le molestaba mucho, porque debía soportar impotente las tonterías de quienes iban a pie. Ella reclamaba tener prioridad. Su situación era dura e impactaba a la gente, pero no quitaba que nos encontrásemos con malas caras, gestos de rechazo y resoplidos insolentes que generaban tensión. Los ascensores eran grandes, pero nadie quería montar con nosotras al entrar con la silla.

En el bus, cada dos por tres surgían quejas impacientes que estresaban a Luna, una joven inteligentísima con ataxia que debía esforzarse sobremanera para mantener el equilibrio y la coordinación del cuerpo. Cuando pedíamos, por favor, la rampa de la puerta de atrás, muchos chascaban la lengua o exigían rapidez para cerrarla y proseguir cuanto antes.

También nos tocaba bregar con la negativa del profesorado, a quienes molestaban las peticiones de les estudiantes con discapacidad, quienes les requerían que intentasen hablar más despacio, sin pasearse por el aula, sobre todo cuando había poca iluminación, o que precisaran mejor cuando se referían a «*este autor*» «poned los exámenes *allí*» o «sentaos en grupos de cuatro *aquí*», porque les alumnos ciegos quedaban discriminados. Algunos profesores se ofendían, molestes por las interrupciones de les alumnos con discapacidades, por nuestros toques de atención desde la Oficina o porque el ruido del teclado de Pablo les desconcentraba, aunque supiesen que se trataba del ordenador con braille, con el

que necesitaba tomar sus apuntes.

Pero también vivíamos situaciones hermosas cuando la persona se integraba en una pandilla y se notaba que era apreciada como una más o cuando el grupo se adaptaba a las peculiaridades de su situación. Luna tenía una relación muy estrecha con su novio y amigos. Se turnaban para ser su apoyo y caminaban lentamente, al ritmo de ella, mientras bromeaban de camino al aula.

O el vínculo tan especial que había entre Drusila y Samuel, dos personas ciegas, amantes de la música. Cada día discutían, partiéndose de risa, sobre gustos y fobias mientras nos dirigíamos al aula. Al final del día me contaban la recaudación que habían conseguido la tarde anterior tocando música en el metro.

Esta experiencia fue vital para mí. Al trabajar con ellos pude identificarme y reconocerme y empecé a sentirme diferente. Hasta entonces no había visto nada parecido, ni conocía estas posibilidades, no había tenido referentes, no conocía a personas sordas. Me acostumbré a caminar sola por la selva que era para mí la vida social, y ocultaba, por vergüenza e ignorancia, mi verdadera condición y mi identidad, pese a que siempre me sentía acorralada. A finales de ese curso, estresada porque debía sacar el máster y digerir una nueva dimensión de la vida que, por suerte, se había cruzado en mi camino, pasó algo que puso la guinda al pastel.

Se acercaba la fecha de mi cumpleaños y hablé con Elvira y todos mis amigos para que tomásemos algo, juntas. La mayoría me respondió con evasivas, nadie podía acudir porque les coincidía con otras cosas. Mi cumpleaños caía en viernes. Ese día, cansada y alicaída, regresé a casa después de pasarlo entero en la facultad. Al introducir la llave en la cerradura, noté algo extraño. De pronto, Elvira abrió la puerta disfrazada de algo que no supe identificar. Salió al rellano conmigo muerta de la risa. Con una tela me cubrió los

ojos. Entramos en el piso, caminamos juntas como *E. T.*, el *extraterrestre* y me dejó libre una vez estábamos dentro. Sin quitarme la venda.

Noté que se me aceleraba el corazón y me costaba respirar. Sentí un beso en la mejilla, un mordisco en la nuca, una caricia en el brazo, un soplo en la oreja, una pluma en el cuello... Sensaciones placenteras que contrastaban con la incomodidad de permanecer a ciegas, sin saber qué sucedía, qué decían, y quiénes estaban allí. Fueron segundos en los que no ver ni oír me impidió respirar.

Por la sinestesia, la falta del oído, las vivencias compartidas con el alumnado con discapacidad, el momento se convirtió en pesadilla real. Pero Elvira se dio cuenta y rápidamente me quitó la venda. Fue un shock reconocer a Emma, Sofía, Samuel y todos mis amigos de teatro disfrazados de cosas absurdas e incomprensibles. Estuvimos de fiesta en el piso, haciendo dinámicas teatrales, jugando hasta el día siguiente.

Pero la mañana del lunes, mientras escaneaba libros que un programa de ordenador convertía al braille y comprobaba si existían erratas, tuve una crisis de ansiedad. Sentí taquicardias y una punzada de dolor en las sienes, como si un pájaro carpintero se afanase en abrirme una puerta ahí. Abandoné el despacho y subí a la planta de arriba, tratando de controlar el dolor y mantener la calma. Encontré un pasillo escondido y solitario, con tres butacas que daban a una ventana. Fuera lucía un sol radiante y unas urracas negras con delantal blanco jugaban divertidas, saltaban, se perseguían como si participasen en una carrera que solo ellas entendían. Me senté y rompí a llorar. El dolor se mezcló con amargura y miedo. Perdí la consciencia y me adentré en un delirio. Me vi a mí misma sentada en ese lugar pero desde otro ángulo. Poco a poco, noté cómo mi cráneo se resquebrajaba en dos. Intentaba

controlar el dolor mientras visualizaba cómo mis manos deslizaban los dedos bajo la cabeza sujetando las dos perfectas mitades longitudinales. En la parte posterior, como si fuese un cofre, reposaba mi cerebro, pequeñito, frágil, tierno y delicado. Lo miré extasiada hasta que me atreví a acariciarlo, latía. Me entraron ganas de acunarlo, lo mecí con suavidad y se retorció asustado, parecía nervioso y tenía espasmos, comenzó a vibrar segregando un líquido verde radioactivo que manaba sin cesar. Intuitivamente supe que el fluido era sufrimiento y dolor.

Entoné una nana improvisada que fue apaciguando nuestro miedo. El verde radioactivo empezó a reducirse. Sentí que florecía dentro de mí un amor propio nuevo, desconocido hasta ahora. Acomodé con ternura el cerebro en mi cabeza y lo tapé con la parte superior del cráneo. Me puse en pie, buscando mi reflejo en una ventana donde arreglarme. Había llorado mucho, respiré tan hondo como fui capaz y me dije: «Tranquila, Sakia. Vas a estar bien. Te pondrás buena muy pronto».

Empecé con una psicóloga que me acompañó en el proceso y me ayudó a restablecer la paz entre lo que sentía en mi interior y lo que exteriorizaba. Llegué muy débil a la consulta. Una arruga carnosa atravesaba mi frente surcando el entrecejo de arriba abajo. Y oculta bajo una gran montaña de estigmas, exigencias y presiones ajenas, ancladas durante muchos años dentro de mí, encontramos mi autoestima. La psicóloga me ayudó a sacarla a flote hasta convertirla en una isla, me enseñó a conocerla y cuidarla para que fuese mi refugio. Un lugar seguro al que acudir si me amenazaba otro naufragio y que nunca debía abandonar, aunque las cosas me fuesen de lujo. Varias sesiones después, aquel relámpago de piel desapareció de mi ceño. Y entendí muchas cosas.

Conocer y vivir las realidades de los estudiantes con

discapacidad hizo que tomara conciencia del gran error cometido que tanto me perjudicaba. Era con ellos con quienes yo me equilibraba. Lo comprendí con dolorosa nitidez. Al no existir en mi entorno personas con discapacidad, me había acostumbrado a ignorarme, afrontaba la vida con unas expectativas que eran incompatibles con mis potencialidades. Poco a poco me fui perdonando a mí misma e identifiqué con compasión cuál había sido mi proceso.

Pero quería hacer el doctorado y necesitaba una beca para lograrlo, así que presenté toda la documentación, por fin con mi certificado de discapacidad, y rogué a la vida que me concediera el sueño. Y ocurrió, me adjudicaron una beca de Formación Profesional Investigadora por discapacidad, dentro de mi facultad, con la que podría desarrollar mi propia tesis doctoral.

Los audífonos

Justo antes de las vacaciones de verano, agotada mental y emocionalmente, fui a hacerme una nueva audiometría para sopesar cuánto apoyo económico tendría que pedirles a mis xadres para ponerme unos audífonos. Conocer otras vidas tan diferentes a lo que yo había asumido como «lo normal» y que, sin embargo, sentía más próximas a la mía me hizo pensar que quizá con audífonos todo me resultaría más fácil. Además, los necesitaba para el máster y la relación con Elmo.

Llegué a la consulta de audición, me atendió un joven de unos treinta y cinco años con buena apariencia, parecía amable y encantador. Una vez más, entré en la cabina insonorizada con paredes grumosas de esponja gris. Me senté en el taburete giratorio, cogí el mando con el botón rojo avisador y miré al frente, a la ventana por la que podía observar al profesional. Hice la prueba tranquila, concentrada, con cariño y honestidad hacia mí misma, aunque respiré aliviada cuando el joven se levantó de la silla y vino a girar la barra metálica de la puerta.

Salí campechana y alegre, había conseguido no pasarlo mal durante la prueba; había controlado la sinestesia, no había tenido miedo, ni me había deprimido. Logré no evocar episodios traumáticos del pasado, no tuve taquicardias, ansiedad o frustración.

Ni me sentí humillada ni avergonzada. Me alejé con gusto del sentimiento de estafa que solía rondarme en el pasado. Me sentí orgullosa de mis progresos, la madurez que poco a poco iba alcanzando. Hasta que percibí algo extraño en el gesto del chico que me atendía. Su rostro había cambiado, antes me había parecido de facciones agradables y simpáticas, ahora eran distintas, duras, casi agresivas. Como si se sintiese molesto, parecía enfadado.

—Vale, Sakia. A ver, no sé cómo decir esto... porque... Aquí tengo tu última audiometría, que es de hace tres años. Mira. —Me mostró la curva de frecuencias que el oído derecho dibujaba, según a los valores que oía—. Como ves, entonces estabas así y ahora fíjate. Pero es que mira la del oído izquierdo. Esto es ya... ¡Una locura, vamos! —Pasó la hoja y pude ver dónde tenía el acúfeno. La línea era notoriamente diferente—. ¿Qué ha pasado? —preguntó, como acusándome con fastidio.

—Bueno. Sufrí un accidente, pero... Estoy bien, creo... De todos modos, lo mío es crónico, de niña me dijeron que iría a peor.

—Ya. ¡Es que esto no es que vayas a peor! ¡Es una falta de responsabilidad por tu parte! ¡No puedes ir así por la vida! ¿No entiendes que ahora mismo eres un peligro, que no eres alguien que garantice la menor seguridad al resto de las personas...?

—¿Qué? ¿Cómo..., cómo...? ¡A ver..., no sé, no estoy entendiendo lo que quieres decirme!

—¡¡Estás eligiendo no aprovechar tu vida al no entrenar tus oídos!! ¡¡Por falta de estimulación, se te están atrofiando!! ¡¡Eso es por tu culpa!! ¡¡Es tu responsabilidad!! ¡¡Además, no estás pensando en les demás para nada!! ¡¡Tu responsabilidad es oír todo lo que puedas!! ¡¡Asegurarte de que, si viene una ambulancia, puedes apartarte porque la oyes!! ¡¡Que si un bebé llora, puedas atenderlo porque necesita estar en tus brazos!! ¡¡Ahora mismo, no oyes nada,

Sakia!! ¡¡Absolutamente nada!! ¡¡Solo has respondido tres aciertos en las frecuencias graves y la prueba de dicción de palabras ha sido un completo desastre!!

Me enseñó la lista de palabras que había dicho, las habíamos repetido tres veces, estaba tachada casi al completo. Su rechazo me estaba agobiando; su indignación me provocaba impotencia y ganas de llorar. Apreté los dientes hasta que rechinaron y, con la garganta cerrada y voz entrecortada, balbuceé:

—¡¡Perdona, lo primero, no tengo nueve años para que me hables como si fuese una niña y tú la autoridad!! ¡¡Segundo, es mi cuerpo y mi vida!! ¡¡Y lo que debe hacer un profesional, cuando se dirige a una usuaria que acude a la consulta, es respetarla!! ¡¡En vez de echarme cosas en cara, deberías aconsejarme, con educación, acerca de las mejoras tecnológicas que creas más convenientes!! ¡¡Para eso he venido aquí!! ¡¡No mola tu tono acusatorio y alarmante!! ¡¡Y menos de alguien que trabaja en una empresa para personas con problemas de audición y se dirige a ellas con esta falta de tacto y sensibilidad!! ¡Haces daño si tratas a la gente así! ¡¡Y ahora me voy, que bastante tengo con lo que me pasa!!! —Me levanté de un salto, me dirigí como un jaguar hacia la salida y jamás volví a pisar ese establecimiento.

Llegué a casa sin poder contener las lágrimas. Menos mal que había quedado con mi hermana, y ya me esperaba allí. Elvira supo que algo me había pasado, apartó el libro que ojeaba. Se puso en pie, me abrazó. Dejó que llorase acariciando mi espalda unos segundos. Yo estaba rota como un jarrón de porcelana que cae al suelo. Le conté lo que el joven me había dicho, argumentando las cosas de las que me había acusado y el chantaje que había sentido. Elvira me escuchó en silencio al principio, después ya no hizo falta, empatizó con mi angustia, con mi sensación de usurpación de lugar.

Se unió a mis quejas y gritos. Al principio eran coherentes, pero según pasaba el tiempo cada vez lo fueron menos. Terminamos las dos de pie en el centro del salón, en dirección a la clínica, como raperas en una pelea de gallos, gritándole a aquel joven las porquerías que nos salían sin pensar.

—«¡TÚ, que te crees listísimo, y que lo sabes todo sobre sordera, pero tienes serrín en la mollera! ¡Solo has hecho un grado superior de mierda, no eres ni fijo, solo un comercial, y no sabes tratar al personal!».

—«¡TÚ, que vas en tu coche con la música a todo trapo, solo eres un guiñapo! ¡Seguro que no te apartas si viene una ambulancia, el peligro para la sociedad es tu estúpida arrogancia!».

—«¡TÚ, que de mayor querías ser médico y no te dio la nota ni para ser ortopédico, que trabajas con personas, infeliz! ¡Te crees el rey de la tecnología y solo eres un aprendiz!».

—«¡TÚ, que tienes una vida tan vacía, y tan falta de poesía, que te tienes que inventar un drama para intentar joder a esta dama! ¡Quieres sentir intensidad, pero no conoces la felicidad!».

—«¡TÚ, aunque oyente eres mala gente, y no sabes tratar a un cliente, repites como un loro los carteles de tu tienda, porque ni de tu vida sabes llevar la rienda!».

—«¡TÚ, que seguro tienes cera en los oídos, tus palabras para mí son solo ruido! ¡Tanto rollo con ser responsable, y garantía de seguridad ciudadana, pues con cuatro frases te vapulean estas dos hermanas!».

Elvira y yo explotamos de risa. Aquella dinámica teatral me movió de sitio; me seguía indignando el suceso, pero subvertirlo con mi hermana me recordaba la suerte que tenía y lo feliz que era si la tenía a mi lado. Lo demás me daba igual, juntas podíamos hacer una performance de todo.

Adoptamos esa dinámica de hablar mal cada vez que una se enfadaba mucho o se decepcionaba con la especie humana. Entonces invocábamos a Consuelito, el personaje irascible y sin contención que era franco y decía las cosas sin elegancia. Elvira la encarnaba de maravilla cuando se estresaba conduciendo. Rapeaba poseída, con su lengua viperina, hasta que se nos saltaban las lágrimas y conducir era peligroso. En mi caso, surgía más a menudo, cuando alguien me trataba como si fuese estúpida.

Al día siguiente acepté la beca que me habían adjudicado y regresé Murcia para disfrutar del verano. Ya en casa pedí a mi padre si me podía acompañar a Murcia capital para hacerme una audiometría en una empresa que anunciaba un descuento en audífonos si tenías el certificado de discapacidad. Como esperaba, Simón me acompañó de buena gana. Tanto él como Lourdes me habían sugerido varias veces la posibilidad de usarlos, pero siempre había rechazado la opción, porque me daba vergüenza que me viesen como a una persona con discapacidad.

Ahora ya no me daba vergüenza, asumía que los necesitaba si quería avanzar en el doctorado. Así que fuimos al sitio, me hicieron la prueba. El resultado fue pésimo, pero esta vez los compartieron con respeto y sensibilidad. Cuando empezamos a valorar audífonos, avisé a mi padre, que se había quedado en la sala de espera. Quería estar segura de que todo estaba claro, porque iba a hacer uno de los desembolsos más comprometidos de mi vida. Salí de allí con los audífonos puestos. Me dijeron que al principio los llevase a ratos, lo que aguantase, hasta que pudiese llevarlos las veinticuatro horas del día con normalidad.

Caminar por la calle con ellos fue para mí como estar montada en una atracción de feria. Menos mal que iba con mi padre, que me sujetaba por el brazo, porque tenía miedo de marearme. Fui

preguntándole qué era ese ruido, de dónde venía aquel otro, o qué era lo que sonaba de tal forma. De improviso, sentí como si mis oídos se hubiesen conectado a un ordenador o directamente al cerebro y este estuviese recibiendo una cantidad ingente de información sonora que nunca había percibido ni archivado previamente. Al principio fue gracioso, incluso bonito, porque entendí que existían muchas cosas que desconocía y tenían una resonancia propia. En esta etapa de descubrimientos, percibía muchos sonidos que eran diferentes pero parecían metalizados, robóticos, como si tuviesen un toque extraterrestre, que me sugerían imágenes rasposas y con aristas. Todo me sonaba excesivamente fuerte e invasivo. Me esforzaba por acostumbrarme poco a poco a la confusa maraña que me llegaba, pensando que solo era la fase inicial del entrenamiento auditivo.

Llegamos a casa, también estaba Elvira. Fui al baño a lavarme las manos; al abrir el grifo: igrgrgrgrgrgrgrgr! El estruendo casi me asustó. Antes, ese sonido no había existido para mí. Aluciné sorprendida. Necesité unos segundos abriendo y cerrando el grifo. Me recordé a las personas de países donde flipaban con que saliese agua corriente al girar la manivela.

Apreté la jabonera: chof chof, también eso tenía sonido. Me sequé las manos, fui a la cocina, donde me esperaban hablando entre sí. Mi hermana movió su silla: trtrtrtrtrtrrr. Mi padre arrastraba la cuchara sopera para servir la comida en los platos: pumchch pumchch pumchch. Mi madre salía de la despensa dando tirones al rollo de papel de la cocina: shoc shoc shoc shoc. De fondo había risas, la entonación de preguntas y respuestas, un estornudo, palabras arrastradas...

Me senté en mi sitio y comenzamos a comer. Sabía que hablaban, pero no podía entender las voces, porque el ruido de los

cubiertos sobre el plato lo eclipsaba todo. Tic, chaf, ris ris ris, toc toc, chas chas, tic tic. No podía concentrarme en nada, menos todavía en qué decían. Se me revolvió el estómago con tanto ruido, empecé a sudar. Me quité rápidamente los audífonos y todo volvió a la normalidad. Mi normalidad. Comí tranquila, me enteré de las conversaciones a medias, como estaba acostumbrada. Una vez terminamos, volví a ponérmelos y fui al salón para echar la siesta. Solía ver los documentales de La 2, en silencio y con subtítulos, quise suprimirlos y subir el volumen del televisor. No entendía nada; de repente pasó una moto por la calle: runnnnnnn; dos personas discutían en la acera; sonó el teléfono: iiRinnnggg!! Era demasiado, no pude soportarlo y volví a quitármelos. Necesitaba desconectar un rato, dormir en mi burbujita de paz.

Me pasé meses haciendo un ejercicio exhaustivo de paciencia y tolerancia infinita conmigo y con los dichosos audífonos, pero la estridencia que aportaban era insufrible. A la semana de comprármelos, opté por usarlos solo fuera de casa. Dentro eran una auténtica tortura para mí.

La tesis doctoral

Pasó el verano, regresé a Madrid ilusionada por empezar a trabajar en mi tesis. Solía llevar los audífonos en el bolso y me los ponía cuando interactuaba con alguien en concreto. Me daba seguridad tenerlos como apoyo. Los usaba sobre todo para asistir a ponencias, a cursos y a las actividades que me interesaban, porque quería enterarme bien de cuanto se decía. Pero seguía leyendo los labios, porque no distinguía las voces ni entendía las palabras. Continuaba sentándome en las primeras filas, sin bajar la cabeza para tomar notas.

Los dos primeros cursos de investigación fueron muy entretenidos y sanadores. Pasaba los días en las bibliotecas de instituciones de arte buscando publicaciones, estudiaba teorías, conocía proyectos, me apuntaba a cursos sobre discapacidad, feminismo, fotografía, arteterapia, performance. Todo lo no hegemónico y subalterno me interesaba, quería forjarme una mirada investigadora holística y transversal. Pretendía construirme de nuevo y, para eso, necesitaba desaprender muchas de las nociones que acumulaba en mi lógica. Con la beca, por primera vez, tuve un respaldo económico que me permitía apuntarme a talleres, congresos y participar en exposiciones, revistas y conferencias. Fue un tiempo mágico y enriquecedor, un viaje de aprendizaje y

superación, de abrir horizontes. Me sentí viva y fui consciente de ello.

Durante aquel periodo, Elvira vivía con su pareja un par de barrios más allá, pero desde que estábamos en Madrid nos habíamos inventado «La noche de hermanas». Consistía en pasar cuatro horas solas, contándonos intimidades o haciendo lo que se nos antojara, cenábamos, veíamos una película y comíamos bolsas de gusanitos. Una noche, mientras cenábamos, mi hermana me miró divertida y horrorizada:

—¡Sakia!

Se partió de risa.

—¿Qué pasa?

Continué comiendo tan tranquila.

—iiiQue estás comiendo como un jabalí!!! ¡No sabes el ruido que haces al masticar!

Me paré en seco.

—No puede ser.

Me agarré la cabeza con dramatismo y no pudimos evitar una carcajada. Siempre nos habíamos reído de Simón porque, a veces, comía como un jabalí. Clavaba la mirada en el plato como si estuviera hipnotizado y engullía la comida sin mediar palabra ni conectar con nada. Hacía sonidos y gestos extraños que tenían algo de animal hambriento. Entonces caí en la cuenta de que llevaba meses comiendo sola, sin preocuparme por los modales. Había adoptado un sinfín de rudezas y, al no oírme, algunas eran sonoras. Elvira me ayudó a regularme, indicándome cuándo hacía ruido y cómo. Fui consciente de lo importante que era un buen *feedback*.

En esa etapa, también comencé a adoptar, como pauta activista, compartir desde el principio que era hipoacúsica en los cursos o reuniones a las que asistía. Así analizaba qué ocurría en los

ambientes más progresistas e inclusivos y cuáles eran las reacciones que generaba mi presencia. La mayoría de las personas aplaudían que fuese tan directa y sincera, pero luego huían en desbandada por temor a no saber cómo comunicarse o sentirse incapaces de hacerlo. Lo mismo decían: «¡Tú tranquila! ¡Pregúntame lo que no entiendas! De verdad, sin problemas. No me molestas». Pero no era cierto. En ocasiones no entendía absolutamente nada, y a mi segundo «¿qué?», «¿cómo?» o «¿puedes repetirlo, por favor?», advertía la impaciencia y preocupación en los rostros, incluso cierta inquietud o molestia porque les retrasaba.

Pese a todo, siempre existía una compañera que me observaba, como estudiándome en la distancia. Y una vez estaba preparada, se acercaba.

Aunque debía llevar audífonos, me sentía feliz, dichosa de tener la oportunidad de realizar mi tesis doctoral y, sobre todo, agradecida por que me pagasen por investigar, contenta de poder crecer, empaparme de recursos y adquirir nuevas formas de ver las cosas. Todo iba bien hasta que, a comienzos del tercer curso, tenía tanto material acumulado que se me presentó un dilema: ¿qué me convenía más?, ¿abordar la representación artística de la discapacidad o bien la del sexo, género e identidad?

Ambos temas me seducían. Le di muchas vueltas y, asesorada por el profesorado, artistas y teóricos del arte, me incliné por la segunda opción. Existían menos estigmas sobre el tema, más contenidos, y menos riesgo de desviarme o perderme entre conceptos y palabras. Además, y era lo más importante, todavía desconocía mucho sobre la discapacidad. Así que poco a poco fui acotando el objeto de estudio a las interpretaciones fotográficas de los sexos. Me interesaba especialmente la fotografía y los discursos de género desde una perspectiva feminista. De modo que me centré

en sustraer y explicitar los mensajes subyacentes en cada imagen retratada; en analizar su forma, dependiendo de si lo hacía una autora o un autor; si se refería al sexo femenino, al masculino o existía una mayor apertura de diversidad sexual. Y, por supuesto, qué valores se adscribían a cada una de las propuestas. Coleccioné pacientemente multitud de retratos sexuales dispares, porque mi propuesta de archivo suponía analizar su contenido cultural.

En un principio, una folclórica proyectada sobre un pubis parecía gracioso, pero de ese discurso nacía cierta obligación sobre el sexo femenino, por la preservación de lo tradicional, el peso de la identidad cultural y la posesión del espacio privado. Por el contrario, era bastante común encontrarme con representaciones del sexo masculino como metáfora de lo arquitectónico, lo construido férreamente y de forma sólida, como pensamiento lógico y sistemático, dueños también del espacio público. Fui elaborando un archivo de aproximadamente cuatrocientas representaciones de ambos sexos, enmarcadas específicamente en España, ya que me era imposible leer en inglés, trasladarme a otros países o estudiar entrevistas que no estuviesen subtituladas. Al final, acepté que estaba limitada y utilicé ese detalle a mi favor para producir una tesis ambiciosa, pero concreta y muy específica.

Ya en el momento en que debía concentrarme en estructurar capítulos, me ocurrió algo inesperado. Al despertar una mañana sentí un movimiento extraño, algo diferente en mi cuerpo. Me incorporé asustada, vi que una niña pequeña, de apenas dos años, se removía inquieta en el vientre, en posición fetal. Increíble, me senté en el borde de la cama. La niña me miró fijamente, con insistencia. Muy enfadada, puso los brazos en jarras, frunció el ceño y gritó furiosa: «¡¡Esta vez no pienso huir!! ¡¡Quiero vivir aquí!! ¡¡Esta también es mi casa!!».

La niña matriuska

A partir de entonces conviví con ella dentro de mí. La niña nunca intervenía hacia fuera, solo la percibía yo a través de sensaciones, imágenes que de pronto afloraban a mi mente, recuerdos archivados y vivencias que creía haber olvidado, pero conseguí conectar con ella e ir comprendiéndola. Al principio se mostró herida, y a la vez, afable. Me iba confesando cómo se encontraba, qué sentía y qué era lo que la obligó a esconderse allí. Nuestra relación fue consolidándose, y aunque yo seguía torpe y desconcertada, nuestra amistad fue creciendo. Pero la tesis evolucionaba y yo estaba centrada en organizar capítulos, anexos, encontrar obras, citas, bibliografías, etcétera.

Y cada vez tenía menos tiempo para ella, mis excusas conciliadoras ya no surtían el efecto del principio. Cuando, desesperada, la sentía lloriquear, solía decirle: «Ahora no puedo, cariño. ¡Lo que estoy haciendo es muy importante!». O «Tranquila, preciosa. Sé que estás esperando. Pero mira qué dibujos tan chulis tiene este cuento». Jugaba a taparle la boca para que no pudiera seguir reclamando o bien la alentaba a esconderse muy muy dentro de mí y le aseguraba que más tarde la buscaría. Sentía que se retiraba resignada y con paciencia, trataba de entretenerse por sí sola con distintos pasatiempos. Testaruda, se aferraba a la convicción de que,

aunque no se lo demostrara ni tuviese tiempo para ella, debía quererla mucho.

Conseguí sobrellevarla durante largas temporadas. A veces, me hizo dudar si me habría abandonado para alojarse en otro cuerpo, donde la cuidaban mejor. Pero, de repente, en el momento más inesperado e inoportuno, emergía como una boya en el mar. Trataba de sumergirla otra vez porque no podía prestarle atención y, al poco, por inercia, volvía a aflorar. En ratos que se mantenía vencida y estaba ausente, yo podía descansar aliviada. Casi al final de la tesis, entre informes, entrevistas y constitución de tribunales, se volvió colérica, tan furiosa que esporádicamente me gritaba, pataleando dentro de mí. Sus berrinches me conmocionaban cada vez más. Confusa, desesperada, entregaba los documentos dentro del plazo asignado y luego corría a arrullarla, a consolarla.

Aquellos ratos nos sentaban bien, desarrollamos una hermosa relación casi maternal. Me esforcé en conocerla y comprender su forma de comunicarse conmigo, porque no hablaba, pero intuía que estaba sedienta por expresar sus carencias, caprichos, anhelos o compartirme sus descubrimientos. Escuchándola con los ojos, aprendí a interpretar sus gestos, la posición de las cejas y la boca, la curvatura de los hombros y los movimientos de las manos. Empecé a ver su voz. Llegué a amarla tanto que me sentí la mamá de una niña preciosa, válida y perfecta.

El cierre de la tesis se acercaba, tuve que concentrarme con máxima rigurosidad en el laborioso proceso de la lectura, las correcciones, los tribunales, el pago de tasas, la interminable redacción de informes... Me encontraba exhausta y desbordada, sin tiempo y sin recursos para que mi niña, cada vez más enfadada, confiase en mí y se tranquilizase. Lloraba horas con amargura, ya había desistido de comunicarse. Se sentía terriblemente

abandonada, nada podía consolarla. Entonces ocurrió lo peor: comenzó a amenazarme.

Boicoteaba mi trabajo; tiraba por tierra mis hipótesis, me trataba con soberbia y sin decoro; se burlaba de mí, cuestionando una y otra vez mis esfuerzos por avanzar; juzgaba mis actos y opiniones; ridiculizaba mis miedos; señalaba con insistencia todo lo que podía salirme mal, y, si algo me ilusionaba, me cortaba las alas. Hasta que un día, harta, desolada, impulsivamente le pregunté: «¿Quieres que vayamos a la montaña? Haremos senderismo juntas. Verás qué bien...».

Fuimos a la sierra. Antes de comenzar la subida acaricié su mejilla, la cogí de las manos y, con mucho cuidado, la extraje de mi vientre. La coloqué con cariño frente a mí y, con una mezcla de voz, signos y gestos por telepatía, le expliqué que quería escucharla. Quería saber todo lo que pensaba sobre mí. Pero después tendríamos que encontrar una solución y llegar a un acuerdo, porque estábamos empezando a sufrir. Mi intuición me decía que no era casualidad que me hubiese elegido. Algo había en ella que me resultaba tremendamente familiar; de alguna forma intuía que nos comunicábamos por necesidad, pero no daba con quién era ni cómo podía ayudarla.

Pasamos un día precioso, hicimos distintas actividades que, sorprendentemente, a las dos nos encantaban, pero que yo siempre había hecho sola. Reunimos hojas de árboles y plantas para conservarlas secas, acariciamos rocas, dibujamos en el suelo, observamos insectos... Me sentí feliz. Me emocionó su empatía y entrega. Observé que se tranquilizaba y por fin me perdonaba. Me sorprendió descubrir todo lo que me conocía y sabía sobre mí.

Al caer la tarde, sellamos el pacto. Se comprometió a seguir diciéndome aquello que necesitaba, con cautela, sin herirme, con

intención de que no me despistase de nuevo. Y accedió a dormirse otra vez dentro de mí hasta que la despertase. Acordamos que serían varios meses, pero las dos pondríamos mucha atención en cuidar nuestra conexión, por medio de aquella comunicación abstracta de imágenes, palabras y signos mentales. Me comprometí a pasar un rato con ella todos los días. La escucharía y tendría en cuenta sus preguntas, hasta que leyera la tesis y pudiéramos resolver la situación de una vez por todas. Por fin podíamos ser compañeras.

Nos despedimos, nos vimos hermosas, admiramos nuestro talento y capacidades mutuas y, con una sonrisa cómplice y traviesa, la levanté por las axilas, metiéndola con cariño en mis entrañas. Al sostenerla en brazos, la pequeña se durmió en el acto, y como había prometido entró en tan intenso letargo que, en ocasiones, me asaltaba la duda, la incertidumbre de si ahora no sería yo la abandonada.

Las largas temporadas en que no supe nada de ella me sentía triste, preocupada, sola. La echaba de menos, evocándola. Hasta que surgió la posibilidad de pedir una beca de desplazamiento que me permitía trasladarme a otro país, donde se hablase español, para seguir avanzando, complementar mis lecturas, profundizar más en otras líneas de pensamiento artístico y teorías de género. Lo conseguí. Me establecí en la Universidad de Santiago de Querétaro, en México.

La danzante prehispánica

Me había dado un tiempo con Elmo y parecía definitivo, ambes hacíamos vidas por separado y nos iba bien. Quedamos para despedirnos, me produjo tristeza, pero no eclipsó mis ganas de viajar a México. Nunca antes había viajado sola al extranjero, por miedo a no entender, pero en esta ocasión me arriesgué, ya que el idioma, aunque con matices, era el mismo.

A los días de instalarme allá, conocí a un pintor en la facultad. Siempre miraba a los ojos cuando hablaba. Lo hacía bajito, pero era muy expresivo:

—Hola. No eres de aquí, ¿verdad? No te he visto antes.

—No. Soy española. Busco a Regina. ¿La conoces? —le pregunté.

—¿Regina? ¿Regina Rodríguez Pádula? Sí. Ahorita tiene clase aquí, en la 24 B. Sobre las cuatro y media.

—¡Ah! Muy bien. Gracias. Pues entonces la espero. —Me senté en un banco y me entretuve mirando el patio, que dejaba ver una vegetación tropical exuberante.

Nos quedamos en silencio, algo cortades.

—¿Eres alumno o... profesor? —inquirí para romper el hielo.

—Las dos cosas. Soy maestro de pintura, sí. Ahorita voy a la 27 A para seguir con estos pendejos, güey. Pero también soy aprendiz,

siempre se está aprendiendo. La pintura es inagotable, mientras diosito nos deje —dijo señalando con el dedo hacia el cielo—. No manches, güey. ¡El muy bribón me está dando donde más duele! Me está dejando ciego. Lo noto por días. Ayer me llevó dos horas pintar un peine y un cactus. Y esta mañana observo el cuadro y no logro verlos nítidos, ¡están borrosos y como mal pintados! —lamentó.

A partir de entonces pasó a relatarme el calvario que estaba viviendo. Cada vez le costaba más enfocar los objetos y no perder la perspectiva completa del cuadro, porque su foco de visión se iba reduciendo. Estaba muy preocupado, obsesionado con que ciego no iba a poder pintar. Me explicó que era lo único que sabía hacer bien. En ese momento no compartí con él que yo no oía. Solamente escuché, y poco a poco la conversación se fue dispersando hasta derivar por otros derroteros. Hablamos de colibríes, de la diferencia existente entre la vegetación de allá y de aquí, de árboles y de que él nunca había visitado España. La conversación fluyó agradable hasta el punto que poco después me confesó que Regina, la profesora a la que yo esperaba, había pasado detrás de mí y no había querido avisarme para continuar hablando.

Comenzamos a vernos a menudo por la facultad. Solíamos tomarnos un café y seguir platicando. Le preguntaba dudas sobre trámites que tenía que hacer y sobre cómo funcionaban las cosas allí; él trataba de resolvérmelas como podía. Un día me dio un regalo.

—Esto es para ti.

—Anda, gracias. ¿Qué es...?

—Coyoleras.

—Ah, ¿qué es eso? ¿Son nueces?

—Son ayoyotes, del árbol del Coyol, en náhuatl significa «cascabel». Las he hecho yo.

—Parecen sonajeros.

—Son para danzar.

—Ah, para bailar, claro. ¡Qué bonitas! Muchas gracias.

—Ven conmigo a las danzas prehispánicas.

—¿Qué?

Quedamos esa misma tarde en una plaza céntrica de Querétaro. Cuando llegué había varias personas de edades muy diferentes componiendo un altar en el suelo, señalaban las cuatro direcciones con flores, frutas, velas e incienso. Después se ataron las coyoleras en los tobillos, producían un sonido atávico. En el centro colocaron un tambor, grande y robusto; se organizaron en círculos concéntricos y, muy atentos, se focalizaron en seguir unos pasos rítmicos.

El pintor me contaba que en las danzas prehispánicas no existía una norma estricta, ni una única manera de hacer las cosas, por lo que no se obligaba a nadie a que hiciese algo que no podía, lo importante era que el proceso de aprendizaje fuese personal y respetuoso, se fomentaba la libertad del movimiento y la sicomotricidad creativa. Tenía muchos conocimientos sobre el tema.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Soy danzante prehispánico de ascendencias aztecas.

Me explicó que las danzas prehispánicas integraban la vida religiosa y social de los pueblos mesoamericanos. Desde 2500 a. C. hasta 1521, cuando la colonización arrambló con todo. Danzaban en rituales, festividades y ceremonias con la intención de conectar lo natural, el cosmos y el ser humano. Por eso se danzaba a deidades, cosechas, solsticios, animales o personas. Acto seguido, se calzó sus coyoleras, me ayudó a atarme las mías y me tendió la mano para que le siguiera. Mientras nos acercábamos al círculo, me dijo:

—Lo importante es el círculo. Lo construimos entre todos danzando, puede tener tantos anillos como personas quieran

participar. Danzan ancianos, niños, personas con discapacidades y de todos los colores de piel. No excluimos a nadie.

Lo sentí como una invitación directa, porque, sin oír, danzar iba a ser todo un reto. Pero el tambor producía vibraciones muy intensas, graves y ancestrales. Se colocó en el anillo de dentro y me invitó a que le siguiera, desde el anillo de fuera. Me concentré en ello. Entre la magia del tambor, la inhalación del copal y el cansancio, cuando ya llevábamos un buen rato, me sentí en trance. Tras una hora orbitando en el círculo, y girando sobre mí misma, me sentí agotada. Me retiré exhausta y muerta de sed. Al momento, el pintor salió del círculo y vino conmigo, jadeante, orgulloso.

Me contó que el tambor simbolizaba el corazón del círculo, marcaba los latidos que, como pulsaciones, enviaban la energía al grupo para que este se moviese y girase. Dependía del círculo tanto como este del tambor. El primer círculo de danzantes estaba compuesto por personas que dominaban bien las danzas y tenían todo el conocimiento sobre las deidades. Solían ser personas muy mayores que llevaban toda su vida tejiendo la conexión. El siguiente círculo lo integraban personas de menor rango. Y cuando el círculo ya estaba en movimiento un buen rato, se conectaba con el cielo por medio de un canal que recorría la energía en dos direcciones, hacia arriba y hacia abajo. Por eso al danzar comunicabas al resto cómo te encontrabas. La fuerza del círculo enviaba lejos el mensaje y te traía de vuelta una información personal que te ayudaba en aquello que estuvieses atravesando.

Me quedé impactada con la experiencia, disfruté haciendo algo que había asumido que jamás podría hacer. Al día siguiente, en la facultad, vi al pintor a lo lejos doblando una esquina, corrí a llamarle:

—Hola.

—¡Oh! ¡Hola! ¿Cómo estás?

—Bien. Cansada, pero contenta. Oye, ¿y todos los días os juntáis para danzar?

Se echó a reír. Desde entonces, en días alternos, iba a las danzas. Nunca supe cómo sonaba el tambor que tanto me atraía, pero sí sentía sus vibraciones en el pecho y, poco a poco, los pies, las piernas, los brazos y yo entera pasamos de ser torpes a elegantes. Aprendí a gestionar mi cuerpo, formando parte del círculo conseguí danzar. Notaba cómo fluía el ritmo, la vida. El suelo vibraba y la energía del círculo me arrastraba, se me abría el pecho, me notaba conectada con la tierra y el cielo. Pude explorar, vivir intensamente el trance, dejarme llevar con aquellas personas tan heterogéneas y diferentes a mí. Casi nunca el viaje resultaba fácil, pero al acabar me sentía exultante, nutrida y en paz. En ocasiones, danzando se lloraba de angustia o de emoción, nos daban ataques de risa o gritábamos al cielo, felices por lo que nos estaba pasando.

A los seis meses de estar allí, sentí que estaba viviendo una experiencia tan intensa que me faltaba Elvira y le propuse que viniera conmigo. Se encontraba a la espera de una nueva renovación en la fundación cultural donde impartía clases de teatro a alumnado en riesgo de exclusión social. Llevaba muchos años, sentía cierto cansancio, como si la monotonía le pesase. El plan le pareció viable y perfecto. Y a nuestros xadres les pareció ideal que estuviésemos juntas, mucho más tranquilizador para ellos.

Así que Elvira pidió una excedencia y consiguió contactos en México que le proponían continuar su trabajo allá.

Sorda insurrecta

En una zona de adoquines burdeos y casas bajas coloreadas, cerca de la universidad, encontré una vivienda con dos habitaciones libres, una enfrente de la otra. Tras cruzar el umbral, un pasillo recto, de al menos quince metros, sin puertas ni ventanas, desembocaba primero en un diminuto salón destartalado y, después, en un patio interior tropical. Nuestros cuartos, en la planta de arriba, disponían de ventanales enormes que daban al patio lleno de magnolios, helechos, limoneros, naranjos, kalanchoes y piteras. También había multitud de lagartijas oscuras que trepaban por las ramas de los árboles. Cuando se quedaban quietas, doblaban compulsivamente sus patas delanteras, haciendo gimnasia con mucho garbo. A Elvira y a mí nos hacía gracia mirarlas, decíamos que estaban obsesionadas con mantener la forma. Mi hermana había conseguido trabajo dando clases de teatro en comunidades rurales muy lejanas, sin recursos para drenar experiencias duras y traumáticas con las que tenían que vivir. Mientras, yo avanzaba en mi tesis.

Una mañana, mientras comíamos en el patio tomando el sol:

—Oye. Estoy pensando en una dinámica teatral para el grupo de esta tarde. Pero no sé si puede funcionar. Déjame que la probemos a ver qué tal.

Se puso delante de mí e hizo una serie de movimientos con el

cuerpo y con el rostro. Me pidió que los repitiera. Respondió cogiendo la esencia de lo que yo había hecho; la transformó en una parecida, pero no igual. Poco a poco, como el juego del teléfono escacharrado, pero adaptado a lo visual, la secuencia iba variando gradualmente, desechando y aportando cosas nuevas. Elvira quería poner en práctica el ejercicio con filas de diez o quince personas, y observar cómo procedían. En ese momento, el pintor, al que yo le había dado unas llaves, entró en el patio. Le propusimos que se uniera, para ver cómo sería al ser tres en la secuencia. Le explicamos la dinámica, pero se puso nervioso y empezó a tartamudear, a transpirar por la frente, se le hundieron los ojos, se le secó la garganta. Nos contó que tenía un trauma de la infancia, desde que sus primos se habían reído de él en un juego. Habían sido crueles y aquella ansiosa reacción cada vez había ido a más. Nos pidió perdón por no hacerlo. Elvira y yo lo escuchamos y, sin darle más importancia, una de nosotras dijo:

—Ah, vale, vale, no te preocupes. ¡Ese es tu *arrapajau*, claro!

—Sí, sí, claro, no pasa nada.

—¿Mi qué?!

Al ver al pintor con los ojos como cohetes, casi fuera de sus cuencas, estallamos en risas. Llevábamos toda la vida consolidando aquel concepto en nuestro universo íntimo y particular, pero se lo soltamos sin tener en cuenta que el término no existía y tampoco sonaba especialmente bien. Desde pequeñas habíamos instaurado el término *arrapajau* para referirnos a las diferencias de percepción y gestión de las emociones que cada persona hacía. Algo como la mochila que todes llevamos en función de nuestras vivencias y características.

Surgió cuando yo creía que tenía una enfermedad extraña que nadie más en el mundo tenía, y de la que no me gustaba hablar.

Pero esta arrastraba un montón de consecuencias que sí necesitaban ser comentadas, y las nombrábamos como *arrapajau*. Mi *arrapajau* era no oír, pero lo fundamental era cómo me afectaba eso a mí. El término nos ayudaba a identificar necesidades de la vida diaria que causaban angustia y forzaban a inventar recursos con los que sobrevivir. Por extensión, a todas las cosas extrañas o particulares que detectábamos en reacciones, percepciones o comportamientos de las personas, lo llamábamos, con ternura, su *arrapajau*.

El pintor se quedó a cuadros, pero adoptó el término de buena gana, y se sumó a usarlo si lo necesitaba. Fue allí donde lo compartimos con alguien por primera vez y al mismo tiempo dejamos de usarlo para referirnos a mí.

En México conocí otra forma completamente diferente de vivir, incluso meteorológicamente hablando. En Querétaro a lo largo de un día, se sucedían las cuatro estaciones del año. Al salir por la mañana temprano, necesitaba abrigo, gorro y guantes, pero según avanzaba el día me iba asando de calor. Fue una de las lecciones que tuve que aprender. Debajo de la ropa de invierno debía llevar una muda primaveral con opciones absolutamente veraniegas, pues en algún momento del día me sorprendería un calor tórrido que ni siendo murciana resultaba sostenible. En ocasiones, un día muy soleado empezaba a nublarse, hasta que poco a poco y sin previo aviso surgían tormentas con viento y lluvias torrenciales. Las calles antes repletas de gente paseando con parsimonia se convertían en auténticos ríos salvajes. Y veinte minutos después del ciclón, las aguas se retiraban sin dejar apenas rastro de su presencia. Como si la ciudad estuviera construida sobre un gran sumidero. Tenías que pestañear varias veces para asimilar el suceso y convencerte del increíble cambio, instantáneo y radical.

Una tarde, el pintor y yo fuimos a merendar a un tianguis en la

plaza de la Cruz. En el tianguis, había montones de puestecitos con distintos objetos, ropa, música y comida. Lo típico era pedir gorditas de rajas y queso, y sentarte en los bancos con estrechas barras que los puestos tienen incorporadas. Era verano; hacía calor mientras merendábamos. Sin transición, se hizo de noche e invierno cuando terminamos. Inesperadamente se puso a llover. Cuando el pintor y yo regresábamos a casa, por calles antes rebosantes de gente, música y ruido, el único recuerdo de civilización que existía eran las tristes farolas encendidas, de luz muy tenue. Todo estaba desierto, silencioso, lúgubre y febril. El pintor comentó que era preferible caminar avanzando por el centro de la calzada, para evitar tropezarnos con obstáculos en la acera. La lluvia había descargado con tanta contundencia que todo lo que quedaba por debajo de nuestras rodillas había quedado anegado. La imagen era poética y daba pavor. Amarrados por los codos, avanzábamos concentrados en vencer al agua con sincronía. Cuando faltaba medio kilómetro para llegar a casa, el pintor perdió una sandalia y no la pudimos recuperar. Así que dejó ir también la otra, por si a alguien le servían, que tuviese el par.

Una vez, el pintor y yo estábamos en mi habitación con el ventanal abierto. Era imposible no hacerlo con aquellas hermosas vistas a la espesura mexicana. La luz de la habitación producía claroscuros en las hojas y ramas, además de sombras y texturas diversas en las paredes del patio. En la esquina del cuarto más próxima al ventanal, había una mesa donde yo tomaba notas para la tesis; el pintor estaba recostado entre la cama y la pared, echaba un vistazo a sus apuntes, para las clases del día siguiente. Elvira estaba en su cuarto. Habíamos cenado y ultimábamos las tareas, antes de reunirnos de nuevo, para ver una película. Justo empezó a llover, tronando cada vez con más fuerza, durante mucho rato. Mantuvimos

la calma, hasta que un haz de luz zigzagueante atravesó el patio de arriba abajo, descargando un rayo que iluminó con un fogonazo la estancia durante segundos. Después, se produjo un estruendo metálico, ensordecedor, muy violento, como forzando una matraca. Le sucedieron múltiples ecos que parecieron preconizar el fin del mundo.

Sentí tal vibración en el cuerpo que, de forma automática, pegué un respingo, como si me hubiera dado la corriente y, de un salto, me ubiqué en el centro de la habitación, temblando. Al mismo tiempo el pintor abandonó sus notas, brincó de la cama y se abalanzó sobre mí, para protegernos mutuamente. Al nanosegundo después, mi hermana abrió de un portazo, con espanto, y se pegó a nosotros atraída por la fuerza de un imán. Permanecimos en silencio hasta que el ruido estridente fue remitiendo, y entendimos qué había pasado. Solo entonces el pánico fue fluctuando en carcajadas, al repasar la secuencia con mirada cómica y teatral.

Una madrugada dormía con placidez cuando desperté sobresaltada por algo. Miré a mi lado, el pintor dormía con sosiego. El ventanal estaba abierto y se veía una luna enorme, roja y ámbar, redonda y fluorescente por algunos lados. Me intimidó su presencia, pero me fascinó su poderío. Parpadeé dudosa de que aquella visión fuese real. Permanecí varios minutos extasiada, observando incrédula aquella belleza indómita que enmarcaba el ventanal. Hasta que, hechizada por su influjo, me fue imposible no dejarme vencer por el sueño de nuevo.

A la mañana siguiente al despertar, recordé la escena con miles de detalles sensoriales, pero no logré saber si había ocurrido en realidad, o fue fruto de un sueño. Todavía conservo la imagen en mi memoria. Decidí que la próxima vez que me pasase movería un objeto de lugar para tener una certeza de que había sido verdad.

Nunca he vuelto a experimentar algo parecido.

La estancia en México fue enriquecedora en muchos sentidos. Paradójicamente, estando en aquel país que no era el mío, y a la vez que escribía la tesis, me atreví a abordar problemáticas que llevaban mucho tiempo acosándome. Me apunté en cursos y seminarios dentro de un circuito subversivo, donde fue clave un taller de performance que se llamaba «Cuerpos insurrectos». Tras las clases iniciales la persona que lo guiaba, artista *queer* con un potentísimo trabajo político y cuya premisa principal era «hacer visible lo invisible y materializar lo inmaterial», nos planteó el primer ejercicio. Debíamos presentar una performance libre, de la que extraeríamos el material con el que comenzar a trabajar. Cuando me tocó el turno, el día de la puesta en común, subí al escenario:

—Hola, me llamo Sakia. Llevamos cuatro sesiones, pero mi performance empezó exactamente el día que nos conocimos, y termina en este preciso momento. Soy sorda desde los siete años, pero no lo sabía. No entendía que pudiera serlo, porque no he tenido contacto con otras personas así. Siempre pensé que tenía una enfermedad sin diagnosticar que no se podía detectar físicamente. Llevo audífonos desde hace dos años, ahora dependo totalmente de ellos, pero ni aun así logro entender el 50 por ciento de lo que hablamos aquí.

Me quité los audífonos, anduve unos pasos hacia el prosenio, los dejé a mis pies. Respiré con alivio y dije:

—Voy a caminar unos minutos fuera. Necesito tranquilizarme. Aquí les dejo mis oídos, por si queréis experimentar con ellos. —Bajé del escenario y salí al exterior.

Me costó mucho compartir esta experiencia. Una vez fuera, en una pequeña zona arbolada, lloré sin poder controlar el temblor de las manos. A los poco minutos, ya recuperada, regresé a clase, se

habían quedado en shock. Tras un silencio abrupto e incómodo nadie se atrevió a romperlo. La impresión había hecho que algunos compañeros lloraran y, poco a poco, el silencio fue convirtiéndose en algo acogedor, fraterno y respetuoso.

El taller fue avanzando, cada día debíamos llevar una propuesta hasta encontrar la idea que exhibiríamos en la muestra final. Llegado el momento, presenté mi pieza, a la que titulé *Rara*, en el patio central de la universidad.

Estaba atestado de gente, me temblaba la barbilla y sentía el corazón desbocado. Caminé por el espacio concentrándome, con una silla plegable que coloqué frente al público, me senté aparentemente tranquila, controlando la respiración para calmarme ante tanto estímulo visual. Quería reflexionar sobre la paciencia. La mía y la del público. Miré, de uno en uno, rostros que me iban llamando la atención de entre el público. Miraba, solo miraba, con una mirada neutral. A los pocos minutos, se empezó a percibir la violencia que producía el simple hecho de mirarnos a los ojos. Varias personas se removieron inquietas, tensas o aburridas en sus asientos. Me presenté en lengua de signos, a sabiendas de que no me entendían. Hasta ese momento, apenas podía mantener una conversación básica y cordial donde fuese capaz de presentarme, decir que era española y estudiante de Bellas Artes. La curiosidad me había hecho buscar vídeos en YouTube para aprenderlo. Hablar con las manos me parecía algo mágico y exótico que me atraía mucho, pero me imponía demasiado aprender la lengua.

Mi hermana se encontraba sentada entre el público, me sentía totalmente conectada a ella, su presencia me producía seguridad, me hacía sentirme poderosa. Signé: «Las personas con discapacidad necesitan la ayuda del mundo, como el mundo necesita a las personas con discapacidad», pero nadie me entendió. Las caras de

incredulidad y desconcierto se fueron sumando en las gradas, acompañadas de risas nerviosas, algunas incluso boicoteadoras. Continué signando al mismo tiempo que con el cuerpo, gradualmente, expresaba mi necesidad de ayuda. No recibí ninguna respuesta, así que fui mostrándome más y más expresiva, quise romper formalmente la comunicación, desgarrarla, para poder llegar a un lugar, un estado, donde pudiésemos entendernos. Entre el público, había quienes parecían sentir desazón y angustia y quienes apenas podían mirarme.

El fallo comunicativo se producía y, por primera vez en mi vida, yo no era la única responsable de la situación. El público quedó paralizado, nadie se atrevió a comunicarse conmigo, prescindiendo de la palabra. Insistí, continué pidiendo ayuda sin abrir la boca; imploré con gestos, con expresión corporal y signos, que alguien me contestara. Seguí sin respuesta, la impotencia iba creciendo tanto en el público como en mí. Entonces comenzaron a oírse los sonidos de las audiometrías que llevaba soportando desde la infancia. Un surtido de tonos graves, ancestrales, otros agudos, pitidos irritantes que se alejaban o se acercaban cada vez más fuerte y más rápido. Me aliené con ellos, fui entrando en neurosis y me dejé llevar. Los sonidos de la audiometría fueron cesando y dieron paso a una voz aséptica de teleoperadora que enumeraba palabras: «nube, alcohol, menta, xilófono, barca, bosque, plan, animar...». La voz, obstinada y estruendosa, me condujo a la ira, la angustia se transformó en violencia. Golpeé la silla, lloré desgarrada, desvelé el dolor más profundo y mi decepción. Expuse la herida emocional que sufría.

Despacio, me fui restableciendo mientras sonaba una música machacona e insulsa de discoteca. Me sequé las lágrimas todavía triste, me fui bailando sin ganas.

Aquella fue la primera vez que me expuse, indefensa y

vulnerable. No como víctima; sí como alguien que se esforzaba por adaptarse al medio y no se sentía correspondida. Lloré en público, les obligué a verme, compartí mi intimidad, mis adentros, como un acto de honestidad y transparencia. Me mostré para visibilizar que no era que estuviese rota, la avería estaba en el sistema, por falta de conciencia y empatía. Fue mi primera salida del armario; no me pareció casualidad que lo hiciera en otro continente.

En los días siguientes me llegaron comentarios muy dispares sobre la propuesta. Una conocida dijo:

—¡Enhorabuena! ¡Eres una actriz alucinante!

Pero no había interpretado nada, más bien exterioricé una vivencia.

Atónito, un profesor de renombre se me acercó.

—¡Me dejaste sin palabras...! ¡Has sido muy valiente!

Me resultó paradójico que mostrar el dolor se considerase de valientes. Al terminar la pieza y salir con los compañeros, me esperaban mi hermana y el pintor. Elvira estaba impactada, se la veía emocionada y dolida al mismo tiempo. Me abrazó con fuerza, protegiéndome del mundo, al mirarnos, percibí orgullo en sus ojos. El pintor parecía un bebé, caminaba sin rumbo de un lado para otro mientras agitaba las manos tratando de respirar, como si hubiese sentido demasiado. Se acercó a nosotras y murmuró agobiado:

—¡¡Aaaaaay..., Saaaaaakkkkkkia! ¡¡Qué mal lo... lo... lo... he... he... pasaaaaaado!! ¡Haaabla mi... mi... *arrapajau!*

El regreso

Regresé del periplo en México, el pintor y yo nos despedimos y me incorporé a mi vida rutinaria. Y un día, de forma repentina, me sentí harta de aguantar el malestar auditivo que seguía soportando con los audífonos. Los continuos acoplamientos espontáneos, pitidos que me revolvían el estómago *ipso facto*, las voces grises, metalizadas, estériles. Caí en la cuenta de que adoptaba una postura corporal cuando me encontraba fuera de casa y los llevaba, como si estuviese asustada. Temerosa hundía el rostro entre mis hombros, fruncía el ceño, irritada, prevenida, con la mandíbula apretada, en alerta constante. Seguía necesitando el contacto visual porque no conseguía entender las palabras, pero subían los múltiples sonidos de alrededor. Aunque solo los usaba fuera de casa, me cambiaban el carácter, me ponían irascible, visceral. Seguía sintiéndome invadida por sonidos estridentes que no lograba descodificar y me volvían reactiva e impredecible, cuando siempre había sido calmada. Por mi propia salud, decidí abandonarlos. Algo que a mi madre le costó aceptar.

—Pero, hija, si no oyes, ¿por qué no te pones los audífonos? Con lo que han costado... ¡Deberías llevarlos siempre!! ¡A lo mejor así te acostumbras!!

Pero no. No pude acostumbrarme, mi cerebro no podía tolerar

tanta información sonora hueca, que no servía para nada. Por eso los rechacé.

A la vez, llegó el momento de terminar los trámites burocráticos de la tesis que me permitirían centrarme en la lectura ante el tribunal. Debía concentrarme en ello para finalizar bien la odisea. Dediqué muchas horas, casi con obsesión, a enfrentarme al último esfuerzo. Dominar al dedillo las cincuenta diapositivas que la exponían, cronometrar el tiempo que necesitaba para cada una, prepararme los argumentos necesarios para contestar a todas las preguntas que me hiciesen los miembros del jurado.

Llegó el gran día, expuse cada paso de la investigación. Con razonamientos y reflexiones concretas, comentando las diapositivas dentro de tiempo. Y concluí con argumentaciones críticas hacia el acto artístico de retratar los sexos. Terminé con un canto a la dualidad y el respeto a la diversidad identitaria y sexual.

Previamente, había pedido permiso para que, en el turno de preguntas, avalada por mi certificado de discapacidad, Elvira pudiera sentarse a la mesa junto a mí, para que me las oralizase en sus labios. Para nosotras era algo natural, llevábamos haciéndolo toda la vida, estábamos acostumbradas; pero el tribunal estaba impactado. En la gran mesa donde estaban sentados había micrófonos dispersos; cuando la persona quería indagar una cuestión, se dirigía a uno de ellos y, según comenzaba a hablar, mi hermana iba instantáneamente repitiéndome su pregunta sin voz. Acto seguido, ambas nos girábamos de nuevo hacia delante y yo la respondía. La imagen debía de ser cómica, extraña y curiosa, pues, al compartir rasgos, parecíamos androides mostrando cómo se abordaba la comunicación en nuestro remoto planeta. Contesté cuatro preguntas, dos simples y dos complejas. Luego me invitaron a salir de la sala mientras los componentes deliberaban. Aquel día me

acompañaban también Lourdes, Simón y mi directora de tesis. Tras diez minutos de espera, nos hicieron entrar de nuevo. Me otorgaron un *cum laude*; algo que, en ese momento, no tenía ni pajolera idea de qué era.

Paralelamente, Elvira y yo nos sentíamos hartas del caos de Madrid. La ciudad estaba cambiando a gran velocidad, notábamos una nueva dirección política que la hacía más hostil. Nos habíamos acostumbrado a la forma de vida en Querétaro, más tranquila, más alegre, más cómoda y familiar, allá éramos dueñas de nuestro tiempo. Pero el regreso a Madrid había sido difícil, a veces insoportable, afianzó el sentimiento de que la capital nos había acogido en una época muy agradable, pero en realidad nunca pertenecemos a ella, solo estábamos de paso.

Una tarde quedamos en el parque al que nos gustaba ir, allí donde los perros jugaban sueltos. Elvira hizo un movimiento cómico y muy ortopédico para sentarse en el césped:

—¿Estás bien? Pareces cansada.

—Psss... Estoy durmiendo fatal, estoy deprimida. ¿Y tú?

—También. No hay manera, siento que Madrid me expulsa.

—¿Verdad? Yo también. ¿Tanto ha cambiado mientras hemos estado fuera? ¿O somos nosotras?

—No sé, pero...

—¿Qué?

—No, nada.

Mi hermana se quedó ensimismada, cogió una hoja amarilla, muy pequeña, que había quedado escondida entre el césped, y la sostuvo entre sus dedos, girándola por el tallo. La saqué de la hipnosis:

—Y si nos volvemos... a adaptar a la vida aquí...

—¿Qué?

—No, nada.

—Terminaremos por acostumbrarnos. Pero... me da miedo.

—¿Qué te da miedo?

—Rehacer una vida que no es la que quiero. Un trabajo que me atrape..., que no me deje salir de aquí. Un proyecto..., conocer a alguien... ¿Y si nos vamos?

—¿Qué?!

—No, nada.

—¿Cómo que nada?! ¿Nos vamos?! ¿Por qué no nos vamos?!

Nos miramos ceñudas, acabábamos de abrir una de nuestras cajas de Pandora. Elvira fue la primera en envalentonarse.

—Vámonos, pero ¿adónde?

—¿A México...? ¿Al norte...? A... ¿a casa?

—¡¡No!! ¡¡A Murcia, no!! ¿Estás loca?, ¿qué hacemos en Murcia?

—Igual... es el momento... idóneo para regresar.

Nos quedamos perplejas con nuestra propia conversación. Elvira continuó reflexionando en voz alta.

—Desde luego... es ahora... o nunca. A ver, pensemos pros y contras.

—Pros: estaríamos más cerca de naturaleza..., podemos cuidar de Lourdes y Simón...

—¡¡Contras!!... ¡¡Estamos como cabras!! ¿Cómo vamos a volver a Murcia?!

La pregunta quedó suspendida en el aire, esperamos una señal como respuesta. Pero no llegó y nos echamos a reír como niñas pequeñas y maliciosas. Acordamos darnos unos días para rumiar aquella chaladura, podíamos descartarla o dejarla fraguar. Nos iríamos preguntando cómo avanzábamos con la idea. No sabíamos que acabábamos de trazar nuestro siguiente plan vital.

Pero nada salió como esperábamos. Antes del viaje a México,

durante los dos años de preparación de la tesis en los que realicé cursos de formación complementaria, también estuve impartiendo prácticas en la Complutense como profesora. Mi directora me cedía temas de sus asignaturas para que tutorizara a los alumnos en sus ejercicios y propuestas. Todo indicaba que, tras leerla, podría dar el salto y continuar haciendo lo mismo en Murcia una vez me instalara, presentase mi currículum en la UMU y entrase en las listas. Pero no ocurrió, estábamos en plena crisis económica y no encontré trabajo en la universidad, ni en museos o instituciones. Me devolvieron todos los proyectos que presentaba, aduciendo falta de presupuesto. Había cumplido treinta años, había dejado en la capital mi red de amigos, el grupo de danzas prehispánicas con el que continuaba en Madrid, el arte, el teatro, el anonimato. No tenía casa, ni pareja.

Intenté aguantar, tener paciencia, disfrutar de las buenas cosas que tenía lo local, tratando de colarme por algún resquicio profesional, mantenerme positiva. Las puertas se cerraban y no encontré el camino. Con tanta presión acumulada ocurrió lo que intuía podía pasar y llevaba mucho retrasando: me deprimí. Hasta que una nueva crisis de identidad me enseñó lo que debía aprender.

Elmo

II

Durante el periodo en México, Elmo y yo nos enviábamos un correo al mes, para contarnos por encima, sin profundizar. Él también había regresado al pueblo, así que era cuestión de tiempo que retomásemos el contacto, aunque les dos queríamos mantener distancias. Regresé a Murcia sola. Elvira necesitaba más tiempo para cerrar proyectos y compromisos. Me instalé con Lourdes y Simón. A las semanas de llegar al pueblo, Elmo y yo tuvimos un encuentro fortuito, hacía más de un año que no nos veíamos. Le vi más gris, algo encorvado, ahora con el pelo rapado. Dijimos de tomar un té y al poco tiempo nuestro universo interior volvió a hacernos cómplices. Se sentía solo y le agobiaba el ritmo del pueblo. Yo intentaba encajarlo, aunque aún no me reconocía en la forma de vida. Necesitaba encontrar gente y espacios afines a la que era en ese momento, extrañaba su familiaridad.

Nos fuimos acompañando sutilmente, aunque con miedo de volver a chocar. Limamos asperezas que habían quedado de la etapa anterior; nuestros cuerpos volvieron a entenderse, nos ilusionamos de nuevo, volvimos a querernos, pero ahora no era un buen momento para ninguno.

Personalmente iba entendiendo qué me pasaba. Estaba

aprendiendo a relacionarme con la tristeza y el miedo a sufrir. Me iba desvelando mis necesidades, esas que no había sabido pedir nunca o me violentaba compartir. Andaba completamente perdida en una montaña rusa de emociones que desgranaba con Elmo. Él me contaba su caos.

Hasta que una tarde, mientras paseábamos por el linde del río, dije algo muy importante para mí:

—Estoy aprendiendo signos por mi cuenta. He sacado libros de la biblioteca y los voy estudiando. Estaría genial que te fuese enseñando, así tendríamos más recursos para comunicarnos. Yo oigo cada vez menos, voy a necesitar adaptarme a nuevas cosas.

—Sintiéndolo mucho, Sakia, no tengo tiempo. No puedo comprometerme.

Su respuesta me dejó helada. Estaba en paro y me contestó con la arrogancia de un alto cargo directivo. Lo vi nítido. No trabajaba ni tenía intención de hacerlo; vivía con su familia, había vuelto a fosilizarse.

Tras tantos años aguantando con fe ciertas carencias obvias, me sentí de nuevo arrojada a un burdo vacío, cruel, lleno de egoísmo normalizado. Comprendí que no tenía sentido esperar más tiempo, nada iba a abrirle los ojos. Ya no éramos criaturitas puras e ingenuas. Ahora éramos adultes, pero no habíamos madurado en la misma dirección o al mismo ritmo. Los diferentes roles y patrones culturales habían hecho mella en nosotres y, por mucho que nos quisiéramos, no sabíamos cuidarnos.

La última vez que estuvimos en la cama, él lucía una sonrisa pletórica. Le pregunté cómo se encontraba y me dejó atónita al responder con un gesto improvisado pero cómico y preciso: colocó la mano al lado de su sien, cogió un cordón invisible y tiró hacia abajo al mismo tiempo que su semblante se relajó feliz. No era algo

relacionado con la lengua de signos, sino un impulso visual, una escenificación que me mostró a las claras en qué punto se encontraba.

Visualicé lo que llevaba años sucediendo, su bloqueo mental y emocional impedía que pudiéramos entendernos. Si se esforzaba por mantener a raya sus miedos, sus prejuicios, sus obsesiones; cuando se hacía cargo conscientemente de ellos, desde un yo maduro, ganaba en libertad y podíamos disfrutarnos. Se volvía más tolerante y se mostraba honesto. Su gesto me otorgó la razón. En ese instante, estaba pleno y feliz, pero solo estaba concediéndonos una tregua.

No me sentí segura; aquello era solo un reflejo fugaz. Entendí que no estaba trabajando para aferrarse a ese estado, y no sería posible que estuviésemos juntas mucho tiempo. Al final, la realidad, la vida acabaría por imponerse. No todo se nos plantearía con tanta suavidad, temía que volviera a evitar cualquier atisbo de responsabilidad cuando las cosas rodasen mal o se nos pusiesen difíciles.

Aquella última noche quise que fuera hermosa. Me protegí de lo que sabía que vendría después. Esa vez no le pedí nada, sabía de sobra que en cuanto se marchase lo olvidaría todo y se pondría a la cola para sacar el tique y montar de nuevo en su noria giratoria.

Habíamos superado el punto de ruptura anterior, así que dejamos pasar unos días. Enseguida surgió otro conflicto cotidiano que lo hizo refugiarse en su caparazón. Harta de leer en sus labios que mi manera de expresarme era demasiado abstracta y que no me entendía; después de esforzarme lo imposible por explicarle cómo me sentía, toqué fondo. Él, en cambio, opinaba que era yo quien no lo entendía cuando, en realidad, me deshacía por comprenderle.

Siempre se concedía la prioridad en nuestros malestares, la

legitimidad en los movimientos emocionales o las posiciones intelectuales. Yo estaba agotada, decepcionada por su postura y perdida en un mar de dudas. Comencé a desconfiar, a sospechar como nunca antes lo había hecho. Además de todo lo que estaba atravesando, me sentí herida por su falta de empatía, de apoyo. Me sabía excesivamente vulnerable, y todo me daba a entender que no solo nunca me había aceptado. Ni siquiera lo había intentado ni jamás lo haría.

Días después, le pregunté a quién quería, a quién buscaba en mí si tanto le costaba asimilar que no oía. Le expliqué que llevaba años implorándole que fuese consciente de mis necesidades como yo hacía con las suyas. Me dio mucha pena no poder compartir con él la emoción de sentirme cada vez más liberada desde que por fin pude verbalizar que no existía pérdida de audición sino ganancia de sordera. Que nunca más me haría pasar por quien no era porque me reconocía sana y perfecta en un mundo con problemas.

Me convencí de que no cambiaría porque no podía, siempre priorizaría otras cosas antes que concederme la oportunidad que pedía. En el pasado habían sido unas cosas, ahora eran otras y después vendrían más... Siempre tendría excusas para justificarse y nunca sería el momento perfecto para concederme mi lugar en la relación. Estaba saturada de tanto desequilibrio. El amor que sentíamos ya no era suficiente. Con tristeza, sufrimiento y miedo, lo dejamos y supongo que ambes nos sentimos aliviados.

Me costó mucho separarme de Elmo y, aunque pasen mil siglos, nunca lo habré conseguido realmente. Cuesta otra vida entera destrenzar las raíces que durante tantos años han estado lealmente abrazadas. Duele, duele horrores. Jamás olvidaré nada de él, ni lo

vivido ni lo aprendido; tampoco lo disfrutado y lo sufrido. Sé que lo intenté con uñas y dientes, hasta que mi paciencia se agotó y la relación no tuvo sentido para mí, por absurda y dolorosa. Habíamos elegido diferentes maneras de vivir y nuestros caminos se bifurcaban.

Una mañana fría de un sábado dulcemente soleado, fui a su casa para devolverle la ropa que se había quedado en la mía la última vez que estuvimos juntos. Nos sentamos en las escaleras del porche, para que nos calentaran los débiles rayos de sol que coloreaban nuestros rostros. Nos abrazamos, nos olimos, nos deseamos lo mejor... y nos dejamos ir.

Él se fue a un retiro budista, yo caminé directa al inframundo. Quebramos el hilo que nos unía.

En el inframundo

Elvira y yo acuñamos el término *inframundo* siendo muy jóvenes. Lo usábamos para comentar lo que sentíamos y percibíamos los días previos a tener la regla o cuando ya estaba con nosotras. Describía esa sensación irremediable, la necesidad de parar y reflexionar, no adscribirse a ritmos frenéticos y ajenos, ni dinámicas superfluas o funcionamientos convencionales, algo absurdos, de nuestra cultura y contextos. La decepción vital, el hastío por cosas mundanas que casi siempre solventábamos sin problemas, pero que en ese periodo resultaban insoportablemente estúpidas, asfixiantes e incómodas. Nos colocaban al borde del colapso y sentíamos una voz interna, un lamento que avisaba de que necesitabas alejarte de ahí. La vida seguía su curso, pero no participábamos en ella. Porque no le pertenecíamos, ni ella a nosotras. El éxito era mantenernos al margen, ya que en nuestro interior imperaba un código muy diferente, frágil, potente, delicado, oriundo y brutal a partes iguales. Se alteraban las prioridades.

Nos referíamos a él para indicar que no nos encontrábamos aptas para la vida, ni la vida rutinaria preparada para nosotras. Principalmente se trataba de días, pero podía durar semanas, incluso meses. Era como si un ascensor nos sustrajese a pie de calle y nos elevase hasta una planta doce, desde donde observábamos la

mundanidad junto con nuestros pensamientos y recuerdos. Con la diferencia de que, en el inframundo, el montacargas era subterráneo. Inventamos el término con el que explicarnos aquella realidad compartida, una danza de hormonas que se había de integrar, de la época en que nos dio por estudiar mitología griega. Después, la rechazamos por ser bochornosamente heteropatriarcal.

Perséfone era la reina del inframundo. En el mito griego, esto simbolizaba que todo esfuerzo necesita afán y provoca fatigas para desarrollar la capacidad de soportar. Era hija de Démeter, diosa de la agricultura. Un día Hades, el dios del inframundo, la raptó y su madre enloqueció buscándola. Eso hizo que descuidase la tierra provocando inviernos permanentes y hambrunas. Finalmente, Perséfone consiguió regresar junto a ella. Para lograrlo tuvo que llegar a un pacto con Hades. El dios la dejó ir asegurándose de que Perséfone comiera antes unos granos de granada, como una maldición. Esto la obligaba a regresar cada cierto tiempo con él, para ser su compañera en aquel reino. El mito de Perséfone ha servido para explicar procesos naturales relacionados con el descenso y el regreso a la vida. Cuando Perséfone regresaba temporalmente con su madre, provocaba estaciones, la tierra florecía en primavera y daba frutos en verano. Cuando retornaba al inframundo, transitaba por el reino de los muertos y los espíritus, un lugar subterráneo y hosco. Eso acontecía durante el otoño e invierno en la vida.

La asociación de ideas con el mito y el inframundo nos ayudaba a comprender las fases de nuestro ciclo menstrual. Un lugar al que bajábamos a dar la malla,^[1] cada mes, durante cuatro días. En ellos imperaba otro ritmo, otro tiempo y necesidades, nos enfrentábamos a miedos que estando en la vida solías sortear. En el inframundo, el trabajo real era precisamente no esquivarlos, transitar otros espacios o los mismos, pero concediendo legitimidad a nuestra percepción

alterada, tan necesaria para producir cambios reales positivos y, por tanto, digna de ser respetada. Después, había que subir de nuevo a la superficie y seguir viviendo con la máxima congruencia posible para ti misma.

Teníamos el inframundo bien contextualizado, nos ubicábamos de continuo en él. Y esta vez, sin saberlo, descendí para instalarme allí una larga temporada.

Me vi sola, incapaz de conseguir trabajo en la universidad o en cualquier institución artística. Me devolvían los proyectos que presentaba, no encontraba amigos afines a mi yo de treinta años, ni nuevos caminos que me ilusionaran... Me sentí frustrada, estafada, abandonada, avergonzada, paralizada. Incapaz de cualquier cosa. Incapaz, a secas. Y agotada de disimular el dolor de lidiar con sospechas ajenas respecto a mi validez, mis posibilidades, mis capacidades y ambiciones. Sentí que todo el esfuerzo no había servido de nada. Bajé al inframundo no a dar la malla, sino a pensar, así que me construí allí una covacha. Permanecí atrapada dos años. Revisaba mis vivencias, las analizaba, las archivaba para organizarlas en cajones muy lentamente y dentro de mí. Tardé en ordenarlas, en dejarlo todo limpio mientras atravesaba aquel túnel tétrico, telúrico, en el que pasé una larga estancia.

Las rigideces en mi educación en el contexto familiar; vivencias infantiles que me habían marcado negativamente; la pérdida de audición; la bajada de rango en cuanto a estatus de normalidad; el sufrimiento inconsciente y silenciado por adaptarme a las circunstancias en el cole, la falta de comunicación, de expresión en el instituto y en la universidad; los abandonos de Elmo; reconocerme en las personas con discapacidad; la confusa experiencia con la niña matriuska. Ahora lo entendía, mi Sakia de siete años apareció para recordarme la importancia de existir plenamente; la performance

Rara; el futuro sin casa, sin habitación propia, sin trabajo, sin teatro, sin danzas prehispánicas, sin red de amigas; un porvenir con incertidumbre; el equilibrio entre mis expectativas y las ajenas, y cómo poner los límites correctos. Y siempre las eternas preguntas: ¿quién soy?, ¿cómo soy?, ¿quién quiero ser?, ¿quién necesito ser?, ¿qué necesito para poder ser?... Estaba rota, mal hecha, averiada. No apta, cruda y podrida.

Había aprendido a vivir regulándome en cuanto a las acciones y reacciones de les demás, ya no podía aguantar más. Estaba harta, me tenía harta a mí misma, quería dejar de hacerlo, pero era adicta a auscultar gestos, expresiones, a rastrear buscando señales que me llamaban egoísta si no lo hacía.

Busqué una psicóloga y empecé terapia. Me mudé con Elvira, a un piso de otra tía. Estuve semanas sin salir de casa, desarrollé fobia social, no quería ver a nadie, ni comunicarme ni leer labios, tener que interpretar, sentirme ridícula, balbucear respuestas a modo de tanteo, improvisar para ganar tiempo. Solo leía y leía, buscaba asentar, ordenar dentro de mí toda esa información. Sufrí episodios de pánico al ruido, el acúfeno persistía. Tuve miedo de ser yo, de quedarme sola en todos los sentidos. Temor y pánico del mundo, de la comunicación, de la falta de ella, del dolor psicológico y emocional. Me asaltaron afonías repentinas, se me inflamaba la garganta y la imagen de una gruesa soga apretándome el cuello me perseguía. Durante minutos u horas la voz me cambiaba, se volvía cavernosa como si, en realidad, la que se comunicara no fuese humana, sino una osa. Fui consciente de mi recelo a hablar, a pedir ayuda, a enfadarme. Me identifiqué luchando por correr en la maratón de la vida, sin tener en cuenta que la línea de salida no estaba en el mismo punto para todes, mucho menos, la meta.

La terapia y mi trabajo personal me ayudaron a procesar, a ir

integrando, a comprender y respetar mis ritmos. Pude revelarme el miedo de años, mi pánico y rechazo por no ser igual, por la normalidad. Y me permití concebirme diferente, con legitimidad, no como alguien que no oía bien, sino como hipoacúsica. El paso fue sustancial, no debía haberlo retrasado para dar prioridad a los estudios y la tesis. Leí testimonios de personas hipoacúsicas, busqué películas que abordaban el tema, visioné documentales, leí novelas, ensayos... Me fui fortaleciendo desde la raíz. Hasta que poco a poco pude presentarme a mí misma y relacionarme conmigo desde una identidad más cercana y real a mí misma. Entendí que debía salir del armario.

Durante ese periodo, las tensiones con Lourdes y Simón fueron continuas. Mi madre nunca hablaba directamente sobre la depresión. Para ella, hacer que no existía restaba transcendencia; pero inducía a mi padre a que me transmitiera mensajes que, en ese momento, me resultaban inoportunos y me hacían sentir culpable por necesitar ayuda. No entendían el cariz ni el calado de lo que me pasaba, yo no podía explicarlo porque percibía que, en realidad, no podían comprenderlo porque no me conocían. Me irritaba que intentasen animarme como si fuese un bajón de ímpetu, de ilusión, de ganas de luchar o esforzarme. Como si tuviese una crisis de energía u optimismo y mi malestar estuviera provocado por falta de ambición.

Por la noche dormía exhausta, apenas tuve concepción del tiempo o las horas, las estaciones fueron pasando brumosas dentro y fuera de mí. Después empecé a tener pesadillas, sueños raros e inquietantes, hasta que ocurrió algo inimaginable e inconcebible.

SEGUNDA PARTE

Una segunda vida

21

No soy una criatura mágica.
Ni una superhumana.
No soy la fracción exótica de la especie.

Soy la extraña que incomoda,
una anomalía inoportuna.
El dedo en la llaga de un mundo único.
La incorregible, la descarada, la intrusa.
El desafío.

Soy una aprendiz incesante del arte de fingir.
Finjo que me importan tus labios y tu serie favorita.
Que habitamos el mismo planeta.
Que tus miedos son mis miedos.

No quiero integrarme.
Yo soy una, ya soy todas.
Soy la nada y el todo.
No voy a superarme.
No voy a demostrarte.
Respiro, avanzo y retrocedo.
Vibro adentro.
Me muevo siguiendo un ritmo íntimo, explosivo.
Vivo y muero cada día.

Habito lejos del lugar que piso.
Detrás de un muro que nadie mira.
Lo que ves es lo mínimo de mí.
Existo a tus espaldas.
Duele, pero no importa.
Me quiero.
Me busco.
Me contemplo.

Desconectada del mundo por reformas

Elvira y yo alquilamos el piso viejo de otra de nuestras tías. Era amplio, luminoso, un cuarto sin ascensor con bellas vistas a la huerta murciana. A los pocos meses de instalarnos, a mi hermana le surgió un proyecto vital y cada vez pasaba más tiempo fuera de casa. No entendía todo de mi larga travesía, pero comprendía mucho de lo que me sucedía y hacía esfuerzos por acompañarme. Llegó el momento en que necesitó mudarse, sin más titubeos. Ninguna quiso abandonar; lo hablamos, nos celebramos, lo pactamos desde el respeto y la lealtad a nuestro vínculo. Queríamos sumergirnos en vivir lo que a cada una le tocara en suerte. Pero no nos soltaríamos la mano; al fin y al cabo aspirábamos también a vivir al máximo, la una a través de la otra. Elvira se embarcó en su nuevo proyecto y, a los pocos días, adopté una perrita.

Ólea era un ovillo de pelo azabache ondulado. Tenía dos semanas, aún no había abierto los ojos cuando la separaron de su madre. En principio, no tenía claro que pudiese sobrevivir siendo yo quien tenía que sacarla adelante. La perrilla era tan chiquita que podía dormir en la palma de mi mano. Me concentré en ella, en darle biberones, acariciarla, mirarla, conocerla, comprenderla, jugar con ella y, poco a poco, lo logró, lo logramos, fue creciendo. Necesitaba mucha actividad y espacio, nos hicimos inseparables, y,

al sentir una fuerte responsabilidad por las dos, valoré la idea de encontrar un sitio con más naturaleza, donde hubiese árboles, tierra, viento y sol directo.

Lourdes y Simón me hablaron de una destartalada casita a las afueras del pueblo, en la huerta. Era un pequeño cuarto de aperos que había sido reformado para convertirlo en una estancia con cocina, salón, habitación y baño. Estaba muy vieja, tenía muchas goteras, pero también un espacio exterior maravilloso, bien cuidado, con rosas, perales, melocotoneros, naranjos, olivos, limoneros y una higuera con el tronco arqueado. Había espacio más que suficiente para cultivar y podría tener gallinas. La choza variaba mucho dependiendo de la ubicación del sol, de la presencia o ausencia de nubes, de las lluvias. Según la estación mutaba entre un barracón oscuro, al que abrazaban las sombras siniestras de las ramas más cercanas, o se erigía como un templo donde, a falta de vidrieras de colores, el silencio, la luz, los colores y el polvo angosto sobre los azulejos le conferían una calidez íntima, como para sentirla nuestro acogedor refugio. Ólea y yo estábamos encantadas. La adaptación a nuestro nuevo hogar fue fácil e inmediata. Teníamos una bañera exterior que usábamos como piscina y una ruinosa chimenea que adecenté a mi gusto. Iba y venía al pueblo en bici, llevaba a Ólea en un cesto sujeto al manillar y, cuando ya no cupo, trotaba campechana a mi lado. Parecía feliz, orgullosa de estar conmigo.

Lo difícil llegaba por las noches. Empecé a tener sueños y pesadillas muy perturbadores; se sucedían discusiones, amenazas, confesiones y mítines con Elvira, mi madre, mi padre, Elmo e incluso Ólea. Eran insoportables sensorialmente por los ruidos estrepitosos, retumbos, ladridos, disparos, gritos y bombas que explotaban o torres de vajillas de porcelana que se hacían añicos. Sonidos intimidantes y horribles, carcajadas siniestras. Discusiones furiosas

en las que no podía leer los labios o donde se desternillaban de risa porque no lograba hacerlo, apagaban la luz para que no les entendiera, se ponían ante focos y ventanas y me hablaban así, para que el contraluz me cegase. O me sujetaban las manos, apretándome con crueldad las muñecas. Pero lo más desasosegante, y cada vez más recurrente, era que a todes se les iba borrando la boca, hasta ser solamente una mancha indescifrable y descarnada. Entonces, aún dormida, entraba en un pánico pétreo que me invalidaba. Mi cuerpo, músculos y articulaciones se volvían de madera, y al mirar las vetas, como si fuesen venas, se me revolvía el estómago. Me mareaba, comenzaban las náuseas y el sudor frío mientras veía cómo se mezclaban pinturas con aceites, sangre, geles, gasolina, huevos u orina.

Dentro de la pesadilla luchaba angustiada por no dejarme influir, superar el trance, controlar sentimientos y emociones, alejar el dolor y el sufrimiento. Las visiones de estas amalgamas sucias, viscosas, terminaban por invadirme y me inundaban, expandiéndose abrasivamente dentro de mí. Todo pasaba siempre a la vista de mi madre, Elvira, mi padre o Elmo, pero ellos no podían o no querían o no sabían cómo ayudarme. Gritaba pidiéndoles ayuda hasta quedarme afónica y perder la voz por completo. Ellos no me oían. Me afanaba braceando para que me ayudaran, pero no me veían.

Tras meses de habitar con Ólea en la casita, por fin fueron remitiendo estos episodios y comencé a soñar con espacios naturales y paseos relajantes. Los personajes con los que interactuaba signaban. Me signaban a mí. Ya no dependía de mi habilidad de leer labios, ni tenía que ser precisa, ni buena interpretadora de mensajes. Ahora veía las voces en las manos, algo que, extrañamente, me aliviaba. En sueños, helechos, geranios, árboles genéricos, el interior de las montañas e incluso nubes y

animales concretos, como delfines, caracolas, perros y patos me signaban. Yo lo entendía todo, era una mezcla de signos, emociones e imágenes propias, la misma que empleaba con la niña, mi pequeña Sakia.

Una mañana al despertar me encajaron todas las piezas. Decidí seguir el juego, visualicé aquello como un mapa que podría estar indicándome un tesoro. Hablé con Elvira, le conté mis sueños y que buscaría cursos de lengua de signos, repuso que también le interesaba. Encontré uno de un mes en una asociación y nos apuntamos. Asistimos emocionadas. El primer día, las quince chicas de entre diecisiete y cuarenta años que estábamos inscritas nos congregamos en una gran sala. Todas eran oyentes excepto yo, que mantuve una cita previa para contarles mi situación personal. Fue la primera vez que me presenté como hipoacúsica profunda. Esa mañana me encontraba débil, sentía que se estaba desenrollando la madeja de lana que había atravesada en mi interior, la situación me daba cierta aprensión aunque estuviera desesperada por superarla. Minutos después aparecieron las tres responsables del curso, la directora, la secretaria y la profesora que lo impartiría.

Las tres señoras entraron en la sala para comprobar nuestros nombres en una lista. Yo suponía que decían: «Carmen María Contreras Casamayor», pero entendía «posdifskdfs adjfslkjfs ajdfskfsf». Entonces una persona levantó la mano. «Marta Pinilla Sáez». Para mí era «sodifjs oigjor ñksnf». «Yolanda Latorre Moreno». En mi percepción, «sfsdfpweifsd sdjfsodfsdif asdjfsdjfsdf». Miré a Elvira desconcertada; la que pasaba lista llevaba el pelo suelto, se encorvaba sobre la mesa mientras leía, mirando hacia abajo.

Mi hermana resopló indignada, noté cómo se violentaba mientras yo me hundía en un pozo de decepción. Se me agolparon las

lágrimas, me sentí humillada, enferma. No pude soportarlo y me levante rápida. Abandoné la sala, salí del edificio, tenía ansiedad. Segundos después, Elvira vino tras de mí, estaba destrozada. Su aspecto había cambiado, estaba agotada, con ira comenzó a renegar:

—¡Qué poca vergüenza! ¡De verdad, no doy crédito!! Pero así lo has explicado! ¿Cómo puede ser que lea mirando a la mesa? ¿No saben el daño que eso puede hacer?... ¡Es increíble, la falta de tacto!... ¿Y aquí nos van a enseñar lengua de signos? ¿Esta es la sensibilización que tienen? ¿Así se trata a las personas que no oyen bien? Mira, de verdad, esto es una mierda!, ¡una completa mierda! Pues ¿sabes qué? Ahora deberías entrar y explicárselo todo otra vez. A ver si así se enteran de algo y se dan cuenta de lo que hacen..., de..., de...

—Vale, Elvira, vale. Entiendo lo que dices y, sí, tienes toda la razón. Dices justo lo que siento, te lo agradezco, porque sola no puedo con todo. Pones palabras a una parte de mí. Pero vamos a tranquilizarnos. Esto pasa continuamente, duele, más aquí, un sitio donde me esperaba ser vista y escuchada. Pero no, parece que no. Ahora bien, tenemos dos frentes abiertos. Uno, hay que recomponerse, y entrar ahí para explicar por qué hemos salido así. Y dos, me siento culpable de que, por acompañarme, toda la vida tengas que vivir situaciones así, ¡joder!

Elvira recobró la compostura. Se dio cuenta de que su indignación era válida, pero no podía ser suya, era la mía. Le estaba agradecida al sentirla conmigo, y me dolía verla tan furiosa, con los cables hacia fuera, rabiosa. Entramos de nuevo al edificio sin saber bien qué debíamos hacer, con una desagradable sensación en el cuerpo. Seguían pasando lista, algo había cambiado, pero intentaban continuar con la inercia de la formalidad.

—Perdón. ¿Podría salir fuera alguna de ustedes, por favor? Nos gustaría comentarles algo —pedí.

Salieron dos de ellas, la directora y la profesora.

—A ver..., es que... me reuní contigo, Alicia. Te expliqué mi situación sensorial y personal. Sabes la vulnerabilidad con la que vengo. Estoy aquí no para aprender lengua de signos como algo lúdico o por currículo, sino... por supervivencia. Entonces, no entiendo... cómo la recepción puede ser esta... Pasar lista ya de buenas a primeras no es accesible.

—Ya, sí. Perdón, no nos hemos dado cuenta. Tienes razón... Debería leer hacia delante, pero... No se ha dado cuenta. Es que estamos acostumbradas a que las personas que vienen a aprender lengua de signos sean oyentes. Es lo normal.

Eso me llamó la atención, en nuestra reunión no había mencionado nada al respecto. Ni ninguna clasificación entre sordos y oyentes, ni qué era más normal... Me pareció un comentario turbio. Volvió a pedir perdón y nos rogó que volviéramos al aula. Elvira y yo entramos de nuevo en la sala, donde las compañeras nos miraron con cierto recelo ya.

La directora, que nos seguía, se dirigió como un rayo a la secretaria. De espaldas a todas nosotras, especialmente a mí, le dijo algo a la otra. Mientras, la profesora continuó explicando en qué consistiría el curso. Aquel acto de privación de información me violentó de nuevo, y más cuando advertí en la cara de la secretaria la reacción de espanto con la que recibió lo que la directora le había dicho.

Aquello quedó en una anécdota; Elvira y yo decidimos aprender todo lo que pudiéramos, a sabiendas de que no volveríamos a pisar esa institución. Por suerte, la profesora resultó ser majísima. Se esmeró en que aprendiésemos y, por primera vez en mi vida,

disfruté de enfrentarme a hacerlo sin presión ni ansiedad. Quedé sorprendida al descubrir la facilidad innata que tenía para el aprendizaje de esta lengua. Mi cuerpo, mi cabeza, mis manos entendían, y sobre todo mis ojos la escuchaban mirándola, todo era más fluido y agradable. La comunicación verbal siempre me había parecido una línea seca, una figura geométrica de aristas cortantes y superficie plana. Algo que podía no acabar nunca, por enrevesada. En ocasiones las palabras me aburrían y expresarme a través de ellas me resultaba frustrante, pero con la lengua de signos mi pensamiento podía expandirse, ser todo lo abstracto y etéreo que necesitaba, a la vez que preciso y directo, sin recurrir a parábolas ni rodeos. La lengua de signos era una masa sin necesidad de forma, abierta a modularse, un magma ondulante que estaba vivo, que transmitía, que mutaba todo el tiempo. Existían mil maneras de signar las cosas, porque la lengua no era estanca, cerrada. Poder comunicarme en lengua de signos fue como quitarme un corsé de hierro, el precio que me sentía obligada a llevar si quería sociabilizar.

Ahora, no estaba forzada a encajarme con violencia dentro de polígonos cerrados, podía centrarme en uno pero teniendo siempre la opción de alternar. Albergar la lengua de signos me dio paz, limpieza interior, coherencia, plenitud. Al ir incorporándola, sentí como si, en realidad, hasta entonces hubiese vivido en blanco y negro y, por fin, en mi existencia pudiese fluir el color. El color pasó a ser cimiento y tesoro de mi autoestima, me aportó validez perceptiva, fe, credibilidad sobre mí misma. Y además aprendí algo que me ilusionó mucho. La profesora explicó que la comunidad sorda conforma su propia cultura en base a determinadas tradiciones, costumbres y valores. Y una de ellas es conceder un signo específico a cada persona, para evitar deletrear constantemente el nombre de cada uno. El signo específico debía

ser puesto exclusivamente por una persona sorda; si se acepta, queda ya socialmente instaurado como su signo personal, su nombre.

Me agradó poder nombrarme de nuevo, ser otra en esta etapa de mi vida, lo necesitaba para el nuevo mundo que se desvelaba ante mí, en mi nueva vida, en mi nueva casa.

Una noche, mientras cenaba bajo los árboles del porche, un perrito cachorro vino a la verja de la entrada. De inmediato, Ólea dejó de chantajearme con la mirada amorosa que continuamente me dedicaba, y fue a husmear. Les observé largo rato, ambes simpatizaron y su alegría me instó a dejarles conocerse. Era hembra, venía sola y no quería agua, ni comida, solo estar cerca de Ólea y pegada a mí. Pasaron varios días sin que nadie viniese a reclamarla, así que muy felizmente nos hicimos familia. De repente, éramos dos perras, un gato adolescente y estrábico, cuatro gallinas, una pava centenaria que ya vivía allí y yo.

Ólea y Runa solían jalear durante la noche, vigilando el entorno, protegiéndome a su forma y, al amanecer, se desplomaban como trapos sobre el suelo, mientras que yo me despertaba despacio, abrazada a las sábanas como si formasen parte de mi propia corporeidad. A partir de ese instante hacíamos cambio de turno en la vigilancia del hogar. Con la cabellera enmarañada hasta los riñones y pequeñas perlas cristalinas adheridas a los lagrimales, ponía los pies en el suelo y miraba a través de la ventana el espectáculo del nuevo día que empezaba.

Me venían a la mente las protagonistas de las pinturas de Myrtille Henrion Picco, donde la gravedad, la falta de compostura y un atrezo dispar, sugerían al mismo tiempo imaginarios indígenas, contextos circenses y nuestro pequeño refugio, como un paraíso silvestre. Me lie el pelo coronándome con una caracola gigante y

vertí agua en un cazo antes de ponerlo en el fuego. Mientras esperaba a que hirviese, me gustaba espiar la vida exterior e imaginaba, soñadora, cómo transcurrirían impasibles las cosas, a su ritmo, al ritmo eterno de la naturaleza, cuando yo ya no existiera. Cada principio de día era un ritual hermoso en el que Ólea y Runa, eufóricas, se abalanzaban sobre mi regazo para realizar una coreografía cotidiana e irrepetible de lengüetazos, empujones y suaves mordisquitos, como caricias.

Después, se incorporaba el gato, como un sultán algo despistado y somnoliento, que avanzaba abriéndose paso mientras las perras lo observaban distraídamente, con cómico estupor. Con él anidado en mis brazos y ellas franqueándome como delfines, nos adentrábamos en la huerta virgen, valorando las expectativas de la jornada. Nos dirigíamos al recinto de la pava y las gallinas, la pandilla de pequeños dinosaurios resultaba ser la más disciplinada, y, al oír el canto del primer gallo del vecindario, abandonaban su cobertizo y salían al bancal, aún ojerosas y medio dormidas, caminando como si llevaran pantuflas, ansiosas por un desayuno improvisado. Perras, gato, gallinas y pava se daban los buenos días mientras reponía el agua, su pienso, y les preparaba sopa de pan con despojos de lechuga y tomate. A cambio, recolectaba huevos tibios que, por lo general, ya reposaban en la paja.

Me gustaba peinar el huerto con mi cuerpo. Empleaba las manos, ojos, piernas, mejillas y brazos, en averiguar labores que árboles y plantas necesitaban, según la estación. Acumulaba olores, matices de colores y temperaturas, ciclos del sol, variedades de plantas y flores, mientras yo recorría con los pies desnudos el bancal y las perras se declaraban una guerra amistosa, en su original dialecto de cacofonías de ballena.

Asistía a clase de lengua de signos, hacía recados y, por las

tardés, con el sopor de la siesta, perras y yo nos escurriamos al suelo, seducidas por el frescor de las losas. Arremolinadas, dormitabamos, constituyendo una masa homogénea en formas y heterogénea en texturas donde uñas, bigotes, babas y pelos componían una mixtura polvorienta, bella y sudorosa. Después, retozaba en la penumbra, cautivada por el vaivén de las hebras de la cortina que pendían del marco de la puerta y separaban los dos espacios físicos, interior y exterior, en estados mentales confrontados: vagotonía e hiperactividad.

Pasé esa temporada aferrada a mi esencia más primaria. Solo salía para recibir clases de lengua de signos, hacer recados y tomar fotografías. Cada tarde, con mi bastón de rama, paseaba por los caminos que bordeaban el río, acompañada por mis compañeras peludas. Una delante me guiaba; la otra detrás me protegía. En fila india y en silencio, caminábamos entre piedras y cañas, excitadas por llegar a tiempo de alcanzar la mejor vista del atardecer que nos permitiese despedir al sol. Me sentía en estado de recomposición interna. Me estaba cuidando, aprendiendo a vivir de nuevo, de otra manera, relacionándome conmigo misma, pensándome en lengua de signos. Y estaba haciéndolo en la naturaleza, lejos del ruido mental y físico que proporcionaban el estrés y las prisas de la gran ciudad.

Aquel era mi edén particular, mi pequeño nirvana.

Un entorno sordo

Me inscribí en otro curso de lengua de signos española, de nuevo con Elvira. Ahora era un curso de cuatro meses, con un grupo de gente que, en principio me pareció desopilante por disfuncional. Jamás habríamos coincidido en otro contexto. El profesor era sordo, le conté que había sido hipoacúsica toda la vida, aunque sin aceptarlo, y que, por fin, por lecturas y trabajo personal, estaba asumiendo y aceptando que, en realidad, era sorda.

De nuevo ocurrió que, al poco de empezar, se notó una gran diferencia de velocidad entre mi aprendizaje y el del resto de los compañeros, incluida mi hermana. Las dos horas que duraban las clases eran para mí especiales, casi onanistas, me olvidaba de todo. Por primera vez me divertía aprendiendo sin sufrir para no quedarme de las últimas. Erik, el profesor, nos contaba que la lengua de signos activaba partes del cerebro que no son estrictamente las destinadas para un idioma, sino para la espacialidad. Quizá por eso había personas con tres carreras que no lograban avanzar por falta de destreza o pensamiento abstracto, y por el contrario había otras con una ocupación intelectual menos cualificada pero que mejoraban en cada clase. A mí me hipnotizaba la lengua de signos, me hacía reír, me parecía un juego de altísima precisión; me embelesaban sus posibilidades visogestuales. Me divertía vencer el miedo escénico,

detectar bloqueos corporales y reducir mi sentido del ridículo. Lo más valioso de aquellas clases era el espacio seguro y de aprendizaje conjunto que se producía, el entusiasmo que afloraba y permitía ser niños de nuevo.

Yo estaba abierta, sedienta de asimilar cada significado, avanzando como caballo al galope porque el idioma coincidía con mi pensamiento visual e imaginativo, y facilitaba que captase la información casi de forma automática. Cada movimiento facial o corporal que Erik hiciera, se me grababa integrándolo en mi cuerpo sin esfuerzo. Elvira se picaba un poco, pero por una vez no era ella la que iba en cabeza.

Erik y yo mantuvimos la distancia necesaria para que impartiese sus clases según el ritmo curricular que debía, pero en los descansos, o después, empezamos a hablar de otros temas, compartiendo anécdotas, siempre desde la amistad. Un día me dijo signando:

—HAY UNA ASOCIACIÓN AQUÍ, EN MURCIA, DONDE NOS JUNTAMOS LOS SÁBADOS GENTE SORDA DE TODOS LOS PERFILES, ¿POR QUÉ NO VIENES?

—...

—PODRÍAS PRACTICAR LENGUA DE SIGNOS.

Me costó horrores dar el paso, sentía pánico a enfrentarme a algo tan nuevo e importante para mí, sabía que ya nunca volvería a ser la misma. Y, por otro lado, aún necesitaba permanecer en la granja, refugiada. Estuve semanas rumiando la invitación y preparándome para aceptarla, hasta que un sábado, sin contárselo a nadie, salté al vacío.

Golpeé la puerta de la asociación, nadie abrió pero las ventanas traslúcidas permitían saber que había gente dentro. Giré la manivela, se trataba de un bajo comercial pintado de colores, y aunque había muy poco mobiliario se veía ordenado, limpio y bonito. Dentro,

veinte personas de diferentes edades y apariencias. Observé que había niñas signando con adolescentes; personas mayores con no binarias; jóvenes hippies con pijes. Todas signaban entre sí al mismo tiempo. Al verme aparecer, se giraron para mirarme, preguntándose «¿quién es?».

Me temblaban las manos, pero signé como pude.

—HOLA, ME LLAMO SAKIA, MI SIGNO PERSONAL ES ESTE. SOY SORDA, PERO SIEMPRE HE ORALIZADO. NECESITO APRENDER LENGUA DE SIGNOS. MI PROFESOR, ERIK, ME HA RECOMENDADO VENIR PARA CONOCEROS Y PODER PRACTICAR.

Reaccionaron con simpatía y calidez y volvieron a sus conversaciones, excepto dos chicas de mi misma edad, que se acercaron con curiosidad, facilitándome la integración.

—HOLA, SOY SARA, MI SIGNO ES ESTE. —Puso la mano semiextendida a un lado del cuello—. ME LO PUSIERON DE NIÑA PORQUE SOLÍA LLEVAR EL PELO AHUECADO. SOY SORDA PROFUNDA DE NACIMIENTO, ESTUDIO BELLAS ARTES, ME ENCANTA PINTAR, PERO TENGO PROBLEMAS DE ACCESIBILIDAD EN LA UNIVERSIDAD.

—¿NO TIENES INTÉRPRETE?

—SÍ, PERO NO ME CUBREN TODAS LAS HORAS NECESARIAS.

—¿Y NO TIENES COMPAÑERAS QUE TE AYUDEN?

—APENAS ME RELACIONO, NO TIENEN COSTUMBRE DE HABLAR CONMIGO, POR PRISAS, POR INCOMODIDAD O POR VERGÜENZA, CASI NO HABLAMOS, LA VERDAD ES QUE ME SIENTO EXCLUIDA DE MI CLASE.

—...

—ADEMÁS, LA MAYORÍA DE LOS PROFESORES NO SUELEN DIRIGIRSE A MÍ, SINO AL INTÉRPRETE, ¡ODIO ESO!, ¡Y QUE TAMPOCO ME FACILITEN LAS ADAPTACIONES CURRICULARES QUE LES PIDO PARA PODER AVANZAR!

—¿A QUÉ TE REFIERES?

—TENGO VARIAS ASIGNATURAS EN LAS QUE EL EXAMEN FINAL ES DE

DESARROLLO, DEBO ANALIZAR OBRAS, EXPLICAR TÉCNICAS, CORRIENTES ARTÍSTICAS, ARGUMENTAR, ETCÉTERA.

—YA.

—PERO MI NIVEL DE CASTELLANO NO ES BUENO, LEO LAS PREGUNTAS PERO NO ENTIENDO QUÉ ME PIDEN. Y YO NO ESCRIBO BIEN, PORQUE MORFOLÓGICAMENTE NO ESTRUCTURO LAS FRASES COMO DEBERÍA, NO SÉ CONTROLAR SU SENTIDO.

Más tarde entendí que para ella, como para muchas personas sordas, encontrar un sentido en el castellano más allá de la dimensión literal es algo muy complejo, porque ha faltado mucha pedagogía en la educación para la enseñanza de las personas sordas. Un idioma verbal requiere de palabras, conectores, contracciones y perífrasis que son meramente estructuradoras, y en ocasiones no significan nada concreto. Lo imperioso para una persona sorda es la propia comunicación, no la forma retórica con la que comunicar las cosas. Porque las lenguas de signos nacen de una necesidad y deseo específico, no siguen el mismo curso que las lenguas orales.

—YO QUIERO TERMINAR LA CARRERA, Y PINTAR, PERO ESTOY ESTANCADA. Y CON EL TRABAJO TENGO POCO TIEMPO.

—AH, ¿EN QUÉ TRABAJAS?

—SOY LIMPIADORA DESDE LOS DIECINUEVE AÑOS, LIMPIO CINES, EMPRESAS, COLEGIOS, ¡LO ODIÓ!, ESTOY JODIDA DE LA ESPALDA, PERO VIVO CON MIS XADRES, TENGO QUE APORTAR, Y QUE ME DEJEN EN PAZ PARA HACER MI VIDA.

—YA. ¿Y EN EL TRABAJO TIENES MÁS COMPAÑERAS SORDAS?

—NO, YO SOY LA ÚNICA.

—¿Y COMO TE RELACIONAS?

—SOLO CON DOS O TRES, ME ESCRIBEN EN EL MÓVIL, SEÑALAN LAS COSAS O A VECES ME HACEN DIBUJOS.

—¿Y CON TU FAMILIA?

—MI FAMILIA ME ENTIENDE, PERO NADIE SABE LENGUA DE SIGNOS. ¡Y ESTA ES MI MEJOR AMIGA!

La otra chica esperaba rezagada medio paso detrás de Sara, aguantando con impaciencia su turno, su amiga tenía mucho carrete con el que sociabilizar. Pero aprovechó que Sara hizo este inciso para irrumpir con su presentación. Me pareció que mi llegada le había hecho especial ilusión.

—HOLA. SOY ROSALÍA, ESTE ES MI SIGNO. —Había que hacer pinza con los dedos índice, corazón y pulgar tras el lóbulo de la oreja—. TAMBIEN SOY SORDA DE NACIMIENTO.

—HOLA, ENCANTADA.

—... PERO SOBRE LOS NUEVE AÑOS ME PUSIERON UN IMPLANTE COCLEAR. ESTUVE HASTA LOS TRECE MÁS O MENOS EN CLASES DE AUDICIÓN Y LOGOPEDIA, APRENDIENDO A PRONUNCIAR PALABRAS. APRENDÍ CON LOS CUADERNOS QUE ME HACÍA MI MADRE, CON DIBUJOS DE LAS COSAS COMO SI FUESE UN ÁLBUM. PERO CUANDO ENTRÉ EN EL INSTITUTO, POR FIN CONOCÍ A MÁS PERSONAS SORDAS Y APRENDÍ A SIGNAR.

—QUÉ BIEN. PERO AHORA NO LLEVAS EL IMPLANTE, ¿NO?

—¡QUÉ VA! FUE HORROROSO, LO PASÉ MUY MAL, DISCUTÍA CON MIS XADRES TODOS LOS DÍAS PORQUE NO LO QUERÍA, Y AL FINAL LO RECHACÉ.

—¡QUÉ FUERTE! ¿TE DOLÍA?

—MUCHO. ADEMÁS, ESTABA HARTA DE LA REHABILITACIÓN, LAS SUPERVISIONES, Y NADA DE ESO TENÍA QUE VER CON CÓMO ME SENTÍA YO.

—LO SIENTO, ME LO IMAGINO. ¿Y AHORA TRABAJAS O ESTUDIAS?

—HICE UN CURSO DE FORMACIÓN PROFESIONAL EN CARPINTERÍA, MI PADRE TIENE UNA CARPINTERÍA, PERO NO. SOY PROFESORA DE LENGUA DE SIGNOS AQUÍ EN LA ASOCIACIÓN.

Sara y Rosalía fueron mis dos primeras amigas sordas, pero aquella tarde conocí a una veintena y cada sábado se unían cuatro o

cinco nueves. A los pocos meses formaba parte de un mundo que había anhelado codiciosamente durante años, sin que supiera que existía. La primera tarde aprendí a magnitudes inconcebibles, pero hubo un aspecto fundamental que germinó en mí. Aquellas personas eran Sordas, con S mayúscula, un detalle que explicitaba desde el empoderamiento que la persona signante formaba parte de la Cultura Sorda, y por ello se identificaba orgullosamente como Persona Sorda. Entendí que la diferencia entre «sorde» o «Sorde» radica en que con minúscula es un término descriptivo desde una perspectiva médica, con mayúscula, por el contrario, evidencia el sentimiento de identidad cultural, de pertenencia a una comunidad con su propio idioma, historia y creencias compartidas.

Empecé a ir cada sábado a la asociación, nos juntábamos a veces para pasar el rato y otras para preparar actividades, porque según las fechas organizábamos conferencias sobre temas que nos interesaban, siempre impartidas por personas sordas; o bien hacíamos fiestas temáticas, dependiendo de la época estival; o nos divertíamos con juegos propios de la comunidad sorda. Así fui conociendo el particular mundo de chistes y humor sordo. Conocí también a Álex, Nuria, Marcos, Julia, Edgar... Allí confluían todas las situaciones identitarias posibles, y todes teníamos que lidiar con las malditas barreras comunicativas en nuestras familias, trabajos y estudios. Juntos construíamos nuestro clan, nuestro territorio. Nos reafirmaba la pertenencia al colectivo y, poco a poco, fui sintiéndome capaz y me fui impregnando del placer de signar y de poder estar con gente con la que compartía algo esencial: no oíamos y éramos Sordes sin querer ser diferentes a quienes éramos. Con los días y los meses fui estrechando el vínculo con ellos, pero también con todes les adeptes que como yo encontrábamos una isla acogedora en aquel lugar al que llegábamos sedientes de comunicación. Donde

podíamos relacionarnos, disfrutar y cargar pilas para sobrellevar el resto de la semana.

Me sentía feliz, emocionada, enamorada a más no poder, pero me inquietaba la sensación de estar desarrollando una doble vida, porque no compartía nada de esto con Lourdes ni Simón, ni con el resto de mi familia o con las amistades del pueblo, tan solo con Elvira, que me guardaba el secreto. No sabía y no podía compartirlo, porque me daba miedo enfrentarme a su juicio y posible rechazo. Entendía que ellos no lo hacían con mala intención hacia mí, pero su autoridad me agobiaba. No quería que algo que sentía sanador fuese un debate o incluso que no lo fuese por puro desconocimiento sobre el tema y eso me pudiera afectar. Pensé que debía seguir avanzando, observar cómo me sentaba, hasta estar segura y fuerte para exteriorizarlo.

Al principio me había acercado a la asociación con timidez, pero después me fui soltando. Rosalía, Sara, yo y todes queríamos lo mismo, disfrutar, avanzar, pasarlo bien y, sobre todo, que nos dejaran en paz. Así que tras varias horas de ponernos al día en la asociación, cuando caía la noche, nos íbamos a cenar por la ciudad y terminábamos de marcha por las tascas de Murcia.

Segunda adolescencia

Experimentaba la adrenalina de compartir la lengua de signos con personas que como yo no oían y se llamaban Sordas; las había de toda índole y edad. Aunque cada una habíamos atravesado una biografía completamente diferente, compartíamos la necesidad y el amor por la lengua de signos. Por fin el concepto *personas libro* encontró su equivalente sordo y fueron las personas sordas quienes se convirtieron en mis *personas espejo*. En el ambiente sordo me reconocí, me identifiqué y pude valorar cómo se habían enfrentado a sus *problemas*, sus contextos y circunstancias. Validé los míos, me sentí apoyada desde la ternura que supone saber y entender qué se ha vivido y qué se está transitando. Y todo ocurría en lengua de signos.

Viví todo este proceso con una voz interior que me repetía una y otra vez: «Madre mía, Sakia, si te vieran Lourdes o Simón. ¿Qué pensarían? Y si te ve alguien y se lo chiva, ¿cómo lo entenderán?». Logré acallar esta voz juiciosa y llena de prejuicios, sábado tras sábado, consciente de que era algo a lo que debería enfrentarme pronto. Tenía certezas de que aquello estaba siendo nutritivo, fortalecedor e incluso determinante para mí. Me lo merecía, porque me daba alas con las que volar. Pero tenía que compartir estos cambios con mi entorno más cercano cuanto antes, porque si no les

resultaría el doble de difícil aceptarlos.

Apenas llevaba unos meses yendo a la asociación, pero ya era plenamente consciente de estar viviendo mi segunda adolescencia. Si a veces me gustaba retirarme del grupo para observarnos desde fuera, y se me saltaban las lágrimas de la emoción, sentirme integrada en él me parecía pura fantasía. Algo que no había experimentado antes en el mundo oyente. Además, todavía seguía encontrando aspectos de la cultura que resultaban muy hermosos, me resonaban produciéndome bienestar. El último del que acababa de tomar consciencia era precisamente que la comunidad sorda no se rige por los mismos patrones sociales que la oyente, ya que, por una cuestión fundamental de falta de información y aislamiento en las relaciones sociales, han crecido libres de prejuicios y con mayor apertura mental respecto a la libertad sexual. Por eso existía gran presencia de personas del colectivo LGTBIQ+, porque no acceder a demasiada información durante su infancia les ha impedido contaminarse de las ofensas y prejuicios que parte de la sociedad dominante tiene respecto al tema. Habían mantenido sus esencias sin tanto miedo y coacciones, respetando la independencia en su despertar sexual y la de les demás. Eran tolerantes y honestos consigo mismos. Otra cosa que al principio me impresionó fue el simple hecho de caminar por las calles con ellos, observando cómo nos miraban cuando cenábamos en algún restaurante, hacíamos cola para entrar en bares, o bailábamos como si no hubiese un mañana.

Sara y Rosalía eran bribonas y descaradas, me divertía salir con ellas. Una vez, estábamos en una taberna junto con Erik, del que yo ya era íntima amiga, y todes les demás, un grupo grande y vistoso. Signábamos a la vez entre bromas y risas. El bar estaba hasta arriba de gente, algunos nos miraban con curiosidad o extrañeza, nosotros, ya acostumbrados, permanecíamos impermeables a las miradas

ajenas. Se acercó el camarero, un chico joven que parecía tener muy poca experiencia y estar algo desbordado por el estrés. Preguntó qué queríamos, como por costumbre, para después ir tomando nota. El grupo se paró en seco. Doce personas congeladas en mitad de la algarabía normal de un sábado por la noche, mirando al camarero. Observando cómo su mueca de desconcierto iba virando gradualmente al pánico, pareció que hubiera aterrizado de improviso y por error en otro planeta y deseara, ansioso, regresar de inmediato a la comodidad del suyo. Pero entre nosotros había quien necesitaba saber si su hamburguesa tendría cebolla o pepinillo; si se podía acompañar de patatas bravas, en vez de normales; si la salsa barbacoa era muy picante o no tanto. Su cara fue un poema barroco cuando se vio obligado a ir interactuando con cada uno de nosotros, de diferente forma, adaptándose como podía. Uno señalaba con el dedo en la carta lo que quería, otro preguntaba con su dicción particular lo que necesitaba saber, y la persona de más allá acercaba el móvil a sus labios para después leer en la pantalla sus palabras y responder también por escrito. Mientras, en el grupo, cuando pasaba nuestro turno de pedir al camarero, continuábamos con la conversación signada que habíamos dejado interrumpida. Al pobre se le veía apuradísimo, con la frente perlada y las cejas enarboladas ante las continuas interrupciones y las voces, para él extrañas y dinámicas, que debieron parecerle extraterrestres. Por fin se retiró a la barra y quince minutos después, cuando teníamos un hambre de dragones, regresó. Pero había cuatro cosas que nadie había pedido; tres que estaban mal; faltaban bebidas... Saltaba a la vista que no nos había entendido. El pobre pidió disculpas y volvió a la barra, cortado.

Al minuto vino otro, trajo cerveza para remediar el error y comenzó de nuevo, con predisposición más campechana, a tomar

nota de lo que faltaba. También para este fue engorroso hacer todo el peregrinaje de comunicación entre nosotros. Al final, demostró tener más salero. Como nos había traído cerveza gratis, no nos importaron los errores y seguimos la noche con picardía, enfrascados en nuestra euforia. A los pocos minutos regresó para servirnos, volvió a ocurrir lo mismo, no coincidía lo que queríamos con lo que traía. Por segunda vez, se retiró cargado con platos llenos de comida que no habíamos pedido.

La situación resultaba bastante cómica para nosotros. Queríamos irnos a bailar. Alguna gente había cenado, otra aún no, también quien después de tantas confusiones ya no tenía hambre porque íbamos alegres y hasta arriba de cerveza. Vino un tercer camarero, un señor mayor, muy resuelto y algo cabreado. Nos sirvió más cerveza gratis que, a esas alturas nos bebimos entre risas infantiles, con los ojos haciendo chiribitas. Todavía faltaban un buen número de personas por cenar, así que todo el grupo se puso en modo misión para colaborar en que aquella tercera vez fuese la buena. Además alguien dijo que este era el dueño del bar, así que, aunque algo piripis, nos concentramos en tratar de ser lo más claros posible. El jefe resoplaba sin parar, diciendo que no podía, que con tanto ruido en el bar no se enteraba, no nos entendía. Se fue agobiando y enfadándose al mismo tiempo; Rosalía y Sara quisieron ayudarlo, pero igual que la espuma rebosaba de nuestras cañas de cerveza, con la borrachera no lograban entenderse. Rosalía terminó escribiéndole lo que faltaba en una servilleta, y Sara puso al lado el número de teléfono de Rosalía junto a «P. D.: para el segundo camarero» porque Rosalía había dicho que le gustaba. El camarero recogió la servilleta y se la llevó a la barra ajeno a lo que ponía. Fue gracioso imaginarnos a los tres camareros en aquel caos, intentando decidir quién había sido el segundo.

Según fue avanzando la noche tres personas salieron a fumar fuera, cuatro signaban sobre otros temas, el resto fuimos poco a poco desentendiéndonos de la situación, lo único que queríamos era bailar donde fuese. Aquello fue un desmadre. Dos horas después, con el bar a reventar de gente, seguíamos organizándonos para repartir la cuenta, bolingas perdides. No llegué a saber cómo se resolvió el caso. Aporté mi dinero y salí a la calle con Rosalía, Sara y Erik para seguir la noche sin malos rollos.

Cada salida al mundo en el contexto sordo era una película en sí. Consciente de que era mi segunda adolescencia, marcada por el descubrimiento de la comunidad sorda, había decidido explorarla desde la compasión. Viví cada velada sin esconderme, aprovechaba para trabajar y liberarme de sensaciones que tenía muy arraigadas dentro de mí, como la culpa. Aprendí a no dar tanta importancia a las normas, quitarles hierro, permitirme ser un poco más informal, o al menos hacer como que la cosa no iba conmigo. Pude moverme de sitio y aprender a no tomarme tan en serio. Aunque, cada noche, la voz aún fragmentada que había dentro de mí me recordaba que YA tenía que hablar con mis xadres. Y yo en mitad de la fiesta me prometía que esa semana, sin falta, daría el paso.

Otra noche por las tascas bailongas exploré una situación que me llamó mucho la atención. Se repitieron circunstancias que ya había vivido. Esta segunda vez, gracias a mis amigos sordes, resultó mucho más divertida.

Hacía cuatro años, cuando todavía vivía en Madrid, salí de fiesta con amigas y Elvira. Fuimos a un garito próximo a la Gran Vía, abarrotado de gente de nuestro rollo, ni pijo ni moderno. Todas estábamos eufóricas por el reencuentro, en esa época era superfácil conocer gente, hablar con unos y con otros, bailar y hacer amigos de cinco minutos. Así que poco después de llegar, unos chicos que

estaban al otro lado se acercaron, mezclándose con nosotras. Para mí era divertido, pero no podía relajarme, me incomodaba hablar con desconocidos con una luz pésima, se dirigían continuamente a mi oído, lo que me hacía sentirme torpe y estúpida. Uno de ellos me prestaba especial atención, intentaba contarme y preguntarme cosas, hasta que yo entre risas le solté que todas nosotras teníamos discapacidad. Al chico se le cortó el rollo *ipso facto*. Al principio no lo creyó, pero luego poco a poco fue acercándose a sus amigos y alejándolos de allí. Una vez estuvimos de nuevo solas, le conté a mis amigas lo que le había dicho. Solo Elvira lo pilló al instante y nos reímos un buen rato. Las demás, supongo que avergonzadas o por sentirse ajenas a la discapacidad, no entendieron la profundidad subversiva de la propuesta.

Con la pandilla sorda se repitió una situación parecida, todos éramos más o menos sordos, pero si nadie signaba no se notaba. Entramos a un garito en Murcia que estaba muy de moda, y Rosalía y Sara propusieron al grupo hacer una performance divertidísima con el propósito de ligar: quedaba prohibido signar para no espantar posibles candidates.

Nos hicimos pasar por oyentes, fingíamos hablarnos al oído, contarnos chistes, reaccionar a ellos y aparentar que nos relacionábamos como todo el mundo, de manera oral. Como el pub estaba atestado, al poco empezaron a acercarse personas externas para mezclarse con nosotres. Habíamos hecho el pacto de ir suavemente desvelando la idea de que, en realidad, éramos sordos, cuando ya nos hubiésemos ganado la confianza de los espontáneos, y Sara hiciera una señal, en un momento justo en que les fuese incómodo retirarse al verse envueltos entre quince personas signantes, con manos en el aire, gritos a destiempo y muchas ganas de bailar, sin necesariamente escuchar la música.

Aquello fue un auténtico show en el que nosotres manejábamos la situación sin importarnos lo que pensarán. Por una vez, ellos eran los raros, los extraños, los invadidos. Nosotres disfrutábamos observando quién se retiraba espantada o disimuladamente, o quién, al entender la situación, decidía quedarse, intentarlo y arriesgarse a un tipo de comunicación a caballo entre palabras, signos y gestos. Me recordó lo que años antes había querido propiciar inconscientemente, solo que ahora podía disfrutarlo con gente que sentía y percibía la intrusión de ser discapacitado igual que lo hacía yo.

Después de la noche, solía regresar a casa a las seis de la madrugada con tres cervezas y cuatro Aquarius en el cuerpo, y caía rendida en la cama extasiada por lo vivido, orgullosa de mí, y algo atenazada por enfrentarme a la realidad rutinaria. Menos mal que la recepción de Ólea y Runa era incondicional, de completo júbilo, parecían estar esperándome para mostrarme sus mejores pasos de samba.

Hasta que un día, cuando había terminado el segundo curso de lengua de signos e iba por la mitad del tercero, ya independiente de Elvira, me decidí a dar el paso de explicárselo a mis xadres. En ese curso había estudiado partes de conocimiento teórico sobre sordera, como la historia por la conquista de los derechos humanos de las personas sordas, los valores de nuestra cultura y los diferentes puntos de vista que exponía la antropología sobre sordera. Además formaba parte de una red de personas sordas, me había ido recuperando de la depresión y por fin evolucionaba. Por eso me atreví. Y un día cualquiera, después de comer en casa de Lourdes y Simón, saqué el tema. Mi madre se estaba echando una pastilla de stevia en el café, mi padre removía el azúcar del suyo y Elvira soplaba su tacita cuando me envalentoné:

—Quiero comentaros algo que hace tiempo que quería deciros, pero no encontraba el momento ideal.

Por el rabillo del ojo, vi que Elvira dejaba lentamente su taza en el plato y respiraba preparándose ante lo que podía venir.

—Tú dirás.

—A ver, no sé bien... a qué momento remontarme. Pero..., como bien sabéis, llevo un tiempo pasándolo mal e incluso trabajando con una psicóloga para tratar de saber qué me pasa.

—Ajá, sí..., ¿qué te pasa?

—A ver, mamá. Sabéis que llevo dos años paralizada. No porque quiera, estoy pasándolo mal, y no puedo remontar. Os he dicho alguna vez que no es un problema de falta de iniciativa, sino de que... De que no soy feliz, porque no me siento yo realmente y necesito cambiar eso.

—Pero... Sakia. ¿De qué estamos hablando?, ¿a qué te refieres exactamente?

—A que... siento que he vivido algo, en cierta manera falso... o... o ajeno para mí, porque no fui yo la que decidió vivirlo así. Hasta que... hace poco... me di cuenta de que puedo vivir..., porque hay más gente como yo... y tengo derecho a ser quien me siento realmente, ¿no?

—...

—Soy sorda, siempre he sido sorda. No es que no oiga bien o sea despistada. Es que soy sorda, y eso es muy diferente.

—Sakia. Nosotres hicimos lo que nos dijeron que había que hacer, que tú no tenías problemas y académicamente ibas bien. Que con un poco de apoyo podrías llevar una vida normal.

—Vale, lo sé y lo entiendo, pero ¡entendedme a mí también!, ¡que yo no estoy siendo quien quiero y necesito ser para ser feliz!

—Lo entendemos —rezongó mi padre—. Ahora ¿de qué estamos

hablando?

—De que soy sorda. Vuestra hija es y siempre ha sido sorda. Entiendo que os cueste asimilarlo, pero no puedo seguir priorizando vuestra voluntad sobre mis necesidades. Debo priorizarme a mí y cuidar mis propias necesidades. Soy sorda, estoy aprendiendo a ser y vivir como tal; estoy conociendo a otras personas sordas; hablo lengua de signos; mi identidad está cambiando y siento que estoy sanando. Sanando. Y voy por buen camino.

—Pues ilo que tú quieras, Sakia! ¡Nosotros lo hemos hecho lo mejor que hemos podido! Pero ino te entiendo!, ¿qué quieres decir con que eres sorda?, ¿qué significa eso?, iisi además no quieres ponerte los audífonos!!

—Mamá, tranquila —dijo suavemente Elvira.

—¡No, tranquila, no!, ¿por qué ahora hablas de identidad?, ¿tienes entonces un problema de identidad?, ¿no sabes quién eres? ¡Qué hemos hecho tan mal como para que ahora no sepas ni quién eres! —clamó Lourdes mientras Simón la miraba con resquemor.

Me sentí acorralada, me eché a llorar. Elvira tranquilizó a mi madre, le repitió con otras palabras lo que yo había querido decir. Miré el reloj de la cocina y me di cuenta de que necesitaba marcharme. No volvimos a hablar de ello. Ya lo sabían, y yo no podía seguir en el redil, pero tampoco necesitaba su aprobación.

Me concentré en mí para seguir avanzando en descubrirme. Me sentí aliviada al haber hecho frente a un obstáculo que me impedía seguir creciendo. Lourdes y Simón estaban enterades del camino que había elegido. Necesitarían tiempo para asimilarlo, pero debía continuar concentrada en mi mejoría. Me sorprendió que dos días después, todavía con tensión, mi madre volviera a abrir el tema:

—Sakia, sigo dando vueltas a lo que hablamos el otro día. Me parece muy bien lo que tú quieras y lo que necesites, pero hay algo

que necesito saber.

—Sí.

—¿Qué quieres decir cuando dices que eres sorda? ¡No lo entiendo! ¿Ahora vas a renegar de todo lo que nos hemos esforzado contigo?

—No, mami.

—¿Vas a estar solo con personas sordas? ¡Y todo lo que has estudiado, ¿qué?!

—No, no voy a desvincularme del contexto oyente, porque está Elvira, vosotros y mis amigos de siempre.

—¿Entonces?...

—A ver, mami, para mí es importante porque con ellos me siento entre iguales.

—Ya, pero nosotros somos tu familia.

—Ya, pero no soy como vosotros, soy como ellos; y con ellos me siento bien, porque nos pasa lo mismo.

—Bueno... ¡Pues tú sabrás! —Pero no parecía nada convencida, ni satisfecha.

—Y, por cierto, como yo ya he estudiado mucho, ahora que Elvira y Simón tampoco están superando de los oídos, estaría muy bien... ¡que aprendierais lengua de signos!

De campamento con Fabián

Apenas unos meses después de empezar la aventura con el entorno sordo, cuando mi nivel de lengua de signos ya era aceptable como para sentirme preparada, Rosalía, que se había convertido en mi primera amiga sorda con la que podía hablar de todo, me propuso que nos fuésemos de voluntarias durante una semana a un campamento de APASCIDE con personas sordas, con sordoceguera y otras discapacidades.

Perdidas por carreteras entre olivares llegamos cuando ya había terminado la inauguración del campamento. Nos habíamos perdido la explicación del proyecto y todos los compañeros habían podido presentarse. El coordinador resopló aliviado al vernos y signó que nuestro turno para comer había terminado, así que debíamos devorar la comida en tres minutos y correr junto a nuestros usuarios, las personas que venían a disfrutar de actividades y a socializar con otros compañeros. A cada una de nosotras nos habían asignado una para apoyarle durante aquellos días.

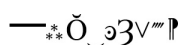
Engullí mi comida mientras seguía con la vista la dirección que el dedo del coordinador indicaba. Señaló un chico que estaba de espaldas. En mitad de un comedor con cien personas que armaban todo el jaleo posible, respiré hondo y me acerqué a conocerle. Me sentía tan nerviosa como si me hubiese tragado un tambor y alguien

lo aporreara; apenas me sostenía con mis piernas de gelatina, pero debía afrontar la situación. Me acerqué a él y le di dos golpecitos suaves en el hombro. Fabián se giró con media sonrisa y una expresión enigmática en el rostro; me miró fijamente y atendió mis signos.

—Hola, me llamo Sakia, soy sorda.

— Ö± 3 ^*ö P

—Voy a acompañarte durante el campamento, ¿vale?

— Öö3V P

—Necesito que tengas paciencia, yo voy a aprender, pero tú tienes que enseñármelo todo.

Respondió con un bramido y estalló en aplausos.

Era un poco más joven que yo, vivía en Madrid, tenía una hermana dos años menor. Contaba entusiasmado que, cuando volviese, su familia adoptaría un perro. Era la tercera vez que asistía al campamento y le costaba concentrarse en las tareas más tranquilas. Era más de palmeear, tirarse por la tirolina, escalar el rocódromo o montarse una y otra vez en el tractor que manejaban los jardineros para mantener limpio el recinto. De entre todo había dos cosas que lo volvían literalmente loco: el agua y bailar. Para él el momento del baño se convertía en una auténtica fiesta sensorial. Reía a carcajadas bajo la alcachofa de la ducha y cuando presionaba el dosificador del gel y este caía en la palma de la mano, le maravillaba tanto que necesitaba celebrarlo. Cuando nadaba en la piscina se volvía completamente loco, hasta que aprendió que no debía salpicar a nadie. Aguantaba tres horas dentro del agua sin mostrar signos de cansancio, hasta que yo, ya un poco desesperada, le decía que se le iban a transformar las piernas en cola de pez. Se partía de risa y aullaba de felicidad. De la misma forma, le encantaba que tras la cena y antes de que empezase la velada

nocturna, improvisásemos bailes. Aprovechaba la ocasión para contorsionar de mil formas su cuerpo en la pista, se desfogaba saltando, retorciéndose, siguiendo el ritmo, notando el contacto físico y cantando a pleno pulmón sin decir una sola palabra.

Como yo, Fabián conservaba restos auditivos, usaba dos audífonos, y tenía una forma de mirar misteriosa e interesante porque solo veía por un ojo, y la posición donde este le quedase era de suma importancia para poder entender. Apenas signaba, pero disponía de un amplio repertorio de gruñidos, aullidos y formas de improvisar para comunicarse. Sin mediar palabras y casi sin ningún signo, tenía un don de gentes impresionante, simpatía innata, buen humor y nobleza. También lo optimista que era y su voluntad para ayudar en cualquier cosa que hiciese falta lo convertían en uno de los grandes líderes del campamento.

A lo largo de esa semana le acompañé mientras se vestía y aseaba; le suministraba el agua; le anticipaba las actividades y talleres que haría. Estaba atenta al cuidado de sus audífonos, gafas, crema de sol o si quería ir al baño, y me mostraba solícita ante cualquier gesto, mirada, bufido o alarido que exteriorizase. A veces, cuando terminábamos una actividad, se marchaba corriendo sin esperarme siquiera, le gustaba que corriera tras él; o se negaba a bailar conmigo y luego se reía porque me lo había creído. Era muy presumido; un día, mientras terminaba de vestirse, dije:

—Vamos, Fabián, hoy estás dormido. ¡Que llegamos tarde al paseo en barca!

—

—Ya, que no te gusta que te meta prisa, lo sé.

—No, no, no.

—Vale, no te meto prisa, pero nos esperan fuera. ¿Quieres que te ayude?

—*Ö_3V™P —Se partió de risa.

—¿De qué te ríes? ¿Qué pasa?

—_**™ Ö± 3 ^**ö P

—Ya, que es importantísimo que queden siempre perfectos los lazos de las cordonerías.

A mí siempre se me soltaba alguna y, en mitad de cualquier actividad, él paraba el mundo y me las ataba. Tardaba un buen rato en hacer las lazadas, pero las dejaba exquisitamente simétricas y perfectas.

Aquella semana conocí a cincuenta personas con sordoceguera y cincuenta voluntaries, más coordinadoras y coordinadores del campamento. Pude convivir y observar vínculos preciosos entre unes y otras, forjados todos a través de diversas formas de comunicación, dependiendo de las necesidades y características particulares de cada uno. Había parejas que se entendían con lengua de signos apoyada sobre las muñecas o las manos cuando la persona sordociega ya no disponía de visión ninguna; quienes la empleaban a distancia cuando su campo visual era reducido; las que manejaban el dactilológico en palma y la o el voluntarie iba deletreando el mensaje en la mano de la persona sordociega. O quienes usaban el Dactyls, combinando el dactilológico con signos táctiles en la palma del usuario. Me sorprendió también ver que usaban tablillas de comunicación donde iban señalando las letras una a una o quienes recurrían a pictogramas.

En todos los casos, el tacto y el contacto entre los cuerpos era vital para que fluyera la comunicación y, a partir de esta, se creaba el vínculo.

Además, aquel año asistió al campamento Gennet y tuve la increíble suerte de poder conocerla. Gennet Concuera es la primera persona con sordoceguera que consiguió un título universitario en

Europa, lo logró 115 años después de la americana Helen Keller. Sabía que si regresaba a casa sin conocerla me arrepentiría, así que a mitad de la semana me armé de valor y me acerqué para presentarme a ella. Gennet me palmó primero los brazos desembocando muy aterciopeladamente en las manos. Cuando las suyas y las mías contactaron, de un rampazo se me puso la piel de gallina. Noté su corazón latiendo en mis yemas, empleaba la piel de una forma que jamás habría podido imaginar que se pudiera. Tenía diez corazones, uno en cada dedo, vibrando palpitantes. Mantuvimos una conversación normal nada fuera de lo común, pero que nunca olvidaré el momento porque me pareció algo mágico y sobrenatural: estableció la conexión con la punta de los dedos, deslizándolos, e instantáneamente percibí su escucha y su voz.

Fui allí para aprender a acompañar a personas con sordoceguera y regresé exultante, sentí que era yo la recompensada. Fue precioso explorar que, aceptando las diferencias, atravesamos la incomodidad de lo extraño, y entonces surge un material muy constructivo que produce nuevos recursos que nos enriquecen a todos. Me resultó ejemplar percibir que Fabián y todos sus amigos no rechazaran a ninguna persona, fuera lo raro que fuese, o aunque su forma de comunicación fuera la más de extraña.

Ir regresando a la vida, como sorda

Tras un verano diferente debía regresar a la vida rutinaria. Estaba plenamente asentada en mi casa de la huerta con toda clase de animalillos vivientes a mi alrededor. Me reconfortaban los continuos paseos por la naturaleza, y ya había logrado un buen nivel de lengua de signos. Entonces me surgió la posibilidad de hacer el curso de especialista con la Confederación Estatal de Personas Sordas.

Al mismo tiempo, me concedieron una beca por talento de la ONCE, con la que podía elegir cualquier formación que quisiese estudiar. Había hecho varios cursos sobre arte y discapacidad que me habían fascinado. Con esta ayuda vi una nueva oportunidad para matricularme en un máster de Arteterapia en la Universidad de Murcia que siempre me había interesado. Por otro lado, llevaba casi tres años en paro, algo que me desesperaba. Ninguna de mis iniciativas habían dado fruto, me sentía frustrada por no remontar profesionalmente; hasta que un día recibí una citación para ver a una trabajadora social del INEM. Me presenté con mi currículum y la mente positiva.

—Hola, buenos días. Soy Sakia.

—Hola, siéntate. ¿Traes tu currículum?

—Sí. —Se lo extendí; eran varias páginas, así que tardó un rato en echarle un vistazo.

—¡Ajá! Te vamos a meter en nuestra base de datos para que cuando una empresa solicite una vacante, podamos avisarte, ¿vale?

—Vale, pero... Pero... Bueno... Vale, vale... Yo soy sorda.

—Anda, ¿sí? No se te nota nada que eres sordomuda. Hice un curso de lenguaje de signos. Bueno, mira. Tengo aquí el alfabeto — me explicó mientras volteaba su silla giratoria hacia la pared. Continuó hablando de espaldas a mí. No pude entender absolutamente nada.

—Perdona. No sé qué has comentado. Pero... antes has dicho... ¿Sordomuda... y... lenguaje de signos?

—Sí.

—¡Ah, pues no sé! No quiero darte lecciones, pero... No se dice... sordomuda... ¿Acaso soy muda yo?

—No, por eso. ¡No se te nota nada! Hablas muy bien. Si no me lo dices ni me entero.

—No se dice sordomuda porque las personas sordas no tenemos ningún problema en el aparato fonador. Ni en los pulmones, ni en el cerebro. Por eso somos sordos. Lo de mudes es muy arcaico ya y resulta bastante ofensivo. ¿No lo aprendiste en el curso?

—¡Ah, no! No sé. A lo mejor sí. ¡Ay! Yo qué sé...

—Pues ya que estamos, tampoco se dice lenguaje de signos, porque lenguaje es... algo artificial y universal, genérico. Algo que alguien creó con un fin concreto y solo se usa para eso. De la misma forma y en todo el mundo. Por ejemplo, el lenguaje musical, el de programación informática, el matemático. Pero la lengua de signos es una lengua en sí misma. Es el idioma natural de las personas sordas, está vivo, es flexible, se actualiza continuamente. Va cambiando con el tiempo porque incorpora neologismos. Es una lengua oficial del estado, tiene semántica, lingüística, sintaxis... En fin, todos los requisitos que cumplen las lenguas para ser

consideradas lenguas!

—¡Ah, pues no! Mira, no lo sabía... Necesito el certificado de discapacidad, tu empadronamiento, fotocopia del DNI... —me pidió mientras miraba consecutivamente los documentos que tenía sobre la mesa y a la pantalla del ordenador.

—Perdona, perdona... ¿Cómo dices?... Al ser sorda..., necesito, por favor, que me mires... y... así puedo leerte los labios, porque no sé qué me estás diciendo.

—Sí. Que necesito el certificado de discapacidad, tu empadronamiento, fotocopia del DNI. —Le extendí los documentos. Y siguió hablando indescifradamente hasta que en un momento entendí—: ... camarera.

—¿Cómo dices? ¿Camarera?

—Sí. ¿Tú qué eres?...

—Pues ahí tienes el currículo. Doctora en Bellas Artes y muchos cursos. Pero... No sé... ¿Camarera?

—A ver. Mira. Te voy a ser sincera. Aquí no vas a encontrar nada de artista, ni diseño gráfico, ni fotógrafa, ni nada de eso... De modo que, te tengo que poner en un genérico como camarera.

—Camarera... Pero ¿cómo voy a ser camarera? ¡Soy sorda! ¡Te lo estoy diciendo!

—¡Uf..., sí! Mira, ¿por qué no hacemos una cosa? Te dejo un papel y un boli y me apuntas aquí las cosas que puedes hacer, ¿vale?

—Y... No sé. Yo... ¿No sería más rápido... que... te haga una lista de las cosas que NO puedo hacer? Porque son solo dos: estar frente al público y atender el teléfono.

—Bueno. Pues lo que tú quieras. Haz la lista de lo que no puedes hacer. Venga. Toma. Aquí tienes papel y boli.

—Pero... A ver. ¿Os llegan ofertas de trabajos que no incorporen

esas acciones?

—¡Sinceramente, no! Es que... aquí no vas a encontrar trabajo... Con tu... Con tu problema.

—Vale, vale. Pues nada. ¡Entonces nada de nada! ¿Eh? ¿Para qué vamos a perder el tiempo ninguna de las dos? Aunque tú estás cobrando. Muchas gracias por atenderme tan bien.

Me marché bufando como un rinoceronte amenazado por una manada de leones. Lo último que vi fue su cara roja, avergonzada pero con gesto de soberbia.

Estaba harta de situaciones como esta. Sentía que me hacían un favor al mismo tiempo que ambas sabíamos que en realidad no serviría de nada. Pero ya no podía esperar más. Necesitaba conseguir ingresos, ponerme en funcionamiento, autorrealizarme. Trabajar para aprender y evolucionar personal y profesionalmente.

Arte sordo y *deafhood*

Una mañana de sábado suavemente soleado y apacible, desperté sin prisas y fui al *mercao*. Un mercado enorme, de forma circular, que acordonaba al parque más importante del pueblo. Allí se vendía frutas, quesos, verduras, panes, frutos secos, ropa, calzado, objetos de cocina, salazones... Cualquier cosa que pudiese imaginar. Una de mis tías me había indicado con exactitud el puesto de telas donde tal vez encontrase un estampado tropical del que me había enamorado perdidamente, una tarde que le llevé huevos de mis gallinas y la vi cubriendo una mesa con él. Tenía una maravillosa gama de colores, una placentera conjunción de formas redondas y alargadas, con una textura de tejido suave pero grueso y fuerte, como si se tratase de un tapiz. Era un género muy pictórico porque en el lienzo aparecían plantas granates y azules, de trazos surrealistas, hojas verdes y flores amarillas con pistilos lilas. Y aleatoriamente por aquí y por allá aparecía el rostro de Frida Kahlo. Me había flasheado al verlo, porque en él convergían varios de mis placeres sensoriales. Tacto muy agradable, colores y formas atrayentes que me sugerían un olor concreto que me producía paz. No pude controlarme, deseé con todas mis fuerzas hacerme una minifalda con semejante obra de arte.

Encontré el puesto; el tendero era un hombre mayor, gallardo,

de piel fina y muy pálida, con el pelo ondulado canoso, barba espesa y ojos con la forma y el volumen de las almendras con cáscara. Algo tenía aquel señor que me resultó magnético. Se notaba al instante que tenía don de palabra y una simpatía natural que me pareció desbordante. Le mencioné el estampado que me tenía prendada; en cuanto nombré a Frida supo dónde hallarlo de entre los centenares de rollos que surtían el negocio.

Al mismo tiempo, me embaucó en su propia conversación; comentó el buen día que hacía y que venía de algún sitio en el que había llovido mucho. Pronunciaba de maravilla. Hasta el punto de que de su boca parecían salir ideas e imágenes en movimiento. Fue tan accesible y ameno que me animé a aportar respuestas coherentes que mantuvieran viva la conversación.

—La saqué ayer, en el mercado de San Pedro del Pinatar. Que, por cierto, me di un paseo por las salinas iy estaba repleto de flamencos!

—Ah, ¿sí? ¡Qué maravilla! Los veo todos los veranos.

—Claro. Estuve leyendo que tienen plumas fucsias porque comen una bacteria y un crustáceo que vive en las salinas que lo pigmentan todo, por eso.

—Sí, ya.

—Y la gente de todo el mundo va allí a hacerse baños de lodo. ¡Aquí está!

—¡Esta es! ¡Sí, qué bonita, madre mía!, ¡qué preciosa es! ¿A cuánto está el metro? —pregunté mientras la acariciaba visualizando mi querida minifalda.

—¡Siete euros el metro, reina mía!

—Ah, ¿sí? ¡Jo, es bastante cara!, ¿no?

—Porque es muy buena. ¡Mira la calidad de este otro estampado!, ¿ves? ¡Nada que ver! Este de Frida es que me lo traen

a Mazarrón de una empresa de Aragón muy buena, le sirve a pasarelas de moda para hacer prendas de alta costura.

—Muy bien, pues yo necesito poco.

El tendero saltaba de un tema a otro conectándolos entre sí con una coherencia admirable, yo respondía con monosílabos, disfrutando plenamente del viaje que era aquella conversación. Él mencionaba plantas, frutos, sabores, países, olores. Lo decía directamente mirando al frente, sin que existiera ni un uno por ciento de pérdida de información. Mezcló todos los puntos de vista que me interesaban, naturaleza, antropología, arte, sentimiento rural... Me fue hechizando con esa perfecta combinación de poesía, intensidad y ternura.

Un rato después, cuando el señor había metido la tela en la bolsa y extendía el brazo para recibir el dinero, caí en la cuenta de que no tenía claro qué me estaba llevando. Pagué, me despedí desconcertada y marché atravesando la arboleda mientras admiraba sus increíbles artes. Compré siete metros que me costaron cuarenta y nueve pavos. En ningún momento de la conversación me enteré de estos datos.

Me sentí ridícula, tarada, avergonzada por mi candidez y falta de atención, pero tenía mi tela y no contaría lo que había pasado. Los siguientes seis meses los pasé como esa viñeta de Quino en la que una mujer, empeñada en ser buena esposa, compra una tela y la usa para abrigar una casa entera. Me confeccioné la minifalda, pero también pedí ayuda a mi madre e hizo una cubierta para mi cama, un par de cortinas, un bolso, una falda para la mesa de camilla y aún sobró un trozo con el que se confeccionó un chaleco precioso.

Aquel tejido estampado había dado de pleno en mi diana sinestésica, y al mismo tiempo me recordaba a pinturas que llevaban tiempo rondándome en la cabeza. Hacía poco había descubierto a

una pintora sorda que producía imágenes muy sugerentes que quería investigar. Mi pulsión artística e investigadora volvía a latir, sentí alivio al reconocermé en algo, aunque ahora toda yo fuera diferente. Era hermoso volver a entusiasmarme con fotografías, retomar lecturas sobre arte, investigar artistas y recopilar material para analizarlo.

En uno de los cursos de lengua de signos que había hecho, el profesor mostró un cuadro que me impactó. Pregunté por su autoría y una bombilla se encendió en alguna parte de mi cerebro. Al llegar a casa, tecleé el nombre del cuadro; necesitaba volver a verlo, investigar sobre su autora, Susan Dupor, una artista sorda. En mis adentros, se empezó a perfilar la idea de recopilar información acerca de ella para abordar una investigación sobre arte conscientemente sordo. Poco a poco fui encontrando artistas con discursos potentes y subversivos en sus pinturas, empecé a archivarles. Quería analizar su técnica desde la plástica pictórica y estudiar los mensajes que subyacían en las obras, porque la mayoría de las pinturas pretendían explicar qué es y cómo se vive siendo Sorde. Me parecía que podría encontrar características concretas de arte sordo, porque existían coincidencias sensoriales, de percepción y de creación en les artistas, así como en las vivencias personales, políticas y sociales que planteaban.

Después de meses coleccionando obras, leyendo y estructurando aquello en mi cabeza, fui tomando decisiones sobre qué y cómo necesitaba reflexionar sobre ello. Fui elaborando un ensayo que, aparte de brindarme información personal, me permitió rastrear un mapa hasta entonces desconocido. Lo presenté a un concurso de ensayos, quedé finalista. Aquella investigación me ayudó a relatarme, a encontrarme, a detectar un paralelismo entre lo que afluía en las pinturas y mis propios procesos existenciales,

incluyendo los creativos. Teorizar me ayudó a plantearme mi situación personal como artista sorda, podía pertenecer a una corriente, una forma de hacer y sentir, podía unirme a la corriente *deafhood* y explorar mi sordera desde una dimensión positiva, terapéutica, poética y creativa.

Había dado con aquel término mientras investigaba. La perspectiva *deafhood* surgió en 1993, gracias al teórico estadounidense Paddy Ladd, quien pretendía evitar la sectorización entre las personas sordas para inducir, precisamente, hacia todo lo contrario, la convergencia del colectivo, la unificación de sus luchas y reivindicaciones. La corriente evita hacer discriminaciones en las particularidades de cada sordera, aceptando la idiosincrasia de cada persona y, por encima de todo, su experiencia.

Entender bien el concepto implica comprender y aceptar que toda Persona Sorda ha sufrido un enmascarado pero doloroso proceso existencial de colonización inducido por dos vías: a través del pensamiento común dominante, donde el ser oyente no comprende la sordera, no la experimenta, no la explora y aboga por eliminarla mediante operaciones o ayudas técnicas para la audición; o a través de un discurso ideológico que coacciona a las personas sordas hasta convencerlas de que lo mejor, por y para ellas mismas, es desarrollar una lengua oral, controlar su voz, concentrarse en conseguir una perfecta entonación, aprender la dicción de los fonemas, palabras, y leer labios con el fin de convivir en un mundo oyente. Porque lo verdaderamente importante es que se te entienda, que no te desvíes entre gente extraña. El éxito rotundo es que logres hacerte pasar por una persona que oye.

Sabía bien de qué trataba. La raíz de esta filosofía pretende la homogeneización en la ciudadanía, considera que el ser humano debe adaptarse a los imperativos culturales, políticos, económicos y

sociales impuestos por la sociedad.

Asimilé que tanto mi familia como yo habíamos caído de lleno en esto. El concepto de sordera que tenían y que me habían trasladado sobre las personas sordas era completamente adoptado. Había sido manipulada por una imposición ideológica que me arrebató mi verdadera identidad. Encontré en el pensamiento *deafhood* tranquilidad, alivio, la clave para dar la vuelta a un sentimiento de sordera concebido que había aprendido a ocultar o disimular. Ahora necesitaba convertirlo en una experiencia enriquecedora, desde el punto de vista psíquico, emocional y espiritual.

Descubrir el término *deafhood* me permitió entender que mi biografía había sido la misma que la de otras muchas personas sordas. Tenía que implementarlo en mi camino artístico. Tras el túnel de depresión me afluaban de nuevo las ganas de retomar la fotografía. Me ilusionaba construir un imaginario poético, fantástico, en torno a la sordera. Era una forma de visibilizar emociones, sentimientos, dudas o anhelos que habían rondado dentro de mí durante toda la vida, y no me había concedido el tiempo y el espacio para jugarlos y relacionarme con ellos.

Sentí la necesidad de describirme, definirme, explicarme al público, a la mirada ajena, desde una percepción placentera y auténtica. Estaba cansada de estigmas, mitos y prejuicios que sobre todo desde un prisma biomédico circulaban con facilidad en la sociedad. Quería mostrar el daño que se producía en las identidades obligadas a construirse desde la alteridad. Comencé capturando imágenes, momentos, contextos que metafóricamente explicaban de algún modo mis sensaciones. Después, me encerraba en casa a oscuras, cambiaba todos los muebles de sitio para hacerme un escenario teatral en mitad del salón, y las proyectaba sobre mi cuerpo desnudo. Me usaba a mí misma, a mi piel, como soporte o

lienzo, algo que ya habían configurado las artistas feministas de los sesenta. La yuxtaposición de las dos realidades producía una nueva, inspiradora, flexible, ambigua. Me sumergí en crear una iconografía sorda, abstracciones poéticas y universos sobre la sordera. Quería ofrecer mi voz como algo visual.

Meses después, una tarde en que había entrado de lleno el invierno, me senté al calor del fuego para observar con asertividad el trabajo en el ordenador. Fui escuchando atentamente cada fotografía de las muchas series. Me detuve en una, del cuerpo frente a un océano que agitaba olas bravas, proyectadas sobre la piel. El torso se mecía con cierta angustia y yo, de puntillas a duras penas, lograba mantener mi nariz fuera del agua únicamente. Existía una ambigüedad latente en la imagen al no saber si la protagonista se había dejado vencer por la marea y se concentraba en exhalar el último suspiro o si, por el contrario, solo era un instante en el que había dejado de bracear y descansaba a merced del mar, para reunir la fuerza necesaria con la que salir a flote. En la interacción del cuerpo y el océano, el movimiento frente a la quietud paralizadora, estaba lo enigmático de la imagen, lo que la convertía en una escena magnética que provocaba un hondo desasosiego. La fotografía mostraba un cuerpo luchando por sobrevivir en un caos, como si estuviera al límite.

Hice clic, la imagen desapareció y dio lugar a otra. Mi espalda cortada a la altura de la cintura aparecía volteada contra la pared. Solo las manos abiertas e invertidas parecían protegerla, de esa particular manera en que les adolescentes ridiculizaban el cariño, al imitar a dos personas que se besan con intensidad. Pero había una extraña bruma atmosférica que la volvía inquietante. También al cuerpo, que parecía frágil, y rondaba lo deforme y monstruoso. Se visibilizaba un autoabrazo, un gesto de sostén producido de forma

íntima y privada, pues se trataba de la representación de un cuerpo, una identidad que no disfruta de legitimidad pública. La fotografía era confusa porque el velo, la gasa, se convertía en espuma del mar, y la luz, como si fuese un foco panóptico, instauraba al mismo tiempo un ambiente voyeurista y una atmósfera inquisidora sobre el cuerpo. Pero no era más que un abrazo íntimo de alguien a quien generalmente se concebía incapaz de ser buena acompañante si no se tenía en cuenta su deseo ni necesidad de ser también acompañada.

Pensaba en estas cosas mirando la fotografía, y en si un público que desconociera los contenidos podría descubrir lo que se estaba revelando. La imagen explicitaba una invisible disfuncionalidad, la sordera es una discapacidad invisible y no goza de empatía social.

Un último clic me avisó del fin de la serie fotográfica con una imagen en apariencia agradable e inofensiva, pero de la que manaba cierta tristeza y crueldad. Sobre el suelo en un plano horizontal aparecía en el centro un océano enmarcado de forma natural por enormes rocas. Había bañistas sumergidos en corro, interaccionando o a solas, que pensaban o contemplaban el mar. Se trataba de un paisaje contextual donde aparecían mis piernas y una mano. Pero esta, junto a la pierna cuyo movimiento parecía estar dando un paso adelante, estaba borrosa. Sugería lo fantasmagórico, como si los miembros no estuviesen presentes, se trataba de una metáfora de la presencia y ausencia a la que se nos relegaba por el hecho de convivir con una discapacidad. Ese paso adelante, de desplazamiento o avance; la mano, necesaria para signar; y la irrupción del cuerpo que pisaba el plano en un contexto de disfrute y derecho a la libertad de ser y estar, hablaban del estigma de anomalía, de la violencia de esa sospecha, del sentimiento de sentirse intrusa en espacios públicos, la obligación de tener que

encajar, y, sin embargo, la imposibilidad de hacerlo.

Por fin me importaba un bledo la mirada externa y las apreciaciones peyorativas o inconscientes sobre mis fotografías que en otros momentos me habían hecho daño. Ahora me daba completamente igual si no se entendían o si no se consideraban buenas, porque poseían una revelación íntima y personal. Visualizarlas dentro de la corriente *deafhood* las hacía formar parte de una diversidad que luchaba para seguir siendo diversa y protegernos de la banalidad. Ahora mi singularidad de hacer y sentir tenía cabida, al menos para mí. Podía trabajar la sordera y construir material, el imaginario poético y emocional que me inundaba, que me daba cobijo y me instaba a mejorar. Me prometí seguir adelante en este camino, quería explicar cómo sentía ser sorda en un mundo que apenas sabía nada sobre sordera, pero que —y la historia sobre la comunidad sorda así lo reflejaba— la sociedad siempre ha tratado de controlar.

Algo brota

Ya habían pasado cuatro años desde la ruptura con Elmo, en los que había estado conmigo misma; por necesidad, para cuidarme; después, para conocerme y, por último, para protegerme. Había perdido la esperanza de encontrar a alguien afín a mis necesidades y expectativas.

Tras unos meses calurosísimos en la huerta, un día empezó a llover. Era sábado, después de comer; estaba plácidamente viendo una película cuando un trueno crujió tan fuerte que Ólea y Runa saltaron bajo mis pies. Las nubes descargaron con ira y en apenas veinticinco minutos el suelo de las calles desapareció bajo el agua. Un río marrón y caudaloso separaba unas casas de otras. Les vecines, desconcertades, nos reuníamos en las esquinas donde aún quedaban pedazos de asfalto a la vista, nunca antes había llovido con tanta violencia. Después, se sucedieron tres días de lluvia frenética, rayos continuos, truenos inoportunos que inundaron todo. La huerta no estaba prevenida para acoger tanta agua en tan poco tiempo, los pantanos, los ríos, las acequias, las balsas se desbordaron. A través de las ventanas vi pasar camiones de bomberos con profesionales enfundados en monos de neopreno y altas botas de agua. Rastrearían las zonas inundadas, supervisaban alcantarillas, rescataban animales, ayudaban a la gente que lo

necesitaba. Fue una situación nueva y apocalíptica para todos, de estar en vilo continuamente, de intentar mantener la calma, sentir la ansiedad por no saber qué hacer o qué esperar. Les vecines de la huerta quedamos incomunicados, las carreteras, descuartizadas. Fueron días de avisar continuamente a familiares con vídeos y audios, para tranquilizarles.

Entre todo el caos, en una de esas mini reuniones improvisadas con algunos vecines intercambié unas palabras con una pareja de mi edad. Les conocía de vista desde hacía años, pero apenas habíamos interactuado con unos cuantos «hola» durante las veces que habíamos coincidido por los caminos paseando a nuestros perros. Parecían estar en mi misma onda, siempre me habían dado curiosidad. En aquel momento, conmovidos por el sentimiento de unidad, no hubo timidez que nos incomodase, aprovechamos para presentarnos. Se llamaban Arancha y Oliver, nos dimos los teléfonos. Les dije que era sorda, que necesitaba comunicarme por WhatsApp. Decidimos que cuando la normalidad se restableciera celebraríamos nuestra supervivencia tomando unas cañas de cerveza. Y tres semanas después recibí un wasap de Arancha: me invitaba a su casa. Celebraría su cumpleaños, decía que no llevase nada. Que me acercase a saludarla y conociera a sus amigos.

Llegué tímida y algo asustada, como llegaba a todo por primera vez. Pero poco a poco me fui familiarizando con el ambiente, la casa y la fiesta. Arancha fue presentándome a los amigos que habían llegado y estaban desperdigados por allí y por allá, con bebidas en la mano y enfrascados en conversaciones de cualquier tipo. El ambiente parecía agradable, la gente buena, muy normal. Al terminar la batida de presentación por los corrillos, Arancha me llevó a la parte trasera, donde había una barbacoa exterior algo escondida; allí Oliver trajinaba con una enorme paella que intentaba

colocar con equilibrio en el centro de un camacho de leña. Había dos o tres personas presenciando la escena. Al mismo tiempo que repartían cervezas, sacaban platos de frutos secos, aceitunas y montañas de patatas fritas. Percibí mucha camaradería en el ambiente, se notaba que el encuentro era algo especial pero solían juntarse a menudo. Se conocían mucho. Eran amigos desde el instituto, tenían bromas, humor y dinámicas muy consolidadas. Cuatro discutían apoyados en el recinto de las gallinas; dos cavaban un pozo en la tierra con palitos, instados por sus criaturas; un grupo de seis recordaban viejas anécdotas de noches de fiesta. Arancha me preguntó si quería cerveza, y al seguirla en dirección a la cocina salió de improviso un chico muy alto, de espaldas anchas, la piel muy blanca y pecosa, con barba y el pelo atado en forma de ovillo en lo alto de la cabeza. Salía en dirección a la barbacoa, Oliver lo esperaba exagerando su desesperación por la tardanza, resoplaba con los ojos en blanco. El chico llevaba un delantal de tela con un estampado de fresas y frambuesas, bolsillos en el vientre y pequeños volantes de rayas violetas en las costuras. En una mano sostenía un plato con una torre de pimientos rojos cortados en bastones; en la otra un plato hondo y ovoide con tomate picado. Arancha y él chocaron suavemente. Como yo iba tras ella, quedamos justo en una posición en la que pude ver la conversación que mantenían, pero no me enteré de nada. Me quedé pasmada observando sus colores de pelo, piel y ojos. No pude atender; me despisté con la carnosidad de sus labios. Se me antojaron como una superficie mullida pero fría como el mármol. Después me ruborizaron sus dientes, naturales, alineados, como pequeñas cuentas de un collar de marfil. Me recorrió un scalextric sensorial repentino e inesperado que disimulé con una sonrisa estéril. Me adentré en la cocina alejándome del peligro.

En casa había pensado que apenas aguantaría una hora en el cumpleaños, manteniendo alguna conversación esporádica. Estaba segura de que mi sentimiento de intrusión se impondría. Pero me senté en una silla típica huertana, de asiento de esparto trenzado, cerca del fuego, y sin darme cuenta fui venciendo mi timidez y participando en el día. El chico del delantal entraba y salía de la cocina a la barbacoa, continuaba llevando y trayendo cosas, hablaba con unos y con otros. Coincidimos en miradas, pero no nos dirigimos la palabra directamente. Todo era muy comunitario. Terminaron de preparar la paella entre risas, gritos y palmas de felicitación para les cocineros. Y nos sentamos a una mesa alargada, con sillas a cada lado. De casualidad, caí sentada frente a Arancha y Oliver y, cuando me dirigía a la cocina para ir a por otra cerveza, esta vez sí, choqué de frente con el chico. Ya sin delantal, iba a ocupar el sitio que había a mi lado. Dirigiéndose a Arancha y a Oliver preguntó:

—Oye, perdón, perdón. Pero esta ¿quién es?

—¡Ay! ¡Si te lo he dicho antes! Es Sakia, nuestra vecina.

—¡Ah, hola! ¡Vale, vale! No sabía tu nombre. Soy Víctor.

—Encantada, voy a por una cerveza.

Al salir, la conversación del grupo giraba en torno a avances en placas solares, comentaban precios, voltios, electrodomésticos cubiertos, etcétera. Yo atendía a lo que decían, pero no era fácil, no respetaban los turnos de palabra, se interrumpían, gritaban, reían a la vez que comían... El tema me interesaba, pero no tenía nada que decir. Víctor interrumpió el caos:

—¿Te gusta el arroz?

—Sí, sí. Está muy bueno.

—¡Menos mal! ¡Porque si no te gusta tendría que echarle la culpa a Oliver! Soy cocinero en un restaurante, El Sabina Mora, ¿lo conoces?

—Sí. He oído hablar de él. Quiero ir. Soy vegetariana y no hay muchos sitios en Murcia.

—Ah, pues ven un día. Me avisas y os saco algo especial. Me encanta inventar, si viene alguien nuevo y me lo dicen, me estimula más.

—OK. ¡Vale, vale! Bueno..., pero ¿puedo ir yo sola?... ¿O tengo que ir... con amigos? Bueno, puedo ir con mi hermana.

—¡Ah! Pues entonces no. Lo siento. No puedes venir porque las mesas son mínimo de dos. No aceptamos comensales individuales, está rigurosamente prohibido comer en soledad...

—Ya. Bueno. Iré con mi hermana, que siempre somos un comodín mutuo.

—O con nosotros —saltó Arancha—. Eso, un día que Víctor nos diga, vamos juntas y nos preparas una degustación. Desde principios de año no hemos vuelto.

—¡Ah!, pues cuando queráis. Entre semana siempre hay huecos. Me mandas un mensaje y quedamos. ¿Cuándo te va bien?... —continuó hablando en dirección contraria, perdí la oportunidad de entender qué decía.

—¿Cómo?

—Víctor —interrumpió Arancha—, Sakia es sorda, no te oye si no la miras. Si hablas girándote para allá y para acá, no sabe qué has dicho.

Víctor y yo nos quedamos congelados. Yo esperaba que Arancha terminase de hablar para sonreír a Víctor y darle las gracias a ella. Él tomó la cucharada de arroz que ya tenía en camino, antes de la aclaración de Arancha, y quedó pensativo mientras masticaba. La conversación general volvió a tomar fuerza. Víctor se unió a ella como si no hubiésemos hablado de El Sabia Mora. Tras varios minutos de jaleo general, se giró hacia mí:

—¿No oyes nada? No me lo creo. Algo oyes. Si no ¿cómo es que me estás respondiendo?... Me están tomando el pelo Arancha y Oliver. —Se dirigió de nuevo a ellos—. ¿Es verdad que es sorda?

—Sí, sí —respondieron con la atención puesta en la conversación general.

—Vale, perdona. ¡Estoy flipando y no me lo creo! Pero... ¿cómo lo haces?, ¿me lees los labios? ¡Ostras, vale, vale! ¡Uf! Pues entonces tengo que cortarme el bigote porque... ¡Con estos pelos! ¡Eso tiene que ser muy difícil!, ¿no?

No pude evitar reírme.

—Sí, bueno. Estoy bastante acostumbrada. Tengo un máster en lectura de labios. Sí, leo los labios y hablo lengua de signos, pero aquí nadie sabe. Por cierto, sí. Un poquito morsa, con esos pelillos de arriba del bigote, sí que pareces. —Sonreí.

—Pues... Si es que... Hasta ahora no me había preocupado por eso. No conozco a nadie sorde. Pero... me los corto. Me los corto sin problemas... —Sonrió mientras se peinaba los pelillos hacia los lados, despejando sus increíbles labios.

—No, hombre. Por mí no hace falta. Depende de ti, no sé.

—Bueno. No, depende de ti, que tienes que leerme. Oye. Nunca me habían dicho morsa. Son muy graciosas y bonicas las morsas, ¿no?... Me flipa lo que se esfuerzan para desplazarse por tierra...

Fue un día entrañable. Tuve momentos de conversaciones de más o menos intimidad con unos y otros. Cuando empezó a atardecer y no había luz suficiente para leer los labios, dije que debía apurarme si quería pasear con las perras. Arancha me acompañó hasta la verja de fuera, comentamos lo bonito que había transcurrido el día. Le confesé que me lo había pasado bien y lo agradables que me habían

parecido todes, y en un impulso espontáneo, rompí las formas:

—Oye, Arancha. No te digo nada y te lo digo todo... Víctor... ¿tiene pareja?

—Está divorciado y tiene una hija y un hijo.

Representé el cuadro *El grito*, de Munch, de forma estática, como si fuese una escultura de piedra; las dos nos reímos.

Regresé a casa, puse los collares a Ólea y Runa y salí a pasear por los lindes del río. Me sentía presa de una sensación agrídulce que no quería alimentar, agitada por el impacto de sentirme atraída por Víctor. Pero al mismo tiempo me bullía el presagio de que no debía atraerme. No merecería la pena y además les dos teníamos una delicada situación personal. En realidad, me daba pánico involucrarme con alguien. No confiaba en que fuese viable siendo él oyente y yo estando en pleno proceso de asumir mi conciencia de ser sorda. Decidí olvidarme por una cuestión práctica, lógica y mental.

Cuatro días después recibí un mensaje: «Hola, soy Víctor, el amigo morsa de Arancha y Oliver. Me quedé con ganas de hablar más. Prometo cortarme los bigotes. ¿Te apetece una cerveza? Sin compromiso».

El móvil me temblaba en la mano. Suspiré nerviosa, eufórica y dubitativa a la vez. Me sentía intimidada. Un torbellino de reflexiones se me agolparon en la cabeza. No sabría cómo abordar muchas situaciones. No quería que me gustase, no podía lidiar con que tuviera dos hijos. Llevaba cuatro años conmigo misma, me daba miedo romper esa membrana protectora que me amparaba. Pero había algo en él que me resultaba muy tierno. Mi intuición me decía que debía ser buena persona, me gustaba que fuese cocinero; al fin y al cabo es como pintar para el paladar. Pero mis resistencias me alertaban de la posibilidad de acabar decepcionada. No quería sufrir

de nuevo, ni sentirme otra vez en un pozo fangoso... Estaba hecha un lío y, a la vez, tenía ganas de conectar con alguien, de explorar otras normas de juego. Creía estar preparada, pero el miedo me frenaba. Ahora que por fin me encontraba estable con mi nueva identidad, no sabía cómo gestionar esto. Antes lo había hecho desde la inconsciencia de mi situación y necesidades, ahora las tenía plenamente presentes y ya me encontraba recuperada de la pérdida y el duelo. No podía estar segura de absolutamente nada.

Pandilla sorda

I

Con el paso del tiempo aquella segunda adolescencia compartida con la gente sorda fue estabilizándose. Dejé de vivirlo como algo exótico o inusitado. La situación fue adoptando la linealidad recta propia de la normalidad. Se cerró la asociación, cada vez era más difícil reunirnos, incluso para el pequeño grupo que consideraba mis amigos. Al separarnos, como era lógico, cada persona siguió el rumbo que la vida le dictaba. Así que con las responsabilidades familiares, parejas, trabajos y el cansancio diario, empezó a ser complicado acoplar los mismos ritmos, apetencias y necesidades personales. Aun así, continuaba manteniendo vivo el vínculo con Sara, Rosalía, Erik, Álex, Nuria, Julia y Edgar.

Sara me propuso que la ayudase a preparar su examen de desarrollo sobre Teoría del arte al que se había presentado tres veces sin éxito, lo que hizo que pasáramos juntas mucho tiempo. Le iba adaptando los contenidos en esquemas que después pudiese memorizar. Le desarrollaba pequeños textos con orden y organización. Hicimos un muy buen trabajo de ideas clave, secundarias, iconos asociados a conceptos básicos que debía recordar y que la guiaban en el desarrollo de análisis que le pedían y tenía que argumentar con solidez.

Fue un tiempo fructífero para ambas en el que aprecié cómo funcionaba su pensamiento, muy parecido al mío. También qué cosas le resultaban imposibles de comprender o qué le asustaba, haciéndole perder confianza y seguridad en sí misma. Para mí fue un disfrute, un reto personal por lograr con ella lo que había hecho conmigo misma desde el instituto. Aprender a enseñarme para poder incorporar conocimientos y avanzar, porque los métodos que a todos les funcionaban a mí me resultaban impracticables. Igual que a Sara. Al haber experimentado conmigo misma tenía recursos memorísticos, imágenes, trucos y metáforas de asociación de ideas, para no perder el hilo ni la dirección del pensamiento. Solo había que adaptar la forma académica. Fue emocionante acompañarla en su proceso, ver cómo por fin entendía lo que antes enfrentaba como si fuese un auténtico enigma. Ahora le resultaba más sencillo, respiraba aliviada, iba despejando dudas, y poco a poco disminuía su frustración. En realidad era hiperresponsable, capaz, disciplinada, pero la falta de apoyo educativo y familiar le había provocado una baja autoestima respecto a sus expectativas formativas. Hice esa labor de adaptación curricular y acompañamiento por cariño, por orgullo y por lealtad hacia ella. Me había cuidado mucho, y ella atesoraba una identidad sorda muy consolidada, casi nada contrariada, apenas entorpecida por el mundo oyente, algo que yo admiraba. Recorrimos juntas el camino que antes yo había hecho sola desde la vergüenza, la pérdida y la ansiedad.

Aprobó el examen, valoraron su esfuerzo y progreso. Lo celebramos, aunque me sentí feliz y triste a la vez. La experiencia fue una comprobación, una demostración que me llevaba a preguntarme cuántas otras personas sordas estarían o habrían estado atoradas en la misma situación, atascadas académicamente por falta de una mediación que se pusiera en su lugar. Me daba

pena, me parecía injusto para nosotras y nuestras familias que una mala gestión política de los recursos en la educación provocase tanto absentismo académico en la comunidad sorda, frustración personal y familiar, al tiempo que se perpetuaba el desconocimiento general sobre la sordera.

Sara conoció a Tomás, un chico oyente muy simpático, amante de los cómics y los perros. Estaba aprendiendo lengua de signos, se entendían bastante bien y pronto se fueron a vivir juntas a un pequeño piso alquilado desde el que se veía la Vega Media del Segura. Solíamos juntarnos allí para celebrar cumpleaños y ponernos al día, pues prácticamente las quedadas se redujeron a vernos para actualizarnos las vidas.

Rosalía seguía viviendo con sus xadres, saltaba de un trabajo a otro e iba quemando etapas, todas estaban relacionadas siempre con la lengua de signos. Había trabajo en otras asociaciones y federaciones de personas sordas. Ahora daba charlas, conferencias de sensibilización y divulgación de la comunidad sorda en las instituciones o universidades que la solicitaban. Había logrado escapar de su gran temor, trabajar en la carpintería de su padre, a sus órdenes, sin un ápice de lengua de signos en la relación. Su gran pasión era viajar, se desvivía organizando cada viaje y luego nos contaba con meticuloso detalle lo que había hecho, dónde había dormido, qué había visto. Viajaba con su hermano, se llevaban muy bien, competían deportivamente por cualquier cosa. En esos recorridos solían conocer a mucha gente porque él era extrovertido y hablador. En uno de los viajes coincidieron con un murciano también sordo; el flechazo fue instantáneo, y ahora Francis estaba muy integrado entre nosotros. Juntas se unieron a un numeroso grupo de personas sordas moteras. Se congregaban en sitios previamente acordados para solicitar ilses[2] que les interpretasen la información

de los museos, congresos, restaurantes, edificios o ciudades que querían visitar, signada en lengua de signos. Se avisaban entre sí de en qué hotel, camping o chiringuito la dirección tenía sensibilidad con las personas sordas e incluso signaban. Les era cómodo alojarse y hacer turismo de forma autónoma. Rosalía seguía siendo un ser inquieto y libre. Siempre volvía de un viaje con el siguiente destino pensado, feliz por haber mejorado su nivel de sistema de signos internacional[3] al haber estado en contacto con personas sordas de todo el mundo.

Erik, cuyo signo personal se hacía con la mano semicerrada y rasgando hacia abajo dos veces a la altura del pecho, porque de niño vivió sus primeros años en Sevilla, había tenido una pareja oyente durante los últimos cuatro. Estuvieron muy enamorados. Los dos venían con la pandilla cuando salíamos de fiesta en la época loca, pero sabíamos que, en el fondo, percibía un desequilibrio en su relación. No sentía que lo tuviese en cuenta. Pero no podía ser sincero compartiendo ese malestar. A veces, nos contaba que se sentía manipulado y no se lo podía confesar. Su relación voló por los aires cuando la pareja se centró en exceso en ayudar a un amigo que pasaba por una mala racha y este terminó enrollándose con él. Intentaron arreglarlo, porque en principio se trataba de una confusión. Pero Erik ya no confiaba, lo había pasado demasiado mal. Quería reconocerse, retomar hábitos que había olvidado, sentirse el centro de su vida, alejarse de sospechas, supervisiones o dudas. Nos contaba que antes no entendía lo que era estar deprimido hasta que le tocó vivirlo. Había perdido peso y engordado gradualmente, la historia con su ex todavía dolía, tenía ansiedad entre eso y las oposiciones que se estaba preparando para ser mediador comunicativo.

Con Álex y Nuria había coincidido poco durante mi segunda

adolescencia, pero ahora se habían convertido en una pieza clave de la pandilla. Las dos trabajaban de dependientas en la misma tienda, coincidían allí con otras personas sordas de nuestra época; era una empresa que tenía un convenio con la fundación de la ONCE para la contratación de personas con discapacidad. La marca abogaba por una filosofía que pretendía producir una cultura tolerante y respetuosa hacia todas las personas, ofrecían líneas de ropa exclusivas con mensajes antirracistas, empoderamiento del colectivo LGTBIQ+ o feminismo. Pero Nuria no estaba contenta con las condiciones de trabajo. Decía que eran demasiadas horas y no la dejaban hacer nada más en su vida. Se sentía agotada y, además, tenía que lidiar con la mala educación de la gente. No se sentía respaldada por sus encargados cuando alguien le faltaba el respeto hablándole mal o tratándola como si fuese idiota, al explicar que era sorda. Todos sus hermanos eran sordos, su familia había aprendido la lengua de signos desde que nacieron, había crecido validada desde su infancia, fortalecida, creía en sus potencialidades sin titubear, tenía una fuerte personalidad. Quería irse a Madrid; estaba tratando de convencer a Álex para que echasen los currículos en Ilunion, una empresa hotelera que también contrataba plantilla con discapacidad. Nuria y Álex querían ser madres, por eso veía como una oportunidad emigrar a Madrid y buscar trabajo en Ilunion. Así se cumpliría su sueño de poder llevar a sus criaturas al colegio Gaudem, un centro multilingüe, preferentemente para alumnado sordo. Pero Álex no veía tan fácil mudarse a Madrid, lejos de su familia, empezar de cero y adaptarse a los ritmos de una gran ciudad que desconocía. Deseaba ser madre y le hacía mucha ilusión llevar a sus futuros hijos al Gaudem, puesto que ni Nuria ni ella habían recibido la atención educativa que habrían necesitado. Pero le daba miedo dar el paso. Se bloqueaba. Nuria la animaba, incluso a

veces demasiado, tenían un tira y afloja con el tema que hacía crucial decidirse por algo.

Se notaba la tensión en el ambiente cuando nos contaban la situación, pero Edgar con su humor ácido y absurdo se encargaba de disiparla. Se había hecho tradición que después de que cada uno actualizara su vida en la ronda de turnos, él signara un breve resumen para que a todos nos quedase claro. Lo hacía como un mal periodista, mezclaba las cosas más destacadas haciendo un batiburrillo con el que nos reíamos llegando a las lágrimas. No había perdido ni un ápice de su sentido del humor.

Marcos y Julia se habían separado y terminaron mal. Nadie sabía nada de Marcos, y Julia no quería ni oírlo nombrar. Así que no hablábamos sobre eso. Julia era coda, hija oyente de madre y padre sordos. Su lengua materna había sido la lengua de signos, por lo que se desenvolvía en los dos mundos con facilidad. Aunque en la fase en la que salíamos no habíamos intimado mucho porque siempre andaba a la sombra de Marcos, ahora tenía su espacio propio en el grupo. La separación la había empoderado, trabajaba en una inmobiliaria mientras se preparaba para opositar a cartera. Nos contaba lo que era ver envejecer a sus xadres, ya mayores y aislados completamente del mundo. No querían solicitar ningún tipo de ayuda externa y, al ser hija única, soportaba un exceso de responsabilidad para cuidarlos que la asfixiaba en muchos momentos. Era fuerte, disciplinada y competente, y a la vez, también frágil, se sentía desbordaba fácilmente. Siempre prestaba mucha atención a nuestros signos, nos interrumpía a cada rato para preguntarnos por el significado de este o aquel, ya que la lengua de signos que había aprendido, la que usaba con sus xadres, era muy antigua. No se habían modernizado, muchos de sus signos eran inventados y no le gustaban, al ser machistas, prejuiciosos o

racistas. Cuando nos juntábamos, siempre estaba a la caza de nuevos con los que sustituir los suyos. Y de paso incorporarlos en la comunicación con sus xadres.

Edgar era el único que seguía un poco anclado en los años locos. Continuaba saliendo con los amigos de su hermano, estaba algo demacrado. Le gustaba vender lotería pero aguantaba toda la semana esperando que llegara el viernes para emborracharse o pasarlo jugando a videojuegos; le flipaban. Con nosotres seguía siendo noble y colaborador.

Me daba mucho gusto reencontrarme, estar entre ellos. Habían sido *personas espejo* que me habían acogido, me había hecho conocerme, reafirmarme y crecer. Les sentía como hermanes frente al mundo, aunque luego cada uno fuese viviendo la vida y tomando decisiones en función de su personalidad y circunstancias. Me llamaba la atención cómo nuestros encuentros siempre seguían la misma dinámica. Hacíamos una ronda en la que nos poníamos al día, comentábamos los aspectos más notables y después las reuniones desembocaban en un eterno debate, que, si bien al principio lo vivíamos con fervor, desde un sentimiento de lucha, unidad e indignación, con el tiempo nos fue pesando, nos fuimos aburriendo, desanimando, al ver que los años pasaban y seguíamos sitiadas en las mismas problemáticas: las barreras comunicativas que nos impedían avanzar como seres funcionales en la sociedad y las muchas situaciones familiares, de pareja, laborales o circunstanciales en las que no sentíamos igualdad, respeto o legitimidad.

Solíamos pasarnos medio encuentro discutiendo la falta de intérpretes que cubrieran espacios a los que necesitábamos ir; la dificultad para impartir cursos de lengua de signos porque todavía no estaba homologada según el marco común europeo de las lenguas; la presión por recurrir a implantes y audífonos; la falta de

sensibilización en torno a nuestra condición en la esfera pública, pero también en nuestras casas, y la ausencia de nuestra lengua y la curiosidad sobre ella en nuestras propias familias.

Aquella tarde Edgar contó una en cuestión sobre la que estuvimos hablando durante horas. Días antes un amigo suyo que trabajaba de limpiador en un teatro había pedido un traslado, la dirección le contestó que dado que se comunicaba de forma muy limitada, no era conveniente que trabajase en otra institución, donde requeriría de mayores capacidades de sociabilización.

Nos enfureció esa argumentación porque responsabilizaba a la persona sorda de su discapacidad, culpabilizándola incluso; sentíamos que la sociedad era la que debería responsabilizarse de no ser accesible. En España nuestra situación laboral está muy retrasada respecto a comunidades sordas de otros países. Comentamos casos de personas sordas que en sus países lograban ser decoradores de interiores, arquitectes, contables, investigadores, estaban bien considerados, disfrutaban de estatus, validez y legitimidad. Era descorazonador que en España los cuarenta años de dictadura franquista hubieran mermado la evolución de nuestra comunidad sorda, relegándola a lo mínimo, y todavía se mantuvieran las mismas lógicas de pensamiento. Discutíamos que no era que las personas sordas no pudiéramos desempeñar otro tipo de trabajos, sino que históricamente no se habían permitido herramientas comunicativas para entender e integrar los conocimientos necesarios, tanto a las personas sordas para ascender laboralmente, como a la comunidad oyente respecto a la información y sensibilización sobre la identidad sorda.

Nuestras discusiones era dignas y necesarias, pero empezaron a hacerse repetitivas, algo frustrantes, agotadoras. Se convirtieron en una espiral irremediable, cuando, además, no siempre compartíamos

inclinaciones políticas, y cada cual tenía su carácter y recursos para sobrevivir. Asimismo, acariciábamos los treinta y muchos. Nos despedíamos con un sentimiento agri dulce: por un lado, con la alegría de habernos visto y saber cómo iban nuestras vidas, y por otro, con el hastío y la sensación de que se avanzaba demasiado despacio. Pero para todes mantener el vínculo de nuestra pandilla sorda era una parte importante de nuestra cotidianeidad.

Actriz sorda

Había pasado los dos últimos años dando clases de lengua de signos a oyentes, dentro del departamento de sociología de la Universidad de Murcia, una vez que terminé mi formación como especialista en LSE (Lengua de Signos Española). Por otro lado, impartía cursos de pintura y fotografía en centros del ayuntamiento del pueblo y los alrededores, donde también pintaba murales en plazas y paredes que me cedieran.

Un mediodía cualquiera de principios de otoño, en el grupo de WhatsApp que teníamos los vecinos de la huerta para avisarnos de pronósticos de lluvias, plagas de caracoles, zonas donde retirar la poda o reuniones para avanzar en las mejoras que necesitábamos, apareció un anuncio de un nuevo espacio en la zona donde se daban clases de pintura y cerámica. La imagen que publicitaba el curso me atrajo de inmediato. Una estantería rústica, con piezas de alfarería colocadas aquí y allá; llamaba la atención la presencia de una luz colorimétrica que emanaba sencillez, silencio y naturaleza. Escribí el número que aparecía debajo mientras tecleaba en Google el nombre y apellidos de la profesora. Me sonaba pero no sabía de qué. Al verla en la pantalla la reconocí al instante. La conocía de vista de toda la vida, no la hacía de nuevo por el pueblo. Acordamos una cita al día siguiente en la sala donde daba las clases.

—Hola, Sakia, qué sorpresa.

—Encantada, Aida, por fin nos conocemos en persona.

—Ya está bien. Sí. Ven, ¿nos sentamos aquí?

Señaló dos sillas frente a un balcón que daba a una acequia custodiada por verdes cañas y enredaderas con campanillas azul púrpura que parecían grandes bombillas coloreadas. Un poco más arriba, sobre un manto de piedras poligonales parduscas, se alzaban los raíles del tren. Las vistas ofrecían una magia autóctona y particular.

—¿Cómo estás? ¿Quieres una infusión?

—Vale.

Caminó hacia un lugar de la sala, me entretuve mirando las vistas hasta que regresó con dos infusiones servidas en tazas de cerámica que apoyamos con delicadeza en nuestras rodillas.

—¿Desde cuando estás aquí? ¡Creía que vivías en Barcelona!

—Sí. He vivido allí dieciséis años, y antes estuve en Granada. Me agotó el trabajo, me cansé de la vida en la ciudad, y además mi pareja se quedó en paro. Así que decidimos cambiar de vida, probar aquí en Murcia, a ver qué tal. Y tú estabas por Madrid, ¿no?

—¡Ostras! Sí. También regresé hace años. ¿Y cómo llevas volver a enraizar aquí? No es fácil. Yo ahora estoy bien, pero me costó mucho, ilo pasé fatal!

—Regular. Sí, es difícil. Todavía... no sé, mi pareja lo lleva mejor, yo aún no estoy convencida de quedarnos, no lo veo claro.

—Para mí lo más difícil fue no tener amigos. Y perder todo el tejido cultural, la oferta, los sitios, las opciones que tenía allí, de exposiciones, teatro, cursos...

—Ya ves. Jorge y yo no tenemos coche, ir a Murcia nos da un perezón tremendo, así que estamos un poco desconcertados. Por un lado bien, porque estábamos hartos de Barcelona, pero allí teníamos

planes, rutinas, colegas.

—Te entiendo totalmente. Lo bueno de aquí es la luz, el tiempo, el sol, la calidad de vida, la familia, la naturaleza.

—Sí, bueno. Yo aún no estoy disfrutando nada de eso, me da miedo, muchas de mis amigas ya no viven aquí. No sé si voy a poder adaptarme, pero a Jorge le surgió una entrevista en Murcia y decidimos probar.

La conexión fue instantánea, placentera, muy sustancial, como una melodía bañada en aquella luz pictórica producida por la brisa. Pasamos la tarde conociéndonos.

Aida era hija de una familia famosa en el pueblo. Nuestras familias habían coincidido en iniciativas políticas, ecológicas y en el teatro. Aida siempre me había provocado curiosidad. Tenía algo que la hacía singular. Parecía divertida y sociable. Compartíamos amigos, pero nunca habíamos tenido contacto.

En Barcelona, había vivido dentro del movimiento autogestionado y okupa. Era pintora, ceramista, actriz y directora. Había trabajado quince años dentro de la escuela libre, tenía nociones de psicología sobre los apegos, de resolución de conflictos por vía pacífica, y, sobre todo, lo que más me atrajo de ella, parecía ajena al mundo y a todo tipo de tiempos y prioridades modernas. Emanaba tranquilidad, paciencia, creatividad. Había sabido respetar su universo infantil y conciliarlo con el maduro, integraba su sentido del humor y el de la reflexión con la precisión propia del mecanismo de un reloj suizo. Se reía de garganta, echando el mentón hacia delante. Entonces sus rasgos, por sí dulces, sufrían un leve licuado, que le daban un enternecedor aspecto de duende cómplice y travieso que acabase de despertar.

Cuando nos despedimos habíamos tejido la suficiente confianza e intimidad de la que son dueñas las buenas amigas. Quedamos en

que tomaría clases de pintura, porque quería volver a reconectar con el óleo sobre el lienzo, y desde ahí iríamos viendo qué más podíamos organizar.

Durante meses alterné la pintura al óleo con trabajar el barro haciendo vasijas, cuencos y platos de cerámica. Fue importante para mí, pero lo bonito fue advertir que también era una excusa para pasar tiempo con Aida, verla trabajar y observar cómo escuchaba y se desenvolvía. Se adentraba en las profundidades como pez en el agua, produciendo un ambiente autónomo y fraternal en el taller. Desprendía buena sintonía de forma natural. Nos convertimos en compañeras del día a día. Pasamos mucho tiempo compartiendo el taller, e intimamos, nos animábamos cuando alguna flojeaba, nos confesábamos miedos, dudas, lloramos juntas, nos reíamos, hablábamos de autoras, de pintura, ideas que teníamos... Y cuando estuvimos preparadas, decidimos dar el salto a ciegas, conscientes del ejercicio de paciencia que tendríamos que invocar.

—Oye. Tú... ¿Cuándo crees que va a ser el momento?

—No sé, me pongo nerviosa.

—¡Yo estoy desesperada! ¿Por qué no empezamos ya? ¡Lo tenemos todo! Sala, focos, música, linóleos, ¿qué falta?

—Gente, compañeres. ¿Cómo convocamos compañeres? ¡Si no sabemos por dónde empezar!

—Ya, pero necesitamos empezar para atraer compañeres, ¿no?

—Sí. A ver, ¿tú a quien podrías invitar?

—A... a... una amiga que vive en Murcia, seguro que le interesa, el problema es que trabaja por las tardes, creo, no sé si podrá.

—Yo puedo decírselo a Silvi, una amiga que también viene a cerámica. Se apunta seguro.

—Pues igual ella puede traer a alguien y siendo tres podríamos...

—Sí. Vamos a ello, hay que tener paciencia, nos va a costar, pero

para qué esperar más, tenemos que empezar ya.

Desde que nos conocimos fantaseábamos con organizar un pequeño espacio de teatro experimental donde reunirnos para trabajar; ella lo guiaría y, como ya nos conocíamos en profundidad, sería de nuevo un espacio seguro para mí, a la hora de explorar, seguir creciendo, crear en casa, en mi tierra, pero en comunidad. Esta vez, asumiéndome como actriz sorda. Convocó a Silvi, ella dijo que traería a dos personas más, acordamos reunirnos los martes por la tarde y aquello empezó a despegar.

Constituimos nuestro espacio propio, un círculo de teatro experimental donde, a los seis meses, Silvi, Noelia, Lucy, Sole, Río, Blanca y yo juntas viajábamos en todas las direcciones posibles. Aida nos sostenía desde fuera. En cada sesión convertíamos la enorme sala diáfana en una caja oscura, forrando las ventanas y el suelo con fieltro negro. Ella disponía de un foco con regulador de intensidad, quemaba palosanto y encendía y apagaba una vela para indicarme los cambios de ejercicio. Las compañeras eran conscientes por medio de su voz o de la música, pero en realidad trabajábamos conectadas unas a otras. Empezábamos en corro, cada una preguntaba el signo de una palabra relacionada con la clase, las demás lo aprendían e incorporaban uno más; poco a poco, fuimos teniendo un vocabulario básico y los signos se fueron integrando con naturalidad. Después hacíamos una meditación conjunta, algo que nunca había hecho, al no poder cerrar los ojos y escuchar la voz que guiaba la meditación; pero ahora los pactos estaban claros y muy adaptados. Aida sabía que no la oía, pero quería meditar. Controlaba mi condición y la integraba en el grupo con respeto y curiosidad, y yo disfrutaba meditando tranquila y acompañada. Me anticipaba sobre qué trabajaríamos, me nutría, facilitándome autonomía y libertad, yo me sentía cuidada. Nos concentrábamos en corro

observando, con los ojos cerrados, las imágenes que nos vinieran a la mente, y a través de la respiración y la concentración las explorábamos, dejándolas pasar hasta que se agotaban. Alejábamos el ruido mental del día a día, manteniendo las emociones tras la puerta de la sala, les prohibíamos que nos invadieran. Después movíamos el agua interna de nuestros cuerpos durante dos horas. Saltar, caminar de mil formas, atentas a cada hueso, cada músculo, correr, corríamos mucho, y por último bailar para nosotras mismas, con placer y disfrute, sin miedo a hacerlo mal, ya desde el agotamiento físico. A veces, la energía, el cansancio, el frío, el sudor y el humo del palosanto me hacían sentir que perdía la forma humana y solo era una masa de agua chorreante y etérea. Entonces me recorría un escalofrío eléctrico que me insuflaba fuerzas, y una nueva ola de energía me inundaba elevando una barrera, otra más, como la baliza de un parking. Facilitaba el aguante durante otro tramo. Cuando el agotamiento era casi total y casi nos habíamos descompuesto en átomos, Aida nos llamaba al círculo para permanecer agitándonos como llamas de fuego, latiendo juntas, respirando contenidas y colectivas, deformadas por el esfuerzo pero resistentes, resilientes.

En el último ejercicio accedíamos a un espacio íntimo muy valioso y poco explorado, aquí la mente ya anulada no emitía pensamientos intrusivos o cotidianos. Ya había muerto la voz de la jueza interna que decía: «No lo haces bien», «no es así», «tú no vales para esto», «hay que comprar suavizante», «eres una impostora», «no tienes suficiente talento», «tengo que enviar ese mail y llevar el coche a pasar la ITV». En este estado ya no te pertenecías, y era seguro y placentero. Volvíamos poco a poco a recobrar la corporalidad, pero ahora de forma onírica. Permanecíamos tranquilas y agazapadas, hasta que alguna

asociación física o visual nos viniese a la mente y los rasgos de un animal se instalasen en nosotras. Finalmente nos dejábamos poseer por su instinto. Lo albergábamos, transitábamos su forma de ocultarse, de oler, de relacionarse con el viento, con el agua, con sus crías, con la noche. Podía tener pelaje, tentáculos o plumas, arrastrarse o caminar.

La vela de Aida me iba avisando, y ella me acechaba con cariño en cada esquina de la sala, signándome, me guiaba por dónde íbamos, podía entenderla desde dentro, sin perder la concentración, sin abandonarme. Recorríamos el mismo ciclo en cada sesión, pero esto solo era el entrenamiento semanal, una etapa previa, todavía faltaba entrar de lleno en el trabajo.

El trabajo consistía en encontrar el estado personal desde el que detonarte, para acceder a lo que estuviera vivo dentro de cada una de nosotras; necesitábamos delirar para acceder a aquello que necesitase salir y expresarse. Había que conectar con qué nos dolía, qué nos obsesionaba, qué nos alejaba de nuestro propio bienestar. Para algunas compañeras la puerta de entrada podía ser la risa, reírse hasta reventar; el estrés y la alienación; la histeria, el llanto, la excitación sexual. Una vez que entrábamos, lo importante era navegar entre todas las emociones. Sin juicio.

Y poco a poco, por medio de la práctica de un teatro vivo y experimental, sosteníamos improvisaciones espontáneas en las que emergía un material personal y deforme. Abandonos en la infancia, el derecho a la libertad sexual, cuidados alienados a una madre senil, el dolor de abortos invisibilizados, la muerte, las malas vidas de nuestras ancestras, desvalorización por una discapacidad, el miedo a hablar, a decir, a formar parte de un vínculo, a exigir..., fueron temas que salieron de cada uno de nuestros cuerpos y dimensiones, al fin y al cabo dolores universales en todas nosotras.

Pertenecí a este círculo durante años, celebré cómo el teatro experimental, ahora con Aida y mis compañeras, volvía a actuar sanando mi vida, de igual manera que lo había hecho en otro momento, junto con las danzas prehispánicas. Volví a relacionarme con el aroma del palosanto, con la música, el círculo, el agotamiento físico, la emanación de agua corporal, el derrumbamiento de fronteras mentales y juicios. Volví a superar cuentas pendientes con la vida y conmigo misma, a través del arte.

Después de un largo periodo de sequía en conexión y creatividad, por fin volvía a brotar. Pero ahora estaba presente el aprendizaje de la lengua de signos, se había extrapolado a mis compañeras. Cada viernes yo enviaba un vídeo con signos de vocabulario o frases, y luego ya muchas se atrevían a signar puntualmente lo que querían decir o pedían que yo hablase y signase. Aquello me resultaba conmovedor y tierno, formaba parte de un espacio sin vergüenza ni invisibilidad; porque mi sordera solamente era una cosa más sobre la mesa, de entre las muchas que cada una aportábamos.

Además, en el teatro experimental pude drenar situaciones angustiosas que había vivido al ser sorda: el sentimiento de abandono; las muchas veces que había callado para no responder a mi madre, a mi expareja, a amigos y compañeres; las otras tantas que alguien había volcado sobre mí sospechas de incapacidad, invalidez, inseguridad o egoísmo; las situaciones en las que se me tenía miedo o mi presencia producía incomodidad; cuando tenía que explicar lo mismo una y otra vez, como si siempre pareciese la primera y siempre siendo agradable y educada, aferrándome a la paciencia y el autocontrol; hacerme la tonta para fingir no darme cuenta de las cosas o justificar a les demás al priorizar sus necesidades antes que las mías. En este espacio creativo y

terapéutico podía llorarlo todo, gritarlo, enfadarme, perder los nervios y las formas, cuestionar, ridiculizar, humillar. Gracias a Aida y mis compañeras me relacioné con todas mis polaridades; con las calidades anímicas de tiranía, cinismo, ironía, rabia y pasión. Y reencontrarme con la niña que se sintió abandonada a su suerte, con la vieja visionaria, la madre evitativa o la mujer empoderada.

Trabajábamos el material, lo convertimos en piezas escénicas. Y nos organizamos para ofrecerlo un vez al mes a un público reducido y seleccionado. El momento era comprometido, efímero, visceral. Aprendíamos exponiéndonos, acogidas por aquellos a quienes habíamos invitado. Lo conseguimos y fue vital para todas nosotras. Funcionó el plan con el que Aida, yo y después Silvi, soñábamos, improvisar una sala de teatro alternativo, ofrecer un espacio artístico y político donde crear y dialogar.

La experiencia se convirtió en una hélice creativa en mí, movió el barco, pude retomar mi trayectoria y volver a sentirme actriz. Y poco después encontré trabajo en una compañía teatral.

Un día, Paula, una compañera del grupo de teatro de Bellas Artes a quien había perdido la pista, me escribió un mail:

Hola Sakia, ¿cómo estás? Hace años que no sé nada de ti, ¿sigues en Madrid? Necesito contarte una cosa. Ahora soy directora de teatro, he fundado una compañía y anteayer estaba representando una obra en un festival, y, en un momento en que miré al público, vi que varias personas no me miraban a mí, sino al intérprete, para entender mis palabras; eran sordos. Tú no oías, ¿cómo estás de eso? En la obra manipulo una gran mesa con muchos cajones llenos de objetos, y voy contando una historia, y en un momento dado sostengo un barquito que voy sacando poco a poco de la escena. Pero ese día, al tener un intérprete a mi lado, se lo extendí a él, y él lo cogió e hizo como que se alejaba navegando a la vez que hacía olas del mar. Se me pusieron los pelos de punta, porque durante diez segundos los dos públicos miraron al mismo lado. No puedo quitarme la imagen de la cabeza,

nunca había pensado en esto. Pero no es justo, y he empezado a pensar en los problemas que tienen que tener las personas sordas para ir al teatro. Me gustaría hacer algo sobre esto, algo que les una, una obra donde sus miradas puedan convergir todo el rato. ¿Tú sigues haciendo teatro?, ¿te interesa? Escíbeme y me cuentas, querida, que ya nos hemos perdido bastante, ya está bien. Espero a ver qué me dices. Abrazote gordote.

Pasamos casi un año coescribiendo aquella propuesta, decidiendo qué y cómo la queríamos enfocar. Asistiendo a residencias artísticas, la dramatizamos, la pusimos en pie e hicimos muchas funciones. Fuimos de gira por un montón de lugares. Me sentí volar de nuevo. Crecí, me entendí y perdoné. La obra tuvo muy buena acogida, *Océano* fue una propuesta poética, visual, muy conceptual, en la que dos amigas como representación de dos mundos diferentes se reencontraban construyendo un universo particular con el que entenderse: palabras versus lengua de signos. Como resultado, inventaban un tercer lenguaje con el que aprender a comprenderse. Creábamos imágenes en escena, con objetos, con nuestros cuerpos. Las partes de conversación estaban signadas y subtituladas. La luz, los efectos sonoros, los objetos y los audiovisuales ponían en pie un montaje contemporáneo y ambiguo, donde el público interpretaba libremente el transcurso de aquella metáfora.

Después me llamaron de otra compañía porque necesitaban una actriz sorda. Me hicieron una prueba y al día siguiente me avisaron de que estaba dentro del proyecto. Todo se dio la vuelta. Si antes no podía avanzar porque no había integrado la sordera en mi identidad, aunque era más que evidente la necesidad, ahora me buscaban precisamente por mi condición de actriz sorda. Por fin podía ser sincera y honesta hacia dentro y hacia fuera.

En apenas cuatro años, formé parte de cinco elencos diferentes.

No todos los procesos y convivencias fueron la mar de agradables y accesibles, ya que en algunos el control sobre el proceso creativo de la interpretación, por parte de la dirección, resultaba excesivo. Cuando además nos pedían confianza y generosidad. A veces sentí que se priorizaba la proyección-estigma de una forma concreta, más que la singularidad de la verdad. Como si ya existiera una idea cerrada de lo que buscaban y el trabajo fuera, más bien, encajarse en él. Me molestaba cuando las posibilidades de evolución de mi personaje aún eran muchas y se me limitaba, cuando preveía que el resultado podía ser más rico y de mayor profundidad. Pero la obra ya estaba de alguna forma determinada. Otras veces, la dirección tenía claro sobre qué quería trabajar en el proyecto pero no tenía suficientes conocimientos sobre el tema; o no sabían transmitir bien el rumbo del proyecto a las actrices y actores, generando cansancio e inseguridades donde no las había. Gracias a diferentes experiencias pude curarme, aprender, reflexionar, errar, ampliar potencialidades, poner límites al trabajar, convivir con gente muy diferente, y discernir entre lo que se esperaba de mí y lo que yo esperaba de cada trabajo.

Hablaba horas con Elvira, en su huerto, tumbadas bajo una sombrilla diminuta de la que no podíamos salirnos ni un centímetro para no quemarnos. Ahora ella trabajaba en una productora audiovisual, yo era una actriz sorda, todo había cambiado, pero permanecíamos atentas a seguir acompañándonos en cada paso que diéramos.

En lo fácil también reside lo complejo

Acepté la cita con Víctor. En mi mente, me repetía: «No pasa nada. Has quedado con un amigo. Lo peor que puede pasar es que solo sea eso, un amigo. Y nada más. Necesitas amigos. Así que no es una pérdida, por ahora es solo un candidato a amigo. No te tiene por qué gustar y no pasa nada si te gusta». Había atravesado la arboleda del parque, torcí la calle que subía a la plaza y enfilé tiesa el último tramo; seguía haciendo respiraciones para mantener la calma, cuando, al girar, lo vi, apoyado en la pared con las piernas cruzadas. Altísimo, delgadísimo, con una trenza y la barba y bigotes recortados.

—Hola.

—Hola.

—¿Dónde vamos?

—¿A Celeste? —se me ocurrió.

—Vale —respondió campechano.

Caminamos unas calles y llegamos a una terraza en la avenida principal del pueblo. Nos sentamos de frente, las farolas daban buena iluminación y la conversación fluyó sin problemas. Víctor no tenía la mejor dicción del mundo, pero podía entenderlo. Hablando del pueblo y la gente, caímos en la cuenta de que nos conocíamos de vista desde los quince años, pero nunca habíamos hablado

porque nuestras pandillas no se mezclaron. Algo extraño, porque en aquella época todos los grupitos coincidíamos en el único bar interesante que tenía el pueblo. Comentamos amigos en común, hablamos de libros, de actitudes políticas, de cine..., hasta que de repente:

—Yo... mañana trabajo.

—¿De verdad? Pero... ¿entonces por qué hemos quedado hoy?
¿A qué hora entras?

—No te lo quería decir por eso... Vale, vamos... ¿Hacia dónde vas?

—A mi casa.

—OK, yo a la de mi madre. También es por ahí, nos acompañamos.

La conversación se extendió mientras caminábamos. Cada vez que hablaba giraba el cuerpo hacia mí para no darme el perfil, se le notaba torpe con la postura. Sonreí maliciosa, me interesaba saber cómo integraría en sus maneras el hecho de que fuese sorda. Llegamos a un cruce con semáforo, nos miramos, incómodos por las despedidas que tantas veces hemos visto en películas. Antes de que resultase embarazoso, dije:

—Bueno. Buenas noches. Ha sido un placer hablar más contigo.

—Sí. Lo mismo digo.

Nos dimos dos besos y tomamos trayectorias opuestas. Así de rancio, de parco, fue el momento. Lo preferí a montañas rusas que me marearan. Había sido un encuentro agradable, aunque llegara a casa un poco desnortada.

Al día siguiente era sábado y, aprovechando que iba a tomar algo con unas amigas oyentes, de nuevo en Celeste, le escribí por si le apetecía acercarse. Cuando ya llevábamos un buen rato, apareció, contento pero nervioso. Me gustó que se atreviese a venir y se

relacionara tranquilamente con mis amigas. Aún no sabía si me gustaba, si me ponía nerviosa por la vergüenza de la novedad, ni si yo le gustaba. La noche terminó temprano. De nuevo, nos despedimos a los pies del semáforo que bifurcaba nuestros caminos. Quedamos en vernos pronto.

Nos vimos varias veces más, siempre con gente o para pasear un rato, la conversación fluía bien y nunca se agotaba. Un día, sin saber qué respondería, propuse que tomásemos la última en mi casa. Accedió y, una vez sentados de frente en el sofá, cada uno en un extremo, fuimos alternando temas serios y tonterías varias. En determinado momento se acomodó de perfil, mientras discutíamos sobre movimientos sociales y proyectos de desarrollo. Nos enfrascamos en un debate cada vez más frenético y apasionado, con mayor velocidad al hablar y exponer nuestros pensamientos. Con muchas interrupciones y ejemplos teóricos, nada visuales. Nuestros discursos se fueron radicalizando y, de repente, sentí que la situación me ponía a prueba. Aquella era una sensación que conocía bien, la había vivido muchas veces, sabía cómo me sentiría al acabar. Desembocaría en un vacío interno, un sabor amargo que no quería experimentar. Me dio pereza continuar argumentando para demostrar mi validez intelectual; estaba cansada de ello. Me aburría que mi identidad estuviese consolidada por ideas, creencias, opiniones que iba exponiendo, y no por características y necesidades personales. Había renegado de volver a hacerme daño de ese modo, no encontraba nada de verdad en mí, si luchaba por mantenerme en un pódium intelectual y racional que terminaría invisibilizándome. Estaba harta de priorizar mi estatus externo para ganarme la legitimidad de alguien. Esto era acicate para el ego, brillantina para el alma que escondía el miedo a ser considerada inferior.

No. Eso ya no me servía. Ahora me decepcionaba, sabía que,

después, la consideración sería pretendidamente neutral, y el esfuerzo por participar en el debate no era igualitario. El desgaste, el sobreesfuerzo y la invisibilización que existían dentro de mí no se pondrían en valor. No iba a tirarme a esa piscina con alguien a quien apenas conocía, de quien no tenía claro ni siquiera si me gustaba, si él era válido para mí. No quería ser la elegida, quería ser la electora, cuidar mi estatus interno y que la persona lo considerase más importante que el externo. Necesitaba hechos, más ser cuidadoso y empático que elocuente. Dudaba de si podría cuidarme como necesitaba.

Pensaba en todo esto atrapada en un tortuoso torbellino mientras le observaba, totalmente disociada del momento. Él proseguía solo con el debate, inmerso en una auténtica discusión al tiempo que continuaba reflexionando, elucubrando de perfil a mí. Suspiré, cansada y decepcionada. No merecía la pena, contemplé aquella escena desde otro prisma, en el que una persona observaba a la otra, le leía los labios, le acompañaba con una escucha activa mientras la primera solo lo hacía superficialmente, en términos teóricos, pero no en su malestar. Así no podría existir conexión real. Me vi reviviendo algo conocido, sin ser vista, ni escuchada, ni tenida en cuenta. Empecé a agobiarme, me enfadó detectar que sería yo la que permitía esa conducta si repetía un patrón.

Me había sobreadaptado otra vez, al esforzarme demasiado para ganarme su confianza y transmitirle tranquilidad, por cuidarlo en su miedo a comunicarse con alguien sorde. Se habían olvidado los límites del cuidado mutuo. Después vendrían los «no te entiendo» y después los «ya, pero no puedo, esto urge más». Quizá aún no estaba preparada para dejarme fluir. No todavía o no con él. En un determinado momento me preguntó algo sacándome de mi ensimismamiento y quise responder la verdad:

—No estoy cómoda. Hace un rato que me he perdido, he desconectado. Estoy cansada.

—¡Ay! ¡Perdón, perdón! Lo siento. No me he dado cuenta. Me he puesto a hablar para adelante.

—Sí, para un gran público que ha venido a escucharte a este congreso, en el que das un interesante mitin —ironicé, abriendo los brazos hacia la pared vacía—. Bueno, no pasa nada. Perdona mi ironía. —Sentía un bajón energético, no sabía cómo remontar la situación.

Se giró hacia mí y, con los brazos cruzados, susurró:

—Perdóname, Sakia. He sido torpe. Tienes razón, no me he dado cuenta. Me gusta discutir sobre estos temas y, al apasionarme, he olvidado que no me oyes. Soy un zote. ¿Podemos empezar otra vez?

Pero mi cabeza estaba saturada de palabras unidas sin coherencia, con vacíos y huecos, a falta de contenidos con los que conectar las ideas; me retumbaban fonemas y sílabas sueltas. Sentía cómo estas sobrevolaban de un lado a otro por las paredes internas de mí misma. Estaba empachada de sonido y palabras. Y, a la vez, había tenido una revelación que necesitaba aclararme.

—Lo siento, Víctor. No sé si lo mejor... es...

—¿Quieres que me vaya? —preguntó, tenso.

—No lo sé, sinceramente —respondí, desinflándome.

—Si quieres, me voy. Pero me gustaría que lo pudiéramos solucionar.

—¿Sí? ¿Cómo se hace eso? No tengo ni idea. Estoy acostumbrada a solucionar las cosas sola.

—Vale, tranquila. A lo mejor no podemos ahora mismo porque yo tengo que entender más cosas, te pido..., te pido que me des tiempo para poder entenderlas, porque..., de verdad, me gustaría entenderlas... Tú..., a ver, yo, no sé. No sé cómo puede salir esto...,

pero..., pero... tengo que arriesgarme. ¿Te puedo dar un beso?

—¿Seguro?... ¿Tú estás seguro? ¡Yo no tengo ni idea de cómo puede salir!

Me mareé de la impresión. Nos dimos lo que Elvira y yo llamábamos un *pico segundero*, constaté la superficie mullida de sus labios. Al separarnos, el nudo que antes me atragantaba había desaparecido. Me pareció haber estado en un lugar confortable, sensible, compasivo. Pero también me aferré a la imagen de mí misma que había transitado, de desierto existencial, no quería olvidarla, no quería olvidarme. Decidimos dejar las cosas así y lo acompañé a la verja.

—Espero que quedemos de nuevo y te pueda contar yo mi marrón, ¿vale? Y ya cuando yo me agobie, me devuelves el beso... ¡Y a ver si me sirve de algo o te pido otro!

La cosa va tomando forma

Año y medio después emprendíamos viaje hacia Vinaroz, donde yo expondría mis fotografías. Llevaba meses organizando «Voz de sorda» mi primer portfolio producido desde el coraje que me había supuesto la revelación del concepto *deafhood*. Víctor conducía a mi lado y, en los asientos de atrás, Delia y Darío dormían desnucades en sus sillitas.

No estaba acostumbrada a los cambios de luz del alba y, fascinada, iba apreciando la fugacidad en las texturas de las nubes, cómo la melodía del sol iba matizando los paisajes, muy lentamente, de tonos sombríos y grises a un luminoso abanico de colores brillantes. Los observaba madurar extasiada, jugando a seleccionarlos con precisión. Pensaba cómo habría de hacerlos para retratarlos en mi lienzo mental. Imaginaba cargar las materias en la espátula, mezclarlas, amasándolas hasta que dieran fruto a un nuevo color. Después valoraba su espectro cromático decidiendo si necesitaba más de uno de los tonos, para obtener el resultado exacto que tenía frente a mí. Escrutaba pinceles, comprobaba sus cerdas con las yemas de los dedos, elegía el adecuado y lo mojaba en esencia de trementina impregnándome de su olor. Hacía baños de color con brocha plana de pelos recios, de atrás hacia delante, con veladuras en los planos más profundos y alejados. Diluyendo la

información de las orillas, concentrándome en la nitidez de los detalles cercanos. Jugaba a pintar el paisaje dentro de mí cuando llegamos al destino. Apenas me había dado cuenta de los cuatrocientos kilómetros transcurridos.

Los dos días que pasamos en Vinaroz fueron ingenuos e inocentes, casi como volver a la infancia en el sur español. El hotel donde nos hospedamos mantenía la estética noventera y rezumaba nostalgia. Era básico, cómodo y entrañable. La playa aunque resacosa del verano aún soportaba los últimos bañistas de la temporada, los que se resistían a dejarla en paz. Mientras leía a pocos metros de la orilla, Víctor, Delia y el pequeño Darío se bañaban en aguas de color tropical. El niño dibujaba olas con sus brazos mientras observaba las gaviotas nadando como patos; la niña arrancaba del fondo pedazos de arena gruesa poblados de piedritas que parecían gemas en miniatura. Después del madrugón y las horas conducidas, Víctor les miraba despanzurrado en la orilla, con las piernas sumergidas en el agua y el torso seco fuera de ella, sumido en el sopor sonoro y visual que nos rodeaba.

Me recordaban a esculturas de Giacometti. Jamás me habría imaginado inmersa en mi propia familia, pero las cosas habían ido avanzando de forma orgánica y segura. Todavía teníamos que regular algunas, pero las piezas iban encajando en el puzle y yo iba rediseñando, como siempre dentro y fuera de mí, el lugar que quería ocupar con ellos.

En la sala la exposición de fotografías estaban colgadas tal cual lo había hecho mentalmente desde la distancia; asistieron algunos medios de comunicación y en torno a cuarenta personas, fue una inauguración sencilla. Después algunos asistentes se acercaron para comentarme cuestiones fotográficas o inquietudes sobre sordera, sus observaciones eran honestas y sinceras, me parecieron

introspectivas e inspiradoras. Fue curioso pasar por ese trance de una manera sana y lineal, constructiva y preciosa al mismo tiempo, porque años atrás, durante la carrera y después el doctorado, lo había vivido como un torbellino de ansiedad y ganas imperiosas de huir a cualquier lado cuando enseñaba mi trabajo. Esta vez lo sentí como un paseo fluctuante en barquita.

Tres semanas después de conocer a Víctor intuí que mi historia con él continuaría. La dimensión borrosa que sentía respecto a nuestro futuro fue aclarándose hasta ser completamente nítida. Poco a poco, fuimos compartiendo códigos y formas de hacer, sin que existieran artificios. Supe que había topado con una persona imperfecta, con mucho que aprender, pero con voluntad de tomar conciencia. En aquel debate tosco y farragoso del principio, del que no sabía cómo salir de un campo baldío, él propuso y me desconcertó de lleno. Su iniciativa arrojó confianza, me movió de lugar, entendí que se abría un nuevo camino de aprendizaje donde no era yo la que iba a luchar por todo. Y en mitad de esa desubicación el roce con sus labios, lejos de espantarme, lejos de provocarme enormes ganas de huir, de replegarme a mi interior, me brindó paz, me supo a poco.

Necesitaba un compañero de viaje, de risas, de debates, de arte, que me apoyase, pero, sobre todo, que hiciéramos equipo frente a las vivencias que vendrían asociadas intrínsecamente al hecho de ser sorda. Y dado el tránsito identitario que había logrado, lo que anhelaba era un compañero que me facilitara, que no me juzgase, que me sostuviera con la tranquilidad de saber que mi intención era colaborativa, aunque no siempre pudiera evitar la controversia.

Una noche en la que apenas llevábamos un mes juntas, después de tener sexo, salió de dentro de mí y el preservativo había desaparecido. Nos miramos asustados, eran las dos de la mañana y

estábamos agotados, pero la situación nos activó de pleno. Fuimos al hospital. Previamente le pedí a Víctor que por favor, me dejase hablar a mí con las personas que nos atendieran, porque me conocía bien el percal. Y le previne de que podríamos vivir situaciones violentas, para que se mantuviese atento y paciente.

Llegamos a la ventanilla de recepción, nos atendió una chica joven tras la mampara, con mascarilla, me pidió los datos y mi tarjeta sanitaria. Expliqué que era una persona sorda y no podía entenderla con los labios ocultos. No tuvo problema en retirársela y la conversación fluyó, nos dio un número como en la charcutería y nos mandó a la sala de espera. Estábamos solos. Diez minutos después, nuestro número salió en pantalla y nos adentramos por los pasillos para buscar la consulta asignada. Di unos golpecitos en la puerta y apoyé la mano en ella. Noté que una voz reverberaba y la abrí:

—Hola. Buenas noches, soy sorda, venimos porque acabamos de tener relaciones sexuales y el preservativo se me ha quedado dentro.

Supe que me preguntaba algo porque identifiqué la entonación interrogativa.

—Perdón. Así no la entiendo. Si, por favor, se retira la mascarilla, podré leerle los labios. Soy una persona sorda. ¿Puedes, por favor, retirarte la mascarilla para que te lea los labios?

La doctora habló e imaginé que decía una excusa para no quitársela, porque no se la quitó. Miré a Víctor, permanecía de pie y miraba hacia el suelo.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —le pregunté a Víctor.

—Que no se la quita. Que tiene derecho a no quitársela. Te está pidiendo la tarjeta sanitaria —contestó con la mandíbula prieta.

—Ah, vale, vale, muy bien. Le agradezco mucho su empatía.

¡Como no me siento nada nerviosa por tener un preservativo dentro de mí! ¡Pues nada, venga, a ver qué más!

La doctora respondió algo y señaló en dirección a la camilla. Inspiré y me dirigí a ella. Víctor se mantuvo de pie, pétéreo. La doctora volvió a decir algo, yo miraba sus ojos, pero no movía ni un músculo, no podía intuirle nada. La tensión era muy densa. Me quedé parada sin saber qué hacer, dio dos golpecitos sobre la camilla, como indicándome que me sentara en ella. Se me escapó una risita nerviosa.

—Ah, vale. ¡Ahora soy un perro!

Miré a Víctor, sus ojos ardían de ira. La doctora dijo algo muy largo, imaginé que se defendía de mi humor incisivo, Víctor la interrumpió:

—¡Es sorda! ¡No te oye! ¡Te lo ha dicho al entrar! ¡No puede saber lo que le dices! ¿No te das cuenta?

La doctora repuso algo.

—Dice que te bajes los pantalones y te tumbes en la camilla. Te va a explorar.

Hice lo que pedía, ella se puso los guantes, metió los dedos y empezó a hurgar. Volvió a comentar algo ininteligible. Me pregunté si su comportamiento era sencillamente una cuestión de falta de formación, o falta de coherencia y sensibilidad personal.

—Que aprietes el vientre, como si fueses a hacer pis.

Aquella situación me hizo revivir otra, la sensación de la infancia de cuando me adentraba en las cabinas para hacerme audiometrías, y veía a mi padre fuera, sufriendo, aguantando al verme así. En aquel instante, sentí pena por Víctor y por mí. Si nuestro vínculo se afianzaba, iba a enfadarse muchas veces. Y yo, aunque me enfadara, iba a seguir viviendo situaciones así.

La doctora encontró el preservativo y lo sacó. Volví a vestirme y

me dirigí de nuevo a la mesa.

—Ahora me gustaría, por favor, que me hiciese un papel para pedir la píldora en una farmacia de guardia. —Cogió papel y boli, empezó a rellenarlo. Al terminar extendió el brazo—. Muy bien, muchas gracias por todo... —dije irónica y, en el último momento, como poseída por otra persona, se me escapó—: ¡Ojalá no la traten a usted así nunca, ni tenga que ver cómo faltan al respeto a su hija o a su hermana o a su madre de esta forma! —me salió la indignación de mi padre.

Mientras caminábamos por los pasillos, Víctor cabeceaba diciendo:

—¡Es increíble! ¡Es increíble! Pero... ¿qué le pasa a esta tía? Esto no es normal. Pero ¡¡¡si es doctora!!!

Le agarré la mano.

—No es normal, pero sí es lo que me suele pasar por ser sorda. Parece que le ha molestado tener que trabajar o que no ha dormido bien, o que estaba durmiendo demasiado bien. ¡Vete a saber! ¡Yo qué sé! ¡Ya tiene que irte la vida muy mal para tratar a alguien gratuitamente así! Debería poner una reclamación, lo sé, pero... Son las tres de la mañana, todavía tenemos que conseguir la píldora y yo estoy muerta. ¡No puedo más!

—OK, OK. Vamos a por ella.

La calle estaba muy oscura y la farmacia tenía una pequeña ventana sin nadie al otro lado. Había que pulsar un botón para hablar por el interfono. Pulsé y expliqué la situación.

—Ljdojhsodfsdfjskjdfhsd.

—¿Tienes el papel? —me tradujo Víctor—. Son doce euros con ochenta céntimos. Buenas noches.

Regresamos a casa totalmente zombies. Víctor estaba conmocionado por lo ocurrido y yo derrengada por mi pérdida de

autonomía y visibilidad. Me sentía terriblemente cansada. Caímos sobre la cama y acerté a decir:

—Hoy no tengo fuerzas para nada más, pero mañana..., mañana me voy a enfadar.

—Sí, y yo. Mañana nos enfadamos juntas. Yo hoy tampoco puedo más.

Desde la primera noche en que dormimos juntas, rodeaba mi brazo con su mano para dormirse. Aquel gesto polisémico me infundía ternura. Me sostenía, se apoyaba; los dos advertían fortaleza y fragilidad.

A la mañana siguiente fue directo al restaurante, me dejó en casa de Elvira para que desayunásemos juntas. Tuvimos un buen *rato de hermanas* comentando cada minúsculo aspecto de Víctor, nos reímos de la doctora tonta y de las muchas veces que habíamos vivido situaciones semejantes y bochornosas.

La (con)vivencia

Víctor y yo vivíamos en mi casa. Cuando le tocaba estar con Delia y Darío, yo mudaba a la suya, un ático en el centro del pueblo. Me gustaba estar allí, pero a las pocas horas me agobiaban la altura y la ausencia de espacio exterior. Necesitaba poner los pies en la tierra, me sentía enjaulada y me hacía estar incómoda haber dejado la granja, con todos mis animalitos. Él necesitaba ayuda con Delia y Darío, era imposible conciliar sus horarios con los del restaurante. Había que llevarles al cole, recogerles, darles de merendar, llevarles a las actividades extraescolares, preparar la cena, ayudarles a ducharse, a dormir, etcétera.

Cansada de ir de una casa a otra para coger cosas olvidadas, pensamos que lo ideal sería instalarnos definitivamente en mi morada, allí teníamos huerto, animales y mucho espacio. Lo comentamos con Delia y Darío, les pareció fenomenal, y pedimos presupuesto para añadir dos habitaciones a la casa. En apenas dos meses, les niños disfrutaban de dos cuartos, humildes, sencillos, con los muebles esenciales, en un entorno precioso. Además, contaban con mucho espacio para jugar con las gallinas, montar en bici, pasear, cavar pozos... Muy pronto sintieron el territorio suyo, estaban adaptados a la estructura que Víctor y yo intentábamos construir, así que no les costó nada ayudar en la mudanza.

Darío había entablado una relación preciosa con Ólea y Runa. Les tres se cuidaban jugando o descansando juntas, y pasaban largos ratos con las gallinas, sobre todo con Mariola, la pelirroja. Con ella Darío había logrado establecer un vínculo especial. Con desparpajo, el animal se colocaba a su lado, le gustaba que el crío la acariciase y, después, a saltitos, lograba subirse encima de su regazo como si fuese un gato. Darío aún era muy pequeño, pero demostraba un tacto especial con los animales.

A Delia, la separación de sus xadres le había afectado más. Tenía sentimientos encontrados, hacía preguntas empañadas con punzadas de nostalgia. Aún no sabía cómo expresarlo con palabras, pero a veces se sentía pelota de ping-pong. Siempre le explicamos que yo no sería su madre, no la quería sustituir. Pero como quería a su padre, por extensión también les quería a ellos, así como ellos querían a Ólea y Runa como si fuesen sus hermanas.

También hicimos hincapié en que tendrían que aprender a convivir con una persona Sorda, y eso conllevaba adaptarse a algunas cosas diferentes que podían ser divertidas; construir el vínculo con Delia y Darío fue complejo y bonito. No siempre fácil, aunque tampoco engorroso. Cuando nos sentábamos a la mesa a comer, siempre había alguien que golpeaba la mesa con los nudillos para gritar buen apetito en lengua de signos. Darío buscaba inconscientemente tener contacto visual para hablarme y a Delia le gustaba aprender signos que luego hacía para pedirme comida o agua. Me impresionaba cómo la niña inventaba recursos de mímica o gestos naturales para que la entendiera en ciertas circunstancias. O me cogía de la barbilla con su manita si yo estaba despistada, para girarme la cabeza y asegurarse de que leía sus labios. Le gustaba que hablásemos de árboles, flores o animales y se moría por hacer batallas de piedra, papel o tijera para ver cuál sería el

orden de turnos en la ducha. La semana que no estaban con nosotres, Víctor y yo poníamos en común cómo nos sentíamos con las dinámicas, los roces propios de la crianza, los altibajos de cada una, y recuperábamos espacio para disfrutar como novies hippies hartándonos a leer, estudiar, ver cine, pintar, cocinar o cultivar el huerto.

Por las tardes solía hacer una ruta con Ólea y Runa, aunque ya no tenía tan claro quién paseaba a quién. A veces íbamos solas, otras nos acompañaba Víctor y, muy a menudo, lo hacíamos con Delia y Darío también. Les divertía muchísimo correr con las perras y verlas saltar como delfines por los campos de alfalfa, buscando conejos.

Una tarde que les niños estaban con su mamá y Víctor ocupado, avisé a mi hermana para que se airease de trabajar y nos acompañara por los senderos huertanos. Mientras caminábamos, surgió de nuevo la vivencia del preservativo que se quedó dentro y empezamos a delirar, inventando lo que podría haber pasado si me hubiese quedado embarazada. Comenzamos a reflexionar sobre la maternidad, algo diferente, pero parecido a lo que estaba transitando en casa, y fuimos profundizando en miedos reales que tendría si la opción de ser madre fuese verdad. Elvira escuchaba a ciegas, sugirió que lo ideal sería hacer una lista de miedos para ir abordándolos cada uno de pleno.

Una vez en casa, estimulada por la idea y con ganas de jugar, la redacté. Mis miedos oscilaban dependiendo de la posibilidad de que la criatura fuese sorda u oyente. Se los envié por seguir en conexión con ella. Horas después me respondió en un mensaje: «Tía, aquí hay cosas muy fuertes, nunca lo había pensado. La verdad, se me ha ocurrido una cosa, ¿te parece que le dé una vuelta y cuando tenga algo claro, te cuento más?». Y ahí quedó el asunto.

La relación con Víctor era fluctuante, como todas. Había situaciones de base que regular, pero ya éramos un proyecto real, y existía un compromiso vital de acompañarnos, de aprender a hacerlo como cada uno requería y, sobre todo, negociar constantemente para funcionar como un equipo. Víctor era inconstante, intermitente, desestructurado pero noble, íntegro, entregado con los demás. Necesitaba dirección pero cumplía con lo pactado. Yo le iba enseñando cómo necesitaba vivir, una vez escuchaba a mis adentros, y él iba encontrando poco a poco su forma, porque nunca antes se había tomado el tiempo para pensar en ello.

Una mañana mientras él cocinaba sus increíbles garbanzos asados, yo memorizaba un monólogo, cuando me comentó:

—¡Anda! La semana que viene es la del libro en el colegio de Delia. Me da corte, pero me gustaría contar un cuento. Casi seguro se han apuntado mil xadres y está todo completo. El año pasado hubo peleitas porque todos querían ir.

Me quedé con sus palabras mientras él se puso en cuclillas para mirar cómo iba el asado en el horno. Luego se giró atraído por algún sonido procedente del baño. Con la mente en el texto, le seguí con la mirada. Salió del aseo con el móvil en la mano; se paró frente a mí, signó:

—ES TU PADRE. —Asentí como un cíborg y seguí repasando.

Simón lo llamaba cuando quería decirnos algo importante y no podía esperar a que nos viésemos, o si yo tardaba en contestar por WhatsApp. Se había normalizado reparar así que Lourdes y Simón no pudieran hablar conmigo por teléfono, y tanto a Víctor como a ellos parecía funcionarles la dinámica. Lejos de sentirme culpable como había ocurrido antes con Elmo o con Elvira, ahora me parecía fabuloso el procedimiento. Agradecía a Víctor que lo hiciese tan fácil, aceptaba la adaptación sin sentirme un lastre.

—Necesita el teléfono del guarda de la acequia. ¿Dónde lo apuntamos?

Le signé la respuesta:

—EN LA PIZARRA DE AHÍ. —Se plantó delante del número de teléfono, se lo dictó y colgó—. Oye. ¿Por qué no preguntas en el grupo del cole si quedan huecos? Igual podemos dar una sorpresa a Delia. Se me ocurre que estaría bonito que leyeras un cuento y yo lo signase a la vez. ¿Cómo lo ves? ¿Te apetece?

—¡Qué bonito!, sí que estaría bien, pero... yo no sé, yo no puedo hacer eso, me muero de vergüenza.

—Bueno, tenemos tiempo, lo vamos preparando un ratín cada noche y lo sacamos adelante.

—Vale..., lo intentamos.

—OK, lo sacamos.

Sonrió con ternura, alcé la palma de la mano invitándole a chocármela. Lo fue a hacer de forma automática pero me adelanté, y, con chulería empresarial, me la puse de teléfono en el oído. Le dio rabia empujar el aire hueco, se desestabilizó hacia delante con la sicomotricidad de un oso. Arrugó los ojos mirándome el cuello de la camiseta como si hubiese un bicho que fuera a quitarme. Me mantuve quieta para que lo hiciera, pero me atrapó entre sus brazos como a una polilla polvorienta y nos echamos a reír como idiotas.

Aquella semana aprovechamos las noches que Delia y Darío estaban con su madre para divertirnos con aquello. Nos decidimos por «El viaje en globo de Guillermina», un cuento lo suficientemente descriptivo y visual como para adaptarlo a una lengua de signos bonita, aireada y fácil de entender. No queríamos que la voz tuviese más protagonismo que la LSE[4] ni que actuase como narradora. Queríamos que el cuento estuviese trenzado entre signos, palabras y teatro.

La mañana en que golpeamos la puerta de clase de Delia, a Víctor le temblaban las rodillas tanto como a Ólea cuando reconocía el camino hacia la veterinaria. La profesora nos recibió sonriente, invitándonos a entrar en la clase. La cara de Delia cuando nos vio fue una mezcla preciosa entre rubor, emoción y vergüenza. Nos invitaron a sentarnos en un banquito de madera a la altura de nuestros gemelos, nos presentamos y explicamos a los cuarenta y cuatro pares de ojos sedientos e irresistiblemente curiosos qué y por qué íbamos a contarles aquel cuento. Habíamos ensayado mucho, Víctor lo tenía claro, nos lanzamos con la aventura de Guillermina, una niña cuyo deseo era viajar y ver mundo, por eso pedía globos en su séptimo cumpleaños, para atarlos a la cabecera y los pies de su cama. Así conseguía elevarse, romper el techo de la casa y salir volando por el planeta mientras ella seguía en pijama.

Fueron diez minutos de teatralización emocional, manos que dibujaban paisajes, signos que daban miedo o infundían alegría, acciones con mímica repetidas a dúo y un abrazo fraternal cuando Guillermina conseguía regresar sana a casa. Ni una sola criatura se acordó de respirar, nadie desvió el contacto visual de nosotros en ningún segundo; entraron de lleno en la historia viéndola, explorándola gracias a la lengua de signos. Cuando terminamos el rostro de Delia manifestaba orgullo; el de Víctor también. La profesora nos dijo sorprendida que nunca lograba tanta y tan buena atención. Nos invitó a transformar esta idea en una actividad escolar, al despedirnos, los compañeros de Delia nos abrazaban como tiernos chimpancés. Y cuando la niña llegó a casa, nos contó exultante que sus compis le habían preguntado: «¿Cuántas mamás tienes?» y «¿Cómo se dice en lengua de signos *hola?*, ¿y *adiós?*». Fue un momento almibarado. Pero solo unos días después, Víctor y yo vivimos una situación totalmente contraria a esta.

Se acercaban las vacaciones de Navidad y Delia, que asistía a clases de percusión, participaba en una actuación junto a sus compañeros. La cría me había preguntado si iría a verla. Me sobresaltó la propuesta, no solía acompañarles a sus actividades. Dejaba esos espacios y momentos a la madre, el padre y les niños. Además, a nivel personal me parecía un poco absurdo asistir. Pero le pregunté a Delia tras su petición:

—¿Tú quieres que vaya?

—Sí.

Y sentí que era importante estar presente en la actuación.

Llegado el día fuimos juntas las cuatro al auditorio. Delia fue con su profesora y compañeros para prepararse. Víctor, Darío y yo nos sentamos en el patio de butacas, donde algunas xadres aguardaban que comenzase. La muestra consistía en que varies alumnos hacían demostraciones en solitario del manejo de su instrumento, y después cada clase exhibía el trabajo que hubiesen preparado. El grupo de Delia representaría un cuento, «La princesa de los colores», y acompañarían la acción con ritmos y sonidos de xilófonos, una caja y un tambor.

El evento se alargó, porque fueron muchas las criaturas que salieron a exhibir su nivel y destreza, mientras que la presentadora, una de las profesoras, iba llamándoles y explicando qué piezas tocarían. Además, interactuaba con el público, lanzando acertijos y adivinanzas acerca de los instrumentos o preguntas sobre bandas sonoras famosas. Víctor tenía a Darío sentado en el regazo, el niño palmeaba, parecía estar pasándoselo bien. Su padre le susurraba al oído, le explicaba cosas o respondía a voz en grito cuando el público vociferaba respuestas. Advertí la dinámica del acto desde el principio y, de forma tímida, cuando empecé a aburrirme, toqué el brazo a Víctor para que me ayudase a entender algo. Empezó a vocalizar y

signarme cosas que iban surgiendo, pero poco a poco y cada vez más, fue conectando con la situación, disfrutando con Darío y con la participación del público. Fui cansándome de esperar que me facilitase alguna pista para saber qué estaba ocurriendo, y decepcionada sentí que empezaba a caer en un pozo sin fin. Me percibí como un maniquí vacío, abandonado, una sensación que reconocía con facilidad. Entendía que padre e hijo disfrutasen, pero no cómo Víctor podía olvidarse de mí; no daba crédito a que no fuese consciente de que no entendía nada y me violentara pedirle ayuda constantemente. En un instante en que aplaudíamos porque había un cambio de clase, susurré:

—Víctor... ¿Qué pasa? Por favor, ¿puedes decirme algo de lo que ocurre? ¡No entiendo nada!... Y... llevamos cuarenta minutos aquí!

—Ya, ya, pero... es que no sé... ¡Yo tampoco estoy entendiendo mucho!

Me ardían las entrañas. Salió al escenario una clase que proponía un concurso de diez minutos, tocarían melodías conocidas de Disney y cuando alguien del público reconociera la banda sonora, debía levantar la mano y decirlo. Si acertaba le darían un globo. Todo apuntaba a que al final quienes habían ganado harían explotar los globos al unísono. Respiré hondo; esa posibilidad me generaba desazón, y su ruido al explotar, ansiedad y dolor. Pero Darío y Víctor estaban felices y, aunque me temía lo peor, traté de calmarme. Les críes comenzaron a tocar una melodía y todo el público gritó con fervor. Cuando la profesora señalaba a alguien y la respuesta era incorrecta, la gente reía a carcajadas. Me debatí entre fosilizarme en la silla o salir del auditorio a toda prisa, pero Delia ya estaba haciendo cola, en breve sería su turno. Sentía un compromiso con ella y me hacía ilusión verla tocar, era algo de lo que podríamos hablar después. La profesora señaló a mi lado, un niño de unos once

años mantenía su mano en alto mientras respondió algo. Todo el mundo se rio. Miré a Víctor, sostenía la mano de Darío y gritaban algo. Se me agotó la paciencia:

—Víctor, por favor, ¿puedes ayudarme? ¿Puedes decirme algo?

—Pero a ver, no sé ¡No querrás que me ponga aquí a... signar o a gritar!

—... ¡No, no es voz lo que necesito ahora mismo de ti, Víctor!

No nos comunicamos más. El concurso terminó; estuve atenta para intuir cuándo explotarían los globos y me protegí a tiempo los oídos. Víctor me miraba consternado, inquieto. Darío se tronchaba, copiando mi gesto con sus manitas torpes.

Por fin llegó el turno de Delia, que avanzó en fila india con sus compañeres mientras nos saludaba vergonzosa pero con absoluta felicidad. Su profesora introdujo «La princesa de los colores» y ella y les demás se concentraron en el cuento. Lloré todo lo silenciosamente que pude, me impresionaba ver a Delia tan pequeñita, quererla tanto y sentirme tan orgullosa de ella, aunque no fuese su madre; y a la vez me resultaba amargo no saber qué estaría transmitiendo musicalmente al público. Lloré serena, dejando salir todo el caos de sensaciones que me inundaba. Víctor me agarró el codo automáticamente, Darío al verle buscó mi muslo y me lo acarició, copiándolo. El cuento terminó y todos aplaudimos con entusiasmo. Alterné el aplauso sordo[5] y uno oyente, Delia me miraba sonriendo, cómplice.

Aquella tarde fue ambigua, las circunstancias que habíamos vivido actuaron como medida de muchas cosas que podían acontecer. La sociedad seguiría su curso; sentía fe, amor incondicional por Delia y Darío; pero no podía permitir algunas actitudes de Víctor ni dentro, ni fuera de casa. Me sentí sola sin estarlo, me recordó a sensaciones vividas con Elmo. Era algo que

debía parar cuanto antes, por eso poco después tuve una lacerante conversación con él.

—A ver, soy consciente de las dificultades que tienes al ser mi pareja. Soy sorda y eso es incómodo siempre en un mundo oyente. Pero me vinculo contigo porque te quiero, para ayudarte, para que me ayudes, para crecer juntas y construir. Siento hablarte así, pero esta tarde he dudado de nosotros como pareja. Necesito poder confiar, que aprendas a acompañarme, dejarme ser y estar sin abandonos, sin excusas ni esfuerzos que vuelvan a mí como facturas. Necesito generosidad, te pido *feedback*... Me vale con tu esfuerzo, no es importante el resultado, pero necesito mucho la intención. Entonces no me digas cosas como que me lo has dicho, pero que no te he oído. Que no te oigo porque no te miro, cuando estoy haciendo otra cosa importante. Que no te vas a poner a vocalizar o signar en público. No me hables delante de una ventana, en un sitio sin luz, ni desde la otra habitación, porque aunque sabes que no puedo leerte, lo haces. Por favor, no hagas eso porque me hace daño. Me siento culpable, sola y única responsable de mi situación, eso duele y no voy a poder olvidar mi decepción, aunque aprenda a sobrellevarla. Me frustra ser un problema.

Víctor se enjugó las lágrimas. Y mitad hablando, mitad signando, dijo:

—Lo siento, Sakia, tienes razón. He sido torpe, ensimismado... Estoy siendo egoísta.

Las prácticas de Arteterapia

Me inscribí en el máster de terapias creativas con mención especial en Arteterapia de la Universidad de Murcia. Una formación que me regalé a mí misma, gracias a la beca por talento con la que me premió la ONCE. Había leído y hecho cursos sobre el tema que me habían dejado muy buen sabor de boca. Me interesaban las aplicaciones del arte en conjunción con colectivos vulnerables. Podría haber elegido cualquier otra opción que siguiese apuntalando mi trayectoria artística, pero preferí desviarme hacia la Arteterapia por propio interés personal, no práctico. Tomé la decisión concediéndome prioridad a mí misma, no a mi currículum profesional. Fue una muestra de cariño y autocuidado en un momento crítico, cuando aún me encontraba sensible psicológica y emocionalmente, pues todavía estaba en fase de recuperación posdepresiva. No quería repetir errores alimentando a la monstrua curricular que vivía ansiosa dentro de mí, que me condenaba a permanecer inane, soterrando mi autoestima y mi valía.

El máster fue un regalo caído del cielo. Me permití dos años de lecturas, análisis de textos y casos prácticos. Asistí a talleres de Arteterapia como usuaria y exploré desde otro punto de vista con pintura, revistas, materiales orgánicos, barro, escritura. Conocí proyectos, recursos e iniciativas donde la implementaban para

reparar heridas y acompañar en experiencias dolorosas o traumáticas que fuesen difíciles de externalizar por medio de la palabra. Asistí a ponencias que argumentaban los procesos arteterapéuticos, donde el arte era utilizado como herramienta, instrumento con el que transformar e integrar una nueva realidad, pero lo importante era la terapia. Fui adquiriendo conocimientos y se abrieron puertas dentro de mí.

Había llegado atraída por la ilusión de poder abordar la discapacidad, la diversidad sexual y el feminismo, pero además me interesaba experimentar el arte desde un ángulo práctico y funcional. En la carrera de Bellas Artes había incorporado el punto de vista formal y académico, en el que lo importante era la destreza, calidad técnica y discursiva; pero su sentido y finalidad estaba en relación con el ego, la autoría y cierta vanidad. En la Arteterapia, era mera excusa, se desactivaba política y formalmente porque la premisa fundamental era renunciar al ego creador. No existía lo bien o lo mal hecho. Y la atención recaía en el proceso, la exploración, el disfrute. Quedaba al margen la crítica, al ser algo que se hacía para sí mismo, no importaba la mirada ajena.

A mitad del primer curso la cuarentena irrumpió en nuestras vidas, y todo se adaptó a la formación online. En segundo, el máster concluía con la realización de prácticas. Yo quise orientarlas hacia la comunidad sorda. Me interesaba tender puentes entre la parte comunicativa del arte y aquellos cuyo idioma natural no era la palabra, sino la imagen, lo visual. Hacía años que era socia de Fesormu, la federación de personas sordas de Murcia, por lo que contacté con ellos y propuse un taller de Arteterapia para sus asociadas mayores, en un momento crítico y abrumador por exceso de información y miedo donde, de nuevo, las personas sordas fuimos relegadas, desatendidas hasta que activaron protocolos de

accesibilidad. Pero el confinamiento estaba provocando vivencias delicadas para todos. Preparé el taller como un espacio de libertad para compartir emociones y disfrutar de las capacidades creativas de quienes se apuntaron. Quería explorar la Arteterapia como camino para reaprender a jugar, de forma más natural y cómoda con gente cuya lengua materna era la lengua de signos. Pero además quería analizar si afloraban características propias del arte sordo, *deafhood*.

Se apuntaron ocho participantes cuyas edades oscilaban entre cincuenta y ochenta años. Tres vivían solos, estaban transitando la situación del confinamiento sin ninguna contención psicológica ni emocional.

Organicé las prácticas en dos fases de diez sesiones cada una; en la primera, más didáctica, les propuse jugar con el punto, la línea, formas geométricas, manchas, color y collage. Lo importante era la expresión espontánea mediante la estimulación creativa. En la segunda, mis propuestas tomaron un tono más conceptual; quise que representaran vivencias con las que construir metáforas emocionales.

Fueron dos meses y medio en los que observé muchas cuestiones que me interesaron.

Al principio del taller, después de explicar la propuesta de sesión, les abuelos se concedían máximo tres o cinco minutos para hacer el trabajo enfrentándose al papel, les agobiaba la pérdida, la autonomía, la novedad y el juicio que pudieran recibir por mí o por sus compañeros. Fue precioso ver cómo poco a poco fueron entendiendo el espacio como propio, alargando el tiempo, una vez asimilaban que el objetivo era desconectar de la angustia, el malestar y las pésimas previsiones de futuro que teníamos esos días. Al final del taller, terminaron dedicándose cincuenta minutos por sesión. Desactivaron la culpa y frustración que les producía el temor

al fracaso. Fueron mejorando en seguridad y confianza en sus capacidades de resolución, e incluso se atrevieron a tomar riesgos, lo que les hizo elevar las expectativas sobre sí mismos. Al principio, en algunos casos, como con Concha y Mauro, afloraba la necesidad de mantener el control ante la inquietud de no saber qué hacer; necesitaban anticiparse al resultado con bocetos, vigilaban constantemente el reloj para supervisar los tiempos de ejecución que les había dado o se instalaban en la queja y el refunfuñe como actitud segura. Pero fueron entrando en el placer del juego, el disfrute de materiales y técnicas, el goce de la abstracción. Fue admirable y muy emocionante verles restablecer la conexión con sus niños interiores, cuando se producía el hallazgo de una idea o el ensimismamiento por la espontaneidad creativa. Yo observaba ocho ventanitas en mi pantalla de ordenador, ocho vidas con las que dialogaba sobre deseos y fantasías.

Algunes apenas sabían leer o escribir, pero sentían euforia o tensión al recordarse en situaciones parecidas, durante su infancia en el colegio. Concha confesó que evitaba sentarse a solas y mirar un papel en blanco para impedir recuerdos dolorosos del pasado. Mauro asintió, también Loli o Santiago; a todes les habían adoctrinado en su escasa etapa de escolarización, e incluso castigado, sin tener en cuenta su situación y sus sorderas. Varies habían sido internades en residencias religiosas que se habían hecho cargo de su educación primaria, donde se habían aplicado crueles metodologías que todavía contaban con un tono traumatizado. Santiago recordó cómo a él y a su hermana les tenían horas haciendo ejercicios para oralizar con una cuchara obstaculizando la lengua. Al recordarlo, sus ojos se humedecieron. Pero según avanzamos en las sesiones fueron poniendo orden emocional en sus vivencias, tan arraigadas con la vejez, la soledad, los anhelos y la

incertidumbre del momento. Y poco a poco fueron expresando agrado, entusiasmo por el espacio, la propuesta del taller y el esfuerzo que les conllevaba. Concha se conectaba diez minutos antes de la sesión, la observaba antes de encender mi cámara, preparaba con esmero sus materiales, rodeándose de ellos, ordenándolos sin cesar, con gesto tierno y meticulado; parecía nerviosa, casi impaciente, por empezar. Santiago siempre se conectaba el último, con cierta apariencia de dejadez, pero luego no perdía detalle de la propuesta. Y al terminar parecía otro, mucho menos deprimido. Empezaron a surgir sentimientos de orgullo, de amor propio. Al mostrar sus trabajos a los demás, los compañeros se emocionaban, comenzaban a empatizar y tomar conciencia de la importancia de sí mismos, del autocuidado, de que necesitaban apoyarse entre sí, y regalarse experiencias que les hiciesen sentirse vivos. En la cuarta sesión Santiago agradeció el taller y el apoyo de sus compañeros, reconoció sentirse asustado, la pérdida de la cotidianidad, el cansancio y aburrimiento le estaba desesperando cada día más. Confesó pasarse los días jugando a la consola.

Fuimos avanzando y en sus trabajos personales, a veces pinturas, otros collages o esculturas, percibí gran capacidad para los detalles y cómo su dimensión espacial, tan relacionada con la información visual, la organizaban de forma parecida a las cuatro dimensiones de la lengua de signos: alto, ancho, profundidad y tiempo. La conexión pensamiento y logos tenía efectos prácticos lógicos. En una sesión les propuse hacer dos líneas longitudinales, dije que era el comienzo de un camino, debían dibujar o pegar qué había a los lados. Tras diez minutos, en otro papel pedí que repitieran otras dos líneas; era la mitad del camino. Y en una tercera hoja, las dos últimas líneas simbolizaban el final del viaje. En todos los trabajos aparecieron puentes, acantilados, rocas, escaleras,

circunstancias espaciales que había que atravesar para pasar a otro lado de algo, podía ser campos, casas, ríos, ciudades... Traducían así dificultades vitales que habían superado o quedaban pendientes. Barreras, obstáculos. Concha recordó el miedo que le daba ir a la escuela de oyentes al recoger a su hermana pequeña cuando era una adolescente; Loli rezongó que se sentía una carga para sus xadres cuando, siendo pobres, no podía encontrar trabajo como sus hermanes. Y sus xadres la obligaron a limpiar la casa familiar, algo que representó con una gran roca en mitad del camino; y trapos, guantes, escobas y productos de limpieza amontonados. Contaba que fue un auténtico suplicio para ella, se sentía la sirvienta de toda su familia, entre eso y ser sorda, nunca la trataron de igual a igual. Hasta que consiguió casarse.

Cuando nos aventuramos en el collage con revistas y periódicos, la mayoría realizó un muestrario, tipo álbum, nadie se arriesgó a superponer elementos. Los trabajos me recordaron el orden y limpieza visual propio de les artistas sordes que había estudiado previamente, se quejaban del excesivo estímulo visual en la era de la imagen. La colocación de los recortes como un álbum permitía mayor autonomía en el control de la digestión de estas. Y las personas sordas, expertas en lo visual, sabían cómo organizarlo para no abrumar, sabían dirigir el orden visual porque les agobiaba el exceso de información sin espacios para asimilarla. Mauro confesó que solo así podía aprehender la palabra como concepto o significado de algo; era un reflejo del sistema infantil con el que le habían enseñado en la infancia. Les demás asentían confirmando una vivencia compartida. Habían aprendido conceptos mediante imágenes y letras, pero a todes les costaba asociarlos con ideas. Me conmovió mucho advertir que siempre, en sus propuestas, la boca estaba ausente. Al preguntar por el detalle, Loli fue la primera en

explicarme que le enfadaba leer labios, que a veces odiaba las bocas de les oyentes, lo que me dio información sobre una aversión, una fobia, incluso el miedo general que tenían a la boca humana.

Trabajé con ellos y conmigo al mismo tiempo. Pude estar dentro del espacio como persona sorda, uniendo y detectando rasgos de la comunidad y la cultura; pero también estuve fuera como futura arteterapeuta, sin emitir juicio, sino solo animándoles y valorando su esfuerzo personal. Aunque internamente tenía que luchar para no sentirme intimidada, eran referentes para mí, compañeres Sordos con más experiencia que se habían enfrentado a momentos históricos muy muy crueles con la sordera. Conocerles, trabajar con ellos también supuso sostén y explicaciones sobre mí misma.

Ya en las últimas sesiones les propuse realizar un collage con legumbres, pasta, colines, tostadas o cualquier alimento sobrante que tuviesen por casa. Y trabajamos en torno a la idea general de los sueños. Dejé abierta la opción a que jugasen con el doble sentido de la palabra, valía tanto su vertiente de ilusión o fantasía como la de representar visualmente un sueño real que recordasen. Concha representó multitud de personas mirándola, sin boca, mientras ella les lanzaba sus lágrimas como si fuesen dagas.

Me recordó mis pesadillas con bocas, la aversión a personas concretas por su dicción o imagen dental, el odio acérrimo del que me había culpabilizado siempre. Tenía trabajos desde principio de la carrera donde esbozaba o pintaba personas con la boca censurada, por fin encontraba una contención comunitaria. Era un reflejo del malestar, del foco de exclusión, del esfuerzo constante por leer los labios que a todos nos pesaba. También solían tachar palabras, garabatear caligrafía que luego anulaban. Al preguntarles, Loli dijo que a veces odiaba las palabras, odiaba su superioridad, y el poder que tenían. Me dio qué reflexionar, porque se abrió un debate en el

que, sin saber nombrarlo, hablaban de fonocentrismo,[6] de audismo,[7] conceptos con los que la comunidad sorda acostumbra a bregar y son casi desconocidos en el mundo oyente.

Cuando terminábamos cada sesión siempre pedía que pusiesen un título al proceso, les costaba horrores, pero hacían alusiones constantes a las barreras comunicativas que soportaban, la exclusión y discriminación con la que se relacionaban y la necesidad de participación activa en sus entornos.

Personalmente, me dieron información de primera mano sobre problemáticas inherentes a la diversidad lingüística, cómo las lenguas minoritarias han de luchar constantemente por su existencia para sobrevivir, y circunstancias históricas concretas por las que se prohibieron u obstaculizaron las lenguas de signos. Concha y Loli habían coincidido en el colegio, contaron como las monjas les golpeaban el dorso o las palmas de las manos cuando impulsivamente trataban de signar, haciendo que la piel les ardiera. Entre tantas vivencias crueles, y la opresión que habían sentido, les resultaba ajena la legitimidad de *nombrar* algo. Al alto grado de analfabetismo entonces, se sumaba la incapacidad para conferir, para dar un lugar en el universo humano a algo, cualquier cosa, una situación, un sentimiento, una emoción. Cuando debatíamos los temas más importantes tras la sesión, todes veían imposible acceder y colaborar en construir la realidad. Contaron varias experiencias en las que se habían sentido invisibles, ridículos e incluso loques o idiotas. Entendí que no se sentían dueños con potestad de nominar, de concederle un significado a un sentimiento o a cualquier objeto, porque estaban acostumbrados a actuar solo desde la imposición y la obediencia. Doblegados por la autoridad educativa, habían olvidado su capacidad emisora, creativa y de tomar la iniciativa. Por eso también casi nunca aparecían ellos mismos en sus trabajos,

pero, si lo hacían, solía ser desde fuera del marco importante del papel.

En la sesión trabajaron con materiales reciclados, envases de plástico, cartón o tapones, les animé a construir algo nuevo. Y disfrutaron con la posibilidad de restaurar, dar una nueva forma, superar y crear una nueva vida para los objetos que, en su mayoría, se integraban en las esculturas antropomórficas. Cintia, la participante más apática del taller, nos sorprendió con una escultura de papel albal, explicó que había construido una muñeca y que era un regalo para ella misma. Le puso bolso, zapatos, pendientes, falda. Nos quedamos alucinados cuando, al pedirle un título, respondió *Alfombra roja*. Mauro también pareció florecer ese día. Con timidez pero sonriente, explicó que había hecho dos monstruos de otro mundo, dos almas que ya no vivían en este. Contó que había trabajado toda su vida en una mina de carbón, un trabajo durísimo. Intuí que por medio de su escultura recordaba a compañeros fallecidos. Les hizo un homenaje, pero lo importante fue que pegó su nombre debajo de la pieza.

Llegó el momento de abordar la última sesión, con la que cerraría el taller: tenían que construir algo para guardar dentro de una caja mágica. Y las propuestas sobre qué guardar fueron variopintas y muy excitantes. Surgió un autorretrato fascinante, con boca, de Loli. Santiago recreó una bandeja llena de platos y bebidas, y confesó, vergonzoso, que le hubiese gustado ser camarero. Cintia reprodujo una invitación en tres dimensiones para asistir a una fiesta, una alegoría de las fiestas tradicionales de los huertanes murcianos, y ella se representó en el centro, dentro del papel, feliz y con una boca sonriente como reafirmación de sí misma. Otro compañero realizó una maqueta en tres dimensiones de aquellos lugares y experiencias importantes en su vida, siendo el propio taller

de Arteterapia uno de ellos. Y Concha diseñó regalos personalizados para cada compaÑere: una flor, un anillo, una diadema, una medalla, un crucifijo, etcétera.

Aquellos dos meses y medio fueron muy complejos; mientras asistía a mis propias clases y sesiones arteterapéuticas, preparaba estas otras y vencía mis miedos para guiarles. Aunque hubiéramos llevado vidas diferentes, sus sentimientos de tristeza, frustración, aislamiento y baja autoestima me sonaban. Cuando ya tuvieron confianza suficiente para preguntarme y mostrar curiosidad, quisieron saber cómo había sido mi vida, y varies dijeron que por mi lengua de signos sabían que no era sorda nativa y que la mayoría de mi contexto debía ser oyente. En ese momento me sentí juzgada, y tuve que enfrentarme al nuevo fantasma de la impostora que estaba creciendo en mi interior, desde que empecé a aprender la lengua de signos. Tampoco era una auténtica y perfecta sorda. Sus lenguas de signos eran nativas, de su época histórica, la mía era aprendida en clases formales del presente, estructurada y nada espontánea.

Acumulé un valiosísimo material con la realización de las prácticas y sus comentarios, y entendí que ni los treinta años en el mundo oyente sin el aval de la comunidad sorda me habían permitido ser *una perfecta oyente*, ni ahora que por fin había transitado al mundo sordo podía considerarme *una perfecta sorda*, por no ser nativa y haber aprendido la lengua de signos demasiado tarde. Harta de esquemas y estructuras rígidas mentales sobre la identidad, me centré en aceptar que nunca sería perfecta en nada para nadie. Pero no era la perfección lo que yo perseguía a estas alturas ya, sino encontrar mi manera de ser tranquilamente feliz. Me ayudaron entonces a concebirme como ser híbrido y contaminado positivamente por los dos mundos, porque de ninguno quería renegar, ya que a los dos les debía quién era.

Pandilla sorda

II

Había pasado año y medio desde la última vez que nos vimos, era casi imposible reunirnos ya. Teníamos un grupo de WhatsApp en el que nos felicitábamos los cumpleaños y anunciábamos las buenas noticias. Pero conseguir organizarnos para coincidir todos parecía misión imposible.

Julia era casi siempre la que proponía planes para ir a la playa o hacer senderismo en algún lugar bonito, estaba desesperada atendiendo los cuidados de sus xadres. Nunca fuimos a la playa, bastante complicado era lograr vernos en una confitería. Sorprendentemente aquella última propuesta prosperó y un sábado por la mañana quedamos para desayunar juntas.

Me quedé de piedra cuando vi a Rosalía con una tripita incipiente que no nos había confesado. Francis y ella estaban exultantes, todavía faltaban cinco meses pero ya estaban organizando los preparativos en la habitación de la criatura, su ropa y bártulos. También querían comprar una caravana de segunda mano para seguir viajando cuando su bebé tuviese un año. La pareja parecía estar siempre en una misma sintonía de felicidad y ligereza que se me hacía admirable y sospechosa por momentos. Se estaban haciendo pruebas para saber si la criatura sería sorda u oyente.

La conversación giró un buen rato en torno a los pros y contras de cada condición. Sara lo tenía claro, ella y Tomás ya tenían dos niñas, eran oyentes. Estaba feliz con ellas y no tanto con él, que daba la impresión de estar presente en las situaciones pero, en realidad, ausente en las decisiones; por lo que ella se veía obligada a gestionar toda la carga mental de la logística. Nos contó que tenía un gran dilema, Tomás no colaboraba como necesitaba en trámites cotidianos como interpretar las visitas a la pediatra, hacer las compras de la farmacia, pedir citas por teléfono o asistir a reuniones del colegio. Era obvio que muchas de estas situaciones eran más complicadas para ella, pero Tomás no era consciente de hasta qué punto o no quería serlo, y esperaba a que ella le dijese qué había que hacer o directamente desviaba la atención hacia otras cosas. La pobre estaba de los nervios, decía. No podía, sorda y sola, criar a dos niñas y *un niño*. Era demasiado y reprochaba a Tomás que, durante el permiso de paternidad de su segunda hija, se hubiese dedicado más a leer cómics o ver series y hubiera estado más atento a cuidar al perro que a ella y a las niñas. Además iban muy justos de dinero, por lo que se la llevaban los demonios.

Mientras desayunábamos hicimos una videollamada a Álex y Nuria, que ya hacía más de un año se habían mudado a Madrid. Álex salía de cuentas en dos semanas. Estaban nerviosas aunque ilusionadas con su vida allí. Trabajaban en hoteles diferentes de Ilunion. Ahora era Nuria la que había empezado con un proceso de fertilidad. Contaron que, si no lograba embarazarse, inseminarían a Álex un óvulo de ella, para que la criatura fuese de les dos. Se partían de la risa contándonos cómo iban a faltarles manos para criar solas, sostener a les bebés, signar, hacerles kikis arriba de la cabeza, cambiarles los pañales, etcétera. Erik, que se había dejado el pelo largo, improvisó una cómica demostración para hacer todas

las cosas a la vez. Se nos saltaron las lágrimas con las muecas de agobio estresante tan graciosas que ponía. Quedamos en que cuando volvieran por vacaciones había que reunirse para contarnos todo.

Erik no parecía el mismo, su apariencia física había cambiado ciento ochenta grados. Se había apuntado a un gimnasio para sobrellevar la dureza de prepararse las oposiciones y estar tantas horas sentado, estudiando. Había cogido peso y tenía los músculos muy torneados. Logró aprobarlas, pero en la Consejería de Educación tenían un lío considerable debido a la confusión entre el perfil de intérpretes y el de mediadores comunicativos, por lo que, de momento, se había quedado sin plaza. Pero esperaba que salieran las listas y ojalá le tocara un colegio cerca de casa. Ya no tenía relación con su ex y cuando le preguntábamos ponía los ojos en blanco, negando con la cabeza, como signo del empacho máximo al que había llegado con él. Estaba volviendo a salir, frecuentando otros ambientes, y cada dos por tres tenía una noche apasionada. No quería nada serio, tenía claro que quería estar y vivir solo con su perrita Zúa, a la que signaba y le entendía.

En un momento en que todos comentaban alguna otra cosa, Edgar me preguntó por Víctor y por qué nunca venía a los encuentros con la pandilla sorda. No lo hacía porque él signaba de una forma muy básica aún, podía agobiarse por falta de fluidez. O aburrirse por no entender lo que signáramos. Pero además era mi rato con ellos, lo quería entero para mí, para pasármelo bien y mantener vivo el vínculo que me unía a la comunidad. También para reservarme esa parcela en la que podía ser lo que no era en ningún otro sitio.

Sabía que si estuviera todos los días con ellos, tampoco me sentiría realmente yo. Mi entorno actual también era oyente y

necesitaba seguir desarrollándome en él, pero siendo absolutamente consciente de mi condición. A estas alturas aceptaba que mi identidad sorda era además fragmentada, dependiendo de en qué contexto me desarrollara. Mi sordera me obligaba a estar en constante conexión con la lengua de signos, pero debía ser capaz de desenvolverme en otros contextos. Como una deportista que en ocasiones debiera alternar con otras competidoras y se sintiese muy cómoda entre ellas. Pero que también estuviera obligada a relacionarse con entornos masculinos no deportistas.

La curiosidad de Edgar, quien me animó a que la próxima vez lo invitara, me produjo ternura e ilusión, me impulsó a confiar en la posibilidad de hacerlo y normalizar más aún mi situación.

El cortometraje

No tuve ni idea de a qué podía referirse Elvira cuando dijo que le daría una vuelta a la lista de miedos sobre ser madre que le envié, pero entraba dentro de nuestra forma de funcionar. Intercambiábamos material con el que inspirarnos, nos pasábamos notas o comentarios sobre algo que nos hubiera llamado la atención y sugiriera cualquier diálogo interior interesante. Podía tratarse de una película, un curso, una crítica, un libro... Y lo dejábamos estar, como el compostaje. Era posible que pasara mucho tiempo antes de que aquello tuviera un fin o incluso a veces no llegaba a tenerlo, pero aleatoriamente una conversación que habíamos tenido hacía tres años de repente actuaba como una semilla que germinaba y poco a poco una idea genuina brotaba de ella.

Me había olvidado de aquello cuando Elvira comentó que había escrito un corto y pensaba que debía ser yo quien lo interpretase.

Habíamos trabajado juntas durante los años de teatro en Bellas Artes y, siempre que podíamos, colaborábamos en nuestros proyectos acompañándonos de alguna forma. Contábamos con un trabajo de fondo mutuo. También solíamos ver cine juntas y eso nos hacía reflexionar, compartir referentes, líneas de investigación, formas de relatar, de dirigir y de interpretar.

Elvira redactó el guion con las imágenes que le había sugerido el

listado de mis temores; los había encadenado hasta darle forma física. Le faltaban unos retoques mínimos, pero la historia funcionaba y proponía un debate que apenas se había abordado en el cine, y que a la vez era un tema que conocíamos bien. Como artistas nos sentíamos legitimadas para abordarlo. Para nosotras se trataba de una búsqueda personal, como siempre hacíamos, no sabíamos en realidad con qué nos íbamos a encontrar en el camino. *A priori*, la intención era crear sin expectativas. Solo partíamos de una idea acordada, tendríamos que guiarnos por la intuición y aportar todo lo que pudiéramos. El cortometraje surgió por y para nosotras porque ambas compartíamos el dilema de la maternidad.

Una vez tomada la decisión de lanzarnos al proyecto, otra cuestión era quién podría ser mi compañero, porque ya había trabajado en teatro y audiovisuales, pero no olvidaba el sabor agri dulce con el que siempre llegaba al final de los trabajos. Quienes me habían dirigido, aparte de Elvira, no manejaban demasiado bien los cuidados que merecen las personas que forman el elenco de los montajes. Me había pasado que conmigo solían olvidar que necesitaba ayuda aunque no lo pareciese, lo que me relegaba a un segundo plano que me hacía tener que esforzarme el doble por mantenerme en primera línea y además sostenerme psicológica y emocionalmente. Un desgaste energético que me desviaba de la función profesional que era interpretar. Elvira y yo habíamos hablado sobre esto en profundidad porque ya nos había ocurrido trabajando juntas, sin saber cómo resolver bien la situación, cuando hacía unos años una compañera y yo habíamos interpretado una pieza dirigida por Elvira. Mi compañera necesitaba tanta atención, matices, apoyo y reafirmación que las dos nos volcamos en sostenerla a ella sin que el acompañamiento hacia mí fuese equitativo. Por eso acordamos hacer un casting para contemplar las energías, comentar los

recursos personales de los candidatos; y ella sería quien valorase si dábamos bien en cámara como pareja.

Tras un par de pruebas a diferentes actores dimos con Moisés, alto, moreno, un poquito mayor que yo, con ojos tristes o infantiles según la emoción del instante, pero siempre empático, tenía voz grave, buena dicción de manera natural y la mezcla perfecta entre rudo y tierno que buscábamos.

Tras la prueba, que llegó a alargarse una hora, Elvira y yo fuimos al baño para poder hablar a solas:

—¡Madre mía! ¡Qué bien!, ¿no? ¿Cómo te has sentido? —preguntó con una flamante sonrisa.

—Bien, bien. La verdad es que... todavía estoy allí —respondí como si saliese de un letargo—. Parece generoso, tiene mucha escucha visual. Me gusta su desconcierto y está trabajando con la verdad. ¿No crees?

—Sí, sí, sí. Está nervioso e inseguro. Se nota que anda integrando mil cosas a toda velocidad, pero intuyo que tiene una capacidad de trabajo enorme y, además, ¡idais superbién en cámara porque les dos sois veraaaaaano!! —dijo aplaudiendo mientras miraba al cielo y ponía los ojos en blanco, obsesionada con las paletas colorimétricas en el cine.

—Se ve humilde, poco protagonista. No sé, yo creo que lo que le falte en la interpretación se puede trabajar, pero se percibe en él calidad humana y eso es lo importante ahora.

—Sí, voy a tener que rebajarle la expresión un poco, pero, tía, ¡que te da algunas réplicas en lengua de signos ya!

—Sí, calla, calla. He flipado con eso. No daba crédito al principio... ¡Qué fuerte!... Bueno, pues si lo ves bien, yo siento que es él, me he creído las escenas totalmente. Todo ha sido orgánico y había una ambivalencia, una comodidad-incomodidad, que creo que

funciona.

—Totalmente. Ahora, ¡a ver cómo lo cambio estéticamente, para que parezca un hippy de huerta y no se toque el pelo como la gente de ciudad! —Rio eufórica.

—Ponle barba y coleta —aconsejé con una media sonrisa picarona.

—Barba seguro, tiene que tener, pero ¿coleta? ¡Ni de coña! —dijo severa, con gesto la mar de cómico; abandonamos el baño pletóricas.

Poco después llegó la pandemia, hubo que paralizarlo todo por la desconcertante situación. Hasta casi un año después, que pudimos volver a poner motores en marcha. Lo peor era que el uso de las mascarillas aún era obligatorio, algo que dificultaba enormemente la comunicación para mí.

Dos meses antes de empezar a rodar, Elvira convocó a todo el equipo técnico y a Moisés para explicar las particularidades del rodaje que quería. Entre la situación política y social del coronavirus y que yo era sorda, tenía que ser algo muy íntimo, con un equipo reducido. Mi hermana hizo especial hincapié en que fuese silencioso. Me había pedido que preparase una minicharla para abordar algunos conceptos básicos sobre cómo relacionarse con personas sordas e información general sobre la sordera. Profundicé en la necesidad de la conexión visual y que debíamos dar prioridad a la creación de recursos personales para la comunicación, sin dejar que la vergüenza al ridículo o el miedo personal nos bloquease. Después, mostré algunos signos básicos que agilizarían todo el rodaje, con la idea de que pudiesen ser incluso usados entre ellos, así evitaríamos la palabra y el ruido. Trabajaríamos con mascarillas transparentes, y les presentamos a Sergio, un intérprete con el que había afianzado relación durante el máster en Arteterapia. Sergio y yo nos

complementábamos de maravilla, ya teníamos un imaginario compartido para comunicarnos. Se encargaría de la accesibilidad de la información, revisaría exhaustivamente nuestra lengua de signos y supervisaría la presencia adecuada de los signos en cada plano. Además, Moisés y él trabajarían juntos para preparar bien el texto signado de su personaje.

Empezamos ensayando los personajes de forma individual con Elvira, pero después nos reunimos los tres. Era importante construir la relación y para ello hicimos ejercicios de improvisación en los que recreábamos la noche en que nuestros personajes se conocían para entender cómo nos habíamos dejado llevar por el deseo, el desconcierto que sentíamos al despertar a la mañana siguiente, mis reticencias sobre el hecho de que la relación fuese a más; sobre todo porque era sorda y él oyente, los miedos y dudas de cada uno, y el tipo de humor que iba surgiendo entre ambos de forma orgánica.

Cuando apenas quedaban diez días para el rodaje y Elvira y yo revisábamos el vestuario, surgió la necesidad de que mi personaje llevase unas sandalias rústicas, de esparto, con hebras que se atasen de forma cruzada en los tobillos. A la mañana siguiente, conciliándola con la actividad frenética de todos los preparativos, las dos fuimos a Murcia capital, a una zona donde había tiendas de zapatos. Recorrimos varias sin que ninguna tuviera un modelo que cuadrara con lo que buscábamos. Casi nos habíamos dado por vencidas cuando encontramos una tienda diáfana, espléndida, de techos y paredes de madera y con varios apartados de calzados expuestos en escaleras decoradas con sogas marinas en el borde de cada escalón. Incluso con una sección específicamente hippy-huertana de modelos de sandalias que se acercaban a lo que necesitábamos, ya a la desesperada. Íbamos con mascarillas

transparentes, pero, cuando Elvira me hablaba, se le empañaba, y no podía leerle los labios con seguridad. Por agilizar, se la retiraba momentáneamente para que pudiera entenderla; después la volvía a subir. Nos había costado más de una mala mirada en algún establecimiento, pero nos hacíamos las despistadas porque no había otra opción para nosotras.

Encontramos dos modelos muy convincentes hechos a mano, pero nos surgió una duda que necesitamos aclarar, así que tomamos una sandalia de cada modelo y, resueltas a no perder más tiempo, dado el estrés de los preparativos que faltaban, nos acercamos a la dependienta, una señora de unos cincuenta años, bien vestida y con una propuesta de corte de pelo que me trajo instantáneamente a la cabeza la imagen de un periquito.

—Hola, buenas —dijo Elvira. Se bajó la mascarilla manteniendo la distancia prudencial con ella—. Perdone, nos gustan estos modelos. ¿Los tienen en la talla 37?

Le respondió con acritud. Nos consternó su sequedad, pero seguimos con nuestra preocupación.

—¡Jolín, qué mala suerte! De este modelo sí tiene —me dijo Elvira, y levantó la que tenía más plataforma y llevaba la hebilla—, pero de este no... Y si lo piden, ¿cuántos días tardaría en llegar? —preguntó estableciendo la comunicación conmigo y la señora al mismo tiempo.

Sin mediar palabra, cogió la sandalia, tecleó algo en el ordenador, miró la pantalla y balbuceó cosas inconexas para mí. La expresión corporal de Elvira cambió, se puso tensa y en alerta. Me moví llamando su atención, nos miramos para transmitirnos calma.

—Vale, vale —dijo Elvira sin querer perder tiempo—. ¿Y este? No vemos el precio.

La señora respondió algo con parquedad. Mi hermana dio un

paso más atrás. Dejó un amplio espacio entre ella y nosotras, se bajó la mascarilla y, contrariada, repitió:

—Que no nos puede atender si nos bajamos las mascarillas.

—Ya —repuse, previniendo la tormenta que se avecinaba—. Lo sentimos mucho, señora. Soy sorda y como las sandalias son para mí, es imposible que nos podamos comunicar de otra forma.

Noté que la señora replicaba algo, inaccesible. Elvira se bajó una vez más la mascarilla y, respetando la distancia, preguntó con cara de póquer:

—Perdón. ¿Usted acaba de oír lo que le ha dicho? ¿Cómo quiere que se compre nada si no puede entenderse con usted? Dígame: ¿qué hacemos con las personas sordas si necesitan unas sandalias y no pueden leerle los labios con la mascarilla puesta?

La dependienta estaba llenando sus pulmones de aire para respondernos, desabrida, así que dije rápido:

—Bueno, Elvira. Vale. No pasa nada, no compramos aquí y ya está. Se le nota que no quiere ayudar.

La mujer levantó la voz y, furiosa, gritó cosas de nuevo. Miré a Elvira de soslayo, alcancé a ver cómo se ajustaba la mascarilla de nuevo y se acercaba al mostrador. Discutió fuerte con la señora. Por su cuerpo deduje que le explicaba la situación de nuevo, tratando que la entendiera y se dignase a colaborar, pero esta seguía claramente otra lógica de pensamiento, le respondía sin ceder. Alguna acusación molesta debió decir, porque Elvira perdió los estribos y se encaró sin titubeos ya. Como dos *Tyrannosaurus rex* subieron el tono gradualmente mientras me colocaba al lado de Elvira para tratar de separarla de aquella persona insulsa. No sabía lo que decían, pero las frecuencias aumentaron muchísimo. Menos mal que no entró nadie más porque los gritos retumbaban en las paredes y el techo de madera. Advertí que la discusión había

trascendido a la sordera, debía haber desembocado en cuestiones políticas, económicas, mediáticas... Así que salí a la calle para tomar el aire y vigilarlas desde el otro lado del escaparate.

Teníamos tantas vivencias como esta que la situación me daba taquicardias y una decepción arrasadora, me sentía culpable de que mi hermana hubiera explotado de esta forma. Aún pasaron unos minutos en los que siguieron discutiendo a las bravas. Cuando no soporté más la escena me desconecté dando la espalda a la tienda; anduve unos metros para perderla de vista. Por fin, segundos después, Elvira regresó a mi lado, con el corazón en la boca, muy enfadada. Las dos lloramos a destiempo. De pena y dolor por vernos indignadas al enfrentarnos continuamente a estas mierdas. Paseamos para calmarnos y recuperar la cordura. Trazamos un nuevo plan, decidimos hacer un rastreo por zapaterías online hasta encontrar un modelo que nos cuadrara y que nos pudieran enviar cuanto antes. Regresamos descorazonadas por lo ocurrido, pero luego nos enganchamos al instante al rodaje y continuamos justo donde lo habíamos dejado.

Fueron cuatro días de rodaje de máxima concentración y mucho disfrute. Las secuencias fluían bien entre Moisés y yo. Fue un placer trabajar juntas y la organización de los departamentos implicados funcionó. Todos fueron conscientes de la importancia de la accesibilidad, los signos, los subtítulos y el discurso que queríamos plantear. En una escena que finalmente fue eliminada, acudíamos por primera vez a la ginecóloga y Moisés, al escuchar el corazón del bebé, emocionado, me signaba con el puño sobre la panza la cadencia de los latidos. Repetimos la escena varias veces y en la última toma, cuando él ya se sabía fuera de plano, extendió la palma de la mano desvelando una frase escrita sobre su piel. «Contigo al fin del mundo». Cuando la leí, desde dentro del personaje me dejó

conmocionada y expuesta, pero también acompañada, sostenida por él. Aquella fue una canallada que me trasladó a un lugar mágico, de tierno compañerismo, al que nunca había logrado llegar.

También fue interesante el tratamiento que en el cortometraje se hacía respecto al sonido, Elvira me pidió que explicase a les técnicas cómo y qué escuchaba yo. Estudiaron en las audiometrías qué frecuencias percibía y las que no; pasamos largos ratos haciendo *tracks* para captar los pasos en la tierra, sobre la hierba, la respiración, tragar saliva, y sonidos típicos de la huerta: pájaros, gallinas, agua, insectos, ladridos de perros y motores a lo lejos.

La escena más compleja la rodamos una tarde en la que se suponía que Ángela, mi personaje, salía de casa acompañada por sus cuatro perras. Estaba molesta porque había discutido con su pareja. Se sentaba al borde de un río, bajo un frondoso soto de enormes álamos. Una vez allí, se tumbaba y cerraba los ojos para evadirse del ruido mental. Una de las perritas resbalaba, caía al agua y no podía salir. Afortunadamente, la escena se resolvía cuando otra de las perras golpeaba con el hocico a Ángela para avisarla del accidente y esta se incorporaba viendo la situación, se abalanzaba al río sin dudarle un segundo y ayudaba a la perrita a llegar a la orilla.

Lo que quedó como la escena más dura y sórdida de ver fue un gozo rodarla por lo bien prevista y organizada que estuvo. Los llantos de Mora, la que se caía, una de las perritas de mi hermana, se grabaron con anterioridad, cuando las cuatro jugaban entre ellas, y se montaron después, en la sala de sonido. En realidad, todas las tardes las perras acostumbraban a bañarse en esa zona del río, por lo que para ellas la situación era natural. Lo extraño y divertido fue que las seis personas del equipo las aplaudieran una y otra vez cuando se abalanzaban al agua y las recibieran con golosinas al salir de ella.

Elegimos a Mora entre las cuatro porque adoraba el agua. Y obviamente no salían en plano, pero en el río además de Elvira había cinco personas más con acciones muy concretas para que todo pareciese real. Aún recuerdo y me sigue haciendo gracia el gesto de asco de Cristina, una compañera, porque el fondo del río era espantosamente cenagoso y era la encargada de sostener una cuerditita por debajo del agua para sujetar a Mora y que pareciese que trataba de nadar unos segundos, antes de llegar por sí sola a la orilla.

Meses después se estrenó el corto en la Filmoteca de Murcia; hubo gran afluencia de público tanto sordo como oyente. Fue la primera vez que vimos la convergencia de los dos juntos. Nos sorprendió que la mayoría de las impresiones fueran que se les hacía excesivamente corta la historia y que jamás habían pensado en lo que podría experimentar una madre sorda. Y, por otro lado, tanto a Elvira como a mí nos surgió el deseo de que hubiese más momentos en que ambos públicos se unieran, así como que nosotras pudiéramos ir juntas a salas de cine.

La noche fue preciosa, aunque también viví una situación desagradable para la que no me había preparado. Al salir de la sala, ya en la calle, tres señoras sordas muy contentas me pidieron una foto. Sin dudarlo accedí mientras signábamos presas de la emoción. Mientras nos colocábamos para tomarla, una de ellas cambió el tono y, de improviso, dijo con desprecio que no parecía sorda, que no entendía mi lengua de signos porque no signaba bien. Aquello me cayó como un jarro de agua helada. Mi amigo Edgar, quien sostenía el móvil para echarnos la foto, se adelantó para signarme que no hiciera caso a aquella intromisión. Me dio tanta tranquilidad su cariño que hice como si no hubieran dicho nada. Pero algo debieron ver en mi rostro las amigas de la señora, porque se colocaron una a

cada lado y se la llevaron perdiéndose en la muchedumbre. No sé si arrepentidas, avergonzadas o ignorando la situación. Sorprendida, miré a Edgar, preguntándome el sentido de aquel comentario, aquella humillación. Me tranquilizaba no haber entrado al trapo, no haber sido maleducada con ellas. Pero necesitaba explicarme lo ocurrido. Después de haber pasado media vida travestida en el mundo oyente, ahora que por fin podía ser yo y podía compartirlo, también experimentaba críticas y deslegitimidad en mi propia comunidad. El suceso me trajo el recuerdo del incidente con las personas sordas que participaron en mis prácticas de Arteterapia. Lo había compartido en uno de nuestros encuentros con la pandilla, Edgar lo sabía, me signó con dulzura que no dejase que aquel impulso de mala educación empañara el momento. Cuando el evento pasó y me encontré a solas con Elvira, se lo conté. Quería que lo comentáramos juntas. Con ella no tenía que ser diplomática, sabía cómo me sentía y podía expresarle mi tristeza, la rabia al darme cuenta de que un comentario así aún pudiese hacerme tanto daño. Conocía mi fantasma por no ser tampoco una perfecta sorda, por no encajar en ningún sitio, por ser una eterna intrusa en los dos mundos. Elvira se contuvo, pero su rostro emanaba cólera. No podía dejarme llevar por una crítica vacía ni tenía por qué soportar desplantes, casi siempre de oyentes, pero ahora también de personas sordas. Debía blindarme de aquella violencia discriminatoria que podía ejercerse en ambos mundos. Elvira y yo recondujimos la conversación una vez que hubimos desgranado el suceso y nos centramos en la ilusión por el trabajo hecho.

Las dos éramos anónimas, de clase baja, inquietas por construir nuestras vidas en torno al arte y el activismo en todos los campos que nos interesaban. Estábamos acostumbradas a buscarnos la vida, reinventarnos continuamente, adaptarnos al momento que se nos

presentara, pero nunca, ni en el más disparatado de los sueños, imaginábamos lo que vendría a raíz del cortometraje. La productora comenzó a distribuirlo por festivales y concursos españoles y de cualquier parte del mundo. Su acogida fue brutal. Comenzaron a premiarnos en Japón, Egipto, Australia, Argentina, Panamá, y en festivales de pueblos vecinos. Asistimos a muchos sitios para participar en debates tras su visionado, recogimos premios, acudimos a entrevistas. Nos invitaban a mesas redondas y coloquios sobre cine y discapacidad, accesibilidad o exclusivamente sordera. Y nos alojábamos en hoteles con bufés libres que parecían más un sueño que la propia realidad.

Al principio lo vivimos con sorpresa, cierta avaricia y algo de estupefacción. Luego, dependiendo del grado de estrés o cansancio, la cosa se fue normalizando. Personalmente lo agradecía, pero la recepción y la multitud de premios recibidos también me abrumaba. Me resultaba un derroche prescindible en el que no podía hacer nada, me sentía culpable relacionándome con el lujo al sentirme responsable de participar en un orden injusto, desmesuradamente descarado e inconsciente. Fueron muchas las ocasiones en que dormía sola en una suite donde lo único que hacía era apagar el aire acondicionado al entrar, lavarme los dientes, ducharme y replegar la esquina izquierda del lado de una cama donde habrían podido dormir cuatro personas.

En cuanto a entrevistas y conversaciones con periodistas, fui poco a poco aprendiendo a gestionar las complejidades de la situación y a argumentar mis opiniones con desenvoltura y fundamento. La gran mayoría solían acercarse con el máximo respeto; incluso me encontré a profesionales de una exquisita sensibilidad, que me hacían olvidar que estuviésemos trabajando, sentía estar con colegas disfrutando de reflexionar conjuntamente

sobre algunas cuestiones. Pero había de todo, también era fácil encontrarse con alguien que no había tenido tiempo de informarse y saber qué debía preguntar o que, aunque lo hubiese hecho, el cortometraje, la sordera, y yo le traíamos sin cuidado.

De ese tipo viví dos situaciones especiales que me dieron qué pensar. Un periodista me preguntó qué pensaba de que actrices o actores oyentes, sin discapacidad, interpretasen papeles de identidades sordas o con otras discapacidades. Mi respuesta fue clara, no me parecía ético desde el punto de vista cinematográfico. Si la finalidad al realizar la película era abordar una experiencia concreta que reflejase la diversidad humana, lo ideal sería explorar las diversas capacidades dando la oportunidad a actrices y actores que tuvieran esa condición real. Para que pudieran profesionalizarse, normalizarse, tener trabajo, visibilizarse y que el público se identificara con ellos por empatía. Porque contratar a actrices o actores que copiaban una discapacidad era poner el foco en la destreza de su imitación, no en la realidad vital de las personas. No pretendía que mi respuesta señalase a actrices o actores que lo habían hecho, porque equivalía a juzgarles por su precariedad, algo que conozco muy bien. Sino hacer hincapié en la responsabilidad de los equipos directivos y de casting para tratar de equilibrar las oportunidades. Pero, al concluir mi respuesta, inquirió furioso:

—Entonces ¿qué piensas de que hombres hagan de mujeres y mujeres de hombres?

Percibí su rabia transfoba *ipso facto*. Y aclaré que podíamos entrar a debatir sobre diversidad sexual, pero contestando a su pregunta concreta, si el personaje no se hacía pasar por otra identidad momentáneamente, lo coherente sería que esos papeles los encarnasen actrices o actores transexuales o transgénero, para dar la oportunidad de trabajar y relatar su vivencia, ya que no

disponían de tantas oportunidades para hacerlo como mujeres u hombres cis. El periodista no soportó la respuesta y me increpó. Me explicó con paternalismo que yo no podía entenderlo. Alguien le llamó al orden, bajándole los humos. Cuando se tranquilizó, apunté que para mí no contratar a actrices o actores trans estaba a la misma altura, cutre y bochornosa, de exhibir a un rey Baltasar pintado de negro con betún en las cabalgatas de Navidad. La vena del cuello se le inflamó tanto que nuestra jefa de prensa intervino para proseguir con la siguiente entrevista.

En otro momento respondía frente a la cámara de un telediario a las preguntas que la presentadora me iba haciendo. Terminamos, nos agradecemos mutuamente la atención y al dirigirme hacia otra entrevista, el cámara, un chico de unos cuarenta bien entrados, se acercó y me signó:

—BUENOS DÍAS. VETE A TOMAR POR CULO.

Me quedé petrificada y, mientras caminaba taciturna hacia la siguiente entrevista, me giré en seco y volví sobre mis pasos para confrontarle:

—Perdona. ¿Sabes lo que me has dicho? ¿O solo era una gracia de campeón?

—Ah. No. No. Es lo único que sé de lenguaje de signos. ¡iiiMi compañera de oficina sabe un poco y me saluda así todas las mañanas cuando llega!!!

—Ya. Bueno. Lo primero, no es lenguaje de signos, sino lengua de signos. Y, lo segundo, yo no soy tu compañera. He respondido a vuestras preguntas y me parece una falta de respeto que, porque se te antoje hacer la gracia de niño pequeño de mostrar los dos signos que sabes, rompas con las normas mínimas de educación, ¿no crees?

—Perdona, ino te lo tomes a mal!

—Me lo tomo como yo sienta. Ha sido una falta de respeto y punto. ¿O se lo harías a cualquier otra actriz? ¿Usas mi idioma para decir eso? Yo estoy utilizando el tuyo con respeto, así que tú también puedes usar el mío como se merece, ¿no? ¡No hacía ninguna falta que dijeras eso!

Me costó recuperar mi buena energía, pero al mismo tiempo me sentí orgullosa de haber respondido a tiempo y haberle hecho responsable de su metedura de pata en vez de quedarme sola con mi malestar. Con la tensión de responder ante los medios me molestó encontrar mi querida lengua vapuleada, me ofendió que estando concentrada en contestar y tratarles bien, un maleducado inconsciente respondiera con una gracia de tan mal gusto.

El cortometraje fue seleccionado cincuenta y cinco veces por todo el mundo, recibió veinte premios repartidos entre los diferentes departamentos. Entre ellos, nuestro trabajo fue nominado a mejor corto de ficción en los Goya del 2023, cuando la Academia ofrecía su 37.^a edición. La mañana en que Blanca Portillo y Nora Navas, ganadoras en el año anterior, hicieron la lectura de las nominaciones, Elvira estaba dando una charla en la Universidad de Murcia y yo me encontraba inmersa en redactar mi trabajo de fin del máster de Arteterapia. Hice un alto para lavarme el pelo mientras estudiaba. Tenía que llevar una mascarilla capilar durante cuatro horas con el pelo dentro de una bolsa, envuelto en una toalla. Mi hermana me escribió un wasap: «Sé que estás super liada, pero ya que estás en casa, échale un ojo a la lectura de nominaciones. No salimos ni de coña, pero por si acaso cayese la breva, que al menos me entere por ti :)».

Me sentí obligada a que una de las dos estuviéramos pendientes. Como quien no quiere la cosa busqué el link para seguir el acto en directo desde Sevilla. Mientras seguía leyendo informes sobre la

comunidad sorda y rellenando cuadros explicativos de aspectos que me interesaba recalcar en la lectura final, cuando las actrices-presentadoras citaron los cinco cortos nominados a mejor ficción. Sentada frente al ordenador, con el pelo plastificado envuelto en una toalla como un paño africano, pensé en lo surrealista de la situación. Fueron apareciendo los carteles de cada cortometraje nominado, y, en cuarto lugar, Nora Navas pronunció el nuestro y la imagen se dio la vuelta como en el panel de *La ruleta de la fortuna*. Casi me caigo de la silla. Se me aceleró el corazón mientras escribía a Elvira: «Tía, tía ¿qué está pasando? ¿Estamos locas? ¡¡¡Nos han nominado!!!».

Me dio sudor caminar por casa tratando de asimilar qué podía suponer aquello. Cinco minutos después empezó el aluvión de mensajes de todo el mundo felicitándome, preguntando si era verdad, cómo estaba o si me había enterado ya. A la media hora, el timbre luminoso y vibrador de casa empezó a temblar remitiendo destellos. Ólea y Runa, acostumbradas a avisarme, aullaban en sintonía como las lobas en los bosques. Mi hermana y la productora venían directas de la universidad, la televisión de Murcia quería retransmitir el momento en que nosotras acabábamos de enterarnos de la noticia. Y yo en pijama, bata y mi toalla africana.

Llegó el día de los Goya. Nos acreditaron en un hotel de Sevilla y subimos en el ascensor hasta la planta doce. Dejamos nuestras cosas y nos arreglamos para asistir a un cóctel de presentación, sin saber en qué consistía aquello. Éramos unas completas intrusas, pero en cuestión de minutos nos encontramos charlando tranquilamente con personas que acostumbrábamos a ver por la pantalla. Entre todo el show, cuando podíamos, mi hermana o yo nos acercábamos la una a la otra para recordarnos con picardía que si teníamos hambre llevábamos los bocadillos, empanadas y tortitas de maíz que nos habíamos preparado al salir de Murcia.

Asistir a los Goya, que desde pequeñas veíamos juntas por televisión, fue un espectáculo con el que jamás hubiéramos contado. Había muchísima gente y el despliegue de organización era increíble. Un coche nos dejó a los pies de la alfombra roja, debíamos caminar cincuenta metros acordonadas por una masa de público sevillano que expectante se reunía allí para ver y gritar elogios a sus famosos preferidos. Elvira y yo nos partíamos de risa, a nosotras, auténticas desconocidas, nos gritaban:

—iiiGuaaaaaapas!!! ¿Quiénes sois?

Fue divertido intentar caminar rectas con el frío y subir los doscientos escalones sin flaquear. Cuando llegamos a lo alto de la entrada principal, les azafates de protocolo nos acompañaron quince metros para dejarnos con otros compañeros suyos que nos guiaron otros quince metros. Después de varios quince metros, la última de ellos nos avisó que tras la puerta empezaba la alfombra roja de los medios de comunicación. Nos encontramos ante cincuenta metros de pasillo de moqueta y un gran torrente de cámaras de televisión, fotógrafos, periodistas que reclamaban atención, querían preguntarnos, gritaban para que mirásemos su foco. Concentradas, intentábamos sonreír serenas y agradecidas; en realidad, nos sentíamos muy desconcertadas, con cuerpo de blandiblub y sin querer mirar a la otra para no explotar en risas descabelladas.

En algún momento de la tarde, entre el gentío, el ruido y las conversaciones de cualquier tipo, fui al baño y, al hacer pis, salió pintado de rojo. No imaginaba que la experiencia me adelantaría la regla una semana. No tenía nada que ponerme, así que cogí papel higiénico y salí a buscar ayuda. A la desesperada, a la primera espalda de mujer que encontré me dirigí preguntándole amablemente si tenía una compresa. Casi me caigo de bruces cuando, al girarse, reconocí a una actriz que siempre me había

inspirado. Aquello me sirvió como toque de atención para recordar dónde estaba y para poner conciencia en conciliar lo familiar con lo insólito.

Fue increíble el frío polar que pasamos, el despliegue de cámaras que sobrevolaban nuestras cabezas, y observar en cada cambio de escenario a setenta personas sincronizadas que recogían orquestadamente el atrezo y preparaban con rapidez el siguiente.

Como actriz sorda había pedido algún tipo de accesibilidad para entender lo que decían durante la gala. Me facilitaron una tablet donde les intérpretes de Televisión Española signaban lo que iba ocurriendo, con diez segundos de desfase. Pasé las dos horas de supuesta brillantina tiritando, al tiempo que decidía si mirar lo que pasaba donde físicamente me encontraba o si permanecía con el cuello doblado hacia abajo como un junco, escuchando la explicación de los intérpretes que contaban lo que hacía un minuto acababa de ver.

Nuestro cortometraje finalmente no resultó premiado en los Goya, algo que a nosotras ni nos afectó. Aprendimos tanto por el camino y nos parecía tan disparatado estar formando parte de todo aquello, que nos sentimos felices solo con poder presenciarlo.

Semimaternidad sorda

Inspiré y espiré el aire con fuerza, con tanta que me noté explotar pequeñas burbujitas mucosas. En el salón, Víctor, Delia y Darío disfrutaban viendo vídeos musicales en YouTube mientras yo, algo empachada de palabras, ruidos y música moderna, memorizaba en la habitación una escena que no lograba visualizar. Miré absorta por la ventana que daba al huerto. Las gallinas se afanaban cavando huecos en la tierra donde cobijarse frescas durante la siesta. Sus pozos iban quedando disgregados como cuencos abandonados por todo el bancal. Se agazapaban dentro, abanicándose con las alas para darse un baño de tierra y sol, produciéndose su propio spa. Pensé en algo que orbitaba dentro y fuera de mí durante los últimos años. El trasfondo del cortometraje había surgido a partir de un sentimiento real de interpelación sobre la maternidad, unido a la experiencia de semimaternidad que exploraba con Delia y Darío.

Sin duda ser una mujer sorda tiene algo o bastante que ver en mi decisión de no ser madre. Pero enamorarme de Víctor trajo de la mano hacerlo también de sus hijos. Aprendí a vivir algo contradictorio, propio y ajeno a partes iguales. Un vínculo sumamente hermoso y complejo, porque para mí la semimaternidad fue un regalo. No quise ser madre por pura decisión formal. Quizá estuviera relacionado con el sufrimiento percibido en mujeres que

criaban cuando yo era niña. Puede que interiorizara su sentimiento de soledad decepcionada, al no sentirse sostenidas durante el proceso, sino utilizadas por el sistema, lo que me alejó de romantizar la experiencia. Acaso al haber estudiado la maternidad y crianza desde áreas como la psiquiatría o la psicología asumiera que me sería imposible hacerlo, en realidad, todo lo bien que me gustaría, teniendo en cuenta las estructuras políticas, sociales y económicas que como pilares sostienen nuestra cultura. Quizá como feminista sentí que traer una criatura a este mundo tan injusto sería, además de un acto de negligencia burguesa, colaborar con un sistema capitalista, capacitista y patriarcal por el que no solo no sentía curiosidad, sino tampoco la fuerza, ni confiaba en que el Estado o las personas de mi entorno pudieran corresponsabilizarse como desearía. No podía criar, educar ni guiar a otra persona sin sentirme en deuda, porque sería una estafa por mi parte el asentarlo en un mundo del que reniego en mi fuero interno. Más todavía siendo sorda. Existía, en ese sentido, cierto orgullo por mi parte al pertenecer a una comunidad sin hijes propios.

Jamás hubiera imaginado encontrarme en esta situación y, cuando conocí a Víctor, no sabía en qué aventura me estaba embarcando. No podía calibrarlo siquiera. Los consensos a los que había llegado conmigo misma saltaron por los aires, y me vi inmersa en una situación cuyo nombre tuve que inventar para poder legitimarlo: semimaternidad.

De nuevo, era necesario poder nombrar algo que ya existía para que fuese tenido en cuenta, concederle su verdadero valor y reflexionarlo para darle la forma necesaria. La cuestión es que sin ser madre natural, e incluso habiendo decidido conscientemente no serlo, los roles dentro y fuera de casa, en una sociedad como la nuestra, se instalaban con toda su toxicidad. De manera que se

desarrollan patrones y conductas que me ponían en relación con mi niña interior, mi experiencia como hija, y con mi propia madre. Recordar situaciones con Lourdes y Simón cuando me dirigía a Delia y Darío iba formando un cordón umbilical que nos conectaba a todos. Por lo que indudablemente, a través de la semimaternidad, también se invocaba a una intuición primitiva y ancestral respecto al cuidado, el cariño, la crianza, el acompañamiento y el respeto vital.

Buscaba referentes en el cine y la literatura que ilustrasen esta experiencia, que aún carecía de imágenes propias, de la que todavía no existían referentes plurales y diversos, testimonios de mujeres que reflexionasen lo complejo en la vivencia, y no los hallaba. En vano investigaba espacios donde la intimidad y la profundidad aflorasen juntas, para poder identificarme, reconociéndome en la infinidad de estados y límites que se atravesaban con la semimaternidad. Hoy en día las experiencias de semiacompañamiento deben ser tantas casi como las de maternidad, dadas las rupturas y separaciones que se producen, pero es algo relativamente novedoso que, en público, cuesta hablar. Desde que se abrió esta dimensión en mi vida, me encontré con mujeres que pasaban por lo mismo que yo y nos reconocíamos en la pérdida y contradicción de nuestros sentimientos.

Hace apenas un año, mientras trabajaba en un proyecto fantástico, coincidí con Olivia, una actriz de ojos enormes y tiempos vitales deliciosamente lentos para hablar y pensar. Casi siempre que encuentro personas que viven despacio, me siento irremediablemente atraída por su naturaleza. Durante aquella mañana, ensayamos juntas nuestras escenas, pero después no volvimos a coincidir hasta la comida. Me tocó el hombro para preguntarme si podía sentarse a mi lado. La invité y, casualmente, la conversación que mantenía con otros compañeros iba sobre

criaturas y bebés. Cuando posó su bandeja frente a la mía le pregunté si tenía hijos. Respondió que no, y después perdí la noción del tiempo.

—Conocí a un chico hace quince años, cuando él se separaba de la madre de sus dos criaturas. El padre, todavía inestable con la situación, no se preocupaba demasiado por los hijos. Cuando los conocí, el mayor tenía seis años, no hablaba, y el pequeño, de tres y medio, se pasaba las tardes hecho un ovillo en el sofá.

—¿Y la madre?

—La madre era noruega, tenía a su familia allí, los niños habían vivido casi siempre en el país materno. En ese momento, además de aceptar la separación, se enfrentaban al trauma de la migración, un desarraigo cultural en el que el padre no les acompañaba.

—Perdona. ¿Y estuviste con ese hombre?

—Más de diez años. Pero nuestra relación duró muy poco.

—¿Cómo?

—Yo nunca quise ser madre, pero me enamoré de los niños, así que permanecí con él para sacarlos adelante, incluso cuando ya no estábamos juntos. Él ya tenía otras parejas, pero entre los niños y yo afloró un vínculo en el que los sentía propios.

—¡Madre mía!

—Los entendía, empatizaba, conocía sus energías y necesidades; y ellos me querían con absoluta normalidad, sin ningún tipo de resistencia.

—Pero ¿y entonces? ¿Por qué hablas en pasado?

—Ya hace más de una década que nos separamos. Voy allá a visitarlos.

—¿A Noruega?

—Sí, tengo un estrecho vínculo con la madre y su familia. Saben que siempre que estaban aquí, estaban conmigo. Yo me encargaba

de ellos, les protegía de la incapacidad del padre.

—¿En serio? ¡Qué fuerte! Madre biológica y semimadre colaborando juntas por les hijos. Y ¿cómo estás? ¡Tiene que ser duro! Ya son mayores, ¿no?

—Vienen a verme dos veces al año más o menos, yo suelo subir otras dos. Hablamos cada semana por teléfono. Les echo mucho de menos, y sin embargo no soy madre.

—Ya.

Lloramos un rato juntas. Verte en otras, sin necesariamente ser tú, siempre ayuda.

Debatir sobre maternidad biológica es un tema tabú en espacios mixtos. La tensión se palpa en la piel, hace más ruido lo que no se dice que lo que se comparte; la semimaternidad ni siquiera se contempla. Falta para que se cuele por un resquicio y pueda abordarse. Estoy convencida de que analizar y comprender este proceso, lo legitima, y puede ayudarnos a muchos. Tanto como la generosidad de Olivia me ayudó a mí.

Al mes de empezar con Víctor se acabaron las reformas del piso recién comprado, en el que pensaba instalarse con Delia y Darío para empezar una nueva vida. Nuestro encuentro cambiaría el cauce de todo. Por prudencia, decidimos ir despacio y ver cómo iban engranándose las cosas.

Convocó a su pandilla de amigos, nos reuniríamos a tomar café y bizcocho en su ático, conocería a sus hijos y le vería con ellos por primera vez. Llegué nerviosa al encuentro, un grupo oyente donde no se respetaban turnos de palabras, interrumpían continuamente, hablaban sin necesidad de contacto visual. Me impactó ver a Darío, todavía era un bebé, se mantenía más estable agarrándose en personas u objetos que sobre sus propios piecitos. Y Delia me observaba con desconfianza desde el borde del sofá. Aún

transcurriría mucho tiempo para que pasase de ser *la amiga de papá* a Sakia, de manera orgánica y natural.

Pero el vínculo afloró, y como la subida y bajada de las mareas oceánicas, fui entendiendo los tiempos, los ritmos de cada persona en el proceso, los míos propios, las reticencias, las dudas personales, mi miedo a ser rechazada. También cierta sensación de coqueteo interior. Me adentré en el juego de una opción explícitamente irreal, ese sentirme madre, porque las propias circunstancias me abocaban a ello. Había que llevarles y traerles del colegio, cantar canciones, inventar juegos, curar heridas, secar lágrimas, sonar mocos, sostener... A veces lo disfrutaba con ilusión, pero según fuimos avanzando, al moverme en un terreno que aún no estaba bien delimitado, fue apareciendo el maldito síndrome de la impostora. Ese síndrome machista que se produce por presión política y social, que siempre concede la importancia y validez a lo ajeno y externo, más que al interior de una misma.

Una noche que me estaba lavando los dientes, Delia fue a hacer pis y vio restos de sangre al fondo de la taza del váter. Me miró sorprendida, con los ojos como discos de vinilo, y me preguntó asustada:

—iiiEso qué es!!! ¿Es... sangre?¿Por qué hay sangre ahí?

—No te preocupes, sí. Es sangre, pero sangre buena. Para que nazcan niños se necesita esa sangre, y como yo no tengo un bebé en la barriga no la necesito, la puedo tirar.

No tenía respuestas preparadas. Improvisé como pude lo que me pareció justo y sincero para un hecho tan importante como es menstruar. Me adapté a la percepción infantil del mundo, el cuerpo y la vida. La niña pareció entenderlo y se quedó tranquila. La había tomado en serio y resuelto su curiosidad. Aquello supuso un comienzo en el que poco a poco tanto ella como su hermano

buscaban momentos y miradas que les reportaran un espacio de reflexión sobre los sucesos que les rodeaban. Quizá que no fuera la madre me desvinculaba del tipo de autoridad que conocían, me permitía iluminar aspectos de su mundo y nuestra convivencia desde otro lugar. Pero, a la vez, debía encontrar la calidez con la que sostener mi propia autoridad, algo más tibia que la materna, pero igual de necesaria y nutritiva para cimentar la convivencia. Aunque la relación de Víctor con la madre era muy buena, el hecho de estar yendo de una casa a otra era bastante complejo para las criaturas, porque originaba comparaciones en los hábitos, normas, costumbres y opiniones de cada ambiente familiar.

El verano en que Darío ya tenía cuatro años y medio, jugábamos en una piscina infantil de plástico. Colocada en el centro del bancal, bajo las ramas de un níspero, un naranjo y un peral, rodeadas por perras y gallinas que, a cada rato, con envidia, apoyaban la barbilla en el borde pidiendo permiso para entrar, cuando no se lo concedían por sí solas, saltándose la frontera para chapotear. Darío y yo, desnudes, disfrutábamos jugando con tapones flotantes, escondiendo pinzas para luego encontrarlas e inventando juegos mientras el sol y el agua acariciaba nuestros cuerpos pálidos. De repente, Darío, mirándome entre extrañado y sorprendido, dijo:

—¡Anda, tienes pelo, qué asco!, imi madre no!

El comentario me pinchó como si fuese un alfiler. Entendí que para ellos lo ejemplar, lo normalizado, era lo que su madre hiciese. Tan legítimo como que yo, en mi papel de semimadre, evitase participar en cualquier dinámica comparativa que incentivara la competitividad. Algo que, de no ser consciente en una crianza colectiva, puede instalarse. Puse atención en que el niño no tuviera que entrar en valoraciones de lealtad hacia su propia madre o a mí, así que respondí con la mayor serenidad de la que fui capaz:

—Está muy bien que tu madre no tenga pelo. También que yo sí lo tenga. Así puedes darte cuenta de que cada cuerpo es diferente y todos son perfectos. Por ejemplo, yo soy sorda y tu mamá oyente. ¿Ves? Eso también es perfecto para que disfrutes de cosas distintas, ¡así no te aburres!

Darío asintió satisfecho. Lo idílico sería que las dos figuráramos como referentes diversas sin jerarquizar.

Otro aspecto peliagudo en la semimaternidad es aceptar que antes o después va a surgir el rechazo y es parte del proceso, es legítimo, pero puede ser doloroso e incluso traumático. Hacia mí, podía producirse desde Delia o Darío, mediante alguna situación o gesto puntual. Desde el propio Víctor, en un instante de estrés, susto o cansancio. Si yo fuese la madre biológica, quizá no tuviera consecuencias, pero encarnando a la semimadre es muy probable que las haya, al no formar una familia *normal*. Y también el rechazo puede venir de la madre, mediante algún comentario u opinión desacertada, o a partir de mí misma, en caso de que Víctor no sostuviera mínimamente mi validación emocional.

A veces me planteaba la culpa que sentía o las dudas que tenía sobre una gestión concreta que hubiese llevado a cabo. Otras, me hartaba de que la responsabilidad que se esperaba de mí estuviera eternamente supervisada tanto por la madre como por Víctor, sin aceptar mis límites. En ocasiones sentía que, aunque estaba en *mi* casa, no lo estaba en *mi* vida, como si el lugar que ahora ocupaba lo hubiese usurpado o fuese el segundo plato de otras vidas. Era extraño no tener ninguna capacidad de decisión en esa parte de mi existencia que me obligaba a ser copilota, siempre a la espera, como en la despensa, midiendo una distancia prudencial para respetarnos a todes, y que, a veces, pasaba incluso por no expresar lo que sentía o pensaba. Por momentos, la necesidad imperiosa de ser dueña de

mi vida en todos los ámbitos me hacía preguntarme si el lugar que ocupaba me correspondía, si era el que verdaderamente me pertenecía.

Esto ocurría casi siempre que Víctor pasaba tiempo con les críes, mientras yo trabajaba fuera. Se acostumbraban rápido a mi ausencia, se comunicaban entre ellos sin vocalizar ni respetando el contacto visual. Dolía, aunque para integrarlo me dijese a mí misma que era como si hablasen danés o swahili, su idioma nativo. Era consciente en todo momento de que cualquier amenaza de rechazo podía desestabilizar la estructura familiar que planteábamos, y resultaríamos todes afectades en mayor o menor medida.

Con el tiempo fui formalizando un vínculo real y organizando mi vida en torno a sus tiempos, ritmos, vacaciones o las semanas que estaban con nosotres, ordenaba mis días alrededor de ellos. Pero siempre arrastré la sensación de que aunque el vínculo fuera cada vez más poliédrico, si me separara de Víctor, podría desaparecer. Sería una simple allegada o quizá me olvidaran para siempre.

El vuelo del buitre negro

Hola, me llamo Sakia. Estoy interesada en inscribirme en este curso. Adjunto currículum y una fotografía. Además, quería comentarles que soy una actriz sorda.

Hola, Sakia, gracias por tu solicitud. Ya la hemos revisado en detalle. Queríamos únicamente consultarte cómo haces habitualmente con el seguimiento de las clases, por si necesitas algo específico que tengamos que consultar previamente a nivel interno o con la profesora. En cuanto nos comentes de vuelta, seguimos con la gestión de la plaza.

Ah, muchísimas gracias por vuestra atención. En realidad, sí, necesitaría el apoyo de un intérprete de lengua de signos para no perder información. Sería conveniente también avisar a la profesora para informarle de que no puedo hacer ejercicios donde haya que cerrar los ojos o no pueda mirar a los compañeros mientras dicen algo. Y pedirle, por favor, que ella hable hacia delante, sin pasearse por la sala y sin ocultar su boca con nada. Sería fabuloso que incluso la profesora lo comente con el grupo cuando empecemos. Así los compañeros no se asustan y me entienden mejor. Si no, entre la timidez y la sordera, ando un poco aislada hasta que consigo arrancarme.

Gracias, Sakia, hemos tomado nota de todo. Pero lamentamos decirte que el centro no puede hacerse cargo de la manutención del intérprete, así que te damos la opción de que corra de tu cuenta y así puedas aprovechar el curso en su totalidad.

El curso era bastante caro de por sí y no tenía demasiada solvencia económica. Además, era habitual que instituciones o centros en los que quería formarme propusiesen como de pasada la opción de que fuese yo quien se responsabilizase del intérprete, cuando no me rechazaban directamente, alegando que no podían hacerse cargo de la situación. Me indignaba que la lengua de signos hubiese sido declarada lengua oficial en el territorio español en 2007 y que en el artículo 49 de la Constitución, dedicado a la protección de las personas con discapacidad, se impulsasen políticas que garantizaran la autonomía personal y la inclusión social para obtener entornos accesibles, y que aún estuviéramos así. Todavía no se entendía que el acceso a la información o la formación no es disfrute, sino un derecho humano. Y debería estar garantizado por el Estado en todos los organismos públicos, facilitando además que los privados pudieran contratar fácilmente sus servicios. Como Persona Sorda inquieta culturalmente, solía formarme e inscribirme en cursos continuamente. De modo que no, no era asumible por mi parte pagar al intérprete de mi bolsillo.

Hola de nuevo, siento decirles que no puedo responsabilizarme del intérprete. Les pido, por favor, ya que estoy pagando la misma cuota que mis compañeros, que preveo serán oyentes, hagan saber a la profesora las necesidades que habrá en su aula. Como actriz no puedo quedarme atrás respecto al avance general.

Estimada Sakia, entendemos totalmente tu situación. Hemos tomado nota de todo lo que nos indicas y se lo transmitiremos a la profesora. ¡Un abrazo y bienvenida!

Llegó el momento, iba a pasar una semana en pleno julio en Madrid, me hospedaba en casa de mi amiga Sofía. A las ocho y media de un tórrido lunes, pulsé el timbre del centro donde haría un

curso que había deseado fuertemente. Estaba nerviosa, ilusionada y en ascuas, por cómo sería y si seguirían las indicaciones que había dado.

Me presenté a la profesora para que supiera que era la alumna sorda. Respondió contenta, pero durante la conversación percibí que sopesaba mis capacidades, preguntándose si podría seguir el ritmo. Alabó mi forma de hablar, la facilidad que tenía para comunicarme. Lejos de tranquilizarme, me dio mala espina. Fueron llegando más compañeres, entramos en clase, y desde el primer minuto olvidó por completo todo lo acordado. La profesora paseaba por el aula; su dicción era imposible y, además, tenía ftofobia, por lo que pedía no encender luces, ni subir persianas. De modo que la clase se desarrollaba en semipenumbra y me era imposible captar información. Al principio algo desconcertada, interrumpí en varias ocasiones para pedir si podía repetir determinadas cuestiones, sugerir que apuntara palabras clave que usaba en la pizarra o recordar que no hablara de espaldas. No sirvió de nada. Tan pronto como terminaba de formular mi petición, volvía a su metodología. Me pareció que ella era la sorda. No quise parar más la clase porque mis compañeres me odiarían. Pero al final de la primera sesión propuso un ejercicio de meditación en el que debíamos tumbarnos en el suelo, era imprescindible cerrar los ojos y meditar lo que ella proponía. Me entró ansiedad, estaba más que agotada de luchar durante toda la mañana, así que recogí mis cosas y salí del aula. Me dirigí directa a hablar con les responsables, necesitaba una explicación. Dijeron que volverían a hablar con ella y me fui, frustrada, sola, fracasada, triste y desgarrada. Metida en un pozo que conocía muy bien y al que me había prometido no volver.

Pasé la tarde con Sofía reorganizándome psíquica, emocional y energéticamente. Estaba furiosa, no iba a dar mi brazo a torcer.

Suponía retirarme del curso sin derecho a la devolución de la matrícula. Sentía una dignidad que me amparaba. Me puse terca y exigente, no veía justa la situación.

Volví al centro a la mañana siguiente, saludé a la profesora, a la que odiaba y de la que me compadecía al mismo tiempo. Y le pedí unos minutos para hablar con la clase:

—Buenos días, quiero pedir disculpas porque ayer me marché precipitadamente de clase. Lo siento, pero ocurre que soy sorda y no estoy pudiendo aprovechar el curso como me gustaría. No quiero robaros tiempo, pero sí me planteo que necesitamos actrices y actores altos, bajos, gordes, negres o calves, y también sordes, porque en la calle hay una diversidad que debe trasladarse a la pantalla. Entonces, por favor, ayudadme si podéis. Gracias.

Algunes reaccionaron, no se necesitó más que normalizar la situación, me hablaban sin miedo, por las tardes una compañera me enviaba los apuntes, se turnaban para trabajar conmigo y pude integrarme mínimamente. La profesora no se inmutó, lo único que parecía interesarle era divulgar su método, su técnica, aunque no estuviese adaptada para ser inclusiva a todas las personas. Fueron días duros. Tuve que resignarme y aceptar que apenas podría conseguir aprender algo, y que, para no sufrir siendo yo misma, debía funcionar con mi avatar. Una personalidad que creía superada.

La vivencia me hizo darme cuenta de que por mucho que me esforzase en avanzar, siempre tendría que estar dispuesta a retroceder. Lo importante era no fallarme, ni hacerme daño a mí misma. Había evolucionado, tomado conciencia, me había empapado de la riqueza que supone relacionarte desde la diversidad, pero el mundo y la sociedad seguían exactamente igual.

Pasaba las tardes con Sofía, lloraba para desprenderme de la mala energía mientras lo hablábamos, y después salíamos de paseo,

veíamos cine subtitulado o preparábamos cenas deliciosas entre risas y recuerdos. Una tarde en mitad de esa fatídica semana, recibí un mensaje por Instagram de una directora teatral canaria. Necesitaba una actriz sorda y alguien le había facilitado mi contacto, quería conocerme.

Esa misma tarde Valeria y yo quedamos por Zoom. Fue agradable. Era una chica tímida y tierna. Me hizo preguntas sobre mí y mi vida, y me explicó por chat en qué consistía la propuesta teatral, ella había escrito el texto y sería quien dirigiera el montaje. Una hora después nos despedimos. Se reuniría con más actrices para conocerlas y en unos días me diría si estaba entre las seleccionadas. A la mañana siguiente, durante el descanso del curso mientras almorzaba mirando el móvil, me entró un mensaje: «Hola, Sakia. Contamos contigo para embarcarnos en este viaje». Se me pusieron los pelos de punta, se rebajó la tensión acumulada por aquel curso que ya no me hacía ni la más mínima ilusión terminar.

Me fui tres meses a Tenerife para trabajar en *El vuelo del buitre negro* y conocer la isla. Encontré compañeros maravillosos, muy variopintos, con fondos y profundidades también complejas pero muy honestas, dispuestos a aprender, explorar y equivocarnos juntos. El montaje era un drama íntimo, poético, político y minimalista, con muchas capas de profundidad que podían ser desgranadas o no dependiendo de la inquietud del público. El texto estaba sobretitulado y en ocasiones mi personaje hablaba, signaba o hacía las dos cosas al mismo tiempo. Era una historia de amor entre dos mujeres, una oyente y otra sorda. Aquel proyecto supuso un antes y un después para mí, por la red que se tejió entre todos. El equipo lo formábamos cinco compañeras y un chico trans que ya

habían trabajado juntas, eran muy amigos entre sí. Logré disfrutar de mí misma como actriz sorda, porque eran curiosos, respetuosos muy inteligentes emocionalmente, con un grado de sensibilidad y empatía divino. Eran activistas feministas, contra el capacitismo y a favor de la diversidad sexual. Podíamos debatir horas entre lo personal y lo político planteándonos, cuestionándonos, reconfigurando cada concepto o sentimiento. Que yo fuese sorda era el menor de los problemas que allí existían, porque todos albergábamos dimensiones dolorosas, por lo que necesitábamos ayuda de los demás. Fuimos creando un pequeño mundo, con nuestras prioridades y códigos. Me sentí diferente pero igual. Como en el grupo de Teatro Experimental, mi condición estaba fuera y dentro del escenario, no existía fragmentación en mí. Mario me daba marcas para salir y entrar de forma visual, con miradas, con luces y con el redoble de frecuencias graves, que emitían vibraciones intensas con las que podía actuar con autonomía y libertad. Íbamos descalzas, la conexión a través del suelo de madera del escenario era un cordón umbilical. Nadie, pero especialmente Valeria, tuvo un ápice de sospecha sobre mis capacidades, por lo que pude proponer, errar, excederme, quedarme corta, autorregularme para transitar aquella historia de amor entre Silvia y Lola. Y fue todo tan intenso que me enamoré de Valeria.

Aquellos tres meses de convivencia nos dieron para conocernos y atravesar todo tipo de problemáticas creativas y existenciales. Trabajamos durante la semana y los fines solíamos salir a fiestas, conciertos, mercados, rutas senderistas, etcétera. Ya nos conocíamos mucho cuando los roces entre Valeria y la actriz protagonista empezaron a tensar el clima. No entendían el personaje de la misma forma y tampoco coincidían en cómo resolverlo dramáticamente. El cansancio, el estrés, los miedos fueron

debilitando la relación hasta generar un distanciamiento incómodo, en el que prácticamente solo se hablaban por trabajo y para cuestiones formales de organización del grupo. Hasta que, diez días antes de estrenar, nos adentramos en la última residencia artística. Siete días en los que vivíamos las veinticuatro horas centradas en la obra. Pero una mañana desperté sobresaltada, noté gritos que retumbaban en las paredes. Me pareció reconocer el llanto de Valeria. Salté de la cama corriendo hacia la puerta y, al abrirla, salió huyendo de su habitación, furiosa como una pantera, bajó las escaleras, frenética, mientras se le escapaban aullidos de ira. El eco subió rebotando hacia el techo de la casa señorial donde nos alojábamos. La seguí rauda y la encontré en el patio interior donde desembocaba la cocina. Sentada en el suelo entre plantas, hecha un ovillo con las piernas sobre el pecho, lloraba a mares mientras golpeaba agresiva la tierra con los puños. Me senté a su lado intentando no incomodarla, como si fuese un ornamento más del patio. Esperé a que se calmara:

—¡¡Me... me acaba de colgar... el... el teléfono!! ¡No puedo más!
¡¡Lo... he... intentado todo!!

—Ya está, Valeria, ya está. Nada puede hacer que tú tengas que ponerte así. No luches, déjalo estar. ¿Y si esto te está pasando para que te reafirmes y confíes en ti? Apuesta por lo que eres, lo que crees y la razón por la que creas.

—¿Y qué hago? Es que... ¿qué hago? —preguntó mirando al patio, como si las plantas fueran a proponerle alguna opción.

Respiramos juntas la decepción. Estaba totalmente conectada con ella, la había visto sufrir, desesperarse, sentirse humillada, infravalorada. Sin querer, me había sentido instada a sostenerla emocionalmente desde las sombras. No sabía si ella me veía, pero yo era consciente de querer hacerlo desde el amor que me

provocaba, a pesar de las distancias a que nos obligaba nuestra relación profesional.

—A ver, pensemos con calma. Vamos a buscar opciones con las que resolver esto. Una sería paralizarlo todo..., no seguimos adelante y alegamos una enfermedad repentina. Dos..., hacer un casting exprés y elegir a otra actriz.

—¿A una semana? ¡Es imposible!

—Pero... No sé... A ver... Entiendo que... No es lo mejor..., pero... Te sabes el texto, es tu obra... Eres actriz...

Me miró paralizada.

—¿Yo?... ¿Que yo haga de Silvia?...

—Te sabes el texto, conoces a Silvia mejor que nadie porque es tu creación. Te sirve el mismo vestuario porque eres de la misma talla, podemos adaptar la coreografía.

—¿Yo?, ¿estás loca?... Pero... ¿Cómo?... ¡Madre mía! No, no, no, inooo! —gritó asustada.

Nos dimos un abrazo compacto, duro como el acero. Y así empezó todo, Valeria encarnó a Silvia, yo a Lola. Recondujimos la situación con emergencia, cambiamos el organigrama de toda la residencia, las prioridades. Valeria se encerraba horas para memorizar el texto durante noche y día, le ayudábamos por turnos. Preparábamos sus comidas; le ocultábamos problemas que surgían con el sonido, atrezo, algo que se había roto. Fuimos un equipo concentrado en ayudarnos entre nosotres. Preocupades por Valeria y asustades con la crítica situación, incluso pensábamos planes de dos horas, para sacarla del cuarto y que se airease. La presión que sentía era tremenda. Una tarde le buscamos una sesión de fisioterapia, la pobre estaba totalmente contracturada por el estrés y la ansiedad. Otra jugábamos a juegos de mesa, hasta que las risas graciosas se tornaban en llanto. Al tercer día, estuvo preparada para

ensayar juntas. Cambiamos todo el trabajo que teníamos hasta el momento, necesitamos conectar con la historia desde otro prisma. E improvisando cómo se hubiesen conocido los personajes en la realidad, la conexión que teníamos en la vida real se extrapoló al escenario y fue a más.

En la primera escena juntas, Silvia bailaba abstraída, desgarrada y con ira, en un pub de música tecno, rodeada de gente, aunque sola. Necesitaba deshacerse del miedo y dolor que le habían causado la muerte de su abuela y enfrentamientos continuos con su madre. Mi personaje entraba al pub, reparaba en ella con una curiosidad que se iba convirtiendo en deseo, y finalmente se lanzaba a interactuar. Lola la sacaba abruptamente de su ensimismamiento y empezaban a coquetear, dando comienzo a una historia delicada y carnal.

Valeria y yo reproducimos la escena innumerables veces, buscamos matices para que aquel comienzo fuese real. Después, entrábamos de nuevo al pub para seguir la fiesta y, finalmente, nos íbamos juntas a mi casa. Teníamos escenas de sexo, de una intimidad tierna y afectuosa, en la que Silvia y Lola se conocían de verdad. Los cuerpos se iban acomodando entre sí, se cuidaban, se sostenían. Y de igual manera fue pasando en el plano real. Los derroteros de Silvia y Lola eran los que marcaba el texto y la dramaturgia, pero los nuestros derivaron hacia otro lado.

Una noche el equipo estaba tan ansioso por la agobiante situación que pactamos darnos tres horas para no pensar en ello y disfrutar de estar juntas. Salimos a cenar a un restaurante hindú. Y en mitad de un debate sobre relaciones, sexo, deseos y fantasías, en el que cada una compartió qué había hecho o qué le apetecía, con tres cervezas en el cuerpo, se me escapó:

—Anda, puf, pues yo ya no sé. A mí Valeria me gusta, es obvio.

¡Con tanto beso entre Silvia y Lola, al final...!

Todes gritaron aplaudiendo, Valeria se puso roja, los ojos parecían querer salirse de sus cuencas. Le dio un ataque de risa y exclamó:

—¡Otra ronda, que después hay mucho que bailarr!

Eso hicimos. Bailamos, bailamos mucho y nos enamoramos en Tenerife. Ella tenía sus líos, yo a Víctor con Delia y Darío en Murcia; pero todo fue real, tierno y nutritivo. Nadie engañó a nadie. No necesitamos exclusividad.

Por primera vez disfruté de un romance en el que nuestras sensibilidades se abrazaban y se sostenían por sí solas. Veíamos nuestros adentros y no nos alertaba el miedo; al revés, nos juntábamos para ser cómplices en él. Me sentí cuidada y validada por Valeria. Nunca antes había experimentado algo así. Ella no sabía lengua de signos, a mí me costaba entender su acento, pero estábamos conectadas por encima de todo. A través y por debajo de todas las cosas, mirábamos al mundo desde la incomodidad, fluíamos juntas, nos convertimos en compañeras de vida. Las dos éramos activistas, feministas, teníamos rabia, risas y ternura a partes iguales.

Hicimos muchas funciones e incluso nos salió un bolo en Menorca. En cada representación que hacíamos florecía una nueva capa en la relación entre Silvia y Lola. No queríamos que su vínculo fuese hermético, sino que estuviese vivo y variara sutilmente, para vivirlo de verdad. En la obra los patrones íntimos de su personaje hacían que no fluyese la comunicación en la relación entre ellas, porque no se enfrentaba ni comunicaba las cosas reproduciendo el legado de su madre. Tampoco mostraba disposición a aprender la lengua de signos para compensar el esfuerzo que hacía Lola. Llegando a un punto insostenible, admitían amarse terriblemente,

pero Silvia debía resolver antes su situación personal. Mientras que a mi personaje la necesidad de supervivencia la impulsaba a regresar a la península porque anhelaba su entorno, amigos y, sobre todo, comunicarse en lengua de signos.

Como en cada función la esencia, la energía del vínculo entre Silvia y Lola variaba modificándose, nosotras nunca representábamos la misma situación. Decíamos siempre el mismo texto, pero a veces discutíamos desesperadas, otras con hartazgo, ya desde la nostalgia, con la certeza de estar siendo tóxicas, de que nunca volverían a buscarse o de que tenían el amor más puro y sano que podía existir. Valeria y yo transitamos cada atmósfera en el escenario de forma inmersiva. Y después de la función, con algunas cervezas, mucho del clima apasionado que habíamos generado se quedaba con nosotras llevándonos a dormir juntas.

Al día siguiente de regresar a casa una vez terminadas las representaciones, aunque ya se lo había contado todo, necesité analizar la historia con mi hermana para ordenarla dentro de mí:

—¡Elvi! ¿Qué cosa más preciosa y qué suerte haberlo podido vivir!

—Ya ves, es que es suuuperbonico.

—Me impresionó actuar en el Teatro Principal de Mahón, es el teatro de ópera más antiguo del mundo. Tenía que controlar muy bien la voz para proyectarla en aquel espacio enorme. Parecía que estuviésemos dentro de una maqueta. Tiene muchas ventanas cuadradas, como palcos que dan hacia el escenario. Y muchas luces que iluminan los apliques dorados, superelegantes de cada balcón. Y el contraste entre el brillante y el terciopelo rojo..., la inclinación en el patio de butacas..., el arco del proscenio, las dimensiones y la increíble acústica de las vibraciones... ¡Parecía que actuábamos dentro del Titanic!

—Ya, me alegro. Pero no te enrolles, vamos a lo importante. ¿Cómo estás?, ¿cómo se ha quedado Valeria?

—Bien, estamos las dos muy agradecidas, hemos podido hablar con calma y despedirnos tranquilas. Ahora mismo es difícil porque después de tres meses viviendo juntas, la separación no deja de sentirse brusca. Nos echamos de menos, pero seguiremos cuidándonos y construyendo... una... ¿amistad... *romántica*? — Levanté los dedos entrecomillando esa palabra, y al mismo tiempo las dos pusimos los ojos en blanco un par de segundos.

Compartíamos el terror por lo *romántico*.

—¡Ah, qué bien! ¿Podréis veros fácilmente? ¿Ella solo trabaja allí?

—Sí, sí. No, no. Viaja continuamente a Madrid, a Barcelona. Podremos vernos allí. Vendrá a casa o yo volveré. Ya veremos. De todos modos, todos los compis hemos hecho el pacto de reservarnos cuatro días cada año para juntarnos. Así cuidaremos la red que hemos hecho. Porque ha sido alucinante trabajar juntas e ir descubriéndonos. Hemos aprendido tanto, nos hemos asustado en muchas ocasiones, porque ¡han sido tres meses de montaña rusa, veinticuatro horas!

—Ya, imagino. ¡Qué locura y qué trepidante! ¡Esperando tu informe diario cada noche! Lo importante es que la obra ha funcionado. Vosotras os habéis conocido para siempre y lo que tienes con Valeria lo iréis adaptando según veáis. ¿No?

—Totalmente. Justo hoy he leído una frase de Vincent van Gogh que me ha recordado a ella, se la he mandado: «La normalidad es un camino pavimentado: es cómodo para caminar, pero allí no crecen flores». Me ha respondido con un gif. —Sonreí mirándola y se lo enseñé.

Rocío Jurado se acariciaba un clavel por el rostro, y, con una

sonrisa apasionada, después lo ofrecía al público con solemnidad.

Víctor

La vida con Víctor se había ido consolidando, ya llevábamos casi cuatro años. Yo no podía dormir hacia el lado izquierdo, el oído del acúfeno me dolía demasiado, y él se había acostumbrado a dormir asiendo mi mano, un mechón de pelo o mi muslo. Daba igual qué cogiera, pero lo necesitaba para poder conciliar el sueño. Caía rendido y, al poco, empezaban a darle espasmos musculares en los que, a veces, me agarraba tan fuerte que me hacía daño. Cuando me separaba un poco, se despertaba. Parecían reflejos de un terror nocturno mal resuelto de la infancia, pero no existía problema en conciliarlo con la vida adulta.

Las semanas que Delia y Darío estaban con su madre aprovechábamos para descansar del intenso ritmo infantil, centrarnos en nuestros trabajos y asistir a espectáculos de danza o teatro. Él se pasaba el día investigando recetas, probaba y hacía salsas o platos, aprovechaba para buscar ingredientes en tiendas que estaban lejos y a las que no siempre podía desplazarse.

Cultivábamos en el huerto, recogíamos las frutas y verduras que madurasen en cada estación. Y siempre andábamos enfrascados en organizarnos para regar. El trabajo consistía en abrir las raseras para que entrase el agua procedente de la acequia y rehacer caballones que la dirigieran para hidratar cada árbol que poblaba el bancal. Nos

acompañaban las gallinas, corriendo felices y jubilosas con plataformas de barro en las patas. Eufóricas, chapoteaban en el agua buscando insectos, picoteando los mejores brotes tiernos de las hojas. Nos hacía gracia la forma burguesa en la que bebían, como si en realidad saborearan una copa de champán. A Víctor le gustaba especialmente pasar largos ratos cuidando la zona de hierbas aromáticas que teníamos: orégano, tomillo, lavanda, romero, llantén, hierbabuena, salvia, perejil, hierbaluisa, laurel... Ahora andaba preocupado con que brotase la albahaca, como él quería. Raro era el día que no expresara inquietud acerca de si la planta estaba creciendo como debía y se explicaba en los libros que consultaba.

En aquel momento estaba sentada en las baldosas del paseo central que compartimentaba el huerto. Mis pies, descalzos sobre la tierra seca y agrietada, esperaban que la corriente llegara para que los mojara. A mi lado, Runa holgazaneaba tumbada, enseñando su dentadura a una avispa impertinente. Ólea chapoteaba cerca de un caqui, en el alcorque que formaba la masa de agua. Observé la nuca de Víctor; una greña zigzagueante se había soltado de su moño, la tenía adherida por el sudor a su cogote.

—Llevas una guitarra en la nuca —le avisé mientras me levantaba azotándome el pantalón para quitarme el polvo del huerto.

—¿Qué?, pues iquítamela! ¡Y tú tienes un pandero en el culo! —Nos reímos de la ocurrencia—. ¿Has visto cómo huele la albahaca? —Acercó las yemas de sus dedos a mi nariz.

Yo había crecido en la huerta, conocía ese perfume desde que tuve uso de razón, pero hice el teatrillo de respirar el aroma.

—¡Síiiii! ¡Qué biiien hueleeeeeee! —dije con un entusiasmo impostado, cubierto de ironía infantil.

Víctor sonrió, consciente de lo pesado que estaba con la mata.

—Si pudiera te pondría los cuernos con la albahaca —dijo presuntuoso mientras le lanzaba besos cursis a la planta.

—Te puedes ir con ella cuando quieras, somos libres, no me importa. No hay problema —le contesté mientras rodeaba su cintura y le daba un beso.

—¡Ah, claro! Yo me iría con la albahaca y tú con Valeriana. Claro, claro. Pues vete, vete. Tengo aquí mucha compañía para elegir. —Simuló, coqueto, que hacía un paseíllo acariciando las plantas—. El otro día el perejil me hizo ojitos. Sí, sí. Y cada vez que paso, la hierbaluisa se roza conmigo sin venir a cuento —soltó a la vez que me acariciaba la barbilla con una mano y levantaba el dedo índice de la otra de forma acusatoria.

Rompimos el hechizo con risas y volvimos a concentrarnos en regar. El agua ya había llegado por los caminos de tierra, que la convirtieron en diminutos canales venecianos. Mi vínculo con Valeria suministraba riqueza en nuestra relación. Lo habíamos hablado acordando cómo lo queríamos vivir, desde el respeto a las dos relaciones. Fuimos cargando cubos rebosantes de agua a los pies de una higuera, en una zona donde improvisábamos una balsa natural, para ir vertiéndola sobre las plantas que teníamos en el porche frontal de la casa.

Aquella noche, en el grupo de WhatsApp de mis amigos sordos, Edgar propuso tomar una cerveza al mediodía siguiente, por su cuarenta cumpleaños. Recordé entonces la última conversación que habíamos tenido respecto a llevar a Víctor con mi pandilla sorda. Le pregunté si le apetecía venir y noté que el plan le hizo ilusión. Por la tarde dimos una miniclase de repaso del vocabulario básico que podría necesitar, su lengua de signos seguían siendo básica y doméstica, nos servía a nosotros, pero Víctor todavía no se había relacionado con otras personas sordas.

Llegamos al encuentro cuando todos tomaban su primera cerveza, les presenté a Víctor y me puse a signar con Erik. Por el rabillo del ojo lo advertí atento a la lengua de signos de mis amigos, no parecía incómodo ni aburrido. Tenía la suerte de poseer unos rasgos faciales comúnmente agradables, de buena persona que siempre se encontrara de humor, porque hasta en su semblante más serio se atisbaba una tímida sonrisa. Por turnos fui conversando con quienes estaban sentados a mi lado, cuando completé la semicircunferencia y pregunté a Sara, a quién tenía justo en frente, Víctor se acomodó con cariño en mi hombro. Contó que Tomás se había quedado con las pequeñas en casa de sus xadres, porque solo no podía organizarse con las dos. No habló mucho más de la situación, pero se la veía alterada, incómoda y desbordada. Presentí que lo seguía pasando mal con la actitud de Tomás, por lo que en un futuro, cuando las niñas fuesen autónomas, no descartaba terminar separándose. Nos explicó que, muy a su pesar, prefería llevarse con ella a Ainhoa, la mayor, para que la ayudase a entender lo que pasaba a su alrededor. No quería obligarla a ser su intérprete, se sentía culpable, quería demostrarle más autonomía por su parte. Pero prefería, y esto era lo que más rabia le daba, que la acompañara la niña antes que el propio Tomás. Porque, si lo hacía él, después se lo recordaba haciéndola sentir culpable. La llegada de Ainhoa les había sobrepasado a las dos, pero con la segunda podría decirse que eran prácticamente compañeros de piso. Nos contaba que Ainhoa y ella se adoraban, se lo pasaban pipa juntas. Una tarde jugando en el parque, preocupada le preguntó si se cansaba de interpretar cosas y la niña respondió: «NO, MAMI. PORQUE LA LENGUA DE SIGNOS ES MÁS MI IDIOMA QUE HABLAR».

A Sara se le humedecieron los ojos y la barbilla empezó a temblarle. Se me encogió el corazón escuchándola. Cuando empezó

a signar, busqué señales en el rostro de Víctor que me confirmasen que la estaba entendiendo, pero al percibir justo todo lo contrario, interpreté a Sara para que Víctor no se perdiera su confesión. Al principio mi voz había sido serena y pausada, pero, según ella se fue emocionando, me contagié de su tristeza y mi voz terminó rota y desgarrada. Al concluir todo, les tres teníamos los ojos vidriosos. Víctor se levantó para ir al baño, le tendí la mano a Sara, acariciándosela con la otra. Nos miramos con congoja, conocíamos demasiado bien ese lugar interno de decepción. Sabernos comprendidas nos ayudaba a resistir, era todo lo que podíamos hacer, porque cada una tenía que lidiar con esa soledad a su manera.

Víctor regresó y Edgar aprovechó para preguntarle cómo iban las cosas en el Sabina Mora. Con gesto inseguro, algo apurado, empezó a signar dando una respuesta, pero según fue avanzando en la explicación le faltaban signos y me miraba constantemente para que lo apoyase, le fuera dando los que necesitaba. Justo en ese momento Erik preguntó algo sobre mi próximo proyecto de interpretación y di la espalda a Víctor para contestarle con comodidad. Cuando regresé de nuevo a la conversación sobre el Sabina Mora, me sobresaltó la imagen. Víctor había apoyado los brazos en la mesa, no movía las manos, ni hacía esfuerzos por signar. Vocalizaba explicando algo mientras Sara, Edgar y Rosalía atendían a sus labios, pero sabía que no le estaban entendiendo. No me gustó. Él era el centro de atención, comodísimo, mientras mis amigos, a su alrededor, trataban concentrados de interpretar lo que significarían sus palabras. Me pareció fuera de lugar, una actitud descarada e irrespetuosa. Interrumpí su monólogo y le reclamé que signara o al menos hiciera un esfuerzo por intentarlo. Todos sonrieron con dulzura y alivio. Su respeto y cariño hacia mí consistía

en no demandar lo obvio. Víctor signó como pudo su conclusión y después derivamos a otros temas. Comentamos cómo evolucionaban Nuria y Álex, el colegio Gaudem y sus trabajos, la situación de Julia, y se dispersó la atención hacia lo que había ocurrido. Pero el momento supuso otro encontronazo interno con Víctor. Me cambió el color del encuentro con mi pandilla sorda.

Cuando nos hubimos despedido del grupo, ya a solas, abordé la situación:

—Siento haber sido tan tajante, pero me ha parecido agresivo y fuera de lugar que estuvieras hablándole a mis amigos... A ver, lo habíamos hablado, te he avisado, ¿cómo se te ocurre ponerte a hablar sin signar, sin ni siquiera esforzarte en intentar signar?

—Bueno, Sakia. Me he dado cuenta de que no me estaban entendiendo y he dejado de signar. Déjalo. Hablemos de otra cosa.

—No, hablamos de esto, que es lo que acaba de pasar y lo que debemos resolver.

—¿Y qué te digo? ¡No me he dado cuenta y ya está! ¡No es para tanto!, ¿no?

—Bueno. Pues si no te has dado cuenta, revisemos por qué ha pasado eso. Si te pones a hablar con mis amigos sordos sin intentar colocarte en el lugar que te corresponde, que es por una vez el de la incomodidad, puesto que estás en mi espacio y somos sordos, y por lo tanto tenemos prioridad, entonces no es una metedura de pata normal. Es que no estás entendiendo la situación, ¿no crees? —argumenté.

—Vaaale, Sakia. La próxima vez no voy y ya está, así evitamos este problema.

—No se trata de evitarlo, sino de integrarlo. Este no es tu espacio, si vienes para acompañarme. No te impongas desde tu lugar privilegiado, ¿no? Se supone que venías para conocerles, con

actitud de aprender. Yo llevo años yendo con tus amigos, con mi familia, con la tuya, con todo el mundo, autorregulándome para que no se me note la decepción, el cansancio o la molestia de no entender casi nada. Vienes a mi contexto y ¿te agobia tanto signar que dejas de intentarlo?

Víctor se mordió el labio inferior, pero nos montamos en el coche y no hablamos más. No solíamos discutir apenas. Pese a todo, ya me sabía los ritmos necesarios de cada uno. Él necesitaba tiempo y espacio para pensar, para rumiar a solas su desconcierto.

Una vez en casa, leí un rato y después me tiré al suelo con Ólea y Runa. Hundí mi nariz entre su pelo, las respiré, sentí sus cuerpos calientes, les ausculté cada centímetro, como si fuesen un mapa de mi universo... Ellas equilibraban mi energía. Me ofrecían la tranquilidad necesaria para poder reestructurarme internamente y ver la situación con mayor relatividad.

Durante la cena, dimos dos golpecitos contra la mesa de forma automática para desearnos buen provecho, y luego abrió el tema, en lengua de signos: «LO SIENTO».

—Tengo que practicar más la lengua de signos. Me he dado cuenta de que el nivel que tengo es muy básico... No me alcanza para entenderme con ellos... Al hablar en LSE me expresaba como un crío. Me ha dado vergüenza. Entonces... Entonces me he agobiado..., porque me quedaba incomunicado, sin poder participar en la conversación.

—¿Incomunicado? ¿Y ellos?, ¿y yo?

Se acababa de abrir un melón entre nosotros. Hasta ahora yo había evitado conversaciones incómodas, por miedo o pereza de tener un conflicto, me resultaba muy violento emocionalmente, pero era obvio que no tenía sentido evadirlo más. De nuevo, mi sobreadaptación me estaba jugando una mala pasada. Respiré

hondo preocupada y al mismo tiempo consciente de que no compensaba controlar los derroteros que pudiera tomar la situación.

—Es que... No sé signar bien. He empezado, pero luego... me he perdido... Me he confundido... Y me he sentido ridículo.

—Víctor. No te das cuenta de que eso da igual. Lo importante era integrarte con mis amigos, que tú y yo compartiésemos este espacio y que al menos en esa situación fueses tú quien tuviera que adaptarte a mi mundo, a la lengua de signos, a mí, a ellos.

—Ya, pero es que me has dejado solo y... yo no sabía.

—¡Pues inténtalo con mímica, invéntate recursos comunicativos! No sé, pero intenta algo, ¿no? —Víctor miraba al plato mientras jugueteaba peinando la comida de un lado a otro.

Les dos nos quedamos en silencio, ensimismados, escuchando nuestras voces internas. Minutos después nuestras miradas se encontraron, Víctor se había abierto, tenía el rostro demudado, los ojos acuosos, su respiración se había acelerado. Reanudó la conversación desde otro ángulo:

—¡Tienes razón, joder! ¡Lo siento! No he sabido gestionarlo ni estar presente como tú y vosotros necesitabais. Lo importante... no era que yo fuese simpático; es verdad, no tenía que haberme apoyado sobre la mesa...

—Vale. No pasa nada, simplemente has cometido un error, pero... tenías que cometerlo para que ahora podamos hablar de ello. Estamos construyendo algo valioso. Nadie nace sabiendo cómo tiene que comportarse, hay que aprenderlo, en eso estamos. Sabes que son muchas las situaciones en las que yo estoy con tus amigos o con tu familia, y no me estoy enterando de nada. A veces incluso no entiendo qué dices tú, porque cuando hay gente hablas mirando para todos lados o te giras para allá y para acá...; eso es molesto e incluso doloroso a veces. Y esta era un ocasión importante para mí.

—Tengo que poner más atención en esto. Tenemos que practicar más lengua de signos. Quiero acompañarte a tu espacio, igual que me acompañas en los míos.

—Es importante. Yo estaré encantada de acompañarte para que avances en la lengua de signos pero es tu tarea, yo no voy a estar rogándotelo. Tienes que salir de tu zona de confort independientemente del nivel que tengas.

Víctor asintió convencido. Absorbí sus lágrimas saladas una a una como una aspiradora y volvimos a sentarnos a la mesa, la comida ya estaba fría y aburrida.

La familia

Meses después mi madre cayó enferma de nuevo. A lo largo de los últimos años había sufrido ingresos puntuales. Solía pasar dos o tres días hospitalizada, y pronto se restablecía. Mi padre seguía acompañándola en todo momento. Pero a finales de ese otoño, la situación se complicó, tuvo un episodio crítico que obligó a que le hicieran pruebas y mantenerla en observación. Aunque Simón se encabezonaba en ser él quien pasara casi todo el tiempo con ella, Elvira y yo intervinimos para, además de visitarla, organizarnos en las noches, porque nuestro padre ya estaba demasiado flaco, con mal color y muy despistado, abstraído en las conversaciones que no girasen en torno a Lourdes o fuesen con ella misma.

Organizamos los turnos, pero no me sentía capaz de velarla durante la noche. Mi madre hablaba en un tono exageradamente bajo, no vocalizaba nada bien y había muy poca luz para no molestar a su compañera de habitación. Algo que entendía pero solo hasta cierto punto, porque, dadas mis circunstancias, no comprendía por qué dar prioridad al bienestar de la compañera antes que al hecho propio de que pudiese ser yo la que la cuidase. Pero además la notaba inquieta conmigo, se excusaba demasiado por mi sordera a enfermeras y médicos. La conocía, sabía que no me vocalizaría sin voz para que la entendiese, que tendría que gestionar algunas

situaciones sin sentirme presente y, sobre todo, sabía que no se sentía segura conmigo.

Me preocupaba que alguna de las dos lo pasara francamente mal, así que para no sobrecargar a Simón o a Elvira pregunté a Víctor si podría hacer mis turnos por la noche mientras yo hacía los suyos con Delia y Darío. Aceptó sin ningún titubeo. Ya se encargaba de la comunicación telefónica con ella y mi padre los días que no la visitaba, para informarnos de su evolución.

Las noches que dormíamos separados nos hacíamos videollamadas, signábamos en silencio. Me contaba qué había cenado mi madre, yo cómo se habían dormido los niños, si Darío tenía pesadillas o cuántas veces habían ido a hacer pis. Fueron diez días agotadores, de sobrevivir en modo zombi y automático. Mi madre perdió mucho peso, estaba desubicada y muy cansada cuando regresó a casa. Sus ojos se habían hundido, agrandando las ojeras. El cuello, demasiado delgado, parecía estar al límite para sostener su cabeza. Necesitó un mes de recuperación para volver a ser ella. Mi hermana y yo la traíamos a nuestras casas. Nos sentábamos en el bancal, para que se descalzara sobre la tierra. El intercambio de roles entre Víctor y yo salió bien, nos ayudó mutuamente a ponernos en la piel de la otra persona y cuidarla desde ahí.

Un domingo en el que estaba bien entrado el invierno, amaneció soleado y primaveral, así que invitamos a comer en casa a Lourdes, Simón, Elvira y su pareja. Mientras Víctor, con su delantal de higos y tomates, vigilaba en el horno las *polpetta di melanzana*, unas albóndigas de berenjena que llevaba toda la mañana preparando, y probaba el sabor del puchero con el que había asegurado deleitarnos, miré alrededor para observar la escena. Delia y mi padre cogidos de la mano atravesaban el paseo central del huerto, iban

repasando los nombres de flores y plantas que hallaban a cada lado. Simón exclamaba:

—¡Azucena!

Y Delia buscaba una palabra que rimara:

—¡Antena!

—¡Muy bien!

Después ella nombraba la flor y mi padre buscaba la rima.

—¡Narciso!

—¡Permiso! Mmm... ¡Rosa!

—¡Preciosa! ¡Gladiolo!

—¡Bronquiolo! —Simón aprovechaba el término para hablarle de los pulmones y las partes que los formaban.

El juego me encantaba de pequeña, me enseñó recursos nemotécnicos para memorizar términos por medio de asociaciones visuales. Ahora les pertenecía a ellos. En otro lado, Darío jugaba con Ólea y Runa tirándoles la pelota. Las perras participaban eufóricas, sabían que disfrutaban de la atención de Elvira, su pareja y mi madre. Lourdes preguntó a Darío si ya habíamos recogido los huevos del día. El pequeño respondió:

—Aún no.

Entonces se encaminaron todos hacia el huerto. Darío se acercó a mí signándome espontáneamente: «CESTA».

Les observé caminando hacia el gallinero. Para bien o para mal, eran mi querida familia, sabía que me querían a pesar de que a veces éramos imperfectos o el dolor campara a sus anchas. Verles yendo a por los huevos y volver a visualizar la manita de Darío pidiendo la cesta, me hizo pensar que no habíamos hecho las cosas tan mal, que ahora éramos felices.

Un final también es un principio

Como cada tarde, salía de paseo con Ólea y Runa por los caminos polvorientos de la huerta. Ellas rastreaban conejos, yo la tierra. Coleccionaba nombres de plantas, puestas de sol, cambios de estación, aromas. Pensaba en el sentido de la vida mientras ellas corrían a mi alrededor, husmeando el rastro que les llevaría hasta alguno. Me equilibraba observar sus reacciones, su vitalidad, pero si sacaban un conejo, me posicionaba siempre del lado de ellos. Eran preciosos, listos y supertiernos. Cuando yo era niña mi abuela tenía muchos, me encantaba acunarles en mis brazos dejando que metieran el hocico en el interior del codo, y observaba cómo entre el calor y las caricias les iba venciendo el sueño. Por eso, si las perras conseguían que uno huyese despavorido, hacía todo lo posible para que se refugiara a buen recaudo, libre y vivo. Pero no me quedaba más remedio que felicitarlas, triste, cuando gallardas y orgullosas me traían uno como trofeo. Gracias al instinto habían concluido su ciclo de supervivencia esencial, aunque ya no necesitasen cazar para alimentarse.

Aquella tarde caminábamos las tres panchas, cada una con su tema, por el linde de la acequia. Iban entusiasmadas, acababan de escudriñar una extensión enorme de alfalfa donde podían saltar, galopar, asustarse, perseguirse y rebozarse. Las animé a que fueran

y salieron corriendo como peces en el agua. Las observé unos minutos y después las llamé dando unas palmas para continuar la ruta con brío, cuando apareció un perrito de pelo largo. Las perras interactuaron unos segundos con él, concediéndole el permiso para unirse a nosotras. Proseguimos el paseo en manada un largo rato hasta que en un quiebre del camino el perrito se quedó quieto y levantó la cabeza mirando serio a lo lejos. Seguí la dirección que indicaba y en la distancia vi personas que movían los brazos, imaginé que hablando entre ellas. Suspiró y continuamos la excursión por un sendero que no llevaba a ninguna parte. Llegamos al final y dimos la vuelta sobre nuestros pasos. Yo iba admirando los bancales de cultivos, pasmada con las tahúllas salvajes donde los cardos, con sus pompones violeta añil en lo alto de los jopos, se habían adueñado de la tierra. Al tomar una curva, Ólea delante, el perrito después y Runa a mi lado, nos tropezamos de golpe con una anciana muy mayor, menuda y muy enfadada. Su rostro ajado me resultó familiar. A la pobre casi no le quedaba aliento para hablar, parecía venir caminando desde muy lejos, al límite de sus posibilidades. Agresiva, me gritó:

—¿No me oyes? ¿Por qué te llevas al perro? ¡Sinvergüenza! ¿Qué quieres, robármelo? —La señora jadeaba, con el ceño fruncido.

—¿Yo?... No... No... ¿Cómo? ¿Robárselo?

Ella seguía gritando furiosa.

—¡Sí! ¡Te he visto y te llevo gritando desde allá! ¡Mira! —Se movió a un lado y de detrás salió una niña de unos seis años, como Delia, que hipaba llorando a mares—. ¡Es mi nieta! ¿Hay derecho a esto? ¡Es suyo! —vociferó la señora.

La mujer, superada por la ira, hacía esfuerzos por tragarse sus propias lágrimas. La niña se sorbió los mocos, se giró para abrazar al perrillo y comenzó a caminar de regreso con él en brazos. Nos

quedamos solas la anciana y yo mirándonos fijamente, hasta que acerté a decir:

—No, no. Señora. Perdone, no entiendo. Soy sorda y no la he oído. Lo siento, vivo aquí en la huerta. Mire, allí, en aquella casa amarilla. —Señalé con la mano.

Le cambió el semblante de un plumazo. De tener ochenta y muchos años pasó a ser una niña de cuatro, su pecho se fue desinflando y esta vez no se tragó las lágrimas. Se cubrió el rostro con las manos.

Ahora era yo la impresionada.

—No quiero quitarle su perro. Tengo las dos mías. Salgo a pasear con ellas todas las tardes. A veces aparece alguno, nos sigue un rato y luego se va. Por eso no he echado al suyo. Se nota que es de huerta y conoce los caminos. No sé.

De un brinco, la señora se colocó a mi lado, su cabeza apenas me alcanzaba el hombro, y dijo:

—Vamos. —Me alentó con la cabeza a regresar. Caminamos unos pasos en silencio. Hasta que me tocó en el codo, haciendo que me volviera hacia ella. Lloraba a raudales, como llora la gente a la que en su vida no se le ha permitido hacerlo. Y vocalizando muy bien dijo—: Mi... madre... era... sorda. ¡La echo tanto de menos!

Sus palabras se me agolparon en los ojos. Vi a una niña echando de menos a su mamá y reconocí en aquella señora a mi propia madre de niña, añorando a la suya, pese a no haber podido tener la relación que ambas hubieran merecido. Justo igual que Lourdes y yo.

—Mi madre me quería mucho. Aunque no sabía hablar, me enseñó todo.

Asentí emocionada y continuamos juntas caminando un trecho. Ya no hizo falta hablar, en silencio, íbamos rumiando nuestros

adentros. Al llegar a una frondosa morera, me situé frente a ella:

—Debo cruzar por aquí para llegar a mi casa. Ya sabe, cualquier cosa, ahí estoy. Siento el susto, dígaselo a su nieta, pero me alegra haberla conocido.

—Gracias —respondió, y se abalanzó frágil a darme un abrazo. Me quedé quieta. Percibí la importancia de aquel contacto, evocó a su madre.

—Gracias a usted. —Sonreí.

La anciana siguió el curso del sendero. Ahora caminaba encorvada. La miré marcharse mientras palpaba el lateral de su falda, del que sacó un pañuelo de tela con el que limpiarse.

Regresando a casa, me sentí querida. Y pensé en lo hermoso de que un susto entre dos desconocidas pudiera servirnos de consuelo, al ayudarnos a deshacer nudos internos. Observé un espárrago en el margen del camino, me agaché para cortarlo. Escondido a su lado encontré otro, y más allá vi otro, y otro, y otro más; me inundó el gozo. Me recordé de niña celebrándolos con júbilo junto a mi madre. Al adentrarme en el follaje para alcanzarlos los tallos espinosos de la esparraguera me rasgaron suavemente la piel de los brazos. Y visioné el sueño que había tenido esa noche.

Elvira tenía una otitis tan fuerte que le habían puesto una inyección, todo su cuerpo se había inflamado. Ahora medía muchísimo más, era enorme y cada uno de sus miembros parecía estar hecho con globoflexia. Miraba sus piernas, sus brazos y su espalda, sabiendo que era ella, pero no la reconocía. Me contaba que se sentía muy molesta, había perdido la movilidad en las articulaciones, eso la obligaba a moverse como un robot inflable, muy despacio, y con el riesgo de ascender e irse flotando. Nos agarrábamos las manos para permanecer juntas. Si la otitis no remitía no podría volver a su cuerpo natural. Entonces tendrían que

volver a pincharle y quedaría sorda, sorda total. Una parte de mí entraba en pánico, ella no podía ser sorda. No, si ella también era sorda, perdería mi vínculo con el mundo oyente. Pero, por otra parte, si pasaba, tendría en mí a una compañera real, yo podría ayudarla. Sabía cómo se sentiría al no oír. Yo podría ser su *persona espejo*. Pero había algo que me preocupaba. ¿Cómo lograríamos hacer todo lo que queríamos si ella también era sorda? ¿Cómo haríamos cine, escribiría historias, intentaríamos cambiar el mundo si las dos éramos sordas? Tenía todas mis esperanzas puestas en ella. No íbamos a poder lograrlo si ella dejaba de oír. Aún teníamos mucho por hacer.

Miré el ramo de espárragos; con los huevos de nuestras gallinas había suficientes para cenar un buen revuelto. Evoqué de nuevo la imagen de la anciana y pensé que un final también es un principio.

Mi hermana vivía dos casas más allá, solía venir a darme las buenas noches antes de dormir. Nos sentábamos en el porche y, mientras fumábamos un cigarro, repasábamos cualquier anécdota. Era un ritual que nos servía para acabar el día, acompañadas por Ólea y Runa, que se debatían en una juguetona lucha a dos patas. Se gruñían, se empujaban, mordiéndose, tirándose del rabo, para lamerse ojos y orejas; y luego se tendían a descansar un rato. Hasta que un poco después volvían a repetir la coreografía de nuevo. Las observamos en silencio hasta que nos miramos. Aquella noche, Elvira tuvo miedo a dejar salir una pregunta de sus labios. A mí me preocupó que nunca llegase a hacerla. Se produjo el milagro:

—Oye, ¿cómo ves que ahora hagamos una película?

—... Quizá llevamos toda la vida preparándonos para esto, ¿no crees?

Epílogo

Ventajas de ser sorda

No me recuerdo a mí misma en mi etapa de oyente y muchas veces me pregunto cómo debe de ser oír bonito. Oír a secas. Percibir sonidos para sobrevivir... Un coche que se acerca, una funcionaria que te informa, volver a casa segura porque sabes si hay alguien tras de ti, pasear por la huerta en completa calma o disfrutar de las primeras explicaciones sobre cómo concibe el mundo mi adorada prima pequeña. Ir al teatro, ver la película que yo quiero, participar en una conversación de grupo o llamar por teléfono a una amiga para felicitarla porque está embarazada.

Me alucina observar a Elvira y a todas mis *amigas libro*. Trato de imaginarme lo que debe ser enterarse de lo que está pasando alrededor, saber qué dice una canción o qué se ha planeado hacer en el momento... No como yo, que lo entiendo todo *a posteriori*. Pero al mismo tiempo, a excepción de esos ratos odiosos en los que debo hacer un trámite burocrático o cuando intentas comunicarte con alguien a quien es imposible leer sus labios, no las envidio en absoluto. No quiero ser como ellas, porque para eso ya están ellas. Pienso que formamos mejor equipo cuanto más dispares y diversas somos. Después de todo, estoy contenta de ser como soy. Los problemas vienen del exterior. Solo que, en el mismo sitio donde están estos, también hay gente íntegra trabajando en muy buena

dirección. La accesibilidad, los derechos de las personas sordas, la sensibilización sobre la experiencia de la pérdida auditiva, la educación donde el alumnado sordo tiene preferencia, los cursos de lengua de signos para gente oyente por disfrute o formación, la diversidad, la empatía colectiva son asignaturas todavía verdes que madurarán.

Sin embargo, hay cosas que con mis *amigues espejo* surgen solas y me enamoran. Si sabes lengua de signos o leer los labios, puedes comunicarte a distancia en una biblioteca o en una discoteca, bajo el agua, desde el autobús o por el contacto en las zonas corporales de mayor resonancia. En una mano, por la posición de los dedos, hay un signo, una idea que se comunica, que requiere de ti y te convoca. La visión periférica es enorme y el paisaje y los estímulos visuales la mayor atracción. Además de la lectura de labios, se domina el lenguaje del cuerpo, por lo que se detectan reacciones que nadie ve.

En nuestro mundo lo que no ves no lo escuchas, pero oír con la mirada te da el poder de dirigir tu atención. Siempre está bien para evitar sermones, broncas, no aguantar a pesades o comerciales. Se tiene más facilidad para la tranquilidad y la concentración, gracias a la no sobresaturación sonora que provoca tanto ruido mental. Y, por último, quizá el más delicioso de todos: compartimos el placer de desconectar del mundo.

En estas páginas se ha contado la historia de un tránsito, el mío. Nací oyente, viré a sorda, permanecí treinta años travestida de oyente intentando encajar mientras me sentía una intrusa en el mundo. Hasta que comencé a cambiar los paradigmas que sostenían mi vida y pude ser sorda. Todavía me quedaba el mal sabor de sentirme sorda intrusa en un mundo sordo que desconocía. Antes de poder ser, sencillamente, lo que soy, Sorda a mi manera.

No reniego de mi trayectoria, porque considero necesarias e imprescindibles todas las vivencias a las que he hecho frente. Los duros procesos en solitario o junto a las personas que quiero y a las que sin querer, seguro, he causado daño.

Soy hija de mi madre y de mi padre, mi propia hija matriuska, mi psicóloga, semimadre, compañera de mi hermana y mi propia camarada. A mi familia les faltó información para entender qué me ocurría y, por su parte, confiaron en exceso en lo que les expertos dijeron. Tengo en cuenta que, a principios de los noventa la información sobre la sordera, una de las discapacidades invisibles por antonomasia, era muy poca y bastante errónea. Puedo imaginar las directrices, los prejuicios y miedos que les infundieron, así como los que mi madre y mi padre adoptaron sin ser conscientes. Siendo notable la ausencia de personas sordas en los ámbitos públicos. Todavía hoy los recursos para atender y entender a las personas sordas son irrisoriamente escasos y el desconocimiento y la falta de sensibilización abarcan aspectos muy amplios y generalizados.

Ojalá que a todas las niñas del mundo con sordera se les dé la oportunidad de aprender a leer labios, letras, dibujar, escribir, pintar, vocalizar, estudiar, se les incentive para llegar a donde quieran y sea su sueño. Sobre todo que no les falte el respeto a su identidad sorda, su expresión natural y su particular concepción del mundo. Y para ello, sin ninguna duda, la lengua de signos es el mejor vehículo y ha de ser siempre la primera opción. Solo esto les procurará un lugar con armonía dentro y fuera de sí mismas, al poder comunicarse con otras *personas espejo* y compartir con ellas sus sentires y vivencias.

Y ojalá que en los contextos que existen criaturas sordas, se dé la oportunidad de adaptarse a ellas. Que su entorno disfrute de la lengua de signos, les sorprenderá lo que las personas sordas pueden

enseñar. Renunciar a privilegios y situarse en un plano de igualdad, que respete la experiencia y sabiduría de la Persona Sorda o con cualquier otra discapacidad, permite experimentar la cohesión de dos piezas fundamentales para que una humanidad averiada se sane: creatividad y amor. Y esta combinación trae por fuerza la salud.

Finalmente soy sorda, amo mi condición, mi sordera, mi historia, mi comunidad, su diversidad y mi lengua. Me he pasado la vida atendiendo a sermones de personas que aseguraban saber qué era lo mejor para mí. Y, sin embargo, tenía dentro, en mi niña y en mí misma, cuanto necesitaba para conseguirlo. Ahora sé que todes tenemos una alita rota, pero pocos tienen la oportunidad, o son lo suficientemente valientes, como para atreverse a volar. Aunque sea trabajosamente y de forma extraña.

Agradecimientos

A la editorial Penguin Random House por darme la oportunidad de escribir este libro, especialmente a Ana Lozano, por ser la editora más sensible y respetuosa que haya podido encontrar, y a Silvia García.

A mis xadres, por inculcarme el arte y la disciplina como forma de vida, y a mi hermana Eva Libertad, inestimable compañera. A mi familia consanguínea y a todas mis familias elegidas a lo largo de los años.

A Nuria Villazán, mi querido ilse Alejandro Maciá y Yolanda, por vuestro apoyo y cariño.

A Fátima, Arturo, Alicia, Luis, Andrea, Javi, Lucía, Gonzalo, Lara, Adrián, Leo, Sara y todes mis compañeros del Grupo de Teatro de Bellas Artes de la Universidad Complutense, con quienes pasé algunos de los mejores años de mi vida.

A María del Amor, por no olvidarme, y buscarme y buscarme hasta dar conmigo casi veinte años después. Gracias por tu generosidad, tu luz y tus cartas.

A mis amigos Sordes y Coda, Esme, Irene, Damián, Rosa, Sonia y Cris, de Murcia, gracias por acogerme y darme una razón de ser. A Domingo Pisón y la familia Díaz Cardiel: Ana, Raquel, Raúl y Lidia, de Madrid, por ser espacios seguros para mí, de un apoyo, cariño y entrega al que no estaba acostumbrada.

A Marina, Mar y Lluna, por enseñarme a confiar y aprender de

forma colectiva.

A mis queridísimas Anika y Leti, maestras y aprendices, compañeras del alma que me cambiaron la vida; y a todas mis compañeras de Teatro Vivo.

A Benjamín, Yago, Edgar, Jonatan, Moncho, Sandra, Salva, Nino, Olmo y Álvaro, por enseñarme tantas y tantas cosas inolvidables que ya siempre formarán parte de mí.

A Pepita Cedillo Vicente, Emmanuelle Laborit, Oliver Sacks, María Rosa Iglesias, Marta Casado Jiménez, Inma Codorniu, Isabel de las Heras, Randa Haines, Marlee Matlin, Ángela Ibáñez, Carlos Soroa y todas aquellas personas que se atrevieron a escribir libros, tesis o teatro, o a hacer películas sobre sordera.

La actriz Miriam Garlo, premio goya a mejor actriz revelación de 2026 por su papel protagonista en *Sorda*, debuta en ficción con un viaje autobiográfico desde la oscuridad de la depresión hacia la luz.



Mi nombre es Sakia.

Nací oyente, pero a los siete años perdí la audición.

A esa edad ya había asimilado bien el lenguaje.

Tenía buena memoria y era experta en disimular.

Me eduqué como oyente y entre oyentes.

Era una persona normal, aunque algo despistada.

Solo debía prestar más atención, o eso me dijeron.

Nadie pronunció las palabras "sorda" ni "sordera".

Y yo solo me centré en sobrevivir.

Esta es mi historia.

***Volar con un ala rota* es una novela bella llena de sutileza y dolor, de confusión y búsqueda, pero también de empatía y esperanza. Una historia que nos invita a valorar al otro desde el respeto, a comunicarnos sin límites, sin miedo y sin vergüenza porque ningún ser humano es invisible.**

Miriam Garlo es artista, investigadora y actriz sorda, doctora en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid y tiene un máster en Arte, Investigación y Creación, otro en Arteterapia y un Grado Superior en Mediación Comunicativa. Compagina la interpretación, la fotografía y la pintura mural con el activismo sobre la discapacidad y la difusión de la lengua de signos española.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Miriam Garlo

© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Julia von
Fraunberg

Imagen de la cubierta: © Erin Cone

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87629-91-5

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: rocaeditorial

X: @rocaeditorial

Instagram: @rocaeditorial

Spotify: penguinlibros

Youtube: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

- [1] La malla es un juego tradicional parecido al escondite, donde las jugadoras y jugadores acuerdan un punto en la pared del que parten para esconderse, y al que deben regresar y tocar para ganar.
- [2] Illes: intérpretes de lengua de signos española o catalana.
- [3] El sistema de signos internacional lo utilizan personas sordas signantes u oyentes signantes que no comparten un mismo código lingüístico, porque proceden de diferentes lugares y sus lenguas de signos no coinciden. El sistema de signos internacional permite que se puedan relacionar, independientemente del lugar de procedencia.
- [4] LSE: Lengua de Signos Española.
- [5] Aplauso sordo: la comunidad sorda aplaude agitando las manos en el aire.
- [6] Fonocentrismo: este término fue acuñado por Jacques Derrida, quien en su análisis sobre la filosofía occidental argumentó que la preferencia por lo oral venía inducida por el *logocentrismo*, que otorga supremacía al logos, *razón y palabra* como fuente donde se consolida verdad y significado. El fonocentrismo por su parte considera que *voz y sonido* posee mayor legitimidad que la escritura o las lenguas de signos al ser sistemas de comunicación visual.
- [7] Audismo: creencia que jerarquiza el hablar sobre el signar.

Índice

Volar con un ala rota

Introducción. Volar con un ala rota

Primera parte. Volar con un ala rota

1. La madre
2. La muerte
3. El padre
4. Un susto
5. Sorda no, despistada
6. Mi «persona libro» favorita
7. Bellas Artes
8. Arte y políticas de identidad
9. La actriz de escenario
10. Un disparo banal: un acúfeno real
11. Elmo 1
12. Diferentes
13. Los audífonos
14. La tesis doctoral
15. La niña matriuska
16. La danzante prehispánica

17. Sorda insurrecta
18. El regreso
19. Elmo 2
20. En el inframundo

Segunda parte. Una segunda vida

- 21
 22. Desconectada del mundo por reformas
 23. Un entorno sordo
 24. Segunda adolescencia
 25. De campamento con Fabián
 26. Ir regresando a la vida, como sorda
 27. Arte sordo y «deafhood»
 28. Algo brota
 29. Pandilla sorda 1
 30. Actriz sorda
 31. En lo fácil también reside lo complejo
 32. La cosa va tomando forma
 33. La (con)vivencia
 34. Las prácticas de Arteterapia
 35. Pandilla sorda 2
 36. El cortometraje
 37. Semimaternidad sorda
 38. «El vuelo del buitre negro»
 39. Víctor
 40. La familia
 41. Un final también es un principio
- Epílogo. Ventajas de ser sorda

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Miriam Garlo](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)